

DIANA SCOTT

Culpable



DOCTORA KLEIN

|

D.J.57

“Llegaste a mi vida sin esperarte. Recibí tú consuelo con sospechas, pero tus sonrisas fueron más fuertes que todas mis promesas. Tus ojos de chocolate me alcanzaron allí donde nadie podía, y hoy, como esclavo de tu perfume, me pregunto cuando regresarás...”

Akim Dudaev

Prólogo
Los días
Si supieras
Sorpresa
El caos
Un biombo en tu vida
El tiempo
Políticamente incorrecto
Sesión 1^a
Tras una mirada
Somos quienes somos
Con la política hemos topado
Confesiones
Visitas personalizadas
Eres tú
Yo podría...
Cuestión de celos
Donde quiera que estés
Volver
Buscando sin encontrarte
No lo digas
Preparativos
La exposición
Errores que duelen
Eres tú
Deseos
Otra oportunidad
Pensamientos perdidos
Huele a peligro
Cuenta atrás
Mírame
Te escojo a ti
No hagas lo que yo
Día tras día
Tú y yo
Sueños
Te alcanzaré

Despierta

¿Robo?

No puedo

No te pierdas Libro II Serie Doctora Klein

Prólogo

La semana al completo resultó ser mucho más dura de lo habitual. Brenda se encontraba agotada. El fin de semana no resultó ser mucho mejor que el resto de los días. Su cuerpo reclamaba un merecido descanso. El colchón mullido la envolvió en su dulce calor mientras organizaba sus tareas de la próxima semana en su Iphone. El trabajo y los pacientes la seguían allí donde estuviera cual hormigas alocadas buscando cobijo. Algunos días podían ser largos pero otros sencillamente eran extenuantes.

Psicóloga de profesión y solidaria de corazón sus acertadas terapias eran reclamadas por personajes de la alta sociedad londinense. Brenda adoraba sentirse reconocida y estaba orgullosa por serlo. Puede que muchas personas creyeran conocerla, pero muy pocas intuían siquiera la superficie de sus secretos.

Brenda Klein era mucho más que una educada doctora de alto standing. Ella se reconfortaba plenamente colaborando con la asociación de víctimas de maltratos. Allí se sentía verdaderamente viva. La doctora Klein ofrecía sus servicios de forma totalmente desinteresada y, a pesar que Max muchas veces intentó convencerla en involucrarse menos, ella no se dejó convencer. En compañía de esas mujeres se sentía útil y libre. Puede que Brenda las ayudara con su profesionalidad y sus terapias de auto superación, pero ellas le ofrecían a su inquieto espíritu una sensación de plenitud que ya casi nunca sentía.

La frescura de la noche entraba por las rendijas de las persianas entreabiertas de su ordenada habitación y la mujer cerró los ojos suspirando con un lunes ajetreado que llegaría pronto. Bombón, su gatita marrón caramelo, le lamió la mano antes de ronronear y recostarse a su lado disfrutando de la suavidad del esponjoso acolchado.

Durante las dos últimas horas había realizado grandes esfuerzos por mantenerse despierta, pero los delicados y somnolientos párpados se le cerraban agotados en una noche cada vez más oscura. Quería seguir despierta pero cada vez le costaba más. Hoy mismo, y a pesar de ser domingo, recibió una llamada con una voz autoritaria al otro lado del teléfono que resultó ser ni más ni menos que la del primer ministro. En un principio pensó que se trataba de una broma pesada de Connor, pero la conversación y la problemática del asunto era demasiado enrevesada hasta para un loco escocés como su amigo, por lo cual no tuvo más remedio que rendirse ante las evidencias. Al otro lado de la línea se encontraba el mismísimo primer ministro.

Con una petición que más bien era una exigencia, el hombre le “solicitó”

una cita para una persona muy allegada. ¿Muy allegada?, pensó curiosa. Una consulta estrictamente privada, dijo el hombre, causando aún más intriga en la doctora. En un principio no pudo negar que, aunque le molestaban las imposiciones, el caso le interesó sobremanera, pero luego, sencillamente fue imposible resistirse. La curiosidad la dominó a tal extremo que accedió sin reparos en realizar un hueco en su atestada agenda.

A primera hora atendería a tan relevante paciente. Fuese quien fuese.

Brenda Klein era una profesional con letras mayúsculas pero la curiosidad era uno de sus defectos a superar, y ese domingo no era el día apropiado para superarlo, pensó divertida. ¿Quién podía captar la atención del primer ministro como para hacerlo buscar su teléfono y llamarla en un domingo por la tarde? ¿Y por qué tanta urgencia?

Brenda, con amplia experiencia en escuchar vergüenzas inapropiadas, en un principio intuyó que sería una consulta para él mismísimo primer ministro, pero éste le quitó la idea: A primera hora de la mañana, llegaría a su consulta alguien que vendría de su parte ¿pero quién? ¿y por qué tanto secretismo?

El primer ministro cortó la llamada con un escueto gracias, mientras la mujer asimilaba la información. Desde hacía poco más de un año su vida había virado rumbo a una fama que no se disipaba con el paso del tiempo. Desde aquella participación en el equipo de rescate de ese autobús repleto de niños secuestrado por un padre bomba, la fama de su consulta se disparó a tal punto, que hoy, el número de su teléfono figuraba en la agenda del primer ministro del Reino Unido. ¡Guau!, y mil veces ¡guau!, pensó observando el reloj de su ordenador y comprobando lo tarde que se le había hecho. En primer lugar pensó en esperar a Max despierta pero sus buenas intenciones resultaron ser historia cuando cerró el portátil. Dormía profundamente cuando un cuerpo duro y caliente y se acomodó a su lado, pero ella no se despertó.

Max se introdujo bajo las suaves sábanas de algodón feliz de estar en casa. Brenda lo era todo para él. Su futuro y su principio, su amiga y su hogar, su naranja al completo. Sonrió al imaginar qué pensaría ella si supiera lo poeta que se volvía cuando no la tenía a su lado. Por supuesto que jamás se lo diría, ellos eran mucho más que esas trivialidades de poemas empalagosos y flores envueltas en papel celofán barato. Ambos formaban una pareja consolidada que no necesitaba de frivolidades vacías para demostrarse lo que significaban el uno para el otro.

Con delicadeza se acercó para admirarla con la libertad que le ofreció encontrarla en brazos de Morfeo, y, para su pesar, tuvo que reconocer que se encontraba terriblemente excitado. Llevaba días sin tenerla a su lado y se sintió embriagado. Bastaba con ver su larga melena color canela desparramada sobre

su almohada o la tersura de sus labios llenos para demostrarle que los años no pasaban para mujeres como ella. Si a los veinte ya la consideraba guapa, ¿qué podía decir ahora? Los años le habían regalado la inteligencia de la experiencia y las curvas de la adultez, ¿qué más se podía pedir? Ella era una mujer completa, especial e irresistible. «Por lo menos para mí», pensó libidinoso.

Adormilada, intentó abrir los ojos y expresarle lo mucho que se alegraba de tenerlo en casa pero sus ojitos cansados no le respondieron. El cabello le cubría su propio rostro y Max no pudo recordar haberla visto más encantadora que en aquél momento.

Deseando no despertarse, murmuró entre dientes un ‘lo siento’ apenas audible y el hombre sonrió al instante pensando como la exigente doctora del día, podía convertirse en la delicada ninfa de sus noches. Sin poder contenerse un segundo más, extendió con timidez sus largos dedos despejándole la cara. Ella se movió acomodándose mejor en su mullida almohada pero él no cesó en sus intentos. Con unas delicadas y provocativas caricias la envolvió en su calor. La besó tiernamente en la frente mientras con la suavidad de la yema de sus dedos la recorrió desde el hombro hasta alcanzar la pequeña oreja a la que le dedicó especial interés. Sus manos la reconocían por allí donde pasaban, ella era Brenda, su mujer. La acarició una vez y otra acompañándolas con pequeños besos dispersos por aquí y por allí. Ella suspiró y se retorció entre sueños y Max deslizó con cuidado las sábanas hacia abajo provocando un suave escalofrío en el tierno cuerpo que se erizó al instante.

Brenda lucía preciosa con ese delicado camisón de seda champagne de finos tirantes que él mismo había escogido. En un principio ella había mostrado interés por uno de raso azul celeste, pero este sin lugar a dudas era la elección más adecuada, pensó al acariciarla y con dos dedos de forma lenta para no despertarla, comenzó a deslizarlo hacia abajo.

La frescura de una noche primaveral que acaba de comenzar, asomó por entre la noche y Brenda se dejó acariciar disfrutando de una pasión que parecía comenzar a despertarse.

Las manos acariciaron unos tiernos senos rosados, seductores y del tamaño perfecto como la más jugosa de las manzanas. Y a Max le encantaban las manzanas...

Sus dedos, que con vida propia se movían entusiasmados sobre la tersura de su piel, la acariciaron con desesperación, pero con la prudencia de un hombre que no deseaba despertarla. Quería tomarla así, adormilada y balbuceando su nombre entre sueños. Llevaban años juntos pero adoraba la forma en la que decía su nombre en esos momentos en los que perdía el control. La entonación que ponía al decir la M o la forma en la que alargaba la letra A cuando se

enfadaba. Sí, esa era ella. Brenda Klein, la mujer perfecta para él.

Ella estiró su cuello hacia atrás deseando que aquél sueño no terminara. Lo necesitaba. Llevaba tiempo dormida y nada tenía que ver con el cansancio laboral. Los meses pasaban y su cuerpo no despertaba. Por lo menos no como debía.

En la penumbra buscó esa boca que la devorara y esas manos que la retornaran al lugar de donde se había escapado. Se había perdido y buscaba la mano que la guiara para regresar. Su cuerpo ardiente por el deseo levantó las caderas y se refregó anhelante buscando aquello que ya no encontraba. Se retorció mientras las caderas se elevaron esperando saciar un hambre permanente. Con los ojos aún cerrados y envuelta en la nebulosa del sueño elevó débilmente los brazos y se aferró a la dura espalda que comenzaba a cubrirla al completo. El calor la fue envolviendo y sus uñas comenzaron a clavarse en la curtida piel mientras suplicaba en silencio encontrar lo que buscaba. Su cuerpo delicado se agitaba cada vez más deseando expresar con movimientos lo que sus palabras no se atrevían decir.

Max reaccionó con prontitud a sus peticiones y, sediento de su calor, se lanzó sobre la humedad de un cuerpo que lo reclamaba como abeja a la miel. Brenda lo recibió con un pequeño gemido y esperando encontrar ese algo que la hiciese despertar. Sus ojos cerrados, ahora con fuerza, se esforzaban por encontrar la concentración necesaria.

Tengo que conseguirlo, tengo que hacerlo, se dijo impaciente. Max murmuró dos frases cariñosas y ella lo estrechó con fuerza. Era Max, su pareja, su amigo, su todo. Él la rescataría. Hundiéndose una vez y otra en el calor ardiente de su pecaminoso cuerpo, él recibía todo lo que sólo ella era capaz de ofrecerle y ella se dejó.

Brenda se movía entre nerviosa y excitada. Lo buscaba, lo deseaba, lo quería, lo necesitaba... Aún no... aún no... murmuró desesperada, pero él no la escuchaba.

Max se movía ardientemente una y otra vez ofreciendo lo mejor de sí, pero Brenda se encontraba nuevamente perdida. Desesperada intentó moverse, quizás si acompañaba el ritmo de él, quizás así... pensó entusiasmada. Quería seguirlo, en verdad que lo deseaba ¿pero cómo? La humedad de su cuerpo le indicaba que sus intenciones eran reales ¿entonces por qué no podía recuperarla? La pasión deambulaba perdida por un limbo al que no alcanzaba.

Necesitaba que la mano de Max la rescatara pero no se atrevió a expresarlo. ¿Cómo explicas a otro lo que ni siquiera tú eres capaz de comprender?

El hombre se movió dentro y fuera, dentro y fuera, una y otra vez,

extasiado en una oleada de esplendorosas sensaciones, expresando con su cuerpo su absoluta necesidad por ella pero la mujer ya no estaba allí. Puede que su cuerpo disfrutara de un momento agradable pero poco más.

Sus dientes mordieron sus labios para no hablar mientras que su mente, ahora despierta, vagabundeaba por quien sabe que derroteros. Una y otra vez intentó concentrarse pero todos los esfuerzos cayeron en saco roto. No valía la pena luchar. Ahora no. Los pensamientos como torbellinos de tormenta descontrolada intentaban ofrecerle consuelo, solución o simple desesperación, fuese lo que fuese, ella ya no estaba haciendo el amor con su pareja.

Max gruñó mientras un sonoro ¡sí! se escapaba de sus labios. Con delicadeza cayó sobre su cuerpo y ella lo cubrió con un dulce abrazo con mucho de ternura pero en absoluto pasional.

Los días

Max, en estado de completa somnolencia, la abrazó y la atrajo hacia su pecho intentando alargar aquellos momentos, pero ella se apartó con delicadeza y así, separados, terminaron durmiéndose.

Era temprano por la mañana y un nuevo lunes comenzaba a amanecer. Con mucho cuidado de no despertarlo, apartó las sábanas y se puso en marcha. Max estaría agotado y no era necesario despertarlo tan temprano. Caminó de puntillas y con el mayor de los sigilos, puso rumbo hacia el baño.

Estiró sus músculos aún adormecidos y acomodando el agua en la temperatura exacta, se introdujo en la magnífica ducha de piedra y cristal que Max había diseñado especialmente para los dos. Las gotas templadas recorrieron de principio a fin su cuerpo viajando imperturbables desde su delicado cuello hasta alcanzar el más diminuto de sus dedos. Con la sensación de frescura en la piel, levantó el rostro al cielo y su cabello espeso se deslizó sobre los delicados hombros buscando el consuelo del agua matinal.

Los chorros resbalaban por su rostro y ella respiró con profundidad, intentando no pensar. La sensación de culpa la dominaba al completo. Sus manos pesadas por las dudas, se apoyaron contra la pared esperando que las diminutas gotas arrastraran estúpidas sensaciones. Culpa, desazón y miedo se apoderaban de su cerebro, enloqueciendo aún más unos pensamientos demasiado confusos como para ser aclarados.

Recordó amargamente el fallido encuentro amoroso con su marido e intentó buscar alguna razón lógica ante su aparente indiferencia, pero no la encontró. Si existía una persona a la que quisiera con la totalidad de su ser, ese era Max, ¿entonces que le estaba pasando? Hormonas, edad, aburrimiento, monotonía... ¿Cuál era la respuesta correcta? se cuestionó agobiada, y principalmente, ¿quién tenía su pasión y cómo podía recuperarla?

Muchas veces en su consulta había dedicado sesiones completas a pacientes con graves problemas de pareja pero ahora una disyuntiva demasiado compleja la enfrentaba ante su propia realidad. Debía aplicar sus propios consejos y descifrar el enigma por su cuenta. Cuando trataba con sus pacientes, ella era una fría espectadora ofreciendo sus conocimientos, pero esta vez Brenda era la protagonista principal de propia película. Tenía en sus manos un guion del que desconocía el final y del que no sabía si sería capaz de reescribir con buena letra.

No estuvo tan mal, pensó intentando consolarse, he tenido un orgasmo,

pequeño, pero orgasmo al fin. Eso debía de significar algo.

«Si el acto me resultara indiferente no lo habría sentido. Además yo tengo ganas y muchas, el problema es que...» se detuvo, regañándose a sí misma por sus propias tonterías.

Estaba sola, en la ducha y discutiendo con sus propios pensamientos, pero eso no significaba que estuviese loca o algo por el estilo. Amaba a Max y eso no cambiaría.

«Todo tiene una solución», pensó optimista, el único problema era encontrarla. «¿Tal vez si hablas con él?», su pequeña voz interior intentó recriminarle pero la desechó al instante. Max la adoraba y ella lo sabía, no existía razón para preocuparlo. No, este era su problema y ella misma lo solucionaría. Por algo era Brenda Klein, una de las mejores psicólogas del país. Sus deseos y pasiones se evaporaron una mañana y su deber consistía en recuperarlos. Y lo haría.

Cerró los ojos con fuerza y movió las manos con energía excesiva sobre su espumosa melena deseando que los chorros de agua arrastraran por las alcantarillas de la ducha su preocupación.

Unos litros más tarde y grandes cuotas de jabón, consiguieron el milagro de retornarla a su estado natural. El del optimismo. Ese que le decía que era una prestigiosa profesional, vivía una vida serena y organizada, equilibrada y totalmente enamorada.

Mucho más animada, se secó el cuerpo con rapidez, se envolvió en un suave y mullido albornoz y se encaminó por el largo pasillo en busca de su imprescindible dosis de cafeína. La puerta de madera maciza rechinó un poquito antes de cerrarse y dejarla resguardada en la soledad de la cocina. Con una rapidez de lo más habitual en ella, encendió la cafetera, preparó las tostadas dentro del tostador, calentó leche en el microondas y extrajo mermelada y mantequilla de la nevera. Estiró el delicado mantelito individual rosa palo sobre la mesa y esperó mientras observaba el horizonte por el inmenso ventanal. El día comenzaba a despertarse y era una mañana preciosa de primavera. La alegría se notaba en el vuelo de los pájaros, en el elegante tono verdoso del césped y en la vida que florecía en las coloridas jardineras. Bombón rascó la puerta y ella, sonriente, le abrió mientras la convidaba con una tacita de leche que tanto le gustaba.

El aroma intenso del excelente café sudafricano cubrió la cocina y los recuerdos de una niñez que no deseaba rememorar aparecieron sin ser invitados. La imagen de ella pequeñita y sentadita sin molestar, admirando el duro perfil de su padre que bebía un fuerte café en su taza de porcelana mientras leía el periódico sin ser interrumpido. Él siempre leía tomando ese café, y aunque se

esforzaba enormemente por no imitarlo, pequeños detalles la hacían pensar que una parte de él, aunque no lo deseara, siempre formaría parte de su propia esencia.

El reputado abogado Oliver Klein vivía en Sudáfrica desde hacía ya más de cincuenta años, concretamente en Ciudad del Cabo, capital legislativa del país y centro de grandes decisiones políticas. Como indiscutible fiscal y como afamado déspota y aún más profundo egoísta, jamás tenía tiempo para su pequeña e molesta hija que lo sacaba de sus casillas mucho más de lo que habría podido reconocer.

Desde que llegaron a Sudáfrica, su padre se sintió como en casa. En países en los que la desigualdad se hacía palpable y las diferencias se definían perfectamente con el tinte de las tan bien definidas clases sociales, era donde Oliver Klein se sentía el ser más poderoso de todos. Sería por eso, y unas cuantas razones más, por las cuales él nunca intentó regresar a Londres y Brenda jamás se lo pidió. Llevaban meses sin saber nada el uno del otro. Exactamente dos, el tiempo en el que con una fría llamada de cinco minutos se habría enterado que su madre había muerto a causa de un cáncer terminal.

Ella podría haber viajado, podría haberse despedido, pero él no lo consideró oportuno. “No podías hacer nada”, dijo á. Y puede que él tuviese razón ¿pero por qué no permitirle despedirse de esos ojos que siempre la miraron con tristeza y resignación?

Brenda bebió un sorbo de su café e intentó recordar sólo lo bueno, pero la verdad era que esos momentos resultaban ser muy escasos. Puede que en el internado de señoritas se hallaran los pocos tiempos felices, puede que igual lo fueran cuando Rachel, esa polvorita de enormes trenzas pelirrojas, se escabullera por el cuarto de las monjas buscando novelas románticas que escondían bajo el colchón o puede que fueran cuando los gritos de una tímida Johana, de rizos del tamaño de enormes caracolas, se encontraba con esos seres indeseables, despiadados y asesinos llamados arañas. Brenda sonrió al recordar a aquellas dos, sus mejores amigas, y que hasta el día de hoy eran sus inseparables. Ellas habían regresado a Londres y actualmente representaban un trío de lo más variopinto. Max, no soportaba a Rachel y tragaba sin masticar a Johana pero todos se comportaban socialmente educados y responsables cuando debían compartir un mismo recinto y para Brenda eso era más que suficiente.

La tostadora lanzó por los aires una crujiente rebanada de pan de centeno devolviendo a Brenda al planeta de las realidades actuales. Miró la hora en el reloj de pared y maldijo por lo bajo. Apuró el café y mordió apresurada la deliciosa tostada bañada con mermelada de frutos rojos, deseosa de comenzar el día y dejarse de tonterías que no la llevaban a ningún sitio. El pasado era pasado

y su desidia actual se solucionaría en cuanto aplicara con ella misma una de sus tan afamadas terapias. Entusiasmada, verificó en el móvil su agenda y organizó su semana.

Si supieras

Akim se secó el rostro recién afeitado. Hoy comenzaba en una nueva cuadrilla y verdaderamente necesitaba el cambio. Le urgía desaparecer de la obra anterior. Por un momento se quedó observando el reflejo de un duro cuerpo a medio vestir y sintió pena de sí mismo.

«No me extraña que intimides». Pensó al ver los tatuajes de sus hombros y las cicatrices que conservaba en los brazos o en las manos frutos de años de duro trabajo.

Algunas mujeres consideraban sus hombros anchos, su mandíbula cuadrada o sus negras pestañas como un atractivo especial masculino pero seguro que ella no. Ella jamás se fijaría en un cuerpo tan tosco como el suyo. Ella era finura, delicadeza, porte, educación mientras que él...

El baño se iluminaba con sólo una pequeña bombilla por culpa de una cuenta casi siempre en números rojos, pero aun así y pese a su escasez, él era capaz de ver exactamente cada uno de los detalles que lo separaban de ella. Brazos musculados conseguidos por el esfuerzo de acarrear indecentes cantidades de escombros, manos agrietadas por la corrosión de materiales, un pecho demasiado ancho para seguir los cánones de masculinidad actual, y unas ondas que ni eran rizadas ni nada, sencillamente rebeldes. Bufó intentando acomodarse con sus dedos esa ondulada y rebelde cabellera de un intenso negro pero desistió en el intento. Su cabellera al igual que su dueño se despertaba insurgente y sin esperanzas.

Acarició la suavidad de su barbilla pensando si a ella le gustaría más con barba o sin ella pero inmediatamente lo descartó de su acalorada mente. Ella no era suya, no debía imaginarla, no debía seguir pensándola o se volvería completamente loco. Tenía veinte y seis años y no podía seguir cometiendo errores y sufriendo sus consecuencias. Debía continuar con su vida y dejarla olvidada en el pasado. Parecía posible, después de todo entre ellos jamás sucedió nada de nada. Absolutamente nada, pensó insatisfecho.

Sacudió la cabeza húmeda intentando eliminar las últimas gotas de la ducha mientras con un movimiento rápido de brazos, se puso la camiseta, la acomodó por encima de los desgastados vaqueros y maldijo al sentir la nueva herida en su muñeca, y sin desearlo volvió a recordarla. Esa herida que comenzaba a cicatrizar era el fiel reflejo de su distracción cada vez que la veía.

Negó con la cabeza dos veces con una fuerte sacudida mientras suplicó a su mente que por favor lo ayudara a olvidarla. Ella era demasiado, algo

inalcanzable que sólo lo haría sufrir.

«No debería quejarme, pero, joder...». Pensó sabiendo que aunque en su mundo era afortunado, no podía evitar sentir pena de sí mismo.

Apoyó las manos en el lavabo y por primera vez desde que había abandonado Chechenia se sintió sin fuerzas. Durante los últimos cinco años llevó una vida bastante diferente a la de un joven normal pero él no era un joven normal.

Cuando otros comenzaban a disfrutar, él huía de un país en guerra con un bebé entre sus brazos y un padre envejecido y triste con una vida demasiado dura para admirar. Volvió a mirarse en el descolorido espejo y maldijo en alto enfadado con la vida, el destino y con ella. Ella, que lo provocaba a pesar de no reconocerlo. Antes de ella jamás se hubiese tomado la molestia en dedicarle ni cinco minutos de su tiempo a un pasado que no podía borrar o a un maldito presente que no podía reescribirse, ni hubiese pedido un traslado aun sabiendo que el corazón se le desgarraba de sólo imaginar no volver a verla, pero allí estaba, sufriendo por amor por primera vez en su dura vida y esperaba que fuese la última vez.

Esos ojitos chocolate lo tenían embrujado y aunque deseaba borrarla de sus recuerdos no podía. Anoche mismo, Lola, en su afán de conquistarlo, le dedicó la más prodigiosa de las atenciones ¿pero de que sirven un par de polvos bien conseguidos si cuando te calzas tu casco y te subes a tu moto su sonrisa regresa aún más nítida que antes?

Desde el endemoniado día en que ella entró por el portal y se perdió tras el despacho del arquitecto luciendo un impecable vestido negro y esos tacones de infarto que enloquecerían a cualquier mortal, su imagen no lo había abandonado de sus pensamientos.

El joven acercó las manos bajo el grifo y se lavó el rostro con agua congelada, otra vez. Intentaba olvidar lo que al parecer era un imposible. ¿Qué tenía ella que, a pesar de ser todo lo que no debía, era lo único que deseaba? Durante días, cual acosador enloquecido, esperó verla, recorrió pasillos, subió escaleras, arrojó escombros, incluso se ofreció para pintar una de las nuevas oficinas. Todo por volver a verla. Nervioso movía material de un piso a otro buscando una oportunidad para chocarla y poder hablarle pero ella no aparecía. Cual jovencito enamorado rogó al cielo que escuchara sus lamentos pero como era algo habitual en hombres con su historial, eso nunca pasó. Dios no escuchaba a hombres como él. Amargado y decepcionado después de dos semanas de hacer el tonto por todo el edificio y creyéndose capaz de olvidarla, la vio y sus esperanzas renacieron delante de él.

Ella estaba allí. En el mismo despacho y bajo el mismo techo. La

garganta se le secó, el corazón se le disparó descontrolado y las manos se petrificaron a los lados de su congelado cuerpo. No se movió, no habló, simplemente la miró a los ojos con una estúpida sonrisa que ni él mismo sabía que tenía. ¿Desde cuándo sabía sonreír con tanto entusiasmo? Hasta él mismo se extrañó de tan irreconocible actitud.

Intentando no parecer un imbécil de campeonato, bajó la mirada para verse a sí mismo e intentar adcentarse con unas fuertes sacudidas sobre el mono de trabajo cubierto de polvo.

Su imagen no era de las mejores pero puede que con un poco de suerte a ella no le importase. Arrojó rápidamente la brocha de pintura en el cubo intentando parecer menos obrero, mientras al abrir la boca rogó porque las palabras le salieran y no quedara aún más estúpido de lo que ya se sentía.

Llevaba días imaginando ese primer encuentro y estaba a punto de hacerlo realidad cuando el arquitecto, del que se había olvidado que tenía a su lado, se adelantó y con el movimiento de tan sólo tres pasos se puso delante y la besó. Delante de sus incrédulos ojos, la besó.

—¿Papá, me llevas al colegio? ¡Papá!

Un pequeño de apenas seis años y con sus mismos ojos color cielo se hizo un lugar en el baño.

—Quedamos en que no era de buena educación entrar al servicio sin llamar.

—Pero somos chicos. No hay chicas en casa —. Contestó como si eso lo justificara todo.

La madre de Lucien lo abandonó al nacer y Akim con tan sólo veinte años se convirtió en padre soltero y junto a su padre el único educador del niño por lo cual muchas veces el pequeño llegaba a conclusiones bastante disparatadas.

—Que no viva ninguna mujer en casa no significa que no tengamos normas.

El pequeño negó seguro con la cabeza mientras contestaba seguro.

—Paul dice que cuando su madre no está en casa su padre les da chuches, beben Coca-Cola, juegan con la Play y hacen concursos de eructos. Su papá es capaz de hacerlos durante un minuto seguido —aseguró asombrado—. Un día que estaba en su casa Paul y yo lo medimos con un cronómetro pero su papá nos hizo prometer no contarlos.

Akim lo miró curioso mientras intentaba contener la sonrisa.

—Si su mujer se entera dijo que le cortaría su masculinidad aunque no sé

qué significa —. Lucien levantó los hombros y su padre no pudo contenerse y lanzó una carcajada sonora.

—Conociendo a la madre de Paul puedo imaginar los temores de su padre. Ahora vete con el abuelo. Irás al colegio con él —. Respondió levantando al pequeño entre sus fuertes brazos y regalarle un beso sonoro en sus sonrosados mofletes.

—¿Vas a otro edificio hoy?

—Sí.

—¿Terminaste el otro?

—Digamos que necesitaba un cambio.

—Ah —dijo como si comprendiera algo— ¿Lo construirás tú?

Él no era ningún arquitecto famoso pero su hijo se negaba a verlo como a un simple albañil.

—Ayudaré un poco.

—Cuéntamelo otra vez, vamos papá —dijo señalando el tatuaje que asomaba por el la parte baja del cuello.

—Vete a beber tu leche o llegarás tarde —dijo serio, cambiando de tema.

El niño hizo un mohín al no poder escuchar la historia nuevamente y se marchó tan feliz como había llegado.

Akim se acomodó los vaqueros agradeciendo que ya no le importara si estaban o no demasiado desgastados o si su camiseta tenía más de dos primaveras, después de todo ya no volvería a verla y las otras opiniones poco le importaban. Caminó hacia la puerta, recogió el casco y las llaves de su moto cuando su padre lo interceptó con una taza de café en la mano para ofrecérsela.

—No puedo, tengo que cruzar la ciudad al completo y se me hace tarde.

—¿Cuadrilla nueva?

—Eso parece —Contestó colocándose el casco.

—¿Nikola trabajará contigo?

—Como si pudiera perderlo —. Dijo divertido y su padre se rió mientras le extendía un billete de veinte libras.

—¿Qué es esto?

—Unos trabajitos sueltos que hice —dijo levantando los hombros—. Igual te hace falta.

—No es necesario. Guárdalo para comprarte algo que necesites —dijo antes de salir por la puerta.

«Algo que necesites», pensó mientras encendía su moto. Sabía perfectamente que para su padre cualquier compra necesaria sería para el pequeño Lucien. El carácter se le agrió aún más de lo que ya solía tenerlo. Pensar en su padre y los sacrificios que hacía por ayudarlo a criar a su hijo lo

hizo sentirse aún más idiota y terriblemente culpable. Aceleró con fuerza y abandonó el portal con el rugido de la moto que aunque resultó ensordecedor no suponía ni la mitad de la furia y frustración que el grito de su furioso corazón.

Sorpresa

Sin mirar atrás, recogió el bolso a toda prisa y arrancó su descapotable para encaminarse rumbo al trabajo. Tendría un día de lo más ajetreado y no tenía tiempo para seguir perdiendo en incoherencias injustificadas sobre un matrimonio que no tenía ningún problema.

Recordó entusiasmada, que desde su negociación con aquél padre bomba en el autobús escolar, continuamente grandes personalidades contactaban con ella para solicitar su terapia. El último año llevaba un ritmo de lo más acelerado pero estaba encantada. Sentía que todos sus esfuerzos eran valiosos para una sociedad que la necesitaba y a la que ella asistía gustosa. Su padre siempre le dijo que su sensibilidad hacia el débil no le traería nada bueno, pero estaba equivocado, su labor sí que era útil. Recordó satisfecha sus éxitos. «Va por ti papá», pensó con ironía.

Disfrutando del comienzo de una nueva semana, que llegaba cargada de nuevas historias por escuchar, aparcó frente a su consulta y no pudo resistir la tentación. El Starbucks frente a su consulta y el latte-macchiato con caramelo y un delicado toque de vainilla, resultaban un placer al que no podía negarse, y mucho menos un lunes por la mañana.

Bajó del coche y sus piernas no tuvieron que consultar el destino. Latte-macchiato eres mío, se dijo con la sonrisa en el rostro.

—¿Lo de siempre? —Una jovencita con una amplia sonrisa que parecía sacada de un comic japonés preguntó entusiasta.

—Por favor, Laura.

—Y para llevar... —No fue una pregunta. La conocía muy bien.

—Sí, gracias —contestó al ver a la empleada capturar un vasito de cartón reciclado con tapa y escribir 'Doctora Klein' sin preguntar.

Brenda abonó su pedido y se movió a un costado para no entorpecer la cola mientras esperó ansiosa su segunda dotación de cafeína del día. El móvil le sonó en el momento exacto en el que la sonriente empleada le entregó su bebida caliente. Con un perfecto movimiento de equilibrista consiguió morder las asas del bolso mientras con una mano sostenía el café y con la otra descolgaba el móvil.

—Dime —contestó mientras con el hombro sostenía el teléfono y pasaba las asas del bolso por su muñeca para dejar la mano libre.

—Cari, será mejor que vengas y pronto. Esto es un desastre —. se oyó a alguien vociferando.

—Intenta no matar a nadie hasta que llegue—. Respondió divertida mientras pensaba que no podía ser tan grave. Un lavado de cara, eso había asegurado Max. Seguramente Connor exageraba como siempre.

—Ay cari, te juro que no tienes ni idea de lo que estoy viendo. Creo que no dejaré a con cabeza —. Se oyó exclamar de lo más enfadado.

—¡Connor!

Brenda elevó el tono intentando traspasar el teléfono pero su amigo ya había cortado. Con el móvil en la mano, el bolso a medio colgar y la taza de café en la otra, intentó abrir la puerta de salida pero se percató de su estrechez cuando ya era demasiado tarde. Su taza de cartón reciclado y ecológica, chocó de forma frontal con un cuerpo cuatro por cuatro de ancho. El joven que a estas alturas chorreaba café en su, hasta ahora, inmaculada camiseta la miraba desorientado.

—Perdón, perdón, lo siento mucho. Soy una torpe.

Brenda acercó la servilleta de papel que llevaba pegada a la taza e intentó secarlo pero la tensión del joven iba en aumento. Volvió a mirarlo a la cara intentando disculparse nuevamente pero esta vez no fue rabia, ni enfado lo que notó en su rostro sino algo parecido ¿al temor?

No, no era posible. Ese joven no tenía el tamaño ni la apariencia de un conejito asustadizo sino más bien todo lo contrario. Su rostro era duro, poseía una estatura que la obligaba a mirarlo hacia arriba a pesar de sus exagerados tacones, y el ancho de sus brazos muy bien alimentados, no demostraban ser del tipo de hombres que se asustaran de una mujer menuda como ella.

«Brenda, estás perdiendo las facultades. Lo que está es enfadadísimo». Pensó arrepentida.

—Mil disculpas por favor, que puedo hacer...

—Estoy bien.

—De verdad lo siento mucho —comentó al ver la mancha que comenzaba a oscurecer parte de la tela.

Él apenas la miró a la cara pero ella habría jurado que la odiaba con todas sus fuerzas. Intentó moverse a un lado mientras comentó arrepentida.

—Puedo pagarte el tinte —. Él abrió nuevamente los ojos como platos y Brenda se preguntó qué otro error había cometido. Mejor dejarlo pasar y desaparecer del lugar. Estaba claro que no deseaba disculparla.

—Bien, te dejo pasar.

Se giró sobre sus pasos para dejarle sitio pero el hombre negó con la cabeza.

—No.

«¿No? ¿No, no entro?, ¿no, no quiero café?, ¿no, no me pagas el tinte? ¿no, no te quiero ni ver? ¿Cuál no?

Lo observó sorprendida mientras él, y por primera vez en su desastroso encuentro, la miró fijamente a los ojos. Dios bendito, eran tan claros como el más delicado de los zafiros. Piedras preciosas casi transparentes, delicadas y brillantes como la dulce naturaleza, pero recias y duras como la misma roca.

Él la observaba concentrado como si quisiese decirle algo más, como si ya se conocieran pero eso era altamente improbable, si hubiese visto alguna vez esos ojos antes, estaba segura que los recordaría.

«¡Brenda por favor! Que eres una señora». Pensó disgustada.

—Los precios —. Dijo rotundo y despertándola de sus pensamientos.

«¿Precios? ¿Del café?, ¿de la camiseta?, ¿del tinte?».

Akim no aclaró, simplemente señaló la pizarra colgada en la pared.

—Ya entiendo —contestó en voz baja—. Pero creo que después del estropicio que te he hecho, yo invito —comentó comprendiendo la situación mientras acomodaba el bolso en su hombro y se disponía a entrar nuevamente al local —. Mi café está todo en tu camisa y es justo que por lo menos te pague uno que puedas beber —. Dijo con un pequeño mohín.

«Madre mía, es un poco exasperante. Está bien que se parezca a un actor de esos de película de golpes y patadas pero tampoco es para matarme con la mirada». Se dijo a ella misma.

—¿Nos vamos? —Un joven que apareció a su lado preguntó con un acento extranjero tan fuerte y marcado como el suyo.

—Sí.

El joven señaló la pizarra con los precios y su amigo asintió sin preguntar. Ambos se giraron para marcharse pero ella hubiese jurado que el que se llevaba su café encima por unos segundos dudó al irse por lo cual se atrevió a preguntar por segunda vez.

—Por favor, quedaros. Yo os invito. Es lo menos que puedo hacer por vosotros.

El joven se giró sin contestarle. La miró como si de un fantasma se tratase y de la forma más imprevista y un poco esquizofrénica, se sonrió sin pizca de ganas.

—Esto no puede estar pasando... —Dijo negando con la cabeza.

—¿Perdón?

El hombre miró la mancha en su mejor camisa y contestó con pena.

—Mi recuerdo. Gracias.

Los hombres se marcharon y Brenda se quedó por un momento detenida al verlo marchar. ¿Qué le sucedería?

«¿Recuerdo? ¿Estaría bien de la cabeza?».

Negó con la cabeza e intentó olvidarse del tema. Entró nuevamente al local y se acercó a la barra donde la

esperaba su cordial y sonriente camarera. Necesitaba otro latte-macchiato y esta vez con doble de cafeína.

El caos

Llamar catástrofe, a la imagen que Brenda tenía delante, era quedarse muy, pero muy, corta. Bolsas de quien sabe qué se desparramaban por la recepción. Arena y otros materiales variopintos se dispersaban en las entradas de los despachos. Inmensas marañas de cables azules y negros se cobijaban bajo los marcos cual pulpos descontrolados recorriendo el largo del pasillo subiendo de muy mala gana por la escalera principal. Botes de pinturas y cubos rellenos de cemento se dispersan entre la entrada de su despacho y el estudio de Connor. Los preciosos suelos de madera apenas podían verse bajo un cúmulo de polvo digno del Sahara central. Grandes gigantes delgados de hierro y de los cuales le sería imposible descifrar su uso, se depositaban delante de la puerta del que hasta ese momento había sido un precioso ascensor de finales del XIX.

—Dios bendito... —murmuró sosteniendo su delicioso late-macchiato en la mano derecha e intentando sortear los escombros del suelo para no mancharse sus delicados zapatos.

—Te lo dije. No deberías haberte casado con él. Está loco.

«Y ya estamos otra vez con la misma cantinela», pensó aburrida. Connor jamás sintió especial simpatía por Max y la verdad sea dicha tampoco Max por él. Según su amigo, Max coartaba su libertad y la encerraba en un mundo de bien avenidas normas sociales. Connor no podía estar más equivocado. Max y ella representaban el matrimonio perfecto, el problema no provenía de su marido, sino que ella ya no era la jovencita de ideales que Connor conoció en el campus de la universidad. Ella había madurado pero él no. En eso se basaban exactamente sus diferencias. Max era aplomo mientras que Connor era muy... Connor. Libre como el viento, un artista escocés sin pelos en la lengua. Uno era el aceite que siempre estaba listo para saltar mientras que el otro representaba la calma de un río encauzado. Max, perfecto caballero inglés donde los hubiese, nunca dejaba nada al azar en cambio Connor...

—No me gusta que hables así de él, y lo sabes.

Connor puso los ojos en blanco e intentó morderse la lengua para no contestar a su amiga tan querida, pero sus esfuerzos cayeron en saco roto. Como siempre.

—¡Ese estirado de corbata en el culo nos metió en este lío. ¿Qué tenía de malo el edificio cómo estaba? ¡Y por qué demonios lo está tirando abajo!

La verdad es que aunque Brenda intentó contestar con alguna razón que justificara semejante desastre, no pudo hacerlo. Max insistió que los despachos

estaban anticuados y a pesar de que ella no lo veía así, el edificio pertenecía a la empresa de su marido y tenía derecho a los cambios. “Sólo un pequeño lavado de cara”, había dicho Max, pero esto era una cirugía estética de cuerpo entero, pensó enfadada.

«La consulta debe estar acorde a tu nueva notoriedad», dijo su marido y ella aceptó. Se fiaba completamente del criterio de su marido, aunque en momentos como este deseaba no haberlo hecho.

Connor resoplaba mientras caminaba de un lado a otro pateando cuanto cubo se encontraba. Brenda comprendía perfectamente su enfado porque, de haber podido, ella también estaría pateando uno que otro bote, pero era su marido el que los había metido en semejante lío y no le pareció el momento adecuado de tirar más leña al fuego, aunque tuviese ganas de quemar a Max en la mismísima hoguera de Juana de Arco.

—Cuando hablamos de pequeña reforma jamás imaginé en algo parecido...—comentó disgustada.

Connor se arrepintió al instante de su mal carácter. Ella no era la culpable de tener a su lado a un imbécil, egoísta y egocéntrico como Max Brown. Ella no era capaz de verlo como realmente era pero él sí. Brenda no sólo era su mejor amiga desde tiempos inmemoriales si no que era capaz de comprenderlo más allá de los convencionalismos sociales. Cuando todos le dieron la espalda, ella siempre estuvo allí. Cuando lloró por aquél idiota egoísta de Jason, fue ella quien secó sus lágrimas, cuando sus padres le dieron la espalda a su condición sexual, fue ella la única que abrió sus brazos. Tocaba apoyarla y soportar las imbecilidades de su marido aunque lo aborreciese con ganas.

—Cari no te preocupes. Nos arreglaremos —dijo sin convicción.

—¿Tú crees? —Contestó arrugando la frente —¿Dónde se supone que trabajaremos? —Dijo apretándose la frente—. Tengo consulta en una hora y este lugar es... es... —su mirada se dirigió hacia la catástrofe que tenía delante y gritó furiosa—;Una puta mierda!

Connor abrió los ojos como dos castañas y sonrió por lo bajo. Esa era Brenda, la Brenda original, la que él conoció y Max se encargó de formatear y que muy pocas veces salía a la luz.

—¿Doctora Klein?

Ambos se giraron al unísono para enfrentarse a un hombrecillo de poco más de metro sesenta, con la piel muy morena y un mono azul de obra, manchado totalmente por demasiados materiales como para ser enumerados. Llevaba puesto un casco de obra naranja y parecía que el polvo salía de entre sus botas con cada paso que daba al acercarse.

—Soy yo ¿y usted es?—comentó con apenas voz y Connor se sonrió al

ver como el albañil se quitaba el guante de cuero para ofrecerle un apretón de manos de lo más efusivo.

—Soy el encargado de la obra. Pertenezco a la cuadrilla de su marido y es un honor para mí formar parte de esta reforma.

«¿Honor?». Brenda intentó, a escondidas para no ofenderlo, limpiarse la mano que el encargado había estrujado y pegoteado con algo amarillo, ¿pintura?

—Señor... —dijo intentando ser educada.

—Samir, me llamo Samir, señora.

—Samir —repitió con sonrisa fingida—. ¿Dice que está a cargo?

—Sí señora. Su marido ha dado las instrucciones al aparejador y él ha dejado todas las decisiones en mis manos. Verá, soy el maestro mayor de obra—comentó orgulloso de su cargo—. Controlo todo tipo de reformas, desde albañilería, pintura, electricidad y fontanería general. Algunos dirían que soy el Rama de las obras.

—¿El Rama de...?

—Es un dios indio de...— Connor contestó cada vez más divertido con la situación pero no pudo terminar porque Brenda lo fulminó con la mirada.

—Sé quién es —. Intentó respirar tres veces antes de contestar, después de todo el pobre hombre intentaba demostrar su valía y ella valoraba mucho su esfuerzo.

—Samir, y dado que mi marido lo ha dejado a cargo, sabrá que necesitamos que el edificio esté terminado cuanto antes.

—Por supuesto señora —. Contestó con seriedad.

«Bien, bien, vamos bien». Pensó algo más calmada.

—¿Y cuánto tiempo dice que tenemos que estar en este... este... —buscó la palabra mejor sonante para describir aquél cataclismo, pero no la encontró.

—¿Desastre, caos, hecatombe? —Connor aclaró sin pelos en la lengua y el hombrecillo estrechó los ojos ofendido.

—En dos semanas señor —dijo con tono serio.

«¿Nada más?» Brenda se extrañó del plazo pero Connor comenzó a gritar antes de dejar al hombre continuar con sus explicaciones.

—Dos semanas. ¡Dos semanas! Pero como cojones se supone que vamos a trabajar en este nido de...

El hombrecillo estiró los hombros intentando estar a la altura del metro ochenta y cinco de Connor. Los ojos verdes de su amigo centelleaban cual demonio reencarnado del mismísimo infierno pero el hombrecillo no se amedrentó.

—Permítame volver a repetirle —dijo molesto—que mi cuadrilla y yo somos un equipo de profesionales y sabemos perfectamente lo que hacemos —.

Contestó ofendido y Brenda lo admiró por su valor.

Cualquiera ante los gritos de un temible escocés de cabellos color fuego como Connor hubiese corrido durante kilómetros sin mirar atrás—. El arquitecto hizo provisiones para que la Señora Klein —recalcó cada letra de su apellido— tuviese una consulta provisional

—¿Y para mí? ¿El “arquitecto” no hizo previsión ninguna? —Preguntó ofuscado y con humo saliendo por su nariz.

—Nadie mencionó a ningún secretario —. Comentó dejando claro que no sabía quién era ni le importaba.

—Secre... secre ¡Qué!

Ahora era Brenda quien sonreía. Max, con este descuido, se estaba cobrando con creces muchos de los comentarios de Connor hacia él.

—Samir, permítame explicarle que Connor es un escultor con prestigio internacional y que trabaja en uno de los estudios que están reformando —su amigo asintió conforme con la descripción de Brenda.

—Ah, un artista de esos... —dijo dejando claro lo mal que le caía.

Connor estuvo a punto de levantarlo del suelo por el pescuezo si Brenda no hubiese intervenido con su propio cuerpo.

—Verá, Samir, ambos necesitamos donde trabajar y si fuese posible que estuviese libre de... —«Polvo, suciedad, cemento, pintura, cables, arena...» —trajín... tanto trajín —dijo secándose la frente. Eso de buscar palabras poco ofensivas estaba resultando ser un verdadero reto.

—Doctora Klein, su marido no habló nada de —miró con desprecio a Connor— él.

—Por supuesto que no lo hizo —. El artista se mordió la lengua para no insultar a los cuatro vientos.

—Seguro mi marido se olvidó de comentarlo... —Brenda miró disgustada a Connor que seguía maldiciendo —pero estoy segura que podremos llegar a algún acuerdo. ¿Samir se le ocurre alguna idea? —Preguntó casi con desesperación apretándose la frente.

—Doctora Klein, lo que pide no es nada fácil — el hombrecillo se quitó el casco y secó el sudor de su frente con un trapo gris que llevaba colgado del bolsillo de su mono —pero creo que podemos hacerle un apaño.

Brenda respiró aliviada.

—Se lo agradezco mucho Samir. No sabe cuánto nos está ayudando. ¿Entonces existen dos oficinas libres? —Preguntó esperanzada.

—No, sólo una, pero podemos poner un biombo para dividirla.

—Un biombo, ¿un biombo? ¡Un biombo!

Connor levantó la voz a tal punto que hasta los muros temblaron por

culpa de sus gritos mientras la doctora se apretó la frente con aún más fuerza.

El obrero sonrió satisfecho con la furia del gigante mientras caminaba tarareando al ritmo de bollywood esperando que lo siguieran. Totalmente confirmado. El artista no le había caído nada pero nada bien.

Un biombo en tu vida

—Pienso dejarte viuda.

—Max no quiso...

Connor arqueó una ceja y la amiga prefirió callar. Su marido había querido y eso era innegable.

—Tengo consulta... —expresó alarmada al observar la pequeña sala que Samir le mostraba orgulloso. El precioso diván rojo pasión, que Max le regaló para su último cumpleaños, presidía la modesta pero delicada consulta. En un lateral los ficheros eran custodiados por un delicado mueble moderno de madera y pintado de un delicado blanco roto que combinaba perfectamente con el pequeño pero exquisito escritorio. Todo era perfecto para ella, pero sólo ella.

Brenda acomodaba sus ficheros cuando Connor apareció después de algo más de una hora por la puerta. Por la ferocidad de sus insultos estaba claro que aún no se había calmado. Su amigo no necesitó preguntar en qué estado se encontraba su estudio, sabía perfectamente lo terrible de la situación. Sí, Max había olvidado intencionalmente a Connor.

—En unos quince minutos un modelo vendrá para su primera sesión —. Dijo desesperado.

—¿Modelo? —Preguntó deteniéndose para mirar a su amigo de forma curiosa —. No sueles hacer retratos.

—Un desnudo para ser más exactos —. Comentó amargado.

Brenda abrió la boca para después cerrarla y volver a abrirla.

—Dime que hablamos de trabajo —. Connor sonrió con picardía y Brenda refunfuñó molesta mientras acomodaba su portátil en el escritorio.

—¿O sea que todo este lío es porque no tendrías tu picadero listo? ¡Connor! Al final tendré que darle la razón a Max —. Dijo aporreando el teclado mientras su amigo se disgustó con la sola mención del estirado arquitecto.

El artista estudiaba cada rincón de la consulta y Brenda lo miró curiosa por encima de las gafas de leer. ¿Qué estaba tramando? Connor acarició el diván, observó la luz de la mañana entrar por el ventanal y afirmó seguro.

—Valdrá.

—¿Pero de qué demonios estás hablando? —La doctora lo descubrió al ver la picardía en su sonrisa—. Ni lo sueñes. Tengo consulta y el mío es un caso un pelín más serio que el tuyo.

—Cari por favor, por favor... —rogó con las manos apretadas—Llevo engatusando a ese bombero por algo más de un mes.

—Por mí, como si se presenta el cuerpo entero de bomberos.

Connor hizo un pequeño mohín de esos que dejaban un pequeño hoyuelo en su rostro y resaltaban el verde esmeralda de sus ojos pero Brenda se resistió. La consulta con el amigo del primer ministro era bastante más importante que cualquier bombero buenorro. Brenda negó rotundo con la cabeza mientras escribía en el ordenador un correo a su secretaria Clotilde para que se tomara el día libre. Mejor el mes, pensó al mirar el caos por detrás de la puerta.

Connor maldijo en alto antes de contestar enfadado.

—¡No pienso cancelarlo!

—Por favor, sé razonable. El mío es un caso grave.

—¡Y el mío un caso de extrema necesidad! Pienso tirarme al bombero con o sin tu ayuda.

Ambos se miraron con sangre inyectada en las venas.

—Seamos razonables —dijo levantándose de la silla y rodeando el escritorio para apoyarse agotada e intentando calmarse —¿Por qué no lo llevas a tu apartamento y disfrutas de una mañana memorable? —comentó intentando engatusarlo.

—Imposible —. Negó rotundo con la cabeza—. No llevo hombres desconocidos a casa.

—¡Pero qué dices! —Brenda perdió la poca paciencia que le quedaba—. He visto más hombres desnudos en tu casa que en un show de strippers.

—Eso era antes.

—¡Tres semanas! ¡Hace sólo tres semanas!

Connor levantó el labio en señal divertida al recordar la cara de Brenda al ver a ese apolíneo camarero abrir la puerta de su apartamento cubierto con un sencillo delantal de cocina.

—Soy un hombre más maduro.

—¿Desde cuándo?

—Hoy.

—Y por eso quieres liarte con un bombero en mi consulta. ¿Porque eres más maduro?

—Cari, maduro pero no idiota. Ese nene quiere conocer al gran artista y pienso enseñárselo —dijo con diversión en la voz.

Brenda intentó refunfuñar pero las tonterías de Connor la desquiciaban con la misma intensidad con que la divertían.

—Cambia el horario —dijo derrotada— permite que tenga mi sesión y después...

—Permiso —. La puerta se abrió de par en par mientras unos fuertes brazos y camiseta negra asoman acarreado un enorme y trozo de madera que

cubría el rostro del hombre al completo.

—¿Eso qué es? —. Dijo señalando al horroroso trozo de madera viejo.

—Imagino que el biombo —. Connor murmuró entre dientes.

Brenda cerró los ojos intentando calmar el fortísimo dolor de cabeza que comenzaba a ponérsele en el centro del cerebro.

Los musculados brazos dejaron en el suelo el mobiliario y el hombre comenzaba a marcharse cuando el grito de Brenda retumbó en la sala sorprendiendo al artista.

—¡Piensa dejarlo aquí!

El hombre se giró con total parsimonia

—Órdenes de Samir —dijo con voz gruesa y un fuerte acento extranjero—. Antes de girarse y quedarse mirándola a los ojos.

—Tú.

—¿Tú?

Ambos contestaron a la vez quedándose perplejos al descubrir lo corta que resultaban ser las vueltas de la vida.

—Eres —miró su pecho y comprobó los rastros de su torpeza—el del café... el que no pudo comprar... —Brenda cerró la boca al instante y Akim la fulminó con la mirada seguramente ofendido por su segunda torpeza.

Aquél hombre conseguía llevarla a cometer un error tras otro. Por su lado, Akim se sintió muy dolido por el recordatorio de su falta de poder adquisitivo. En sus labios las verdaderas eran aún más dolorosas.

—No todos somos tan... superficiales —. Balbuceo entre dientes mientras escaneó de arriba a abajo su vestido de primera y sus perfectos zapatos elitistas.

La psicóloga experimentada y acostumbrada a dominar los ataques con total profesionalidad contestó con rotundidad.

—Vete a la mierda.

Connor abrió los ojos sin poder creérselo y ella cerró la boca al instante en que sus palabras habían salido de sus labios.

«Dios bendito, ¿yo he dicho eso? Debe ser el stress». Pensó sin poder aceptar su reacción de lo más natural e impredecible. Ella no era así, ella era una mujer educada y controlada. Jamás daba rienda suelta a sus bajos impulsos. Comenzó a reorganizarse el cabello tras la oreja intentando tranquilizarse cuando el joven contra atacó.

—Me indica el camino doc-to-ra.

Sus buenas intenciones de psicóloga controlada, respetuosa y diligente se fueron al garete. La estaba provocando en toda regla.

—Coloca esa madera en otro sitio—. Ordenó autoritaria y Connor se

apoyó sobre la pared con las piernas cruzadas observando divertido.

El obrero no sólo no se movió sino que se cruzó de brazos en señal desafiante.

—¿Y dónde quiere que se lo meta, doc-to-ra?—contestó con ironía y Connor se carcajeó sin vergüenza alguna.

Brenda fulminó a su amigo con la mirada. Se sentía insultada. Puede que le tirara el café, que lo comparara con un mendigo y que lo tratase de forma autoritaria, pero eso no significaba que debía tratarla de forma tan grosera.

—Apóyalo en esa pared. No necesito a un niño como tú para mucho más. Me valgo yo solita... para todo —. Contestó orgullosa con su respuesta.

Akim sonrió de lado aceptando el desafío.

—Este niño ha vivido mucho, cuando quieras te enseño.

El joven se acercó con la mirada clavada en ella y Connor se sintió en la obligación de interferir ante la situación. Aunque ese joven parecía estar jugando, su espalda doble ancho y esos brazos demasiado musculados pusieron en alerta a un amigo preparado en defender a la doctora por encima de todo.

—Puedes irte e intenta no manchar el picaporte con esas manos llenas de pintura.

Brenda lo dijo señalando su mono de trabajo totalmente cubierto de polvo mientras se giró para darle la espalda y levantando la mano en alto dando por cerrada la discusión. El joven que tenía mucho de orgullo y poco de tranquilidad, negó con la cabeza mientras se marchó dando un fuerte portazo.

Connor se acercó por detrás para preguntar precavido.

—¿Estás bien?

—Perfectamente, no sé por qué lo preguntas— dijo mientras en un ataque de furia corrió hacia la puerta y la abrió para gritar a voz en grito.

—¡Niño! ¿Cuándo nos darán la luz?

Akim se detuvo a mitad del pasillo sin poder creer lo que había escuchado. Ella volvía a llamarlo niño. ¡Maldita sea! Qué equivocado había estado con ella. Esa mujer era una estirada igual que todas la de su clase. Se giró y con una mirada que habría incendiado el mismo infierno le contestó con voz grave.

—No lo sé, ni me importa.

—Entonces ve y pregunta. La necesito —. Ordenó desafiante.

El hombre miró su reloj y al levantar la vista de su muñeca contestó con maldad.

—Hora de mi almuerzo.

Ese joven la provocaba en grado extremo. Sacaba lo peor de ella.

—¡Me importa un cuerno! Esta es mi obra y yo soy la jefa. Si pido que

me des luz me la das ¡y el dichoso almuerzo te lo puedes meter por donde te quepa!

Connor abrió los ojos espantado.

«¿Por dónde le quepa? ¿Eso lo había dicho Brenda? ¿Su Brenda? La dulce, educada y excesivamente comprensiva Brenda?

—Primero comeré —contestó serio retrocediendo sobre sus pasos y acercándose amenazante—. Y puede que después, si quiero, si me da la real gana, atiendo las exigencias de mi “estirada jefa”.

—¿Estirada yo? ¿Me has llamado estirada a mí? ¡Me ha llamado estirada! —Brenda miró horrorizada a Connor buscando apoyo logístico pero este estaba demasiado divertido como para salir en su ayuda.

Era la primera y única vez, en veinte años, que veía a su amiga perder los papeles y estaba encantado. Brenda negó con la cabeza y resopló frente al mechón de su melena que se le interpuso entre los ojos decidida a defenderse ella solita.

—Mira bonito de cara. Yo no soy ninguna estirada y para que sepas, hago obras de caridad.

Connor se tapó la cara con ambas manos y Akim se giró para marcharse totalmente decepcionado. No deseaba seguir hablando con ella. Brenda Klein resultó ser un inmenso desengaño.

Caminó por el largo pasillo sin mirar atrás pensando cómo podía tener tan mala suerte. Había pedido un cambio de cuadrilla intentando olvidarla y lo único que había conseguido es acercarse aún más. ¿Se podía tener peor suerte que la suya?

—No se preocupe doctora, yo mismo buscaré al electricista.

Un albañil de igual tamaño y estatura pero con el cabello castaño claro habló tras ella.

—¿Y tú quién eres? —Contestó con la sangre hirviendo al ver como Akim se marchaba sin dirigirle la palabra.

—Me llamo Nikola y formo parte de la cuadrilla de Samir —respondió con una inmensa y la más agradable de las sonrisas—. Si nos disculpa sólo tenemos media hora y llevamos toda la mañana trabajando sin tomar ni un mísero café pero le prometo que en cuanto terminemos solucionamos su problemita con la electricidad.

El obrero le sonrió con educación y ella quiso morir en ese mismo instante. ¿Pero qué acababa de pasar? ¿Por qué había atacado a ese joven? Porque lo era, por lo menos más de una década menor que ella. ¿Cómo pudo ser tan cruel al hablarle así?

Brenda agachó la cabeza y sus hombros cayeron arrepentidos. Ella le

derramó café en el Starbucks y ellos no habían entrado por no poder permitirse el gasto sin embargo al verlo había reaccionado como si su presencia la amenazase. «No tengo disculpas».

Sin poder levantar la mirada agradeció por lo bajo al tal Nikola y entró nuevamente al consultorio cerrando la puerta con culpable parsimonia.

—Algún día podrías dejar de entrometerte en donde no te llaman —. Akim habló molesto.

—¿Y dejar que te despidan? Necesitas el trabajo tanto como yo.

—Prefiero perderlo a soportar a mujeres como esa.

—Puede, pero Lucien y tú padre necesitan el sueldo, ahora déjate de tonterías y vamos a comer —. Dijo levantando los dos bocadillos envueltos en papel plata.

Brenda tras la puerta lo escuchó todo y se sintió fatal. Se había comportado como una idiota.

—Yo no soy así... no soy así —balbuceó recostada en el marco y apretando su frente con dos dedos totalmente arrepentida por su comportamiento.

—¿Y vas a explicarme por qué?

—¿Por qué, qué?

—Lo sabes perfectamente. Tú no eres así y ambos lo sabemos. No pierdes los nervios con nadie. Joder, Brenda, has conseguido reinsertar en la sociedad a un hombre bomba. Tienes los nervios de acero, pero con ese hombre los perdiste todos.

—Es un niño.

—¿Cómo?

—Un niño impulsivo y me sacó de mis casillas, nada más —. Contestó sin ganas.

—Yo he visto un hombre y no a un niño pero ¿y eso que tiene que ver con el tema que nos preocupa?

«¿Qué tiene que ver? ¿Y yo qué sé? Ni siquiera sé porque lo he dicho?»

—Olvidemos discusiones absurdas y dime exactamente como lo hacemos. Esta es mi consulta y aquí no vas a seducir a ningún bombero de infarto.

Connor reaccionó como Brenda había previsto y se olvidó rápidamente de su albañil para centrarse en los problemas verdaderamente importantes. La doctora Klein sonrió por su capacidad de manipulación pero en fin, de algo servían tantos años de universidad estudiando mentes.

—Tengo una idea —dijo esperanzada.

—¿Quieres un trío? —Contestó con una de las tantas bromas que Max no soportaba—Cari, sabes que las mujeres no me van pero por ti haría una excepción.

—No seas tonto, además soy una mujer casada —dijo con diversión en la voz.

—Sí, la estupidez esa de serle fiel al muermo ese.

—No lo llames así —. Brenda intentó no sonreír pero no pudo.

Muchas veces las descripciones de Connor sobre su marido eran imprudentes pero muy acertadas. Max era un buen hombre pero nadie lo llamaría el rey del fiesta.

—Trae tu agenda y déjate de tonterías. Tenemos mucho trabajo por delante y tú bombero estará al caer.

Connor asintió mientras ella se sentaba en la única silla que había y su amigo recostado en el diván abría la agenda de su Iphone.

El tiempo

Después de quitarse los tacones y acomodarse por algo más de una hora todos sus ficheros, Brenda descansó. La doctora no terminó de relajarse cuando y por arte de magia la lámpara de la mesa se encendió por decisión propia.

«Justo a tiempo». Pensó mientras miraba su reloj de pulsera, otro maravilloso regalo de cumpleaños de Max.

—¿Todo en orden, doctora? —dijo una voz desde la puerta.

La mujer saltó en su sitio al ser interrumpida en el momento justo en el que se calzaba los zapatos para contestar apresurada.

—Eh, sí, sí, todo está perfecto.

—Genial, su marido es mi jefe y no quiero quedar mal —El tal Nikola le guiñó un ojo con total confianza que la mujer quedó algo descolocada por su total desparpajo.

—Ya tiene luz —. La voz grave y profunda de su acompañante la hizo mirarlo a los ojos para comprobar la presencia de aquél obrero tan... tan y tan...

—Muchas y gracias —. Dijo con tono suave en señal de paz pero el hombre se marchó sin siquiera mirarla. La doctora respiró hondo sabiendo que su desprecio era totalmente justificado. Samir apareció tras ellos por el pasillo y cargando un inmenso cubo de pintura.

—Bien señora, me marcho

—¿Se va? ¿Nos deja? ¿Así?

La doctora Klein observó el completo desastre del pasillo y lo miró tan perpleja que el hombre sonrió divertido.

—Mi cuadrilla se quedará trabajando. No se preocupe, cuando terminemos con este lugar la iglesia del Papa parecerá una chabola.

—¿Iglesia del Papa?

—Sí, esa que está en Francia, ¿creo? —Comentó rascándose la barbilla.

Brenda cerró los ojos sin contestar.

—¿Y cuándo dice que será la gran culminación de la Basílica?

El hombre la observó como si de repente le hubiesen salido dos cabezas y cuatro cuernos. Estaba claro que no había comprendido ni una sola palabra de su ironía.

—Digo que ¿cuándo terminará la obra?—. preguntó señalando la tercer guerra mundial.

—Ah, eso —. La mujer puso los ojos en blanco mientras el obrero le contestó con total seriedad —. En dos semanas.

Brenda abrió los ojos sorprendida pero muy muy feliz con la respuesta.

Las paredes estaban a ladrillo pelado, los cables al aire y el suelo a medio levantar pero si el jefe de obra decía dos semanas ¿por qué no creerle?

—¿Sólo dos?

—Sí —. Respondió y ella por poco lo besó.

—Ahora si me disculpa me marchó. Su marido me espera en otra obra.

—Sí, sí por supuesto —respondió feliz —. Dos semanas... dos semanas...

Connor tendría su precioso taller de arte y ella una consulta digna de su nivel.

—Dos semanas y como la del Papa.

El maestro de obras comentó mientras se marchaba y esta vez Brenda no se sintió ofendida por su ignorancia. Estaba feliz. Jamás imaginó que semejante desastre pudiera deshacerse en tan sólo dos semanas. Cuando se lo comentara a Connor se pondría tan feliz como ella.

«Connor...», pensó algo disgustada. «El pobre ha tenido que cancelar la sesión con el Dios de la manguera». Pensó divertida.

Brenda se agachó para enchufar el cable de la segunda lamparilla del escritorio, cuando una voz de lo más masculina la interrumpió. La mujer, a cuatro patas bajo el escritorio e intentando alcanzar el enchufe de la pared, levantó la cabeza por encima de su hombro e intentó mirar hacia atrás pero se quedó perpleja.

—Busco a Connor McNeal. ¿No sabrá dónde puedo encontrarlo?

La doctora sólo fue capaz de negar con la cabeza. Ese hombre no era un Dios era “El Dios”. Por amor al cielo, un hombre así no podía ser de este mundo.

—Me dijeron que me esperaba en su estudio —comentó mirando las bolsas de cemento—pero está claro que me he confundido de dirección.

—No, no... es aquí... yo, él... —«Por favor que no soy una chiquilla para quedarme atascada ». —Estamos en obras —. Respondió como pudo mientras observaba sus largas piernas envueltas en unos vaqueros que le sentaban de miedo.

El maravilloso espécimen masculino levantó una ceja sin comprenderla y ella se mordió la lengua por haberse convertido en una perfecta descerebrada.

La mujer se levantó como pudo del suelo e intentó recobrar la compostura mientras se sacudía la ropa arrugada.

—Connor es mi amigo y tiene su despacho aquí. Quiero decir a mi lado, quiero decir al lado. ¿Y tú debes de ser?

—Me llamo Ángel. Quedamos para un modelaje.

«Qué nombre más bien puesto», pensó atragantada con sus pensamientos y sin dejar de admirar esos ojitos color miel.

—Verás, Connor no está, tengo entendido que te dejó un mensaje en casa. Nos ha surgido un problema con los despachos y lamentablemente tuvo que cancelar la cita.

—Vengo directamente del trabajo y no he escuchado mis mensajes. En fin, ya lo llamaré. Gracias por la información.

—Yo, eh... de nada... — Respondió suspirando al verlo marchar y comprobar que era tan perfecto al venir como cuando se iba.

«¿Todos los gays serán como este? Porque creo que podría hacer una excepción y...»

—Cuando dejes de babear necesito tu opinión.

Akim no quiso sonar tan enfadado pero verla mirar a ese tipo lo hizo arder aún más de rabia. Ella no sólo era una estirada sin escrúpulos sino que le iban los típicos guapos descerebrados. ¡Por favor! Que equivocado había estado con ella soñando despierto por una mujer que no valía la pena.

—Yo no, yo no estaba... —«Sí, sí que estaba. ¿Y por qué ese dichoso albañil aparece cuando menos se lo espera?»

—Lo que usted diga. ¿Cuál de los dos? —Comentó con rabia levantando dos trozos de ¿piedra?

—¿Qué se supone que debo contestar? —Dijo observando el material que el hombre llevaba en las manos.

—Blanco pulido o blanco roto —. Contestó apresurado. Tenerla cerca lo alteraba.

Ella era una estirada, fría y despiadada mujer pero esos ojitos chocolate lo cautivaban como a un perrito amaestrado.

—¿Existen diferencias? —La doctora estrechó los ojos intentando aclararse, pero nada.

Akim no contestó, se limitó a observarla esperando una contestación. Deseaba marcharse de allí cuanto antes. A tan corta distancia era capaz de percibir un delicado aroma a vainilla que comenzaba a embriagarlo y no estaba seguro de poder contenerse.

—El blanco... ¿roto? —Dijo mirando a una de las piezas y esperando que sea esa la acertada.

El obrero iba a marcharse cuando Brenda le preguntó curiosa.

—¿Qué se suponen que son? La verdad es que no sé mucho de materiales —comentó divertida intentando ganarse la confianza del hombre y comenzar desde cero. Ella no era como él la imaginaba y por razones ajenas a este mundo su opinión le importaba.

—Decoración de los baños —. Respondió tajante.

—Claro, mira que soy despistada, pero mira que es difícil de comprender,

verás, una vez yo...

—Doctora, tengo trabajo.

—Por supuesto y yo no quiero interrumpirte. Después de todo terminar este descalabro en sólo dos semanas no será tarea sencilla.

El albañil la observó con un pequeño gesto en los labios que pareció ser una sonrisa oculta, ¿diversión? Brenda no supo descifrarlo.

—¿Dos semanas? —Preguntó divertido.

—Sí, es lo que dijo Samir. ¿A qué es increíble?

Akim se marchó sin contestar y profundizando el gesto hacia algo más parecido a una carcajada pero sin sonido.

La doctora Klein lo observó confundida y sin llegar a comprenderlo. Aquél joven y ella habían comenzado con el pie torcido y no sería fácil enderezarlo, pero haría todo lo posible. El pobre no había tenido la culpa de sus salidas de tono. Estaba claro que los nervios de la calamitosa obra la habían descontrolado pero ella no era así. Ella era dulce, amable y comprensiva, se repitió una vez más.

—¿Brenda, Brenda Klein? —Un hombre perfectamente peinado y de traje impecable se acercó a ella esquivando unos largos listones de madera mientras preguntaba algo temeroso.

—Sí. —Dijo perpleja al reconocer al personaje.

Tenía delante al Presidente del Frente Liberal Demócrata, actual partido mayoritario del país,

—Soy Michael, Michael Murray.

—Lo sé.

El hombre pasó a la consulta sin dejar de mirar hacia atrás el completo caos. Brenda señaló el diván mientras cerraba la puerta.

—Nos pilla en una pequeña reforma.

—Cualquiera lo diría... —dijo mientras se sacudía una mancha de arena de su impecable chaqueta.

—Aquí estaremos cómodos.

—Si usted lo dice...

Aquél hombre no dejaba de observarlo todo con los ojos abiertos como platos.

—Por favor, señor Murray, si me hace el favor de sentarse en el diván.

El hombre intentó sentarse pero en ese mismo instante golpes provenientes de ultra tumba resonaron por toda la consulta haciendo temblar los cimientos del edificio.

Políticamente incorrecto

El hombre no aparentaba superar los cincuenta, y a pesar de conservarse tan estupendamente bien, desde que atravesó la consulta, seguía teniendo esa cara de estreñido a punto de querer pero no poder.

—¿Qué ha sido eso?

Brenda intentó calmarse y explicarle que el inconsciente de su marido había iniciado una obras faraónicas sin consultarla pero prefirió omitir las explicaciones y rogarle que tomara asiento mientras ella se dirigía hacia la puerta.

—¡Se puede saber que es ese escándalo!

La mujer gritó con todas sus fuerzas pero nadie la escuchó. La cuadrilla golpeaba y martillaba sin cesar mientras el odioso albañil frente a la columna y dándole la espalda encendía y apagaba la maldita herramienta del infierno. No sabía cómo se llamaba el dichoso aparatito y poco le importaba, sólo quería que detuviera el sonido infernal que provocaba al cortar el acero. Caminó con los brazos en jarra y los ojos inyectados en odio cuando la cuadrilla al percatarse de su enfado fueron abriendo paso cual Mar Rojo ante Moisés dejando de hacer ruido. Todos pararon menos él, que de espaldas al espectáculo, seguía trabajando de lo más concentrado.

«Me importa un cuerno si no soy así, juro que lo mato». Pensó mientras se detuvo tras la espalda de Akim que entusiasmado al ver como el acero se partía en dos continuaba a toda máquina haciendo saltar chispas por los aires.

Brenda, con dos fuertes golpes de su índice en la espalda consiguió captar su atención. Se quitó las gafas de protección colocándose las sobre la frente y se giró de lo más sonriente. Pensó que era Nikola y estaba dispuesto a burlarse de él al demostrarle como al fin había conseguido doblegar la dichosa columna, pero la sonrisa se le borró al instante al notar como la doctora, con ambos brazos en jarra, lo miraba a punto del asesinato. Apagó su ruidosa sierra radial y la depositó en el suelo. Esa mujer buscaba guerra y no era cuestión de dejarle un arma cerca, pensó divertido al ver como los colores de la furia teñían sus delicado rostro resaltando aún más esos ojitos de chocolate fundido. ¡Por favor! ¿Podría alguna vez verla como la mujer estirada y odiosa que era?

—Usted dirá, doc-to-ra.

«Con que esas tenemos. ¿Ahora me hablas de usted y con retintín?, pues bien, que así sea».

—Verá, o-bre-ro —chúpate esa—estoy en una consulta y necesito un

poco de silencio.

Akim entrecerró un ojo en señal de guerra. Ella lanzaba el guante, pues bien, él lo recogería.

—No sabe cuánto lo siento, doc-to-ra pero tenemos órdenes de terminar cuanto antes. Según tengo entendido, son sus propias directrices ¿o me equivoco? —Comentó con sonrisa canalla.

Brenda ya no tenía paciencia, la había perdido a primera hora de la mañana y le importaba un demonio la educación y las buenas costumbres, quería matar a alguien y ese albañil le venía como anillo al dedo.

—Y ahora quiero que te detengas —. Dijo mordiéndose la lengua para no insultar.

Akim estaba de lo más divertido. Al parecer la estirada tenía sangre en las venas. Una pena que fuese una mujer tan superficial.

—Va a ser que no —. Dijo con aparente seriedad mientras recogía su herramienta del suelo.

Brenda, pensó seriamente en las consecuencias legales de cometer asesinato, cuando decidió respirar profundo tres veces y dejar que sus sentimientos de rabia escaparan hacia un sitio más lejano. Su profesor de yoga decía que esa era la mejor estrategia para dominar los rencores de la carne y ella lo intentó.

«Uno, dos, tres, déjalo escapar...». Pensó intentando recuperar la calma y hablarle al hombre con lógica. Si le explicaba serenamente, él seguro la comprendería.

Akim que no dejaba de observarla cada vez más divertido, sabía que debía colaborar, después de todo ella era la jefa, pero que bonito era tenerla delante aunque no fuese más que para discutir. Llevaba tantos meses soñando con ella que la resistencia a esos ojitos de chocolate resultaba imposible.

—¿Y bien, doc-to-ra? ¿Se ha quedado sin palabras?

Brenda pensó que si deletreaba una vez más la palabra 'doctora', le daría una patada tan fuerte en los mismísimos cataplines que lo dejaría sin aire.

—Mira... —. Lo miró dudosa. ¿Sabía su nombre?

—Akim, me llamo Akim —. Dijo con su marcado acento y que Brenda aún no había conseguido localizar.

—Akim, ese paciente es una personalidad muy importante y me necesita —el hombre centró su mirada en ella y la mujer respiró aliviada. Estaba consiguiendo atraer su atención. Y a decir verdad él también lo hacía. Esos ojos eran de un cristalino celestial —. Como el cielo...

—¿Perdón?

—Nada, cosas mías. Quiero decir que si por favor pudieras interrumpir

ese sonido infernal por al menos mi hora de consulta te lo agradecería muchísimo.

Akim se rascó la barbilla como pensando la contestación y la doctora hubiese querido perforarlo con el destornillador que tenía colgando del bolsillo de su mono, pero respiró, uno, dos tres... y dejó escapar la ira... Si el maestro Yogui la viera.

—¿Tenemos tregua?

Brenda le regaló la sonrisa más compradora que fue capaz de realizar y Akim tuvo que apoyarse en la columna para no caerse allí mismo o hacer algo mucho peor. Calmó su corazón que deseaba saltarse del pecho y contestó con la frialdad que lo caracterizaba.

—Creo que no.

La doctora que a estas alturas daba pequeños golpecitos con la punta del zapato en el suelo, lanzó una maldición tan fuerte que los obreros que seguían de lo más interesados la discusión exclamaron horrorizados.

«No, no, ¡Yo no soy así».

—¡Dime quién está al mando o te vas a enterar! Quiero un poco de silencio y lo tendré. Quiero que me digas quien es el jefe y me importa un cuerno lo que te pasara en la infancia o tus malditos traumas de malote no tengo porqué soportarte.

—Menuda Psicóloga, y así está la humanidad— Akim se rió con descaro.

—Juro que te mato. ¡Quién!

Miró a los cinco que la rodeaban cuando uno señaló temeroso con el dedo al propio Akim. Brenda gruñó con rabia mientras el obrero se lo estaba pasando en grande. Tenerla enfadada era mejor que no tenerla, diez mil veces mejor. La mujer estaba por comenzar la tercer guerra mundial cuando Nikola, que se encontraba detrás de ella, le hizo un gesto a su amigo de lo más significativo. El hombre aceptó la amenazada y decidió culminar con la discusión.

—Está bien, doc-to-ra. Trabajaremos un par de horas sin hacer demasiado ruido.

Se quitó el guante de protección y extendió su mano callosa hacia ella en señal de firmar la tregua. Brenda lo observó desconfiando de su repentino arranque de comprensión pero aceptó la mano en son de la paz en el mundo laboral.

Sus delicados dedos apenas lo rozaron pero el hombre sintió como un cosquilleo antinatural lo recorría al completo. Ella iba a soltarlo rápidamente pero él no se lo permitió. Su mano callosa la encerró con fuerza intentando retenerla y detener el tiempo en ese instante. Nunca había sentido algo parecido.

Nunca. Su duro cuerpo reaccionó con el simple roce de su piel ¿era eso posible? Ambos se miraron y Brenda le sonrió en señal de tregua y Akim sintió como el suelo se abría bajo sus pies. O era eso o sus rodillas temblaban con sólo mirarla. Esperó que fuese lo primero porque si no estaba desastrosamente perdido.

—¡Ustedes tres trabajaran en el portal de entrada! Nikola, Alexander y yo seguiremos en esta planta pero sin hacer ruido.

La cuadrilla asintió a las órdenes de Akim mientras se dirigía cada uno a retomar sus tareas.

—¿Se puede saber que ha pasado aquí? —Nikola preguntó arqueando una ceja cuando comprobó que la doctora estaba lo suficientemente lejos.

—Metete en tus asuntos.

Akim fue a por una carretilla y Nikola pensó que de aquello no saldría nada bueno.

Algo más calmada y con una sonrisa bastante ilógica, entró en la consulta. Estaba confundida, sus modales y control se perdían cuando estaba delante de aquél hombre. Negó con la cabeza y cerró la puerta intentando olvidar lo ocurrido. Sería lo mejor.

—Bien, podemos comenzar —. Dijo algo más tranquila.

El hombre, que gracias al cielo no había escapado, asintió resignado. La doctora Klein le dejó espacio para que se adaptara mientras ponía en marcha la grabadora. Recogió sus gafas de leer y tomó asiento junto al diván del paciente. Su primera consulta del día daba comienzo y una historia que intuyó apasionante la esperaba.

Sesión 1ª

—Señor Murray, antes que comencemos con la terapia me gustaría ofrecerle algunas pautas de lo que a partir de ahora serán nuestras sesiones. Quiero que sepa que lo que hablemos entre nosotros está sujeto a un estricto secreto profesional por lo cual no debe dudar en expresar todo aquello que necesite o considere oportuno.

El hombre asintió intentando reclinarsse en el diván entre nervioso y precavido. Su altivez y prepotencia le impedían confiar plenamente en una desconocida y Brenda lo comprendió perfectamente. Continuó con su extensa presentación, porque a pesar de los muchos minutos que le dedicaba, solía ser la forma más eficaz en conseguir la soltura suficiente del paciente como para que comenzara a explayarse en su problema.

Habló durante más de diez relajantes minutos y pasó a explicarle la tabla de emociones que trabajarían juntos.

—Como puede observar —dijo señalando el folio que le entregó—, tiene un listado de emociones que van desde la número uno hasta la número quince.

El paciente aceptó la hoja y la observó reticente aunque se abstuvo de emitir cualquier juicio de valor.

—La tabla oscila entre estados de completo bienestar como pueden ser la alegría, la libertad o el amor hasta emociones tales como la frustración, irritación o venganza —hizo una pequeña pausa para continuar—. No es necesario que las lea ahora mismo pero sí necesito que se habitúe con los términos. Señor Murray, las sesiones se agruparán en grupos de cinco en cinco. Al finalizar cada grupo evaluaremos su estado emocional ubicándola en la escala de valores y analizaremos las posibles alternativas de mejora.

El hombre tragó en seco pensando que aquello estaba complicándose. En un principio aceptó las exigencias del primer ministro y miembro de su partido pero ahora dudaba de que aquello fuese una buena idea.

—¿Brenda, tienes algo de beber en esta consulta? Un trago no me vendría nada mal.

La doctora Klein se sonrió con la petición. Estaba demasiado acostumbrada a actitudes como aquella. Hombres presuntuosos con altas cuotas de poder, acostumbrados a dominar la situación y poco proclives a dejarse orientar y mucho menos si esa orientadora pertenecía al género femenino.

—Señor Murray, ¿está seguro que desea participar de esta terapia?—Dijo con tono firme —. Porque de no ser así me gustaría que nos ahorrara tiempo a

ambos.

El político refunfuñó por lo bajo. No estaba acostumbrado a que lo regañaran y descubrió que no le gustaba, por lo cual decidió tomar el mando de la situación y dejarse de tonterías. Era el momento que esa doctora conociera al incomparable Michael Murray.

—Brenda, puedes llamarme Michael, y ahora que comenzamos a conocernos, permíteme decir que jamás pensé en encontrarme con una belleza como tú—. Comentó seductor y por lo visto muy acostumbrado a serlo.

Brenda tomó nota de lo ocurrido describiendo un perfil que comenzaba a presentársele cada vez más claro. Autoritario, prepotente y mujeriego.

—Señor Murray —aclaró lentamente—seré su terapeuta y estaré encantada en ayudarlo a salir del trance en el que se encuentra, siempre y cuando comprenda perfectamente que esta es una reunión estrictamente profesional y en la que su buena voluntad es la columna vertebral de cualquier solución. Con respecto a su trato conmigo me gustaría que me llamase doctora Klein pero si lo desea, un doctora a secas tampoco me resultará inconveniente. ¿Le parece bien?

Asintió enfadado. Esa mujer además de lista lo intentaba colocar en su sitio y esas eran cualidades que no le gustaban de una mujer. Las dóciles, sonrisa fácil y culo respingón entraban mejor en su canon de valores a destacar.

Brenda sonrió al ver la descolocación total de su paciente. En menos de cinco minutos había espantado sus humos y los había arrojado por la ventana. Los antecedentes de Michael Murray lo posicionaban como un sagaz estratega, un político de alto nivel y un calavera desenfrenado, por lo cual consideró que lo mejor era hacerle comprender la distancia que existía entre ellos. No estaba delante de uno de sus tantos ligues, ella era su terapeuta y tenía un objetivo que cumplir. La mejora de cualquiera que fuese su problema.

—Doctora Klein —el hombre con una incipientes canas y una mirada negra como cuervo le comentó con frialdad—. Creo que no tienes ni idea quien soy. Permíteme que te aclare mi posición. Puede que lleves tanto tiempo encerrada entre loquitos que no tengas muy clara mi posición ni mi influencia en la vida política de este país—. Comentó amenazante.

Brenda asintió mientras dibujaba en sus apuntes una carita sonriente ☺. La explosión de cólera solía ser una buena forma de conseguir información en personajes como ese.

—Señor Murray, en primer lugar me gustaría comentarle que mis pacientes no son ningunos “loquitos” sino personas con problemas que al igual que usted esperan la resolución de situaciones de lo más complejas —el hombre se removió incómodo en el diván pero no se levantó y Brenda festejó el primer triunfo—. Michael, ¿por qué está aquí? —Dijo utilizando su nombre de pila para

aplacarle los ánimos.

—El partido me obliga —respondió molesto.

Si bien era cierto que su partido, El Frente Liberal Demócrata, le había “aconsejado” realizar una terapia ella notaba por sus movimientos incómodos algo que iba más allá de las presiones políticas.

—Es extraño... —dijo pensativa consiguiendo captar su total interés —no tiene el aspecto de un hombre que se deja convencer ni aceptar consejos de nadie y por ello es que vuelvo a preguntarle señor Murray ¿por qué está aquí?

Ahora sí que se le notaba incómodo. Sudor en la frente, rostro desenchajado y puños en tensión. Sí, estaba en el buen camino para descubrir la verdadera razón de su visita.

—¿Por qué no me dices que quieres que te conteste y nos ahorramos todas estas tonterías de pseudomedicina que no nos llevarán a ningún lado? —Dijo intentando asestar una puñalada en el centro de su profesional orgullo.

Brenda no se molestó en contestar lo que para ella no tenía sentido. Su preocupación se centraba en la búsqueda de verdades y las encontraría, por algo era la mejor en su campo.

—Sólo busco la verdad. Si no está dispuesto a ofrecerla creo que será mejor para ambos que se marche.

El hombre abrió los ojos sin comprenderla. Esa mujer no era como otras, como las tontas huequitas que solía conquistar para llevarse a la cama.

—He dicho que ¡estoy obligado! ¿Has escuchado algo de lo que he dicho? ¿Y por qué me estás echando? —. Contestó rabioso.

—En absoluto quise hacer parecer algo semejante, simplemente digo que si desea que lo ayude debe sincerarse conmigo. Ninguna terapia basada en mentiras podrá jamás ser efectiva. Nuestra relación paciente-doctor se basa en la completa confianza del uno para con el otro.

—¡No la conozco!—Gruñó apretándose la frente.

—Puede que no directamente, pero conoce mi historial y lleva media hora sentado en mi diván por lo cual considero que he pasado la prueba inicial y es momento de pasar al segundo nivel.

—¿Y cuál es ese?—Comentó desafiando a la profesional.

—La verdad. La que guarda sus emociones. Y aquí es cuándo vuelvo a preguntarle, ¿por qué está hoy aquí? —Dijo con templanza pero absoluta resolución.

—Culpa. Maldita sea. ¡Culpa! Soy culpable...

La doctora Klein apoyó la columna en el respaldo de la silla y cruzando las piernas acomodó el dobléz de su vestido. En este mismo momento daba comienzo la verdadera terapia.

Tras una mirada

Recogía agotada su portátil y la colección de papeles que tenía dispersos sobre el escritorio sin dejar de pensar en la sesión más complicada del día. Michael Murray era un caso apasionante pero uno de los más complejos con los que se encontrara en toda su carrera. Conseguir la apertura de ese hombre llegó a tornarse desquiciante, y a pesar que consiguió extraer información de lo más interesante, sabía perfectamente que el hombre aún escondía mucho tras la recámara. Político de alto nivel, interesado en la vida licenciosa, no sería ninguna novedad para ella si no fuese por los altos niveles de culpa que lo atormentaban. No, Él no estaba allí por presiones del partido, como ella misma en un principio llegó a suponer. El hombre buscaba algún tipo de redención que lo liberara de un fardo demasiado pesado de llevar.

En algún momento de la terapia llegó a intuir que la culpa se entremezclaba con el miedo. Estaba asustado pero ¿de quién y por qué? No era el tipo de hombres que parecieran asustarse fácilmente ¿y qué tenía que ver ese miedo con la urgente necesidad que llegó a mover al mismísimo primer ministro? Él le comentó por teléfono sobre un hombre que deseaba abandonar su camino de excesos pero nadie habló de culpas o de miedos. ¿Qué escondían?

Brenda se quedó observando la delgada carpeta de color marrón con el nombre de Michael Murray en la portada y pensó concentrada.

«Los hombres como Murray son codiciosos, soberbios, sensuales y con un toque perverso pero nunca miedosos o culpables. Fanfarrones de su poder sí, pero nada mucho más serio». Pensó intrigada.

—¿Qué tal tu día, cari?

Un sonriente Connor entró por la puerta arrojando su mochila llena de utensilios de pintor sobre el diván.

—Largo, muy largo. ¿Y el tuyo?

—Mejóro y no gracias a ti —. Contestó con fingido enfado.

Brenda intentó pensar. El día había sido demasiado duro como para recordar detalles intrascendentes.

—Si te refieres a tu bombero —Connor asintió divertido—. Entonces permíteme que te aclare que si el Dios del Olimpo no recibió tu mensaje, no fue mi culpa —. Comentó sonriente.

—¿Intuyo que lo has visto?

—Como para no hacerlo —dijo divertida mientras recogía su bolso del perchero.

—Y por tu culpa casi me lo pierdo —dijo gracioso—. Apunto estuve de no encontrarlo.

—Y vuelvo a decirte sin querer pecar de sabelotodo, que fui ¡Yo! — señaló su pecho con la mano —la que te llamó para comentarte de su visita infructífera.

—Y como gracias a eso pude encontrarme con él más tarde, digamos que te perdono, un poco.

—¿Un poco? Pero serás... Prefiero no preguntar qué tal fue esa “sesión de arte” porque me temo lo peor.

—Y no irías desencaminada —contestó con una más que satisfactoria carcajada—. Vamos a tomarnos unas cervezas que nos lo merecemos.

—Tú no tienes vergüenza. Yo trabajando aquí sin parar mientras tú retozabas con un Dios del séptimo cielo, ¿y me dices que nos las merecemos?

—Sí. Ambos estamos agotados—. Contestó carcajeándose sin pudor.

Los dos salieron riendo mientras Brenda apagaba las luces.

—Está bien, acepto pero sólo una. Debo volver a casa temprano.

—Sí, sí ya me conozco el rollo ese de esposa fiel y abnegada. Vamos a por esas cervezas antes de que me duerma con el discursito.

Connor la aferró por los hombros y la sacó del edificio con rapidez. La conocía demasiado bien y si la dejaba pensar un poquito, ella se iría a su casa y se olvidaría de vivir. Por lo menos vivir en el sentido que él pensaba, en el que la vida debía ser vivida. Con toda la pasión de la que se fuese capaz.

Nikola hablaba sin parar intentando distraerlo y Akim hizo todo lo posible para no darle un puñetazo y hacerlo callar marchándose con su moto a cientos de kilómetros de allí. Su humor pasaba del rojo al verde con tanta rapidez que ni él mismo conseguía soportarse. Tenía un trabajo del que debería estar agradecido. Ya no era necesario recorrer veinte mil obras preguntando si tenían algo para él, ahora formaba parte del plantel de cuadrilla del arquitecto Max Brown y eso significaba trabajo seguro por muchos años, sin embargo distaba mucho de sentirse feliz.

Esta mañana creyó que sus tonterías de seguir soñando con ella habían terminado pero nada más lejos de la realidad. Como siempre en lo que a su vida se refería, el demonio no sólo metía la cola sino el cuerpo al completo. Casi un año viéndola a lo lejos, soñando con su voz, con su perfume, y cuando al fin se creyó con la voluntad de separarse de su amor platónico va y se mete en la mismísima boca del lobo.

Ahora no sólo la vería todos los malditos días, sino que le sería imposible

no buscarla con la mirada, provocarla con sus puyas o intentar acariciarla con las manos. Estaba totalmente perdido. Pedir otro traslado significaría la pérdida del trabajo y no podía permitírselo, y por otro lado existía el pequeño detalle de no creerse capaz de volver a abandonarla. Esa mujer lo tenía totalmente embrujado. Sacársela de la cabeza era un imposible.

—Deberíamos haber llamado a un par de chicas para que te cambien esa cara de amargado que llevas puesta. — El mejor amigo de Akim comentó mientras apoyaba las dos jarras de cerveza en la dura mesa de madera y este se apretó la frente con la mano. «¿Mujeres?, no gracias, con una tengo más que suficiente».

Akim bebió casi el total de su cerveza de un solo sorbo intentando buscar una solución que no encontraba. ¿Igual si se mudaba a Alaska?

—¿Me vas a decir que bicho te ha picado? Tenemos trabajo y uno de los buenos pero tú actúas como un loco. Primero refunfuñas, luego sonríes, luego maldices y ahora vuelves a sonreír. ¿Qué cuernos te pasa?

—Déjalo —. Akim solía ser parco en palabras pero últimamente lo era cada vez más.

«Puede que este agobiado. Ser padre soltero no es fácil», pensó Nikola, que conociendo demasiado bien a su amigo, intentó desviar la conversación por otros derroteros. Akim era el mejor de los amigos del mundo, pero el más cerrado de mollera.

—¿Qué tal Lola? Tengo entendido que está loquita por tus huesos.

Akim se quedó mirando fijo a la puerta observando a la pareja que acababa de entrar. Maldijo una y otra vez entre dientes pero sin desviar la mirada de esa sonrisa que se grabó en ese lugar que llaman corazón y que desconocía poseer. Parecía tan alegre, tan feliz... ¿Qué se sentiría al ser la razón por la cual la mujer que adoras no deja de sonreír? Era triste pero a él jamás le había pasado algo semejante. Las mujeres se le ofrecían y él las tomaba pero no mucho más. Ninguna le interesaba. Ni la madre de su hijo llegó a enamorarlo jamás.

«¿Puedo ser tan imbécil?» Pensó al darse cuenta que hoy, después de un año de soñar con ella había sido la primera vez que le había hablado. No, esto no era un amor platónico, esto era una imbecilidad.

Él con su más de metro ochenta y cinco, hombros tatuados y manos que daban miedo, suspiraba por una mujer mayor y casada. «Que baje Dios y lo vea», se dijo para sí mismo y regalándole a Nikola otra de sus sonrisas inexplicables.

—¿Y ahora qué? ¿A quién miras? —Nikola preguntó curioso al ver la triste sonrisa en el rostro de su amigo.

—A nadie —. Contestó ahora enfadado desviando la mirada y bebiendo

un enorme trago de cerveza.

Nikola, que se encontraba de espaldas a la puerta, se giró con premura para cotillear, cuando los vio sentados en una mesa cercana a la salida.

—¿Esa no es la doctora Klein?

—Puede.

—¿Y por qué sonríes? — Comentó intrigado.

—No sonrío —. Su enfado resultó ser aún mayor que lo habitual.

—Sí, sí que lo haces.

—No seas imbécil —refunfuñó al sentirse acorralado —. No estaba sonriendo.

—Sí.

—No.

Akim volvió a cubrir su rostro con la indiferencia y enfado habitual y Nikola queriendo mantener todos sus dientes en su sitio, prefirió dejar de preguntar. Si alguien sabía de luchas y combates ese era Akim, después de todo, sus puños los habían mantenido con vida al salir de Chechenia.

—¿Entonces las llamamos o no?

—¿A quién? —Akim intentaba concentrarse en la conversación de su amigo pero no era capaz.

Esa sonrisa lo llamaba una y otra vez cual manantial a un sediento.

—A Lola y su amiga. ¡Joder tío, concéntrate!

—No.

—¡Por qué no! Si tú no vienes, Lola no viene y su amiga tampoco, y yo me quedo solo, y como te he dicho mil veces y te recuerdo, otra vez...—deletreó nervioso— estoy muy, pero muy, desesperado. Llevo mucho tiempo... y lo necesito.

Akim sonrió por las tonterías de su amigo. Ambos habían dedicado todas las horas del último año a trabajar a destajo para sacar a sus respectivas familias adelante, y aunque Nikola no tenía compromisos, su sueldo era más que necesario para la subsistencia de sus padres.

Lola era una buena amiga a la que llamaba para cubrir necesidades de vez en cuando pero que dejaba en su casa al terminar la noche. No deseaba crearle falsas ilusiones. El joven bebió el último trago y se levantó para marcharse.

—¿Nos vamos?

—Yo sí, mañana nos levantamos temprano y estoy cansado.

Nikola apuró su cerveza y se levantó de lo más enfadado.

—Está bien, está bien, pero el fin de semana no te libras —. Akim arqueó la ceja y Nikola sonrió alegre —. De ayudarme a conseguir un par de nenas.

Akim palmeó su espalda en señal de comprensión mientras pasaba por la puerta sin mirar hacia la mesa de la doctora. No deseaba ser descubierto como un acosador, que era en lo que se había convertido en el último año.

—¿Y no sabes buscarlas tú solito?

Akim siguió la broma y se marchó sabiendo perfectamente a quien dejaba atrás. Una de quien no podía ni mirar, ni despedirse, ni acariciar, ni besar...

«Estoy perdido...»

Brenda supo al instante en el que se sentó que un par de ojos cristalinos enfocaban directamente hacia ella pero su reacción fue de absoluta tristeza. Ese joven la había odiado desde el primer momento en que la había visto y la pena y el arrepentimiento la embargó al completo. Su trabajo era el de ayudar a personas con traumas y el obrero parecía tenerlos y aunque apenas lo conocía, debió reconocer que su reacción de por la mañana para con él no fue de lo más adecuada. Ella no era así, se repitió una y otra vez intentando justificar lo injustificable. Akim la sacaba de sus casillas y no podía remediarlo.

—¿Te he perdido?

—No, es simplemente que acabo de darme cuenta que no siempre soy perfecta —. Dijo en modo irónico.

—¿Por qué si lo fueras no hubieses permitido que tu queridísimo nos destrozara el edificio donde trabajamos? Pudo alquilarnos otro sitio o avisarnos con tiempo pero, por supuesto, el maravilloso Max Brown no habrá tenido tiempo para esas pequeñeces.

—Connor...

—Hasta cuando sufriremos su martirio.

—Si te refieres a la obra, Samir ha asegurado que en dos semanas lo tendrán todo listo —. Contestó resoplando sobre la espuma de su cerveza negra.

—¿Dos semanas? ¿Estás segura? Pero si parece que nos hubieran arrojado una bomba nuclear.

—Sí, yo también lo pensé, pero ya ves, el caos parece tener fecha de caducidad.

—Entonces, cari, brindemos por nuestro segundo motivo —. Levantó la jarra y la aterrizó en el aire contra la de ella.

—¿Y el primero era?

—El polvazo de esta tarde.

—¡Connor!

Brenda se sonrió algo abochornada con el vocabulario soez de su amigo.

Ella era tan controlada, educada y discreta. Por lo menos lo había sido hasta conocer a aquél obrero.

—Perdón, me olvidaba que estaba delante de la respetable doctora Klein.

—Y no lo olvides —. Contestó alegre.

Ambos rieron con desparpajo y Connor la abrazó con un inmenso cariño. Brenda era su amiga, su hermana, la mujer que siempre levantó una mano por defenderlo. A ella no le importaba su lengua suelta ni su condición sexual. Ella lo apreciaba tal cual era y eso la convertía en su ojito derecho más querido.

—Tengo que irme —. Dijo mirando su reloj de pulsera.

—Algún día... algún día...

—¿Qué se supone que significa eso? —La mujer preguntó curiosa.

—Nada. Vamos que si no llegas pronto tendremos que aguantar las protestas de tu querido arquitecto.

—Él no se molesta —. Mintió con descaro.

—Lo que tú digas.

Connor se levantó y caminó a su lado para acompañarla hasta su coche. Algún día Brenda debería ver la vida a través de sus propios ojos y no por los de Max, algún día...

Somos quienes somos

—Anoche llegaste muy tarde, ¿pasó algo?

Max comentó sin quitar la mirada del periódico. Le gustaba leerlo con el café de la mañana en la cocina y a pesar que todos le replicaran lo antiguo que era, a él le gustaba esa tradición que se remontaba a su bisabuelo. ¿Y si algo funcionaba después de tantos años, entonces por qué cambiarlo?

—Nada en especial.

Brenda se sirvió un poco de café en un taza mientras recogía con prisas un sin fin de carpetas y las metía de forma descuidada en el maletín.

—Cuando llegaste estaba dormido.

Brenda recogió una galleta que sostuvo con los dientes mientras buscaba las llaves del coche intentando buscar una vía de escape. Max odiaba que saliera con Connor y mucho menos entre semana.

—Un día largo. Sólo eso.

—Ya veo.

—¿Y qué tal con Connor? Porque quedaste con él ¿no es así?

—Todo bien —. En verdad que no le apetecía discutir.

—¿Nada en especial?

—Por amor al cielo Max, salimos a tomar una cerveza. Sólo eso. Ayer resultó ser un día de lo más estresante y del cual tú tienes gran parte de la culpa —. Brenda resopló cansada y bebió un largo sorbo de café para marcharse cuanto antes y no sabía si era por la cantidad de trabajo que la esperaba o bien porque esta discusión resultaba ser demasiado repetitiva, pero deseaba marcharse.

—No sé a qué te refieres con eso de la culpa. Simplemente digo que llegué por la noche tarde, apenas nos habíamos visto pero preferiste tomar una copa con Connor. Sólo eso —. Dijo mientras doblaba el periódico y lo apoyaba sobre la mesada.

—¿Sólo eso? No seas mentiroso. No te gusta cuando salimos juntos. Odias que vea a Connor y estoy cansada de decirte que es mi amigo pero no dejas de prejuzgarlo sin motivo alguno.

—¿Sin ningún motivo? Déspota, tirano, remilgado y estreñido son los adjetivos más suaves con los que suele regalarme los oídos. No es buena influencia para ti y lo sabes.

—No soy una niña —. Contestó ofuscada por no ser capaz de huir de la misma discusión de siempre.

—Si tú lo dices.

—Sí que lo digo. Lo digo y lo afirmo —respondió enfadada—. Y por cierto, ya que hablamos de sinceridades, ¿cuándo ibas a comentarme el desastre de mi consulta?, ¿cuándo los cerdos volaran?

—Los cerdos... por favor Brenda. Esa frase soez seguro que le pertenece a él —. Comentó negando con la cabeza.

—Es cien por ciento mía. Y ahora no desvíes el tema. ¿Pensabas que no me daría cuenta? ¿Y cómo se supone que atenderé a mis pacientes?

—Deja la consulta por un tiempo —. Dijo sin más.

—¿Qué? Ni lo sueñes.

—Puedes permitirte.

—¿Y hacer qué? ¿Quedarme en casa?

—Jamás te pediría eso. No soy un cromañón. Simplemente ahora que yo estoy con tanto trabajo fuera y la consulta está de obras, igual podrías dedicarte más a...

—¿A qué?

—¿A mí? —Dijo con una sonrisa de lado a lado.

Brenda no contestó. No sabía si sus comentarios se trataban de una broma o una pesadilla.

—Mi vida, no te pongas así —dijo sujetándola por los hombros para apresarla en un fuerte abrazo. — Estás en boca de toda la ciudad, eres la preciosa mujer de un arquitecto famoso, no podía dejar que tuvieras un cuchitril como consulta. Lo entiendes ¿no?

—¿Todo esto es por eso? ¿Por la opinión de los demás?

—Cariño, todo es por la opinión de los demás. Tú no te preocupes, tendrás una consulta digna de una mujer de tu clase —dijo mientras le depositaba un tierno beso sobre la cabeza —. No te enfades, verás lo mucho que valdrá un pequeño sacrificio. Serás la mejor psicóloga de la ciudad y yo el marido más orgulloso.

Brenda aceptó el abrazo pero con muy pocas ganas. Hubiese querido decirle muchas cosas, por ejemplo que a ella poco le importaban los demás y que su tan afamada reputación no significaban nada si con ella no era capaz de ayudar a quien más necesitaba pero prefirió callar. Más de una vez habían discutido por razones similares y Max se limitaba a señalarle el reloj de oro en su muñeca, sus Manolo Blahnik en los pies o el descapotable aparcado en la puerta.

—Se me hace tarde —. Comentó soltándose de su agarre.

—Y a mí, estoy en pleno diseño de la Torre de cristal.

—¡Te lo han dado!

—Sí, ayer —sonrió resaltando sus varoniles rasgos—. Por eso esperaba a que llegaras, estaba loco por contártelo. Con la obra de Bristol y el comienzo de la Torre de cristal en París no tendré un minuto libre.

Brenda se sintió algo arrepentida y lo besó en la mejilla en señal de disculpa. No sabía como pero Max siempre conseguía sacarle ese sentimiento a flote. La culpa.

—Hoy llego temprano y lo festejamos cenando en algún lugar especial. ¿Cómo lo ves?

—Me temo que debemos posponerlo. Mañana temprano parto hacia París. Tenemos una reunión a la que no puedo faltar.

—¿Estarás mucho tiempo fuera?

—Unos tres días. ¿Me extrañarás?

—Sabes que sí.

—Eso está bien.

Su marido la estrechó en un fuerte abrazo mientras le regalaba un suave, gentil y cariñoso beso en los labios.

Brenda acomodaba unos ficheros cuando la puerta se abrió sin llamar.

—Perdón, pensé que no estaba.

Akim se disculpó petrificado en el sitio. Estaba claro que no esperaba encontrársela.

—Puedes pasar. Y puedes volver a hablarme de tu. No es necesaria tanta formalidad, después de todo, imagino que nos veremos muy seguido.

—Eso me temo —. Comentó entre dientes.

—Perdón, ¿decías? —Preguntó mientras se agachaba para acomodarse un cajón dejando a la vista de Akim la imagen de un pantalón que se le ajustaba perfectamente en cada una de sus nalgas.

—Voy a morir...

Brenda estaba dispuesta a ser mejor persona que el día anterior. Trataría a ese obrero con la absoluta educación a la que estaba acostumbrada pero sería de mucha ayuda si él fuese capaz de hablar un poquito más alto ya que no escuchaba nada de lo que decía.

—Vengo a por el biombo —. Dijo intentando desviar la cara de sus preciosas nalgas y dirigirla hacia la horrorosa madera mal pintada.

—Sí, por favor —. Comentó divertida consiguiendo sacarle una sonrisa.

—Su amigo, el pintor...

Brenda se incorporó y la camisa de seda se le movió lo justo para mostrar un pequeño detalle bordado del sujetador. No era mucho, a decir verdad era casi

nada, pero más que suficiente para un hombre tan interesado como él.

—¿Mi amigo el pintor?

Brenda lo ayudó intentando comprender la frase sin acabar. Ese hombre no es que pudiese considerarse algo parco en palabras, era casi mudo, pensó extrañada.

Akim se maldijo a sí mismo y a su estúpida garganta que se le secó con el simple vislumbre de un minúsculo trocito de encaje blanco. Estaba quedando como un idiota sin cerebro.

—Él encontró otro despacho —. Contestó con rapidez antes de volver a trabarse.

Se acercó al mobiliario para sujetarlo y levantarlo con sus manos y sacarlo de allí cuanto antes. No quería parecer aún más estúpido de lo que ya se sentía.

—¿Otro sitio? ¿Dónde?

—Al final del pasillo —. Akim respondió caminando con la madera a cuestas y bloqueando su vista de la doctora Klein. Esa mujer le alteraba el carácter y otra cosa que no era exactamente el carácter. Su cuerpo respondía como un perrito faldero y prefería salir cuanto antes de allí o los cambios físicos serían más evidentes.

—No entiendo, ¿ayer no había ningún sitio y hoy nos sobran? ¿Y tú no sabes si...?

—Doctora, este cacharro pesa, ¿podría dejarme pasar y solucionar con su amigo lo que sea? —El obrero habló agitado y Brenda se avergonzó por su falta de tacto. Seguro que ese cacharro pesaba y mucho.

—Perdona, perdona... Te sigo.

—Lo que me faltaba... —el hombre balbuceó molesto.

—¿Decías algo?

—No.

Akim cargó con el trasto de madera a hombros seguido muy de cerca por la doctora Klein. Demasiado cerca pensó al sentir el dulce aroma de su exquisito perfume. Él nunca había estado con ninguna mujer que oliera como ella, vistiera como ella, hablara como ella, mirara como ella...

Agradeció que el biombo le impidiera ver el delicado bamboleo de sus caderas al caminar, pero su imaginación, que últimamente volaba descontrolada, decidió imaginárselo sin pedir permiso. Sus brazos se tensaron aferrándose a la madera. Debía terminar aquella tarea cuanto antes y regresar a su mundo de polvo, cemento y pintura.

Un mundo en donde una delicada doctora con curvas exquisitas era la bruja más malvada, egoísta y superficial de todas. Era eso o reconocer que en su

primer juicio sobre ella se había equivocado y admitir que Brenda era tan deliciosa por fuera como por dentro.

—Yo me marchó.

El obrero salió más que espantado dejando el trozo de madera casi en la entrada del nuevo estudio y Connor lo observó extrañado.

—¿Qué le has hecho? —Preguntó a su amiga que entraba por la puerta de su nuevo estudio.

—No me soporta. ¿Y tú? ¿Qué es este lugar?

Preguntó dirigiendo su mirada al amplio espacio.

—Resulta que esta mañana Akim vino a verme y me lo ofreció.

—Está bastante bien.

Brenda observó el sitio extrañada de que aún se conservase en pie. Las paredes estaban intactas, el amplio ventanal parecía bastante decente y la luz natural era envidiable. Sin lugar a dudas un tesoro bien escondido en medio de la hecatombe.

—¿Cómo se ha salvado?

—Akim dijo que lo dejarán para el final de la obra, así tendré un lugar para trabajar sin molestarte en tu consulta.

—¿Y dices que él te lo ofreció?

—Sí, según parece él es el encargado del día a día. ¿No es genial?

—Sí, sí que lo es, pero...

Connor esperó su comentario pero Brenda negó sin continuar. No tenía sentido buscarle un quinto pie al gato.

—Ya no te molestaré cari —. Dijo dándole un sonoro beso en los carrillos.

—Tú nunca me molestas —. Dijo sonriente.

Miró el reloj de su muñeca y salió espantada por la puerta —. Será mejor que me vaya antes que Murray llegue.

—¿Michael Murray, el político?

—El mismo.

—Cari, ten cuidado. Los políticos son como una mafia.

—No seas tonto —. Contestó con la voz en alto mientras corría pasillo abajo rumbo a su consulta.

Con la política hemos topado

—Señor Murray.

—Brenda.

—Creí que habíamos acordado ciertas normas —. Comento seria pero lejos de sentirse enfadada.

—Querida mía, ambos sabemos que no pienso intentar ligar contigo. Estás tan a salvo a mi lado como con un gatito doméstico.

Brenda se acomodó las gafas en el puente de la nariz sin saber muy bien cómo responder ante semejante comentario. Como profesional estaba agradecida, pero como mujer, eso ya era otra cosa. «¿Tan mal estoy físicamente que no atraigo ni a un fiestero por naturaleza? La verdad es que no me considero tan vieja, puede que madura pero para nada vieja. Y yo no me veo nada mal, es más, muchos hombres podrían verme hasta guapa...» Pensó frunciendo los labios y levantando las cejas. Murray se reclinó en el diván sin que nadie se lo pidiese y comenzó a hablar haciéndola olvidar de su orgullo femenino trastocado.

—Estoy aquí porque no sé a quién acudir.

—Creí que estábamos aquí para aclarar tu comportamiento e intentar sentirte mejor contigo mismo. ¿O no es así? —Dijo con un toque de sarcasmo y una confianza no habitual.

—Sí, eso también, si es que tengo alguna esperanza —respondió con poca gracia —. Verás ¿Brenda? —La miró como solicitando permiso por llamarla por su nombre y ella aceptó con gesto afirmativo —. Hace poco más de un mes me involucré con una mujer con la que no debía.

—Lo creí casado.

—Pero no castrado. Ya sabes, somos hombres y tenemos nuestras necesidades.

Brenda apuntó en su libreta: Capullo machista. Tratamiento: Golpearle la cabeza con un mazo [™]

—¿Y estar con otras mujeres le hace sentir culpable?

—Para nada.

La sinceridad del paciente sorprendió a la doctora por lo cual apuntó: Remordimientos, cero patatero. Tratamiento: cambiar mazo por patadas ;-)

Brenda sonrió al escribir sus disparatados apuntes. Puede que muchos de sus colegas no estuvieran muy de acuerdo con el peculiar estilo de sus diagnósticos pero a ella le servían y mucho. Al finalizar la terapia y en la soledad de su consulta, esas pequeñas bromas escritas, solían ofrecerle otra perspectiva

de casos más intrincados.

—¿Michael, por qué estamos en estas sesiones de terapia?

—¿Por qué te pago?

—Touché —. Contestó sonriente.

El hombre se aflojó el nudo de la corbata para recostarse con mayor comodidad en el diván. Cruzó las piernas y respiró con profundidad. Por sus gestos Brenda supo que iba a comenzar a sincerarse y eso la entusiasmó sobremanera.

Aún seguía sin comprender las razones por las cuales el político y su partido habían reclamado de sus servicios. Murray, en ningún momento demostró querer ser una oveja que regresara al redil, ¿entonces que lo traía exactamente a su consulta? Esperó sin hablar. Murray estaba tomándose su tiempo y ella se lo permitió. Abrirse a un extraño no siempre es tarea fácil y ella lo comprendía perfectamente. No por nada era una de las mejores en su profesión.

—Brenda, voy a contarte una historia y espero que me escuches. En un principio me negué a venir pero hoy estoy completamente seguro que eras la única persona que puede ayudarnos.

—¿Ayudarnos?

—A mi mujer y a mí.

Brenda se ajustó las gafas sobre el puente de la nariz para escribir entusiasmada: Preocupado por el bienestar de su pareja. Terapia: Posible terapia conjunta (dedo en alto)

—¿Quieres salvar tu matrimonio?

—Mi matrimonio no tiene nada que ver en esto. Jamás me separaré de Lorelaine.

—Jamás es una palabra muy extensa.

—Es la realidad.

—¿Entonces, en qué debo ayudarte?

—A salvarla.

Brenda descruzó las piernas para sentarse más recta sobre su silla.

—¿De la pena, del dolor, de la tristeza?

—No. De la muerte.

La doctora Klein abrió los ojos como platos mientras la boca se le cerraba de lado a lado. Por unos segundos se sintió descolocada como nunca antes pero al instante recordó la historia de uno de sus pacientes y la continua melodramatización de su vida por lo cual respiró y afirmó con profesionalidad.

—Estoy segura que si los dos trabajáis juntos las posibilidades son amplias. Comprendo tus sentimientos y admiro tu preocupación pero a pesar que

las infidelidades puedan ser dolorosas no causan la muerte de nadie. Por lo menos no la física.

—Esta sí.

Brenda se aferró a su cuaderno de apuntes y clavó las uñas a los reposabrazos para mantener el equilibrio.

—Te escucho —. A pesar de sentir miedo por la confesión, Brenda supo que llegaría hasta el final.

Así era ella. ¿Curiosa?, muchísimo, ¿solidaria?, aún más.

Apoyó la libreta en el escritorio y cruzó las manos bajo su barbilla dispuesta a escuchar cada detalle del relato. El político miró a un punto fijo en el techo concentrado en sus pensamientos y comenzó a relatar como si de una película se tratara.

—Todo comenzó hace poco más de mes y medio...

Confesiones

—... era una fiesta entre tantas. Un yate, buen alcohol y buena compañía con quien disfrutarla.

Brenda asintió asqueada. Esas fiestecitas en donde las drogas y las jóvenes modelos se ofrecían como barra libre eran conocidas por toda la alta sociedad.

—Nada fuera normal —continuó inmutable—. Una juerga en la que poder distraerme de las obligaciones. Nada importante. Ya sabes, la vida en la política puede llegar a ser demasiado estresante y unas copas de vez en cuando no matan a nadie.

Murray cruzó los brazos sobre su pecho y Brenda analizó cada uno de sus movimientos antes de escribir en su agenda: Justificaciones innecesarias. Tratamiento: Observar conductas culpables.

—Estaba con un amigo bebiendo una copa de champagne cuando una preciosa modelo se me acercó —continuó hablando totalmente concentrado sin prestar atención a la doctora y sus notas—. Normalmente las invitadas suelen esperar que seamos nosotros quienes escojamos pero Roxane no lo hizo.

“¿Escojamos?”. Brenda se movió incómoda en su asiento. La forma de hablar de mujeres como simple mercancía comercial le revolvía las entrañas. Era incapaz de poder contar la cantidad de mujeres golpeadas o desechadas por hombres a las que había ayudado. Mujeres tratadas como simples artículos de uso y disfrute. Muchas horas de su trabajo lo dedicaba a colaborar con asociaciones sin ánimo de lucro para poder reinsertar en esas mujeres la confianza y autoestima dañadas por hombres como Michael Murray que las veían como simples trozos de carne. Brenda sentía que su deber moral y responsabilidad social la obligaba a colaborar con su recuperación, pero la ética deontológica se mezclaba con un profundo sentimiento de querer arrojar a aquél tipo a patadas de su consulta.

Se contuvo de expresar pensamiento alguno recurriendo a sus años de profesionalidad. Eso, y una fuerte mordida en la uña de su pulgar que a pesar de ser un gesto que Max odiaba, la ayudaba a tener la boca cerrada en situaciones un tanto inapropiadas. Puede que no estuviera allí para juzgar sino para escuchar, pero su alto nivel de profesionalidad no le impedía expresar en el papel sus más sinceras repulsas. Capullo machista irritante (carita enfadada). Tratamiento: Patada en los huevos. Varias. Brenda sonrió al resaltar la palabra 'varias'.

—Me sentí halagado —continuó hablando como si nada—. Cuando una

preciosidad de largas piernas, micro bikini negro y una mata de sedosa cabellera roja como el fuego se te acerca, es imposible no reaccionar. En un primer momento me quedé paralizado. Una mujer así, atraída por mí, sin ningún interés, me descolocó.

«¿Sin interés? ¿No sabe que es uno de los personajes más influyentes del país? ¡De verdad!» La doctora resopló y apuntó: Tonto a rabiar. Tratamiento: Sin solución.

—Conversamos un rato largo y aunque no llegó a ser todo lo amena que yo desearía, fue suficiente para lo que buscábamos. Ya sabes, se interesó por mis actividades en la política, opinó sobre algunos proyectos proclamados por el partido, incluso me llegó a parecer hasta casi inteligente.

La doctora Klein se removió en su asiento observando la vieja tetera de la abuela. «Demasiado lejos». Pensó sonriente.

—Ella buscaba un famoso y yo un buen polvo, pero ya sabes, es necesario cubrir el expediente.

—¿Expediente? —Dijo en voz alta sin querer.

—Sí, le sonríes, simulas que te interesa su vida y el polvo está asegurado.

Brenda siguió buscando con la mirada cuando se detuvo en su propia pluma de escribir.

«Me vale». Pensó en clavársela en el la frente y machacarle ese cerebro atrofiado pero su profesionalidad no se lo permitió. «Maldita deontología». Pensó entristecida.

—Normalmente me importan muy poco sus conversaciones. Ya me entiendes. Los hombres somos más de culos y buenas tetas, pero esta vez cometí un error.

«Connor me llevará tarta ». Pensó al imaginarse la portada de los periódicos del día siguiente: Famosa doctora enloquece frente al desgraciado capullo machista de su paciente. Se dice que se la encontró enloquecida sobre él aporreándolo con la vieja tetera de su abuela. «No suena tan mal», se dijo divertida.

—Sé que puedo dañar tus oídos puritanos pero tengo que contarlo todo para que alguien pueda comprenderme —. Dijo como si pudiese leerle la mente.

«¿Oídos puritanos? Pero será desgraciado».

—No te preocupes por la salud de mis oídos —. Contestó con aspereza.

Sus palabras resonaron tan seguras y profesionales que Murray aceptó su intervención.

—Bebimos sin preocupaciones. Lo habitual en estos eventos. Puedes imaginártelo. Hablamos, reímos y nos marchamos a un camarote. Quise comenzar un poco más suave pero esa mujer era puro fuego. Si con bikini era

mucho de esperar, no puedes imaginarte la forma de enloquecerme que tuvo al quitárselo. La sensualidad afloraba de su cuerpo como el día sobre la noche. Deliciosa, exquisita. Un festín para la vista.

Brenda sabía que debía escuchar pero la imagen de ese hombre valorando sólo un cuerpo la estaba enfermando. Sabía perfectamente que no todos los hombres eran así pero en este momento sintió la repulsa brotar por sus venas de forma incontrolada y sin razonamientos. Hombres como Murray ensuciaban a su propio género.

—Me zambullí en su cuerpo sin descanso. La razón se me perdió. Mi cuerpo me transportó a otro lugar. Llevaba tiempo sin hacerlo así —. Brenda escuchó esas palabras y algo en ella se removió por dentro—. Sentirla tan predispuesta, tan entregada... Su piel suave, sus senos perfectos... La sangre me hirvió y me hizo sentir vivo. Suelo tener sexo variado pero con ella la lujuria se me disparó y a decir verdad no siempre me sucede. Me gusta follar pero eso no significa que la mujer que tengo delante siempre me despierte. No estoy seguro que puedas comprenderme, ya sabes, los hombres somos... ejem, diferentes a vosotras.

Brenda cerró los ojos obviando contestarle. No era relevante tener una discusión en esos momentos sobre los deseos fervientes de un hombre y una mujer o sus posibles diferencias. El muy imbécil pensaba que las mujeres no sentían las mismas ganas o necesidades que un hombre y no estaba dispuesta a aclarárselo. Suspiró resignada. Por supuesto que lo comprendía y quizás más de lo que él pudiese imaginar. El hombre, ajeno a sus pensamientos, continuó hablando como si aún disfrutara de la mujer.

—No fui delicado y a ella pareció no importarle. La imaginación se me disparó y no pude contenerme.

—¿La golpeaste? —Preguntó asustada olvidando todo formalismo entre ellos.

—No por Dios, no soy de esos, pero me descargué en su cuerpo por lo menos para una semana—. Dijo divertido —. Hice todo lo que se me ocurrió y ella estuvo dispuesta. No dejamos nada para la imaginación, por lo menos no para la mía.

Brenda tragó saliva y cerró los ojos esperando que la sesión terminara pronto. Murray la asqueaba. Era un egoísta solo capaz de pensar en sí mismo y nadie más.

—Agotados por el esfuerzo, me di cuenta que era tarde y debía volver a casa. Me lo pasé tan bien, fue un polvo tan bueno, que fue allí cuando cometí el peor de mis errores.

Brenda escuchó expectante y Murray bajó la voz como si de esa forma

podiese volver el tiempo atrás.

—Prometí verla al día siguiente —. Dijo apesadumbrado.

La doctora comprendió la situación al instante. Hombres como Murray no buscaban un compromiso ni mucho menos una relación. Una buena noche era más que suficiente para hacerlos regresar a su hogar de forma satisfecha. En sus cabezas no cabía nada más.

—Y la llamaste.

—Sí.

—¿Nunca lo habías hecho con ninguna otra?

—No.

—¿Y eso te sorprendió?

—En ese momento un poco pero yo sólo quería volver a disfrutar de ella un poco más —suspiró arrepentido—. La llamé y esa misma tarde quedamos en un hotel cercano a la sede del partido. Allí son muy discretos. Si fueses hombre me comprenderías. Fue espectacular. Lo hicimos durante toda la tarde. Follamos sin descanso. Aún no sé cómo no me infarté —dijo recordando el momento—. Esa mujer es lo máximo. No le importa como la pongas o por donde lo hagas, disfruta siempre. Deberían ser todas como ella.

—¿Qué has dicho?

Brenda contó uno dos tres y respiró profundo como su maestro Yogui le enseñó intentando no salir en los periódicos del día siguiente.

—Sí, bueno, borra eso si quieres —dijo con parsimonia—. Lo importante es lo otro.

Brenda siguió contando uno, dos, tres, o la sesión terminaría como el rosario de la aurora.

El hombre se acomodó en el diván y ella esperó que la pausa terminara pero Murray parecía buscar las palabras que no salían. Hasta el momento su relato era franco y directo pero ahora su semblante cambiaba para dar lugar ¿a qué?

—¿Qué pasó después Michael? ¿Qué sucedió en ese hotel?

—Después de unas horas, y a pesar de estar más que conforme, quise marcharme. Ya lo habíamos hecho todo y no tenía por qué quedarme. Me vestí y me despedí —dijo arrastrando su espesa cabellera con los dedos—. Soy un hombre casado ¡Qué esperaba!

«A buenas horas se acuerda». Brenda prefirió ignorar su excesivo arranque moralista y seguir escuchando.

—Puede que fuera un buen polvo pero no es el primero ni será el último. Jamás dejaría a mi mujer. Sería una inconsciente si lo pensara.

—Pero te lo pidió...

—Sí. Pensó que al repetir con ella significaba algo. Imaginó que comenzábamos una relación.

Murray cerró los ojos con amargura para hablar con voz apagada.

—Puede que no me entiendas y que resulte algo confuso pero quiero a mi mujer. Esto no tiene nada que ver con los sentimientos. Los hombres somos distintos a vosotras. El sexo para nosotros no es sinónimo de nada.

—Michael, no estamos aquí para una discusión sobre hombres o mujeres —dijo cansada de escuchar que las mujeres eran poco más que un contenedor para el vaciado de hombres necesitados—. Céntrate en tú problemática. Porque sigo sin comprender la situación que te ha traído hasta a mí. Veo conductas machistas, puede que incluso algo misóginas pero...

—¿Misóginas? De eso nada. ¡Adoro a las mujeres! Y cuanto más guapas mejor —.Dijo sonriente mientras la doctora negaba con la cabeza.

—Como decía, pero no tienes ninguna intención en cambiar. Ninguna de tus conductas lo demuestran, es más, hasta te divierten, por lo cual, ¿Michael qué buscas? Esa chica te dejó marcado hasta tal punto que necesitas contármelo. ¿Por qué?

—Ella no me marcó. Un buen polvo no deja de ser un polvo. Ese no es el problema.

—¿Entonces?

—Me marché dejándola en el hotel. Pensé que entre nosotros estaba todo aclarado. Nos abrazamos, le di un par de besos, le dejé un bono para recoger un precioso bolso de Louis Vuitton en tienda y le agradecí su dedicación.

—Entiendo.

—¡Pues ella no entendió nada! —Dijo gruñendo—. Desde aquella dichosa tarde no deja de acosarme. Comenzó llamándome varias veces al día. La primera le contesté pero luego le pedí a mi secretaria que no me pasara sus llamadas —resopló cansado—. Cuando me negué a responderle en el despacho, las llamadas continuaron en el teléfono de casa.

Murray se quitó la corbata como si ella le ahogara y la arrojó al aire colgándola directamente en el perchero de metal.

—Si Lorelaine contesta al fijo, ella se queda un rato escuchando y luego corta, si contesto yo, me dice cuanto me quiere y luego corta. No importa donde vaya, ella parece conocer mi agenda al detalle.

—Suena un tanto peligroso.

—Aún no he acabado —Brenda abrió los ojos asustada—. Le puse una excusa a Lorelaine y dimos de baja el teléfono fijo. Pensé que con ese detalle se daría por vencida...

—Pero no fue así.

—Al contrario. Eso la disgustó tanto que se ensañó con mi coche. Cuando al finalizar el día fui al garaje, lo encontré rayado. La muy zorra escribió en un lateral y con una moneda, la palabra cerdo en mayúsculas. Lo mandé pintar. Nadie hizo muchas preguntas, en el partido creyeron que era un tema de oposición política pero yo sé que no fue así. Estoy seguro que es Roxane.

—No tienes pruebas —. Dijo esperanzada.

—Fue ella —. Dijo seguro.

—Puede que estés hilando hechos que en realidad no están conexos, verás, muchas veces nuestro cerebro nos juega malas pasadas al analizar...

—¡Es ella! Estoy seguro. Hace una semana me hizo llegar una llave USB con canciones románticas pidiéndome disculpas por lo del coche. Dijo que estaba dolida pero que me perdonaba porque me quiere...

—¿La has denunciado?

—No. Si esto llega a la prensa, mi carrera política estará acabada y podría...

—¿Podría?

—Lorelaine. No es lo mismo aceptar una forma de vida a soportar en prensa y televisión la supuesta infidelidad de tu marido.

«¿Supuesta? A cara dura no le gana nadie». Pensó mientras negaba con la cabeza.

Murray se apretó la frente agobiado por una decisión que sabía debía tomar pero que no se atrevía por lo cual Brenda fue la voz de su consciencia.

—Esa mujer te seguirá amenazando siempre que tenga la posibilidad de hacerlo.

—¡Lo sé, lo sé! ¿pero cómo lo hago sin lastimarla? Mi mujer...

—Si se lo cuentas primero, eliminarás la posibilidad de amenaza. Esa mujer se verá sin herramientas para usar en tu contra. Puede que sea lo mejor y que así la detengas.

—¿Crees que debo hablar con Lorelaine y contarle todo? ¿Estás loca? ¿Y para esto te pago?

—En realidad me paga el partido y sí, es lo que pienso. Creo que debes proteger a Lorelaine de tus propios actos y de sus horribles consecuencias. Está claro que esa mujer espera tener una relación contigo, si descubre que tu esposa conoce vuestra historia y aun así decide perdonarte, entonces Roxane se verá obligada a darse por vencida.

—Eso siempre y cuando mi mujer me perdona ¿pero qué si no lo hace? ¿Qué pasa si no está dispuesta a perdonarme? Somos una familia, tenemos hijos. ¡Joder!

Murray se removió en el diván mientras golpeó el cuero con su puño

cerrado.

—Al comenzar la consulta dijiste que temías por su seguridad, si no te sinceras con ella no podrás protegerla ni de los comentarios de la prensa ni de la propia Roxane.

El teléfono de la doctora Klein aunque sin sonido vibraba insistentemente y por un momento eso la asustó. Nadie la interrumpía cuando estaba en consulta si no era urgente. Y mucho menos insistía una y otra vez.

—Si me disculpas —dijo mientras miró la pantalla que mostraba número desconocido— ¿Hola? ¿Sí? ¿Quién habla? — La llamada se cortó al momento y ella sacudió la cabeza intentando calmarse. El relato de la tal Roxane la estaba alterando demasiado.

Murray terminó su sesión y se marchó mientras Brenda intentaba culminar su informe. ¿Cabía la posibilidad que parte de los miedos del político se deberían al sentimiento de culpa y eso lo condujera a una actitud paranoica de persecución infundada? Era posible. Sí, lo era.

Lo escribió como parte del diagnóstico y cerró su agenda cuando el móvil volvió a sonar sin contestar. «Maldita sea, ¿Quién es? ¿Por qué no contesta?».

Visitas personalizadas

Akim la observó desde lejos, como hacía siempre. Esperaba que se girara, que captara su presencia, que le dijera algo que lo llevara a alimentar algunas de sus desesperadas esperanzas pero nuevamente ella se marchó, sin mirar atrás.

Maldijo arrojando los últimos escombros del día dentro del contenedor. Igual, puede que algún día dejara de pensar en ella y consiguiera olvidarla. Sonrió sin ganas. Ni él compraba semejante mentira. Caminó pensando en ella, como siempre.

“Estoy tan enamorado que la ciudad al completo podría gritarme diciendo que no me amas y aun así te querría. Llenas mis vacíos más oscuros, aclaras mis sentimientos más temidos y sonríes con amistad a un corazón que suplica un poquito más...”

Después de un día repleto de trabajo lo último que Brenda esperaba era recibir una llamada desesperada de Michael Murray. El hombre le había suplicado que se acercase a su casa y ella no pudo negarse. No hacía visitas particulares pero la sesión de por la mañana la había dejado algo confundida y ahora esa petición tan agobiante resultaba ser una tentación imposible de rechazar. Salió disparada pero algo la hizo detenerse. Allí estaba otra vez. Ese escalofrío extraño y sin explicación. Negó con la cabeza y buscó las llaves del descapotable en su bolso.

Al subirse al coche recordó que su marido no estaba en casa y maldiciendo por lo bajo, presionó en el manos libres el nombre de su amiga: Rachel.

—Hola sweet ¿cómo estás?

—Bien, bien. Estoy bien. Rachel, quería pedirte un favor. ¿Podrías ponerle comida a bombón? Max está de viaje y me ha surgido un caso de urgencia.

—No problem, ahora mismo me paso.

—Gracias Rachel, no sabes cuánto te lo agradezco.

—No seas tonta, para algo estamos las amigas.

Brenda se lo agradeció inmensamente. Adoraba a esa gata.

—Sweet, no olvides que prometiste ayudarme en encontrar el catering

súper cool para George. Irá la cream de la cream.

George Carrington era su esposo, mejor amigo de Max y socio del estudio de arquitectos. Sí, esa sería una fiesta por todo lo alto.

—Por supuesto. Cuenta conmigo.

—¡Great!

—Rachel, te llamo más tarde. Estoy llegando a mi destino.

—Tú tranquila, yo cuidó de bombón.

—Muchas gracias. Hablamos más tarde.

—Chaito sweet.

Brenda cortó la llamada mientras se detenía en un semáforo en rojo con la sonrisa en la boca. Muchos consideraban a Rachel como una mujer florero pero tenía un fondo único y maravilloso que pocos conocían. George, resultó ser uno de sus descubridores y ambos formaban una pareja un tanto peculiar pero muy feliz.

La doctora Klein aparcó justo frente a un chalet totalmente rodeado por una gran valla que se elevaba por encima de los dos metros y que le impidieron observar la magnificencia del interior. Tocó al telefonillo con cámara y espero. Una voz gruesa de hombre preguntó su nombre y al instante la inmensa puerta de metal se abrió de par en par. Tras aparcar frente a la entrada, la puerta de la casa se abrió y un hombre alto y muy delgado vestido de impecable uniforme la acompañó hacia la sala principal. Si en un principio pensó que aquél recinto era maravilloso, lo que vio una vez dentro, sencillamente se convirtió en espectacular. Brenda estaba acostumbrada a los elegantes diseños de Max pero aquellos salones eran espectaculares. Nada escapaba de la perfección más absoluta. Colores, estructuras y materiales combinados con gusto exquisito. Amplios sillones de color crema apoyados sobre una gran alfombra de pelo largo marrón oscuro junto a cuadros coloridos en tonos pasteles y que armonizaban el lugar de una forma delicada y sugerente. La moderna biblioteca en tonos caoba y repletas de libros históricos remataban una sala sencillamente perfecta.

—Doctora Klein, es un placer conocerla —dijo una mujer de lo más correcta— pero como ya le expresé a Michael, no era necesario que se molestara.

Elegante donde las haya, con un perfecto conjunto de camisa de seda con pantalón pinzado y luciendo un recogido alto, la señora de la casa se acercó para saludarla con ambas manos mientras.

Brenda lo supo en cuanto fijó su mirada en la suya. Esa mujer estaba dolida, y aunque ella no lo creyera, sí habían hecho bien en llamarla. Su cuerpo no demostraba señal de debilidad alguna pero fueron sus ojos y la sombra oscura bajo su mirada lo que le indicó que llevaba tiempo sin descansar.

—Le aseguro que estoy perfectamente, — dijo con rotundidad —pero ya sabe cómo son los hombres de melodramáticos. Por cierto ¿Té o café?

—Para mí no es ninguna molestia, es más, estaré encantada con probar ese maravilloso café.

Lorelaine movió la cabeza con una sonrisa fingida. Esperaba ver a Brenda Klein fuera de su casa lo más pronto posible. Sus debilidades eran sólo suyas, no tenía ganas de ventilar ningún trapo sucio ante extraños y mucho menos si la extraña era una doctora de loquero. Cuando supo la historia al completo quiso matar a Michael con sus propias manos. ¿Cómo se atrevía a sabotear lo que tanto trabajo les había costado conseguir? Posición, amigos, ingresos, todo pendía de un hilo por culpa de su soltura de pantalones. Desgraciado sin cabeza, pensó ofuscada.

Rabiosa por dentro pero con la mejor de sus sonrisas en el exterior, señaló el inmenso sofá de cuero habilitado especialmente para las visitas. Contestando a la silenciosa solicitud de la dueña de casa, el mayordomo se marchó en busca de dos cafés.

—Verá Brenda ¿puedo llamarla así?

—Por favor —. Contestó con educación dejando su bolso a un lado.

—La vida es un camino duro en el que hacerse un hueco no es nada fácil. He aprendido esa lección hace ya muchos años. Soy una mujer adulta que comprende perfectamente las situaciones actuales, no necesito de ninguna... especialista. Espero que no se lo tome a mal pero sé valerme por mi misma sin necesidad de conversaciones de auto superación ni terapias homólogas.

La mujer calló al instante al sentir la presencia del mayordomo. El hombre de ropas negras y guantes blancos depositó la bandeja de plata con las dos tazas de café sobre la mesilla de cristal, y se marchó con el mismo silencio que lo acompañó a su entrada. La dueña de casa esperó a que el empleado desapareciera del salón para continuar con su discurso de lo más revelador mientras la doctora Klein escuchaba atentamente.

—La política es una carrera de fondo en donde tanto el implicado como sus acompañantes forman parte del gran juego del ascenso. Son muchos los años y las campañas que he jugado mano a mano junto a Michael. Esta puede ser su vida pero es nuestra carrera y no voy a perderla por ningún estúpido traspié. No sé si llega a comprenderme.

Dijo mientras señalaba con unas pinzas los azucarillos.

—Dos por favor —. Contestó estudiando cada uno de sus gestos.

—La política muchas veces puede ser un barrizal ¿pero qué ascenso rumbo al poder no lo es? Amigos de siempre te juzgarán como el más estricto de los jueces, compañeros de partido esperarán tu caída cual rapaces a la espera de

encontrar un hueco de poder —. La mujer bebió un sorbo de su café con total tranquilidad y Brenda la estudiaba atentamente — Espero que no la asusten mis palabras, imagino que está acostumbrada a la sinceridad.

—Lo estoy pero no por ello deja de abrumarme siempre que la encuentro.

La mujer sonrió sin ganas mientras sorbía delicadamente de su taza de café..

—Lamento desilusionarla pero en un matrimonio se enfocan demasiados intereses como para no evaluarlos todos antes de cometer acciones inapropiadas. Como le he dicho antes, este matrimonio es una inversión en la cual llevo volcada muchos años y no estoy dispuesta a renunciar a ninguno de mis logros.

—¿Poder económico?

—Que me he ganado trabajando desde la sombra, doctora Klein. He acompañado a Michael en sus peores momentos, no voy a rendirme ahora con respuestas inadecuadas.

—Y esas respuestas inadecuadas ¿podrían llegar a ser dolor, sufrimiento o culpabilidad?

La mujer se sonrió con algo de sonido y Brenda bebió de su café al sentirse descubierta. La estaba analizando sin ella desearlo.

—Veo que su interés profesional le puede , doctora Klein. Digamos que son respuestas que no me permito regalar a la ligera. Dígame Brenda, ¿está casada?

—Sí.

—¿Y no es de eso de lo que trata el matrimonio? ¿De ser su apoyo en momentos difíciles?, ¿comprender lo incomprensible y apoyar en lo irreversible?

—Comentó con sarcasmo.

Aunque la rabia intentaba aflorar, la mujer seguía controlando cada uno de sus gestos. Una perfecta manipuladora de sentimientos.

—Estar en pareja no nos convierte en máquinas programadas. Su enfado sería un sentimiento lógico y perfectamente humano, y nada tendría que ver con su deber de esposa. Sentir el peso de la traición muy pocas veces tienen relación con lo más o menos conveniente —contestó esperando respuesta que no recibió —. Las mujeres tendemos a convertirnos en refugio de nuestras parejas olvidándonos completamente de nuestro propio refugio. Comprender nuestras necesidades o sufrir por nuestros errores no nos hace menos perfectas sino más corporales. Nos enseñaron a acompañar pero cuantas de nosotras han aprendido a pilotar.

La doctora Klein intentó hacerla hablar, quería descubrir sus inquietudes, sus sentimientos. Deseaba que se abriera a ella admitiendo ser una perfecta

mujer imperfecta, pero no lo consiguió. Lorelaine, seguía encerrada en su concha de leal acompañante matrimonial.

—Brenda, agradezco tu visita, pero como he dicho antes, no era necesaria —contestó intentando dar por zanjada la visita—. No necesito ayuda psicológica para derribar a una prostituta barata —dijo asombrando a Brenda con su vocabulario tan fuera de sus formas—. Michael puede que sea la cara visible pero creo que no has comprendido bien. Soy ¡Yo! el motor que se mueve detrás y no pienso permitir que nadie se interponga en mi camino

Las palabras tajantes de odio de la esposa le indicaron a la doctora que esa mujer estaba más dañada de lo que quería demostrar. Le dolía el engaño pero principalmente el odioso lugar en el que su marido la había colocado. Amistades, compañeros de partido, todos la verían débil e indefensa, y ella no se consideraba merecedora de tan indeseables virtudes.

La doble puerta del salón se abrió para dar paso a un mayordomo con la cara ligeramente contrariada.

—Señora Murray, lamento interrumpirla pero hay un mensajero en la puerta con un paquete para usted. Dice que le han pagado para entregarlo en mano y se niega a hacer otra cosa que no sea verla en persona.

—No se preocupe, Thomas, puede decirle que pase.

—Como usted ordene, señora.

El servicial empleado hizo un gesto de aceptación y se dirigió hacia el portal de entrada para entrar con un jovencito con una gorra más grande que su cabeza y que no dejaba de saltar nervioso sobre sus piernas.

—Me han dicho que le entregara esta caja.

—¿Quién te envía?

La dueña de casa habló segura pero el joven de no más de quince años titubeó al hablar.

—No puedo decirlo.

El mayordomo estaba por actuar cuando la señora lo detuvo con gesto autoritario.

—¿Te han pagado para que lo entregues sin hacer preguntas?

—Veinte pavos —el niño movió la cabeza afirmando sus palabras—. ¿Puedo irme?

—Sí, puedes.

—Pero señora... —El mayordomo estaba por protestar pero nuevamente fue silenciado con un gesto de la señora de la casa.

El joven salió con tanta rapidez que Brenda creyó ver como perdía los pantalones por el camino.

—Señora, no debería abrirlo —comentó el empleado—. Si usted me

permite puedo llamar al señor por usted y comentarle lo sucedido. Seguro que él sabrá lo que debemos hacer.

—Thomas, no necesito de mi esposo ni de nadie para saber lo que debo hacer —. Dijo mirando fijamente a Brenda.

—Pero desconocemos su contenido —. Respondió incómodo.

—Por favor, Thomas, ¿no creerá que es una bomba?

La señora comentó aburrida mientras Brenda observa la situación sin emitir opinión alguna. Estaba claro que aquél no era un envío típico de la oficina de correos, pero de allí a pensar que pudiera ser algo peligroso, no, ella tampoco lo pensaba.

Lorelaine caminó hacia un pequeño despacho junto a la sala llevando la caja de cartón en sus propias manos. Tanto la doctora Klein como el mayordomo la veían desde la otra sala pero sin atreverse a acompañarla, después de todo, tampoco habían sido invitados.

Al poco de abrir el envío, la mujer pronunció un grito tan desgarrador que los hizo correr hacia el escritorio con o sin invitación. Cuando entraron en la pequeña estancia, tanto Thomas como la doctora se quedaron petrificados ante la imagen.

La dueña de casa gritaba una y otra vez horrorizada mirando hacia el suelo. Brenda fue la primera en reaccionar ante tan macabra imagen. Algo que parecía ser una réplica de la cabeza de Lorelaine yacía en el suelo con los ojos abiertos, pelo revuelto y manchas de algo que simulaba ser sangre. La cabeza de un material parecido a la silicona había sido realizado a la perfección. Si la doctora Klein no tuviera delante a la verdadera señora Murray hubiera creído perfectamente y sin dudarlo, que aquella cabeza sangrando del suelo pertenecía indudablemente a Lorelaine.

—Thomas... llame al señor —dijo la doctora Klein intentando controlar los nervios, pero el empleado siguió sin moverse. El hombre apenas era capaz de respirar —.Thomas. ¡Ahora!

El hombre entrado en canas reaccionó ante el grito de la doctora y se marchó corriendo mientras la doctora Klein abrazaba por los hombros a la señora de la casa para intentar calmarla mientras la trasladaba hacia la sala, dejando el horroroso souvenir desangrándose en el suelo del despacho.

—Michael está de camino. Será mejor que te sientes —. Dijo mientras guiaba a una muda señora Murray hacia el sofá.

—Thomas —. Brenda habló segura.

—El señor está de camino —. Contestó apresurado y nervioso.

—Bien. ¿Ahora podría pedir que le preparen una tila a la señora?

—Sí, doctora —dijo aún con la vos temblando.

—Gracias.

La mujer que temblaba en el asiento pareció reaccionar y levantó la mirada para contrarrestar la orden de Brenda.

—Thomas, que sea algo más fuerte.

—Por supuesto señora.

El hombre estaba por marcharse cuando la doctora habló por segunda vez.

—Thomas.

—¿Doctora?

—Que sean dos.

Brenda tragó saliva y el mayordomo asintió comprendiéndolas a la perfección. Si no estuviera en horario laboral él también se tomaría un whisky doble o algo parecido.

Michael Murray entró corriendo en la casa y desapareció ante la vista de todos rumbo hacia el despacho. Brenda y Lorelaine lo vieron correr al despacho para luego maldecir una y otra vez a voz en grito. Había sido avisado por Thomas y había corrido tan rápido como el acelerador de su Jaguar se lo había permitido. El miedo junto con la rabia bullían feroces desde sus entrañas.

No pasaron más de cinco minutos cuando el timbre sonaba alto y claro y un colérico Murray gritaba entrando en la sala donde ellas se encontraban.

—¡Thomas! ¡Maldita sea, Thomas! ¡Abre ya mismo! Debe ser el inspector Gutiérrez. Lo he llamado al salir —dijo rojo por la rabia mientras se acercó a su esposa sentada junto a la doctora Klein—. ¿Cariño estás bien?

—Sí.

La mujer fue parca en sus palabras pero Murray pareció aceptarlas.

—¿Brenda?

—Estoy bien, gracias.

La doctora esperaba comenzar con sus preguntas cuando un hombre con un traje algo desgastado y comprado en las rebajas de algún gran almacén, entró con paso decidido acompañado por el fiel Thomas.

—Señor Murray, señora Murray —. El hombre pronunció con voz grave.

—Inspector Gutiérrez, pase por aquí.

—Michael, en verdad no creo que todo esto sea necesario. Es una simple broma pesada de algún estúpido —. Dijo la mujer con la voz entrecortada intentando recuperar su frío comportamiento.

El hombre miró a su esposa pero no le contestó. Michael estaba furioso. Simplemente se limitó a acompañar al inspector hasta el despacho y ambas

mujeres los siguieron sin pedir permiso. El detective tocó la cabeza del suelo con un lápiz mientras pensaba en silencio.

—Michael, insisto en que no es necesario tener ningún detective en casa. Es una simple broma pesada y estoy segura que al igual que yo, no deseas que la prensa se presente aquí alborotada por tamaña estupidez. ¿No te parece?

La señora Murray hablaba sin parar intentando convencer a su marido de las consecuencias de un escándalo semejante cuando el detective preguntó en cuclillas junto al simulacro de cabeza amputada.

—¿Ha recibido más amenazas?

—¿Amenazas? Qué tontería, por supuesto que no —. Lorelaine contestó enfadada y esperando que ese detective se marchara de allí cuanto antes.

—Sí.

—¿Alguna cómo está? —El detective preguntó sin prestar atención a la señora Murray que caminaba cual lobo encerrado.

—No, sólo fueron notas en papel —. Dijo Murray con tono bajo.

—¿Las tiene aquí? Voy a necesitar verlas.

—Están en el despacho del partido pero se las enviaré a primera hora.

El detective aceptó su contestación mientras observaba curioso la imagen del suelo para luego detenerse en el rostro de la señora Murray que se removió incómoda.

—Quien fuera que lo hiciera parece conocerla bastante bien. ¿Tienen algún sospechoso?

La señora estaba por contestar con su aplomado y habitual discurso cuando su marido la sostuvo del brazo para ser él quien contestara.

—Sí. Una mujer. Lleva tiempo acosándome.

—Entiendo —. El detective se puso en pie y miró a todos lados como si buscara a alguien.

—¿Charly? ¡Charly!

El grito furioso que retumbó por las paredes hicieron que un joven, del que hasta ahora nadie se había percatado de su presencia, se acercara corriendo al lado de su jefe mientras tragaba los restos de un delicioso profiterol relleno de nata que el mayordomo había traído anteriormente para acompañar a los cafés de la señora y su invitada.

—Están deliciosos... —comentó como pudo con la boca llena mientras su jefe negó con la cabeza.

—Encárgate que envíen este trozo de cera al laboratorio en busca de huellas o algo que nos lleve hasta su creador.

El joven asintió tras sus gruesas gafas de pasta oscura. Se dirigía a un rincón para hacer las llamadas correspondientes pero no sin antes ocultar otro

profiterol en uno de los bolsillos de su chaqueta.

—¡Charly! —. El muchacho levantó la cabeza asustado por haber sido pillado—. Busca alguna información de la señorita... —El detective observó al señor Murray que contestó al instante.

—Roxane... Roxane Boucher.

El detective observó a su aprendiz de detective que afirmó seguro mientras repetía.

—Roxana Boucher, lo tengo.

La esposa de Murray resopló molesta y se encaminó hacia el salón y la doctora Klein la acompañó seguida de cerca por los pasos de un marido tan enfadado como su mujer.

—Cariño debes entenderlo. Esto no puede continuar. Debemos detenerla.

El político intentó justificarse cuando los gritos sin control y totalmente impredecibles surgieron de la boca de la siempre muy calmada señora Murray.

—¡No podías! ¡No podías! ¿Y qué era exactamente lo que no podías Michael? ¿Quedarte con los pantalones en su sitio o correr tras una puta? ¡Dime, Michael! ¡Contesta!

La mujer golpeó una y otra vez el pecho de su marido pero este no se movió. Aceptó cada golpe, cada insulto con la mayor dignidad hasta que ella se calmó. Intentó abrazarla pero la mujer se zafó, se encaminó hacia la barra de bebidas y se sirvió una copa. Giró el cristal en su mano y cuando todos pensaron que lo arrojaría contra su marido, ella se bebió el contenido de un solo un trago.

—Por tu culpa mañana estaremos en boca de todos... —dijo con la serenidad recuperada—. Nuestros amigos, nuestros vecinos... todos sabrán de tu maldita estupidez. ¡Todos hablarán de mí con pena! Con pena de mí, de mí... —balbuceó sin fuerzas.

La mujer se sirvió otro trago y lo bebió pero esta vez sí arrojó el vaso con fuerza sobre la piedra de la chimenea.

—¿Cómo has podido ser tan imbécil?

La mujer calló en el sofá y su marido rodeó sus hombros sabiendo que esta vez no sería rechazado. Ella, que al principio se tensó, luego aceptó el consuelo de su marido, y dejó caer su cara sobre el pecho ocultando su desgarrador llanto.

La doctora Klein que observaba la situación desde la distancia no quiso intervenir aunque pudo extraer información de lo más interesante. Buscó su bolso perdido entre tanto ajetreo e intentó despedirse.

—Será mejor que me marche —dijo en cuanto encontró su precioso Gucci de asas cortas.

—De aquí no se va nadie hasta que yo lo diga.

—¿Perdón? — La doctora Klein contestó enfadada.

—Digo que no se va nadie hasta que los haya interrogado a todos. Y por cierto, no nos han presentado —. El detective dijo alargando el brazo.

—Soy la doctora Klein, Brenda Klein.

—Klein... mm, ¿es esa del caso del padre bomba?

—Lo soy —confesó con cierto orgullo.

—Bien, empezaré con usted...

Después de dos largas horas de preguntas y un día totalmente perdido, Brenda decidió ir a su despacho para recoger algo de material del estudio y así poder adelantar algunos casos en su casa, con la bañera llena de agua caliente y mucha pero mucha espuma.

Al abrir el portal de la oficina intentó obviar el desastre cada vez mayor de la obra, después de todo serían sólo un par de semanas. Esquivó un gran bote de algo parecido a arena de río y abrió su consulta para quedarse perpleja.

Su oficina, su santuario y hasta ahora el único sitio medianamente decente, se hallaba en un completo caos. Papeles tirados por todos los sitios, cajoneras rotas en el suelo y expedientes, cientos de expediente clínicos revueltos por toda la habitación.

—¡Connor! ¡Connor!

Gritó desesperada mientras intentaba entrar sin pisar nada importante.

—¡Connor!

—No hace falta que grite. No hay nadie. Ya se han marchado todos.

Akim apareció con unos vaqueros azules y una camiseta de algodón negra que quitaba el aliento. Brenda lo observó curiosa ya que era la primera vez que lo veía sin ese horrible mono lleno de manchas de pintura o por lo menos la primera vez que se fijaba con esos ojos. El joven era más agradable de lo que le había parecido en un principio, es más, sería un hombre de lo más interesante si no resultara tan seco, cortante y mal humorado. Tenía unos ojos tan cristalinos como el mismo cielo de verano, un cabello negro como la noche más cerrada y un cuerpo robusto pero no en exceso, que quitaba el hipo. Sí, podría decirse que era un joven atractivo, un joven... Brenda se regañó por sus pensamientos hormonados y comenzó a verificar los daños sin mirar otra vez al joven de topacios azules.

—Pero qué diablos... —Akim comentó al observar el estado del despacho — ¿Qué diablos ha pasado? Es como si alguien hubiera estado buscando algo.

Brenda levantó la cabeza al escuchar las palabras del albañil.

—Buscando. Es eso.... —la doctora balbuceó pensativa.

Akim la observó con los ojos entornados y resaltando sus anchas cejas tupidas y algo más oscuras que su cabello.

«Son perfectas, ¿se las delinea?»

—¿Sé puede saber de qué hablas? ¿Y por qué me miras así? No pensarás que yo...

Brenda maldijo para sí misma por haber sido pillada en pleno escrutinio y reaccionó de la única forma que sabía hacer con aquél hombre. Muy mal.

—Déjate de tonterías, creo que me estoy cansando de tu continuo refunfuñar de hombre mártir. Yo no he dicho nada. Eres un hombre muy apuesto y se te nota que muy trabajador, no veo por qué tienes que estar siempre a la defensiva.

Akim abrió los ojos como platos. La distinguida y tan bien educada doctora Klein estaba perdiendo los papeles con él. La sonrisa le brotó tan natural como espontánea. Podría sentirse ofendido, incluso maltratado pero muy al contrario se sintió agradecido. Que va, estaba encantado.

«¿Ha dicho que soy un hombre guapo? Sí, sí que lo ha dicho. ¡No! Ha dicho apuesto. ¿Eso es más que guapo no?»

No debería estar contento con ese comentario tan superficial pero lo estaba y mucho, a decir verdad demasiado. Dios, no, ¡estaba pletórico!

—Ahora por favor, ayúdame y verifica si encuentras algo raro en el estudio de Connor mientras yo llamo al detective Gutiérrez —dijo mientras rebuscaba en el bolso la tarjeta que este le había ofrecido antes de marcharse.

—¿Detective? ¿Crees que es un robo?

—Sí, lo creo.

Akim asintió de acuerdo mientras se marchaba rumbo al despacho de Connor.

El saludo del inspector al otro lado de la línea la distrajo de sus pensamientos dudosos.

—¿Está diciendo que le han robado expedientes?

—No estoy segura, acabo de llegar y ver el desastre pero, por lo poco que pude verificar, estoy segura que me falta uno.

—Déjeme que adivine —comentó al otro lado— ¿Michael Murray?

—Sí.

—Voy hacia allí.

—Lo espero.

—¿Está sola?

—No.

—Pues que nadie se mueva hasta...

—Hasta que usted llegue —. Cortó divertida.

—Exacto. Parece que nos vamos entendiendo, doctora Klein —comentó gracioso.

—Eso parece... eso parece...

Eres tú

—He recorrido todo el edificio pero los únicos destrozos son los propios de mi cuadrilla.

Akim comentó con una alegría poco habitual en él al entrar en la consulta de la doctora y creyéndola sin compañía.

—¿Y usted es?

—Akim Dudaev—. Dijo borrándosele la sonrisa.

—¿Ruso?

Akim no contestó, no conocía a aquél hombre y no deseaba conocerlo

—No escuché su nombre —. Respondió con su habitual tono grave.

—Inspector Gutiérrez. ¿Y por qué dice estar en el edificio?

—No lo he dicho.

Akim comenzó a tensionar los músculos de los brazos en señal de incomodidad y Brenda se sintió en la obligación de defenderlo aunque nadie se lo pidiera.

—Akim es parte de la cuadrilla de reformas.

—Eso no explica por qué aún sigue aquí. No veo a ningún otro empleado cerca —. Dijo observando la sala.

—Me quedé para terminar con la instalación eléctrica. Imaginé que la doctora se alegraría al poder utilizar la luz sin tener que soportar más cortes.

El hombre agachó la cabeza molesto consigo mismo por quedar como un auténtico papanatas y Brenda sonrió encantada. Después de todo no la odiaba tanto. Ese hombre era todo fachada y le gustó descubrirlo. Akim levantó la vista y chocó de lleno con esos ojitos de chocolate y unos labios llenos diciéndole gracias pero en completo silencio para que nadie más que él se percatara. El hombre cerró los ojos en señal de aceptación y profunda alegría. Sentir esa intimidad con ella era mucho más de lo soñado.

—Necesito que recuente todos los informes para comprobar si sólo faltan los de Murray o algún otro. ¿Atiende a más políticos?

—Es una información que no puedo ofrecerle.

—Doctora Klein, creo que no sabe el riesgo que está corriendo.

—¿Riesgo? — Akim preguntó nervioso.

—Sí —. El inspector aseguró con firmeza.

—De eso nada. Estoy perfectamente bien y no pasará nada que...

Un estruendoso golpe y la rotura de cristaleras resonaron en toda la planta y los tres corrieron hacia el portal de entrada para ver lo ocurrido.

—¡Charly! ¿Estás bien?

El joven se reacomodó las gafas y sacudió el resto de cristales destrozados que le habían alcanzado al completo.

—Estoy bien —. Respondió tartamudeando— pero me temo que él no.

Una rata había sido arrojada por la puerta destrozando cristales y ensangrentando la entrada.

—Pero que cojones es esto —. Akim habló desconcertado.

—Me temo que ahora es una rata muerta.

—¿Y quién demonios rompería un portal de cristal arrojando una rata muerta?

—La pregunta correcta sería, ¿para quién? — El inspector comentó observando fijamente a la doctora Klein que no salía de su asombro.

El asistente, que un principio pareció algo nervioso, consiguió recuperarse como por arte de magia y habló al oído del inspector. Este asintió y dirigió su completa atención en la doctora Klein.

—Doctora, después de los recientes acontecimientos, me veo en la obligación de pedirle que me acompañe.

—¿Qué?

—No se atreva tocarla —. Akim respondió con más vehemencia de la esperada y el inspector estrechó los ojos curioso.

—Tranquilo Goliat, no me he expresado bien. No tengo personal para protegerla y en casa de los Murray comentó que estaba sola, ¿no es así doctora?

Brenda asintió sin poder ocultar el asco que aún sentía al ver aquél asqueroso bicho destrozado en la puerta.

—Me temo que no puedo arriesgarme. Primero lo de Murray y ahora esto. No puedo asegurarlo, pero puede que nos encontremos ante el mismo caso.

—Eso es imposible.

—¿Murray?, ¿qué caso? —Akim preguntó pero nadie le contestó, excepto Charly que se compadeció del pobre hombre y le resumió muy brevemente la situación. Akim se quedó perplejo y maldijo entre dientes.

—No voy a correr riesgos. En comisaría estará protegida.

—No pienso quedarme en una celda sólo por estar protegida. Eso es una estupidez.

—Estupidez o no se viene conmigo. No arriesgaré su vida porque quiere pasar la noche en su casa sin protección.

Charly asintió mientras comenzaba el informe de la situación en su tablet.

—No iré a ningún lado. Si quiere encarcelarme tendrá que hacerlo por la fuerza.

—Si es lo que quiere —. El inspector sonrió al verle la cara de espanto.

—Usted no va a esposarla, no hará falta. Yo iré con ella —. Akim, que hasta ahora no se había pronunciado, dio un pie al frente para hablar con seguridad.

—Lo siento “muchachito” pero no creo que este sea lugar para alguien como tú. No quiero tener a dos que cuidar. — Comentó divertido el inspector y el asistente arrojó una pequeña y leve carcajada cuando Akim sin previo aviso, levantó al hombre por el cuello para estamparlo contra la puerta medio rota.

—¿Quiere que le demuestre como este muchachito se defiende? — Brenda emitió un leve gemido entre miedo y admiración cuando en menos de un segundo el obrero levantaba y estampaba al inspector contra la cristalera destrozada. Los ojos cristalinos de Akim brillaban rabiosos por el enfado pero el inspector no se inmutó, muy por el contrario se rió entusiasmado mientras golpeó el hombro del hombre para que lo soltara.

—¡Charly! Deberías entrenar con este ruso. Seguro que sacar algo bueno de esos bracitos de espantapájaros.

El escuchimizado becario abrió los ojos estupefacto ante el comentario, mientras Akim soltaba al inspector y lo dejaba nuevamente sobre sus pies.

El hombre, se dirigió a la doctora Klein que no era capaz de razonar lo que allí estaba pasando.

—No me gusta...

En el portal, una rata asquerosa estaba incrustada entre cristales destrozados, a su lado un obrero levantaba al inspector del pescuezo en alto mientras un asistente de cero por ciento músculos y huesitos de papel se acariciaba los bíceps con pena en la mirada.

El inspector se apiadó de ella y consideró que se marchara a su casa con el ruso. Algo de él no terminaba de gustarle pero no tenía más alternativa que dejarla marchar. No podía llevársela contra su voluntad. Con carraspera en la voz habló con absoluta frialdad pero en voz baja para que sólo el albañil lo escuchara.

—No me gustas, ocultas algo y no me gusta la gente que oculta cosas pero mi instinto me dice que cuidarás de ella.

—Mataría por ella —. Contestó sin pensar y el inspector achinó los ojos intentando descifrar algo más que palabras.

Akim sonrió de lado sin ganas. Después de todo, aquél inspector no era tan idiota como se imaginó en un principio. Por supuesto que ocultaba muchos secretos, pero jamás se lo confesaría a un tipo como ese, y mucho menos si una de sus vergüenzas era estar perdidamente enamorado de cierta doctora que lo dejaba sin aire con sólo mirarla.

—Doctora Klein, la dejo en buenas manos. Nos veremos mañana por la mañana. Si surge algún inconveniente —dijo clavando la mirada en Akim—le ruego que me llame con urgencia.

El inspector se marchó acompañado de Charly que caminaba a su lado concentrado en el caso. La terapeuta se removió nerviosa ante la situación. Debía marcharse a casa con un hombre al que apenas conocía y que la ponía nerviosa en exceso. Puede que fuera su aire distante o esa mirada cristalina. Daba igual. Fuese lo que fuese, temblaba con sentirlo cerca.

«Lo mejor será deshacerme de él cuanto antes».

—Akim, te agradezco tu ayuda. Me has librado del inspector y estoy en deuda contigo pero ya no es necesario que actúes más.

El obrero estrechó los ojos como si intentara comprenderla mientras cruzaba los brazos a la altura del pecho.

—¿A qué actuación te refieres exactamente?

Las cejas de Akim se arquearon hacia arriba interrogantes y Brenda desvió la mirada. Definitivamente esa mirada pondría nerviosa a cualquiera en su lugar.

—Imagino que tendrás compromisos y que no quieras perder tu tiempo conmigo. Te doy las gracias pero soy completamente capaz de cuidarme solita.

Brenda se giró conforme con su actuación y con unas ganas locas de salir de allí corriendo. La sola presencia de Akim la ponía nerviosa de una forma desconocida. Estaba acostumbrada a tratar con todo tipo de gente, con todo menos con la de un hombre que parecía desnudarla con la mirada, pero no en un sentido físico: su escrutinio iba mucho más allá. Él traspasaba todas sus barreras de educación y cortesía. Él llegaba allí donde no la conocía nadie y eso no le gustaba. Sus miedos, remordimientos o enfados eran suyos y sólo suyos.

Caminó hacia el coche creyendo haberlo esquivado cuando su voz grave y acentuada la sobresaltó a un lado.

—Resulta que he dado mi palabra de cuidarte y es lo que pienso hacer —dijo mientras le robaba las llaves del coche de su mano y señalaba cortésmente la puerta del acompañante—. Serás una buena chica y me indicarás el camino—. Dijo con picardía guiñando un ojo.

Los ojos de Brenda parecían dos huevos fritos. «¿Buena chica? ¿Buena chica? Pero quién demonios se creía que era».

Se recompuso de su asombro y respondió con total sarcasmo y muy poca simpatía.

—Que-ri-do, creo que no recuerdas exactamente quién soy pero por favor permíteme que te refresque la situación.

—Sí, sí, me conozco el rollo ese de la famosísima doctora Klein y su

status social pero te lo puedes ir ahorrando. Ahora siéntate en el maldito coche, indícame la dirección y hazme el favor de quedarte calladita. No estoy de ánimos para escuchar nuestras profundas diferencias sociales —dijo serio mientras abría la puerta del coche. — No formaba parte de mis planes pasar una velada en tu casa pero aquí estoy.

«Mentiroso». Pensó divertido. No estaba para nada enfadado ni mucho menos pero no deseaba ver esa faceta de señorita de buena familia reaparecer entre ellos. Adoraba a Brenda, la solidaria y gentil pero odiaba a la doctora educada y estirada.

La doctora Klein se sentó en el lugar del acompañante de su propio coche dejándose caer de lo más molesta. Refunfuñó a plena voz buscando pelea. Nadie la trataba así y mucho menos con esos modales. «¡Quién demonios se cree! Siempre consigue sacar lo peor de mí. ¡Y yo no soy así!—

—He tenido un día muy complicado como para discutir con un niño — comentó recordando su molesta reacción frente al inspector.

Akim arrancó el coche y su reacción fue muy diferente con ella. El hombre se sonrió de lado mientras se acomodó en el asiento para mirarla directamente a los ojos haciéndola temblar y no exactamente de miedo.

—¿Me está provocando, doc-to-ra? ¿quieres que te demuestre lo que un niño como yo sabe hacer? Porqué de ser es así deberíamos ir a otro sitio. ¿Es lo que buscas?

«Mierda...»

Los calores comenzaron a subirle por todo el cuerpo. No, esta no era la reacción esperada pero se lo tenía merecido. Había jugado con fuego y se estaba quemando o eso le parecía por el calor que le subía desde los pies hasta la punta de sus cabellos. Tragó intentando contestar. Sólo necesitaba una frase inteligente, sólo una para dejarlo mudo. ¡Pero cual! Apenas podía pensar. Sus anchos brazos cruzados y tirantes sobre ese duro torso no la dejaban ser muy racional que digamos.

—Bien, veo por tu silencio —dijo divertido al notarla acalorada —que vamos directo a tu casa. ¿Me vas a decir por dónde?

—Recto por la principal hasta la comarcal salida Stonebridge. Urbanización la Alameda —. Dijo de carrerilla.

—La más cara del distrito, como no...

—¿Perdón?

—Nada, no he dicho nada —. Dijo intentando quitar de su mente el lujo del barrio residencial, una de las un mil razones que lo separaban de ella.

Akim aceleró con furia y Brenda alucinó con su repentino cambio de humor. De pícaro y atrevido a enfadado y taciturno y todo ello en menos de un

minuto. ¿Qué le pasaba exactamente? ¿Por qué molestarse con el barrio donde vivía?

«Creo que alguien necesita visitar urgente mi consulta». Se dijo a ella misma divertida y llamando la atención de Akim.

—¿Por qué sonrías?

—Nada importante. Tonterías de pacientes.

El hombre aceptó la contestación para concentrarse en la carretera mientras la doctora Klein prefirió observar por la ventanilla la entrada de la noche. No le gustaba recibir órdenes de nadie y odiaba tener que acatar la estúpida imposición del inspector pero había sido la única forma de librarse de pasar una noche completa en la comisaría, y eso debía agradecerse a Akim. Después de todo a él tampoco le apetecía perder su tiempo con ella. Eso lo había dejado bastante claro.

«El pobre hombre puede que hasta tuviera planes con alguna chica y tiene que llevarme a casa como a una niña pequeña. Apenas llegue a casa lo libero de su compromiso y lo dejo que se marche». Pensó algo disgustada con la idea.

Con disimulo lo observó de reojo. Llevaba una camiseta negra, que aunque de grandes almacenes, le calzaba como un guante en ese cuerpo de lo más definido. «¿Hará algún deporte o será natural? Si es así menuda envidia porque yo me mato tres veces a la semana con zumba y pesas y todavía tengo este michelín de aquí que espero no haya visto y...»

—¡Brenda!

—¿Eh, sí?

—Decía que cual número de casa. ¿Estás bien?

—Perfectamente. La veintiseis.

—Bien.

Akim aparcó en el portal sin apartar la mirada del enorme chalet de dos plantas con unos ventanales que parecían ser infinitos. Las columnas delicadas del portal y los pequeños detalles del labrado de las paredes del porche señalaban directamente el toque indiscutible de su marido. El perfecto y exquisito arquitecto Max Brown.

La doctora bajó rápidamente del coche y él se quedó observándola por unos minutos. Esa mujer era tan delicada, tan decidida y a la vez tan femenina que podía levantar los ánimos de cualquier hombre, incluido el suyo, aunque dudaba que ella lo supiera. Se rascó la nuca confuso. Él nunca se había sentido atraído en especial por ninguna mujer y mucho menos por una mayor y casada pero Brenda era mucho más. Su sonrisa e ímpetu te envolvían sin posibilidad de liberación. Al principio la creyó antipática y estirada pero no, ella usaba una

máscara, una que la ayudaba a cumplir con su deber frente a los pacientes pero en cuanto se relajaba, la máscara caía con descaro dejando a plena luz una mujer atrevida, con coraje. Una fuerza única de las de su especie. Cuando la hacía enfadar la Brenda oculta asomaba la nariz y era deliciosamente adorable.

Una mujer de larga cabellera y con una forma de hablar algo rara se acercó a ella corriendo y Akim saltó del coche temiendo lo peor. Si era la loca de la rata muerte la ahorcaría allí mismo antes que permitirle dañar a su doctora.

Akim corrió hacia Brenda con una desesperada intención de protegerla cuando la mujer la abrazó con fuerza para luego ponerse a vociferar con un acento muy, pero muy, raro. ¿Tenía una patata en la boca o hablaba así al natural?.

—¡Sweet! Me tienes súper died del miedo. ¡Died total!

«Puede que tengan mucho dinero pero esta gente no está muy bien de la cabeza»». Pensó divertido.

—¡Qué susto! Me llamó la police. Te estaban buscando. ¡Qué miedo sweet!

—Estoy bien —. Dijo liberándose de su fuerte abrazo para no ahogarse.

—Estaba tan asustada que casi cometo una locura y me pongo a cocinar. ¿Te imaginas yo cooking y manchándome mis pretty hands?

Akim abrió los ojos estupefacto ante semejante espécimen mientras Brenda se divertía con el espectáculo.

—Te llamé al Iphone como unas mil veces y nada —. Dijo con una leve señal de enfado.

—Me quedé sin batería.

En ese momento Akim se acercó a las dos mujeres que parecían no callar para interrumpirlas.

—Creo que deberíamos entrar.

Rachel por primera vez se dio cuenta de la presencia del acompañante y lo observó indiscreta de arriba abajo para preguntarle a su amiga sin el menor de los reparos.

—¿Desde cuando tienes chófer?

Rachel volvió a observar al hombre que se removió nervioso al sentirse observado cual pollo en una rotisería.

—No soy chófer —. Contestó molesto

—Ah, ya decía yo que Max no tendría trabajando al lado de su esposa a alguien con esas pintas.

—¡Rachel!

—¿Qué? No me dirás que va acorde con nosotras. ¿Y ese acento de dónde es? — La mujer preguntó sin tapujos y Brenda quiso enterrarse allí

mismo. Adoraba a su amiga pero muchas veces podía llegar a ser la mujer más frívola del planeta.

—Akim ha tenido la gentileza de acompañarme. Él trabaja en el equipo de Max.

—¿Eres arquitecto? —Preguntó horrorizada.

—Soy de la cuadrilla —. Contestó entre dientes para no mandar a aquella mujer directamente a la fosa séptica o como dirían en su barrio, a la mierda.

—¿Cuadrilla? ¿Esos son los que pintan y acarrear polvo, no? Ya decía yo que el estudio no podía haber caído...

—¡Rachel! ¿Por qué no entramos a casa y hablamos más tranquilas? — Dijo mientras empujaba del brazo a su amiga para que no terminara sus aclaraciones.

—Sí, sweet me tienes que contar todo. Y por cierto llama urgente a Max porque se quedó very crazy.

—¿Has llamado a Max?

—Por supuesto, estaba con los nervios súper frozen del miedo.

—Vamos dentro, necesito un café —dijo la doctora empujando por la espalda a Rachel para que pasara por el portal —. Akim, te agradezco toda tu atención pero si quieres marcharte puedes hacerlo sin remordimientos. Como ves ya estoy acompañada.

La doctora comentó agotada. El día estaba resultando ser más largo de lo habitual.

—Me quedo.

—¿Se queda? —Rachel preguntó extrañada asomando la cabeza por el pórtico principal.

—Eso parece.

Rachel entró al portal del brazo de su amiga mientras el hombre iba unos pasos por detrás. La amiga de la doctora simbolizaba todo lo que él odiaba de la alta sociedad. Ella sí que era una frívola estirada.

—Entonces eres de otro país —. Preguntó girándose para enfrentarlo y con un tono que no le gustó ni un pelo.

— Soy un maldito inmigrante por necesidad, un joven padre por idiotez y un mendigo por culpa del banco. ¿Contenta?

Rachel se abanicó acalorada y Brenda no dijo palabra. Akim estaba en su total derecho de colocarla en su sitio.

«Por cierto ¿había dicho padre? ¿Entonces existía una señora Dudaev?» No supo explicarlo pero en sus tripas se removió algo diferente y extraño. Algo más parecido a una indigesta cena con brócolis que a una merienda con brownie y helado.

Las mujeres hablaban sin parar mientras Akim recorría con la mirada el salón de la casa. Allí había más metros habitables que la suma de todas las casas en donde había vivido durante toda su vida, y eso que habían sido varias. Seis para ser más exactos. Primero en la casita frente al arroyo donde nació, la otra de madera que compartió con Juliana, luego las tres tiendas de campaña de refugiado, y por último, la actual y que se encontraba a las afuera, muy, pero muy, a las afueras.

«¿Y el mobiliario? Ese sofá cuesta como todo mi sueldo de un año». Se dijo entre dientes.

Miró hacia la cocina y vio a las mujeres hablar sin parar. La doctora Klein se había descalzado y caminaba hacia la nevera totalmente libre de convencionalismos. Por momentos hablaba con seriedad pero otras sonreía con una frescura que lo dejó embelesado. Ver a Brenda moverse en su hogar y con esa soltura le despertaron unos sentimientos de posesión que no se sabía que tuviera. Si ya la adoraba antes, cuando la admiraba desde la distancia, ¿cómo podía no morir de amor ahora que se hallaba relajada, con su larga melena recogida en una coleta, sus adorables pies descalzos y ese aroma tan suyo que embargaba la sala al completo?.

Akim imaginó como sería sentirla entre sus brazos en un hogar sólo para ellos. La besaría hasta dejarla sin aire para luego acariciar esa suavidad de piel ruborizada por la pasión que él mismo le ofrecería cada uno de sus días. Y sus ojos. Esos ardientes ojitos de chocolate, brillando embelesados y suplicando por más cuando la poseyera una y otra vez sin descanso. Esa sí que sería una vida perfecta... Recordó su impertinencia en el coche y sonrió con picaresca. Lo había dicho sin pensar pero ella lo estaba provocando y no fue capaz de resistirse. Le había advertido de lo que sería capaz de hacerle si lo acusaba de inexperto y la muy aplomada doctora Klein se había sofocado cual jovencita virginal haciendo que sus mejillas se enrojecieran intensamente y el quisiera besarlas para aplacarla con la humedad de sus labios.

El sonido de un teléfono y el nombre de Max lo hicieron explotar de rabia y enloquecer de celos. Miró por la ventana intentando no prestar atención a la conversación pero no pudo. ¿Dónde se suponía que estaba don perfecto? ¿No sabía que ella corría peligro? Resopló al beber un sorbo del botellín de cerveza que le habían ofrecido. Si fuese mía jamás la dejaría, pensó perturbado por la envidia.

—¿Entonces dices que trabajas en la cuadrilla de Max? —Rachel se acercó sigilosa por detrás aprovechando que su amiga hablaba con su marido y evitando que pudiese escuchar la conversación.

—Sí.

—¿Entonces conocerás a su socio, George Carrington? Es mi marido.

—No.

Akim bebió otro sorbo sin apartar la mirada del jardín. Por supuesto que conocía a su marido pero no deseaba explicarle a aquella odiosa, que hombres como él no trataban con los jefazos. Su ascensor no ascendía más allá de la segunda planta, la de entrega de herramientas y monos de trabajo. Su marido o el tal Max se movían por la décimoquinta planta. Esa con entrada privada y ascensores con alfombras color champagne.

—En este momento Brenda está hablando con Max e imagino que él te pedirá que te marches de su casa cuanto antes. Mi amiga no necesita de tu compañía, puedes retirarte sin hacer ruido, yo me despediré en tu nombre. Si deseas puedo pedirte un coche para que te acerque a tu casita donde sea que vivas...

Rachel comentó con cierto tono de desprecio que hizo que Akim se girara para incendiarla con la mirada.

—Prometí que esta noche la cuidaría y no pienso dejarla sola y me da bastante igual lo que usted o quien sea desee.

—¡Pero qué insolente! No haces falta para nada. Estoy segura que Max regresará pronto y se hará cargo de todo. No te conocemos y ni siquiera sabemos de dónde procedes. Estoy segura que en esta casa hay cositas que cuestan más que tu propia vida. ¿Quién me dice que no seas un ladrón o un asesino en serie?

—Si lo fuese ya estarías muerta... —Murmuró por lo bajo justo en el momento que Brenda aparecía por la sala. «Maldita arpía venenosa». Pensó furioso.

—Y, sweet, ¿qué ha dicho Max? —Preguntó con sonrisa victoriosa.

—Nada especial. No le conté ni la mitad...

—¡Pero cómo!

—Vete a casa, mañana te llamaré, lo prometo.

—Me quedo contigo.

—Rachel por favor... estaré bien.

—Si tú lo dices... —Contestó rendida—. ¿Me acompañas a la puerta? — Dijo casi en forma de orden hacia Akim—. Saldremos juntos.

Rachel habló con seguridad intentando echarlo de la casa y este se tensó al instante.

—¿Te marchas? Pensaba pedir pizza para cenar pero entiendo, tienes compromisos y no tienes porqué perder el tiempo conmigo.

—Dije que me quedaba y no me voy a ningún sitio —. Contestó para dejarle claro a la víbora sus intenciones.

—Bien entonces pedimos pizza e intentamos descansar algo porque mañana nos espera el inspector a primera hora en comisaría.

—Pero, Brenda... —Rachel bajó la voz para que sólo la escuchara su amiga—¿No pensarás dejar a este tipo que se quede a pasar la noche aquí? No sabemos de qué suburbio viene, míralo bien, si hasta parece que es un extranjero de esos. ¿No has escuchado su acento? Igual si intentamos localizar a Connor y le decimos...

—Rachel por favor, no llames a nadie más... —Brenda prácticamente empujó a su amiga hacia la puerta de calle—. Es tarde y te esperan para cenar, yo estaré bien.

—Está bien, está bien, pero duerme con el móvil bajo la almohada o grita fuerte, dejaré la ventana de mi dormitorio abierta.

Rachel vivía a dos casas más allá de la suya, por lo cual la creyó capaz de hacer lo que decía.

—Te quiero. Ahora vete tranquila. No me pasará nada.

En ese momento Bombón apareció moviendo el rabo y serpenteando entre los pies de Akim que se agachó para levantarla en brazos y acariciarla mientras ella ronroneaba encantada.

Rachel y Brenda lo observaron en la distancia algo sorprendidas. Bombón no era lo que podría decirse una gata dócil con los extraños.

—Vete tranquila. No me pasará nada—. Dijo en voz baja.

—Bien, bien pero vendré a primera hora.

—No hace falta.

—Sweet, tú eres muy buena pero con esa gentuza en casa nunca se sabe. Mira sus manos. Si están agrietadas y con callos —. Comentó horrorizada.

—A eso se le llama trabajar.

Rachel se apretó el pecho ofuscada mientras se marchaba refunfuñando.

—Si te dejan esa piel de lija en las manos deberían llamarlo esclavitud.

Brenda negó con la cabeza y cerró la puerta dispuesta a llamar por teléfono a la pizzería para que le trajeran una de tamaño familiar. Se moría de hambre.

Yo podría...

Akim estaba seguro que no existía nadie con más mala suerte que la suya. Si al menos ella fuese el ogro egoísta que imaginó al principio, todo sería mucho más fácil, pero no, él no podía ser tan afortunado. Brenda no era una serpiente como su amiga, no, ella era dulce, educada, humanitaria, inteligente, guapa... Dios, era malditamente perfecta.

Pidieron un par de pizzas y las esperaron sentados en los bancos altos de la cocina. La mujer abrió dos botellines de la mejor cerveza irlandesa y aunque no bebió a morro como él, se comportó como la anfitriona perfecta. Gentil, amable, cordial y con una sonrisa permanente en el rostro. Perfecta y exquisita: así era ella. Por lo menos ante sus ojos, lo era.

Akim no podía apartar su mirada de la mujer. Estaba embelesado. Ella hablaba mientras él se enamoraba cada minuto un poco más. La mujer que tenía delante no era la doctora Klein que conocía de la consulta. Esta era Brenda, una dulzura que le hablaba como a un igual.

Akim sorbió de su cerveza mientras la observó pinchar su trozo de pizza con un tenedor y sonrió al imaginar los comentarios que su hijo Lucien haría ante esa imagen tan perfecta y educada.

Brenda hablaba sin parar evitando los espacios muertos y él, parco en palabras, se divertía muchísimo con la situación. También sutilmente había dejado caer su edad y Akim volvió a sonreír al pensar que si ese fuese el único escollo que los separaba, ella no estaría en este momento sentada frente a él tan tranquila y con tanta ropa puesta.

«Si sólo fuese eso...» Pensó entristecido.

Cuando terminó de cenar y con un instinto típicamente cavernícola, se estiró para remarcar su físico. Sabía que era una tontería y que estaba lejos de poder provocar a una mujer como aquella, pero no pudo evitarlo. El deseo por conquistarla le hervía por dentro.

—¿Mousse de chocolate light?

—¿Eso existe? —Comentó divertido.

—Espero que sí, porque de no ser así, la hora de zumba y pesas en el gimnasio no valdrán para nada.

Brenda se carcajeó sin tapujos mientras se encaminaba rumbo a la nevera y Akim siguió sus pies descalzos e imaginó por un momento como sería acariciar la piel desnuda de aquella mujer.

El postre continuó como el resto de la cena, en total complicidad y Brenda se sintió feliz por haber aceptado la compañía de Akim. En un principio tuvo sus reticencias pero se regañó a sí misma por haber sido tan previsible. No era propio de una profesional de su envergadura prejuzgar tan vilmente. Lo creyó huraño y mal educado, pero Akim no sólo era atento sino que se comportaba como un completo caballero.

—Puede que a veces el agobio del día a día me sumerja en mi mundo de pacientes estresados pero eso no significa que no sepa dar las gracias cuando alguien se las merece y quiero que sepas que te agradezco muchísimo que estés aquí conmigo.

Brenda habló con total sinceridad y Akim tuvo que sostenerse del banco para no lanzarse y comerla a besos. Allí estaba, su distinguida y correcta doctora Klein, con una sonrisa resplandeciente en los labios, ofreciéndole su gratitud y algo parecido a unas disculpas. Respiró con profundidad e intentó calmarse para no acercarse a esos labios carnosos, morderlos hasta perder el aliento juntos y que la suerte decidiera su futuro.

—Gracias —. Respondió con voz grave y ronca.

—¿Gracias? —Brenda no comprendió la contestación, sería que él no la había entendido, era ella quien las daba, ¿por qué lo hacía él?

La doctora Klein lo miró confundida y Akim regresó a la tierra pensando a toda velocidad «¿Qué he dicho? Dios, ni siquiera lo recuerdo. Definitivamente soy imbécil».

—Eres tú quien me salvó de una noche en comisaría, ¿por qué me das las gracias tú a mí?

«¿Por qué eres divina, preciosa, perfecta y yo un tonto loco de amor?»

Akim no contestó. No se le ocurría nada y Brenda prefirió cortar el tema con la típica pregunta socorrida.

—¿Café?

—Por favor... —Suspiró aliviado.

—¿Entonces naciste en Rusia?

—No.

—Creí que se lo habías comentado al inspector —. Dijo confundida.

—Es lo que él supuso —. Dijo con una leve mueca.

—Y tú no te molestaste en aclarárselo.

El hombre levantó los hombros demostrándole el poco interés que el inspector le causaba.

—¿Y entonces? —La curiosidad de mujer pudo más que su discreción.

—Chechenia.

—¿Refugiado?

—Emigrante por necesidad me parece más acertado.

—Totalmente comprensible —. Afirmó convencida.

Brenda conocía las historias llegadas a través de los medios de comunicación y podía imaginarse su sufrimiento. Ella estaba totalmente a favor de la colaboración humanitaria con emigrantes y refugiados fuesen de la nacionalidad que fuesen.

—¿Y estás sólo o tienes familia?

Akim revolvió con mayor intensidad el azucarillo del café y Brenda se arrepintió de su curiosidad. Lo había puesto incómodo.

—Lo siento, yo no quise...

—No pasa nada, es que no suelo hablar del tema. Vivo con mi padre y mi hijo.

—¿Estás casado? —Allí estaba nuevamente la indigestión de brócolis.

—Padre e hijo, no mencioné ninguna mujer.

—Lo siento —. Dijo con sentido arrepentimiento.

—¿Por qué?

—¿No eres viudo?

—Nunca estuve casado pero si así hubiese sido dudo mucho que Juliana estuviese muerta. Le gusta demasiado vivir la vida.

Su voz sonó más severa de lo deseado y se maldijo por ser tan bruto. Brenda se silenció tras su café y él se sintió un torpe por alejarla. Sabía que era una locura, una estupidez, una insensatez, pero no podía dar por finalizada aquella velada, aún no. La compañía de Brenda era un refresco para el sediento. Preciosa por fuera y encantadora por dentro. ¿Qué mortal no se sentiría encandilado por lo que jamás había conocido? Belleza, inteligencia y distinción envueltos en un maravilloso cuerpo de mujer. No, no podía dar por terminada su noche y mucho menos por la brusquedad de sus palabras para con la frívola de su ex.

—Ella nos abandonó —comentó intentando recuperar su atención —. Lucien era un bebé delicado y ella no estaba dispuesta a perder su belleza y juventud cuidándolo.

Brenda negó con la cabeza y cerró los ojos en señal de incompreensión.

—Se quedó embarazada y me echó la culpa. Le pedí que lo intentáramos por la criatura pero no resultó. Ella trabajaba en unos grandes almacenes y consiguió hacerse con el distinguido puesto de amante del jefe. Él le compró un coche modesto y le alquiló un piso, eso fue suficiente para abandonarnos. Lucien necesitaba tratamiento médico y decidimos pedir asilo en algún país con mayores posibilidades. Mi padre viudo decidió acompañarnos. No tengo

hermanos y los tres aprendimos a ser una familia y cuidarnos entre nosotros.

—¿La madre del niño no intentó...? Es decir, al saber que te lo llevabas del país ¿no se arrepintió?

Akim suspiró antes de decirle algo que jamás había expresado a nadie, ni siquiera a su mejor amigo Nikola.

—Yo lo intenté. La busqué para que lo olvidáramos todo. Que comenzáramos desde cero pero...

—No quiso —. Brenda conocía muchos casos como el suyo.

—Ojalá sólo fuera eso. Se rió de mí. Me dijo que estaba loco, que era un iluso si pensaba que dejaría su vida acomodada por un mocoso enfermo y un pobre diablo sin futuro.

—La querías... —Brenda comentó sin pensarlo al notar la tristeza de su voz.

—Nunca fuimos más que un rollo de fin de semana —. Aclaró avergonzado.

—Lo siento, por tu tono pensé que...

—Lo hice por el niño, él no se merecía ser el simple fruto de un descuido.

Akim se calló y Brenda no volvió a preguntar.

—Será mejor que te muestre tu habitación.

La doctora no sabía cómo retomar la conversación después de aquello. Ella estaba muy acostumbrada a confesiones de pacientes pero estas resultaron ser un tanto extrañas. Akim estiró la mano y sin pensarlo sujetó la de ella sobre la mesada. No sabía que lo había llevado a hacer aquello, quizás el temor a saber que jamás volvería a tenerla de aquella forma. Fuese por osadía o por temor, ya daba igual. Su mano callosa envolvía la de ella reteniéndola.

Aún no... —El hombre suplicó intentando encontrar algo de comprensión en sus pedido.

Suplicó con la mirada y sonrió al sentir como ella lo había comprendido como si lo conociese desde siempre. Ella veía allí donde nadie ni siquiera buscó jamás. Sus manos aún unidas vibraron como si una corriente eléctrica hormigueara por entre sus dedos. Akim la observó esperando saber si ella había sentido lo mismo pero Brenda no habló. Simplemente lo miró fijamente como si el silencio fuese capaz de explicar lo inexplicable. Ella lo soltó lentamente y él aceptó su abandono. Ambos caminaron hacia la sala y Akim aceptó una copa mientras se sentaba en el sofá. Estaba tenso. Jamás en su sano juicio hubiera hecho algo semejante como el de rogar a una mujer porque se quedara unos minutos más a su lado, pero ella no era una mujer cualquiera, ella era Brenda, su Brin. Por amor al cielo, ¿cómo podía estar pasándole algo así cuando ni siquiera

conocía el sabor de sus labios?

Hablaron por un rato largo pero fue cuando ella bostezó que él supo que ya no podía retenerla. Debía dejarla marchar y terminar con la mejor noche de su vida.

—Estás cansada... — Comentó con dulzura.

—Para nada —. Brenda intentó disimular otro bostezo pero no pudo—. Te acompaño hasta que la termines —. Dijo mirando la copa entre sus dedos.

Akim se la terminó de un trago y preguntó con tristeza mal disimulada.

—Puedo dormir en el sofá.

—No es necesario. La habitación de invitados es pequeña pero el colchón es muy cómodo.

El hombre la siguió al subir las escaleras sin perder detalle de la casa. Todo mobiliario o decoración que se encontraba demostraba las habilidades de su marido como diseñador. Brenda le mostró amablemente el cuarto y se marchó cerrando la puerta.

«¿Y qué te esperabas? ¿Qué se quedara contigo?» Pensó mientras se sentaba en la cama intentando calmar unos sentimientos que lo agobiaban cada vez más.

—¡Por amor bendito! Pero si hasta el colchón de invitados es mejor que el mío.

Golpeó el cojín simulando acomodarlo cuando en verdad lo único que pretendía era calmar su rabia insaciable provocada por una diferencia de clases insalvable. En un principio pensó que su malestar se originaba en sus posesiones materiales pero luego tuvo que aceptar razones aún más poderosas. Mujeres como Brenda no estaban ni estarían jamás al alcance de alguien como él. Ellas no se dignaban a perder el tiempo en hombres de camisetas de grandes almacenes y vaqueros de mercadillo. A los desgraciados de la vida les tocaba conformarse con mujeres de voz chillona y discurso escaso.

Se quitó la camiseta y recostado en su mullida cama se la imaginó a ella. ¿Qué haría en este momento? ¿Pensaría en él como lo hacía él en ella? No, sonrió con picardía, seguro que no.

Ella no soñaría con unas manos que lo acariciaran hasta hacerlo perder la razón. Ella no se abriría los botones de sus vaqueros y acariciaría su masculinidad imaginando que son sus dedos los que se ajustan en una piel tensa y endurecida por el deseo.

Akim estiró la cabeza hacia atrás mientras respiró con profundidad saboreando los últimos vestigios de su perfume en la habitación. Jazmín, vainilla y ese dulzor del mismísimo chocolate de su mirada. Todos mezclados en uno para convertirse en pura esencia femenina. La de ella y sólo ella.

Con delicadeza introdujo sus largos dedos por dentro de su ajustado bóxer mientras murmuraba su nombre cual mantra de pasión. Ella lo acariciaba guiándolo a un mundo en donde él era el rey y ella su reina. La sonrisa femenina lo invitaba a morderla mientras él, deseoso por satisfacer sus más oscuros placeres, se convertía en su más abnegado servidor.

La mano callosa presionó con fuerza la tersura de su erección y gimió al sentir aquél sueño como real. Temblaba ansioso por sentirse salvado y sus besos se convertían de uno en uno en su único elixir de vida.

—Sí... —Susurró agitado.

En un universo paralelo Brenda lo besaba apasionadamente, incluso con un toque de desesperación que lo volvía loco de excitación. Impaciente por sentirse vivo apretó aún con más fuerza su cuerpo cada vez más tenso. Imaginó que su boca lo recorría con besos insaciables hasta alcanzar la parte más anhelante de su cuerpo mientras él clavaba su vista en una cabellera sedosa que se perdía en su nerviosa entrepierna. El hombre tembló al imaginar esos labios llenos acariciarlo y rodearlo para cubrirlo al completo y succionar su más pura esencia.

—Sí... —murmuró cerrando los ojos para no despertarse.

Este era su sueño, y como todas las noches durante el último año, su única musa lo acariciaba en la oscuridad de su habitación, susurrándole palabras de deseo profundo aprendidas sólo para él.

Su pecho subía y bajaba alterado y su razonamiento le rogaba no despertarse. Ella estaba allí con él, ella lo envolvía y presionaba hacia su interior una y otra rogando una satisfacción que él le ofrecería junto con el cielo.

—Sí... sí... —Dijo con voz ronca contestando a sus dulces ruegos imaginarios —. Sí, Brin... Sí.

El duro cuerpo se tensionó frente a una presión cada vez más fuerte y un movimiento insoportablemente intenso lo cubrió al completo. Las caderas se elevaron desesperadas en el vacío de la noche intentando alcanzarla mientras sus dedos expertos presionaron una, dos y tres veces más hasta conseguir que su cuerpo se revolviera intensamente para luego caer rendido en un colchón que lo cobijó en la pena de la soledad. Ella no estaba allí.

Akim calmaba su respiración pero sin moverse. Su mano, aún dentro de sus bóxer y apoyada sobre su ahora dormida masculinidad, lo trajeron a una realidad que siempre odiaba admitir. No se encontraba saciado en absoluto, seguía deseándola con la misma intensidad que en los momentos previos. Sus ojos aún lo perseguían en la profundidad de sus recuerdos y su perfume continuaba grabado en sus deseos. Estiró la mano para alcanzar una toalla que Brenda le había dejado, cuando un grito desesperado cortó el aire. Sólo fue

capaz de correr como alma dominada por el demonio escaleras hacia abajo y rogar porque ella estuviese bien.

«Por favor Dios, ella no...»

Abotonó una presilla de sus vaqueros para que no se le cayeran mientras corría escaleras abajo como demonio descontrolado. Sin ella la esperanza no existía.

Cuestión de celos

Akim corría con la velocidad de mil demonios mientras el pánico bullía por sus venas.

«¡Cómo pude ser tan estúpido!» Se dijo desesperado. Estaba en su casa, debía cuidar de ella y no soñar con realidades alternativas imposibles. Si le pasaba algo por su falta de atención no se lo perdonaría jamás. Brenda gritó con aún mayor desesperación y el pasillo se convirtió en un recorrido interminable. Tenía que estar a su lado. Poco le importó si la amenaza era un hombre de dos metros o una mujer despiadada. Fuese quien fuese debería prepararse para su furia, porque no pensaba detenerse hasta verlo suplicar por su propia vida. Con una infancia nada fácil y en una tierra abandonada de la mano de Dios, la vida le enseñó a protegerse y por todo lo sagrado que ella no correría ningún peligro. No mientras él estuviese cerca.

Akim entró en la sala, descalzo, a medio vestir y agitado, cuando se encontró a una Brenda histérica llorando sin parar. Sus ojos impregnados de odio buscaron descontrolados al causante de su sufrimiento pero no lo encontró. En la sala sólo estaba ella y esa cosita pequeña que acunaba entre sus brazos queriendo proteger de lo inevitable. Las lágrimas le recorrían a borbotones por la cara y él se sintió morir cuando comprendió de quién se trataba.

—Tenemos que llevarlo a un veterinario —. Sollozó al verlo —. Trae el coche.

El hombre se acercó y apretó sus hombros intentando devolverla a la realidad. Bombón tenía el cuello partido y los ojitos cerrados. Poco podían hacer por la pequeña gata.

—Podemos salvarla... —dijo mientras apretaba al pequeño bulto peludo contra su pecho —. ¡No te quedes ahí! Tenemos que salvarla...

Akim hubiese hecho un pacto con el mismísimo diablo si con ello pudiese darle vida a la pequeña bola de pelos y detener su sufrimiento pero a pesar de tener comunicación directa con el caluroso infierno, el dulce animalito ya soñaba en otros brazos más celestiales.

—Brenda...

—Por favor Akim... por favor... Ayúdame...

El hombre sintió que ese corazón que durante décadas creyó muerto se destrozaba en pequeñas motas de polvo. Tenía que ayudarla ¿pero cómo?. Él no sabía nada de consuelo. Jamás se lo habían dado. Cerró los ojos y expresó lo típico y socialmente estipulado, pero no porque lo sintiese sino porque fue lo

único capaz de expresar con palabras.

—Lo siento... lo siento muchísimo —. Dijo acariciando sus hombros.

Brenda levantó los ojos y su mirada ya no era de chocolate puro e intenso, las lágrimas los habían convertido en un barrizal de lodo triste y sin alma y él se sintió morir. Enloquecido por no poder sanar su herida la abrazó con fuerza. Brenda apoyó su rostro y el pequeño cuerpo en su ancho pecho y él los envolvió a ambos con su calor. Estaba tan fría por fuera y tan rota por dentro que quiso aullar como un lobo enjaulado en busca de venganza, pero de qué serviría, ¿a quién o dónde buscar? Maldita fuese la vida, ella no se lo merecía. Ella no. Tan solo unas horas antes había disfrutado contando la dicha que representaba para ella colaborar con el grupo de mujeres maltratas. En ningún momento habló con vanidad, muy por el contrario demostró orgullo ante la valentía de aquellas mujeres que deseaban continuar a pesar de todas sus desesperanzas.

“Mis consejos sólo son un puente hacia un camino mejor. Su propio valentía las lleva a reconstruir sus empedrados caminos”, dijo orgullosa. Maldita sea, no, ella no se lo merecía. Personas con corazones tan grandes como el de Brenda eran los que daban sentido de vida a personas tan desgraciadas como él.

«Joder...»

Luego de un rato de lo más largo y muchas lágrimas de por medio, pudo convencerla de meter al pequeñín en una caja de zapatos y enterrarlo en el inmenso jardín. Brenda asintió pero nunca dejó de llorar. Ya no gritaba pero tampoco hablaba, simplemente lloraba en silencio intentando parecer fuerte mientras Akim, con el mayor de los cuidados, colocaba a la bolita de pelos en su cajita y los cubría con la negra tierra. «Muerte», pensó entristecido. ¿Cuántas veces había lidiado con ella en el campo de refugiados pero en todas había perdido?.

Con delicadeza la abrazó por la cintura y la intentó guiar hasta la cocina cuando la mujer en un acto totalmente imprevisto lo abrazó con fuerza y se lanzó a llorar sin consuelo sobre su pecho desnudo. Akim la estrujó con todas las fuerzas de las que fue capaz. Quiso ofrecerle el consuelo que necesitaba, quiso decirle mil y una palabras de cariño pero nada salió de su garganta. Estaba seca por la pena. La abrazó con el mayor de los cariños esperando que sus fuertes brazos fuesen capaces de expresar todo lo que su corazón callaba. De una forma casi imperceptible para ella, acercó sus labios sobre su cabeza y acarició la suavidad de sus cabellos con un delicado beso que poco tenía de sensual y lujurioso. Cuidado, protección, ternura, amor... Sí, todos ellos eran los sentimientos representados en un suave beso que apenas la rozó pero que ella sintió como una corriente de vida y que necesitaba.

—Brin, tenemos que entrar, está refrescando y estás helada —. Dijo al

darse cuenta por primera que ella lucía un pijama de pantaloncitos cortos y camiseta de tirantes. Estaba de lo más adorable.

Brenda no rechistó y caminó lentamente hacia la casa dejándose guiar en todo momento por la mano experta de Akim que la sostenía por la cintura. Estaba destrozado. Bombón lo era todo. Su mascota llevaba con ella quince años, los mismos que su matrimonio con Max. Él siempre lo amenazaba con no dejarlo entrar y ella lo regañaba diciendo que no hablara así, el pequeñín podía entenderlo. Max reía y apretujaba a su pequeña bola de pelos mientras ronroneaba encantada con las caricias de su amo.

—Lo encontré en la cocina, te hará bien —. La mujer estiró la mano y aceptó la taza de tila con apenas fuerzas —. Mi padre es el experto en la cocina por lo cual no me hago responsable de sus consecuencias —. Akim bromeó intentando hacerla sonreír pero sus intenciones cayeron en saco roto.

La doctora simplemente agachó la cabeza y bebió con pequeños sorbos sin contestar.

Él se sentó a su lado en completo silencio. Comprendía su dolor y no deseaba agobiarla. Sabía lo que significaba quedarse sin palabras. A él siempre le pasaba. Parco lo llamaba la gente pero introvertido sería la palabra más exacta. Cuando Brenda pudiese, hablaría, mientras tanto, él estaría esperando cual fiel servidor esperando ser llamado.

—¿Por qué alguien haría algo así? —Preguntó después de una hora de completo silencio —. Bombón era un pequeñín que sólo arrancaba sonrisas.

Las lágrimas brotaron nuevamente al preguntarle y este ya no pudo contenerse. Pegó su cuerpo junto al de ella en el sofá y secó con sus ásperas manos el rostro húmedo de tanto llorar.

—Pudo ser un accidente —. Comentó poco confiado.

—Dejaron una nota.

—¿Qué nota?

La doctora Klein no contestó y Akim volvió a preguntar pero esta vez con más énfasis.

—Brenda, ¿qué nota? Necesito que me la muestres —. Habló con delicadeza pero ella no contestó. Estaba en su mundo de dolor y no regresaba.

—Brenda por favor car... —se detuvo al darse cuenta lo que diría—. ¿Brenda qué nota?

La mujer se quitó la manta del cuerpo como despertando de su mundo y dejó a la vista su puño izquierdo, que cerrado con fuerza, guardaba un trozo de papel arrugado.

—¿Me la das? —Habló con toda la delicadeza que pudo aunque temblara por la rabia que rugía desde sus entrañas. ¿Quién era el desgraciado? Lo mataría

con sus manos si lo tuviese delante.

Akim sabía perfectamente que la calma no era una de sus virtudes pero haberla visto en pijama y con el gatito muerto entre sus brazos lo había superado hasta lo indecible.

—¿Me lo darías por favor...?

La voz del hombre sonó tan tierna como cuando hablaba con su hijo pequeño y Brenda le acercó su puño cerrado hasta casi su rostro, lo abrió y le entregó la nota arrugada sin hablar.

Maldita zorra, pagarás por quitarme
lo que

quiero. Mi primer hijo



—Llamaré al inspector —. Gruñó con ferocidad.

Akim se levantó del sofá decidido pero la sujeción de Brenda por el codo lo dejó estático en su sitio.

—No lo hagas.

La mujer tenía los ojos hinchados y la naricilla roja de tanto llorar. Akim deseó con todo su corazón poder abrazarla y ofrecerle al menos un poco de consuelo pero como siempre, las nubes de su condición social lo trajeron a una realidad de la que esa noche renegaba más que nunca. Esa no era su casa y ella

no era su mujer. No importaba que luciera un tierno pijama de algodón de tirantes y pantaloncito corto, ni que sus suaves dedos apretaran con delicadeza su brazo o que sus ojitos castaños estuviesen irritados de tanto llorar, él no era y no sería nunca el hombre que la consolara en sus momentos tristes.

—Brenda... —. La voz ronca demostró más ternura de la que hubiese querido expresar —. Por favor...

—No puedo. Ese hombre insistirá en llevarme a comisaría y ya no puedo más, no tengo fuerzas. Esta noche no. Estoy muy cansada... ¿Por qué esa mujer haría algo así? ¿Qué podría conseguir con tanta crueldad?

Brenda comenzó a llorar nuevamente y le resultó imposible contener la profundidad de sus sentimientos. Simplemente lo hizo. Se acercó y sin pensarlo dos veces la abrazó nuevamente contra su pecho. Con el mayor de los cuidados la levantó para depositarla sobre sus rodillas y la acunó con la más dulce de las ternuras. Ella lo necesitaba y él ya no podía contenerse. Que el mundo, las formalidades y los derechos matrimoniales se fueran todos al cuerno. Lloró sobre su torso desnudo sin consuelo y él acarició su larga melena diciendo con caricias lo que la garganta y la razón no le permitían. Bajó la cabeza y aspiró un perfume que no conseguiría borrar jamás. Vainilla, jazmín y su Brin, única e inconfundible esencia de su preciosa doctora Klein...

El tiempo pasaba demasiado rápido y él sólo era capaz de escuchar las agujas de un reloj imaginario que pronto le ordenaría soltarla. Debería abrir sus brazos y tendría que verla marchar dejándolo en el silencio de una soledad que ya no deseaba. No habló, no se movió, cualquier error que pudiera hacerla reaccionar de la posición en la que se encontraba, representaría el abismo. Sus delicadas piernas desnudas rozaban las suyas y el calor de sus suaves y redondeadas nalgas apretaban una zona que luchaba por dominar la situación. Su delicado rostro al completo se recostaba sobre su torso y fue capaz de sentir el suave aliento de su respiración sobre el bello de su piel y se sintió estremecer al sentirse el poseedor de tan magnífico momento. Si un año atrás, alguien le hubiese dicho que se podría disfrutar tanto de algo tan insignificante como acunar a la mujer que se quiere entre sus brazos, se habría reído en su cara.

¿Cuándo la había visto por primera vez? ¿nueve, diez? No, eran doce, doce meses, trescientos sesenta y cinco días intentando contenerse en no mirarla, no necesitar acariciarla, sufriendo por desearla y suplicando no amarla. Su áspera mano tembló cuando con miedo la acercó para acariciar la sedosidad de su cabello. Ella era tan suave, tan delicada y su mano ancha y áspera era tan... tan...

Akim se tensó al notar que los latidos de su corazón eran cada vez más lentos. Por fin descansaba. Suspiro con un pequeño gemido y el hombre sonrió

por su suerte, aunque esta vez no estaba convencido si mala o jodidamente buena. Su corazón latía descontrolado, en sus brazos yacía el mejor y más inimaginable de sus sueños.

«Duerme cariño. Mi Brin».

Sus anchos y duros brazos la envolvieron evitando pensar con lógica. La razón le gritaba una y otra vez que aquello no estaba bien. Que debía marcharse ¿pero cómo podía negarse semejante placer? ¿Cuándo un hombre cómo él tendría la oportunidad de tener a alguien como ella sobre su cuerpo? ¡Y a medio vestir! Sonrió sin fuerzas para no despertarla. Hoy sería canonizado como un santo. Cerró los ojos mientras acarició su cabello sin tapujos, ella dormía como una princesa, una preciosa y agotadísima princesa.

—Duerme, preciosa. Duerme, mi Brin... ¿Te cuento un secreto? Me gusta llamarte así cuando entras en mi cuarto durante mis noches de ensueños. Es algo que existe sólo entre tú y yo. ¿Lo sabías? No, claro que no...

Akim sonrió imaginando mil y unas formas de tenerla bajo su cuerpo y sonrió aún más al imaginar la reacción de una mujer tan educada y correcta como Brenda, dejándose hacer todo lo que él deseaba hacerle si fuese suya. El humor del hombre mejoró al instante y se debía principalmente a ella y ese delicado contacto sobre un torso endurecido por demasiadas horas de trabajo. La doctora Klein tenía poderes únicos y mágicos, pensó divertido. Toda una bruja. Su bruja.

El joven respiró ese dulce aroma de mujer y se dejó envolver por la música de su corazón que latía acompasado con el de su musa, y soñó, soñó con un bonito futuro de sonrisas y unas únicas caricias en todos sus amaneceres.

—¿Y tú eres? —. Akim maldijo entre dientes al despertarse con una voz gruesa que lo increpó en un tono para nada amigable.

Abrió los ojos un par de veces intentando despejarse, cuando al fin pudo apreciar el rostro firme de quien reclamaba sus derechos.

Donde quiera que estés

Ambos se miraron en una lucha de miradas y aunque el sujeto no se hubiese presentado, Akim sabía perfectamente quien era y porqué su mirada le gritaba silenciosa un: “Salgamos fuera”.

El joven intentó acomodarse y ponerse de pie pero Brenda que seguía totalmente dormida sobre su pecho, murmuró entre sueños disgustada porque su suave colchón se moviese. Akim ocultó su alegría pensando en lo patética de la situación. Podría decir perfectamente que aquello no era lo que parecía pero poco le importaba el perdón de ese hombre.

—Soy Akim, Akim Dudaev—dijo mientras se movía a un lado y Brenda se recostaba en el sofá totalmente ajena de lo que allí pasaba—. Trabajo en el consultorio de la doctora y anoche me quedé con ella para cuidarla.

El joven obrero se levantó del todo y quedó a la misma altura del hombre que lo escuchaba sin expresar sentimiento alguno. ¿Sería tan educado o era un extraterrestre con capa de hielo? Pensó molesto.

Podía gritarle, increparle, incluso golpearlo pero no lo hizo. Akim habría preferido eso mil veces a tener que verlo tan perfecto y correcto controlando cada uno de sus impulsos. Maldito fuese, estaba enfadado, su mirada rugía y sus puños se tensionaban a los lados pero no dijo nada fuera de tono. Era estúpidamente perfecto hasta en sus reacciones.

El arquitecto lucía unos pantalones beige claros impecables y un polo blanco a juego, con la marca del caballito bordado, y que él no recordaba el nombre porque jamás tuvo el dinero suficiente como para comprarse uno. Akim se pasó los dedos por el espeso cabello intentando domarlo del despertar de la mañana y habló con la serenidad de la que fue capaz.

—El inspector Gutiérrez me pidió que no se quedara sola —se sintió en la obligación de explicarse aunque odiaba hacerlo—. Temía que pudieran atacarla.

—¿Atacarla? —Max que sólo conocía incoherencias sueltas contadas por Rachel, dejó el orgullo de macho herido a un lado para acercarse a su mujer. Rachel se quedó a un costado en una actitud silenciosa totalmente inhabitual en ella.

Se sentó en el sofá y acarició el cabello de Brenda intentando despertarla y Akim habló con rapidez. Quería marcharse de allí cuanto antes. No es que sintiera miedo de ese hombre ni mucho menos, sabía perfectamente que pelearía mil guerras si con ello la consiguiera, pero eso era mucho más, no podía soportar

el ver como sus manos la acariciaban.

—Se tomó unos calmantes —dijo apresurado—. Estaba muy asustada, igual debería dejarla dormir... —Comentó molesto al ver como la acariciaba sin reparos.

—¿Miedo? ¿Pero que le has hecho? ¡Gentuza, eres una gentuza!

La mujer que hasta ahora no había hablado y que Akim simplemente había ignorado gritó molesta.

—No he sido yo, se-ño-ra —. Contestó sin ganas y con su habitual voz grave.

—Rachel, por favor... —La mujer resopló pero obedeció la orden suave pero firme de Max.

El arquitecto lo miró esperando su relato mientras continuaba acariciando el cabello de su mujer que aún dormía. Akim se movió nervioso mientras miraba a cualquier otro sitio que no fueran las manos de ese hombre sobre su delicado cuerpo.

—Hay un paciente que tiene ciertos problemas y...

—Eso ya lo sé, ¿pero no comprendo por qué tenía miedo? Anoche me dijo que pedirían un par de pizzas y se iría a descansar. No entiendo porque tuvo que tomar calmantes.

¿Él sabía eso? ¿ella le había llamado? ¿en qué momento? ¿por qué lo había hecho?

Akim se sintió defraudado. Por un momento pensó que ella estaba con él tan a gusto como él con ella. Odiaba pensar que lo había recordado y mucho menos que lo llamara. Max lo increpó con la mirada y contestó sin ganas.

—Esa mujer o quien fuese, entró en la casa y le dejó una advertencia— Akim suspiró con amargura—. Mataron a su gato. Le quebraron el cuello.

—Bombón... —Rachel se tapó la boca para luego persignarse y el arquitecto cerró los ojos dolido por la información. Sabía perfectamente lo que significaba esa gatita para ella. No tenían hijos y Brenda adoraba a la mascota como a un bebé.

El hombre agachó la cabeza y murmuró unas palabras al oído de su mujer consiguiendo despertarla. Abrió los ojos somnolienta y descolocada al verse en el sofá, pero al encontrar a Max delante, se abrazó desesperada y se puso a llorar nuevamente.

—Max... Bombón... Bombón...

—Lo sé cariño... lo sé...

El hombre acariciaba la espalda de su esposa y Akim se sintió destrozado y completamente indefenso. Caminó nervioso hasta la ventana observando por primera vez que se encontraba descalzo y vistiendo simplemente unos vaqueros.

Negó con la cabeza, ese hombre no era de este planeta. Si otro hombre medio desnudo, tuviese a la mujer que amaba en brazos y en su sofá, él lo hubiese echado a golpes de su casa. Sin embargo el perfecto Max Brown, se preocupaba por su estado de ánimo y la acariciaba con ternura. Maldita sea... pensó arrastrando la mano en su cabello nervioso. ¡Qué estoy diciendo! La quiere tanto que le preocupa mucho más que romperme la cara.

—Deberías vestirme, ¿no crees? Sólo los neardentales van por casas ajenas medio desnudos.

Akim quiso estrangular a la desagradable mujer que habló tras su espalda pero tuvo que reconocer que descalzo, sin camiseta y con apenas unos vaqueros gastados, no era una forma correcta de andar por la casa.

—Estaba por acostarme cuando la escuché gritar y no tuve tiempo de ponerme mis mejores galas —. Contestó dejando a la víbora descolocada —. Será mejor que me vaya...

Max que escuchó atentamente su explicación seguía sin decir palabra, y aunque su cuerpo parecía relajado abrazando a su mujer, la mirada le estaba advirtiendo muy claro que mantuviese las distancias.

Akim aceptó su amenaza no verbal sin responder. Ese hombre defendía lo suyo y no podía culparlo.

—Akim, espera un momento, tenemos que llamar al inspector. Él querrá vernos. Esto no puede quedar así.

Brenda habló mientras secaba sus ojos y se apartaba de los brazos de Max. El joven se quedó en el sitio sin moverse. Por alguna estúpida razón se sintió feliz al ver como ella soltaba a su marido para llamarlo y decir su nombre en alto. Era una terrible estupidez y lo sabía, pero quería aferrarse a una ilusión, por más idiota que fuese.

—Puedo vestirme y llevarte —. Respondió entusiasmado.

Max que no le quitaba ojos le contestó con educación pero con firmeza.

—Te agradecemos tu ayuda pero a partir de ahora me encargo yo. ¿En qué cuadrilla dices que trabajas?

—En la de Samuel —. Dijo clavando la mirada en el arquitecto.

—¿Albañil?

—De todo un poco —. Respondió incómodo.

—Bien, mandaré a avisar que hoy tienes el día libre. Puedes irte a casa y descansar. Es lo menos que puedo hacer por ti después de proteger a “Mi Mujer” —. Dijo resaltando ambas emes.

—No me debe nada.

Akim quiso decirle que se metiera su agradecimiento por donde le cupiese, que todo lo hacía por ella y sólo por ella, pero se mordió la lengua hasta

hacerla sangrar.

—Insisto.

—Y yo digo que no.

Ambos se miraron desafiantes pero Rachel intervino sin que nadie se lo pidiese.

—Querido, tendrás que escuchar al arquitecto, después de todo aquí no hay servicio de autobuses de proletariado. Este es un barrio residencial top. Te tocará caminar for a long time.

Ambos hombres continuaban mirándose sin escuchar ni una de las tonterías de Rachel. La doctora Klein que parecía algo recuperada de sus nervios, se levantó con postura firme y caminó unos pasos intentando mediar ante la tensa situación.

—Akim, entiendo perfectamente que no quieras perder tu día laboral y el premio de asistencia, pero si me hicieras el favor de llevarte mi coche y dejarlo en la oficina, yo lo recogería más tarde. Sería un favor enorme para mí.

El joven que estaba por protestar fue sorprendido por un silencioso ruego en forma de ojitos chocolate y aceptó su derrota. Ella lo conquistaba con cada una de sus miradas.

—Está bien, pero si necesitas que te acompañe o si el inspector Gutiérrez quiere verme o si...

Akim se mordió la lengua al ver como su perfecto marido se situaba detrás de su pequeña espalda para apoyar sus manos en los hombros de la mujer dejando muy claro quién debía marcharse, y quien quedarse.

—No te preocupes, te llamaré —. Contestó agradecida.

Subió las escaleras con un enorme peso en los tobillos. No quería marcharse, no quería dejarla ¿pero qué otras opciones tenía? Era eso o raptarla. «Igual no es tan mala idea», pensó sonriente mientras entraba en la habitación para vestirse y salir de allí cuanto antes. La simple presencia del arquitecto lo enfermaba.

Volver

Brenda se despidió de Akim con un sentido agradecimiento y cerró la puerta con la pena aún instalada en su corazón. Jamás pensó que la muerte de una mascota fuese tan dolorosa.

—Sweet, ¿quieres que te prepare algo? ¿un té? Pobre bombón, era tan adorable, no quiero imaginar lo que habrá sufrido —. La doctora abrió los ojos y Max intervino al instante.

—Rachel, te agradecería que nos dejases a solas.

—Oh sí, sí, por supuesto. Me voy in this moment. Nos hablamos luego sweet —dijo mientras daba dos besos a Brenda y decía segura —me voy pero si me necesitan ya sabes dónde I'm living.

—Gracias, Rachel.

Max esperó que la mujer soltara a su esposa y se marchara por la puerta para preguntar.

—¿Tienes pistas de quién pudo hacerlo?

—Creo que sí.

Su marido asintió mientras la abrazó por los hombros.

—Siento no haber estado aquí.

—Estabas trabajando, no te preocupes—contestó aceptando el beso en la frente.

—Me daré una ducha.

Max se sentó en la cama a esperarla y ponerse rumbo a la comisaría cuanto antes. Estaba algo nervioso y eso le extrañó, porque no era para nada algo habitual en él, pero tampoco lo era que una demente se colara en su casa, matara a su gato y amenazara a su mujer. Brenda salió de la ducha con su pelo húmedo y luciendo un perfecto conjunto de lencería blanco y él quiso decirle que estaba preciosa pero no lo hizo, no era el momento.

—He escuchado a María entrar en la casa. ¿Quieres que le pida un café o prefieres que te invite a un Latte macchiato y una tarta de dulce de leche? — Max preguntó intentando sacarle una sonrisa.

—No juegas limpio—dijo sonriendo con apenas ganas.

Brenda intentaba recuperarse pero la imagen de Bombón con los ojitos cerrados no se le borraba de la cabeza.

—Es mi culpa... si no hubiese aceptado el caso de Murray...

—Ni se te ocurra. Esa mujer está loca y punto. La encarcelarán y volveremos a nuestras vidas —. Max intentó abrazarla pero ella se soltó

demasiado rápido.

—Pero era Bombón... —dijo con lágrimas en los ojos.

—Lo sé cariño, lo sé —. Max la abrazó y secó sus lágrimas.

Ella respiró profundo y se dirigió al armario.

El móvil de la doctora sonó insistentemente y Max y Brenda se miraron extrañados. Era muy temprano por la mañana para tanta insistencia.

—Es Connor —dijo mientras leía el nombre de la pantalla.

—Y quien más... —Max dijo con muy mal gesto.

—Se habrá enterado y está preocupado.

—¿Y cómo lo ha hecho? ¿Tiene cámaras en la casa? —Dijo con ironía.

—No seas así. ¿Igual consiguió la información de la misma fuente que tú? ¿Qué dijo para que consiguieras vuelo tan pronto? ¿Qué me estaban matando? —Comentó Brenda antes de contestar el móvil y calmar a su amigo del alma mientras Max se estrujaba los dedos.

«Algo parecido: “Tienes que venir a casa urgente, hay un cavernícola con Sweet y tengo miedo por ella». Le había dicho a grito pelado.

Max negó con la cabeza. No debió hacerle caso y ponerse tan nervioso. Aquél joven era un pobre muchacho. Uno de tantos en la cuadrilla de obreros. Brenda cortó el teléfono y le preguntó curiosa.

—¿Por qué sonrías?

—Por tus amigos querida. Aún me pregunto qué tienes en común con ellos. Connor, Rachel, Johana...

—Max por favor no quiero discutir. Hoy no.

Brenda estaba algo cansada de defender a Connor y a Rachel ante su impecable marido. Ellos no eran tan perfectos, educados como Max pero los quería y ellos la querían a ella.

—Y no vamos a hacerlo. Estaba bromeando. Vístete y vamos a por esa tarta —dijo al darle una pequeña palmada en las nalgas.

Brenda aceptó la tregua y terminó de vestirse mientras él pensaba sonriente.

«Sólo Rachel vería peligro en un pobre tipo como ese». Él estaba acostumbrado a tratar con cuadrillas de albañiles y Akim Dudaev era un obrero más. Alto y fuerte pero como todos, de cerebros cortos y bolsillos escasos.

Buscando sin encontrarte

—Por más que sigas mirando no va a aparecer —. Nikola refunfuñó molesto mientras cargaba con todo el peso de las bolsas de cemento.

—Yo no estaba...

—¿No estabas mirando? Ja y Ja —. Comentó sarcástico mientras arrojaba las bolsas al suelo.

—Akim, esa mujer no es para ti, ella juega en otra liga, sin olvidar que es una mujer casada y unos añitos mayor que tú.

—Sólo es curiosidad —mintió descarado—. Lleva dos días sin venir y aún no han recogido el coche. ¿Crees que estará bien?

El hombre comenzó a realizar la mezcla para las paredes mientras observaba disimuladamente hacia la entrada de la consulta cerrada a cal y canto.

—Creo que estás tonto, eso es lo que creo. Si la mujer estuviera muerta no estaríamos arreglando su bonito edificio o su consulta ¿no te parece?

—Serás bruto—gruñó molesto— no hablo de nada tan grave pero igual no se recuperó del todo, tendrías que haberla visto, tan indefensa...

—Sí, sí ya lo sé y por favor no vuelvas a contarme la historia del gatito muerto porque vomito. Ahora déjate de pensar en tonterías o tendremos que trabajar en sábado.

El hombre asintió y se puso en marcha. La semana había resultado agotadora y él, al igual que Nikola, no deseaba trabajar en sábado. «Mañana dormiré hasta tarde». Suspiró cansado.

El sonido de unos pasos por detrás lo distrajeron de su mezcla pero no levantó la cabeza. Su amigo tenía razón, debían terminar el trabajo para poder comenzar su fin de semana de descanso. Estaban a final de mes, cobrarían la nómina y su hijo se haría con un par de zapatillas nuevas.

—Akim, necesito que me entregues las llaves del coche de Brenda —. Connor comentó con autoridad.

El albañil, que estaba de cuclillas junto al cubo de mezcla, levantó la cabeza para mirar al artista que lo observaba desde lo alto.

—No.

—¿Cómo?

—Digo que no puedo dárselas. La doctora Klein me dijo que vendría a por él y no puedo dárselas a otra persona que no sea ella.

Nikola sintió como la mandíbula se le desencajaba y Connor lo miró con los ojos abiertos como platos para luego reírse a carcajadas.

—Verás, resulta que soy el mejor amigo de Brenda, ella y yo somos como hermanos, por lo cual déjate de estupideces y entrégame las llaves del descapotable ahora mismo —. Dijo estirando la mano.

Akim se levantó del suelo y se estiró en su más de metro ochenta al completo para quedarse frente a frente. Si quería pelea la tendría.

Nikola, que conocía mucho a su amigo y que también eran como hermanos, reaccionó al momento tratando evitar lo peor.

—Las llaves están en el escritorio de su consulta —. Dijo en alto.

Connor observó a Akim durante un largo rato pero este no se perturbo, es más, le contuvo la mirada sin vacilar un solo momento. El gigante pelirrojo negó con la cabeza y se giró rumbo a la consulta de su amiga y Nikola se secó la frente con un trapo.

—Esa ha estado cerca, ¿se puede saber por qué pretendes que nos echen a patadas? —Nikola estaba golpeándolo con un trapo en la cabeza cuando Connor se giró para hablarles nuevamente.

Nikola al verlo disimuló estar limpiando el hombro de su amigo y le preguntó extrañado.

—¿Se le olvidó algo?

—La verdad es que sí. Mañana necesito llevar unas obras a una sala en la que expongo y me han fallado los contratistas ¿os interesaría el trabajo?

—No gracias, es nuestro día de descanso —. Akim respondió con voz grave y Nikola intentó suavizar la respuesta.

—Se lo agradecemos pero este es un trabajo agotador y mañana es sábado...

El obrero iba a continuar pero Connor lo cortó con una oferta imposible de rechazar.

—Pago 80 libras. La hora.

Nikola sintió como las manos le picaban por atrapar esos billetes.

—¿La hora? —Dijo entusiasmado.

—Sí. Necesito que recojan algunas obras de aquí, las transporten con cuidado al recinto de exposiciones, y las cuelguen en la galería.

—Ya le dijimos que... —Akim habló seguro pero Nikola lo interrumpió alzando la voz por encima de la suya.

—Estaremos encantados de poder ayudar.

—Bien, os dejaré los datos antes de marcharme.

El escultor se marchó hacia el despacho de su amiga y cerró la puerta tras él.

—¿Pensé que no trabajamos en sábado? —. Dijo mal humorado.

—¿Por ochenta libras la hora? Hermano, por esa cifra lo hacemos hasta

en calzoncillos.

Akim le arrojó a la cabeza el trapo con el que anteriormente le estaba golpeando y sonrió con desfachatez. No deseaba darle la razón pero la verdad era que la cuantía bien valía un pequeño esfuerzo en sábado.

—Y no te demores con esa pintura. Hemos quedado —. Nikola habló seguro.

—¿Hemos? —Respondió alzando una de sus tupidas y oscuras cejas.

—Sí, hemos. Y no pienses en dejarme empantanado. Estoy al borde del suicidio, o salgo con una mujer o estallo en mil pedazos.

Nikola sonrió a carcajadas y Akim lo siguió. Después de todo a él tampoco le vendría nada mal una cita con final seguro. Llevaba tiempo soñando con la mujer inadecuada. «¿Y por qué no? No le debo fidelidad a nadie». Pensó justificándose a él mismo.

—¿Dónde vamos? —Brenda preguntó divertida a su amigo que la había subido al coche sin informarle de nada.

—Es una sorpresa —. Contestó por enésima vez.

—Está bien, está bien...

El móvil de Brenda sonó y ella contestó con seriedad.

—*Anne Foster, ¿qué tal estás?... Necesito que te tranquilices y me hables sin ocultarme nada... No, no me importa como sea Reed... no quiero saber cómo te sientes tú con él... Anne por favor, siéntate y piensa por ti misma, no esperes que te diga lo que está bien o mal... organiza tú mente y decide en consecuencia con tus sentimientos... Lo sé cariño, nada es fácil, pero has vivido mucho como para saber lo que quieres de la vida y lo que no...*

Connor continuó conduciendo sin poder alejar su atención de la charla de su amiga. Verdaderamente Brenda era un genio para reconocer las situaciones conflictivas y encauzarlas con posibles soluciones provechosas para los implicados. Sí, Brenda era un completo genio para la psicología social aunque pocas veces lo utilizara en su propio beneficio. Connor movió la cabeza totalmente malhumorado. Sólo pensar en Max lo sacaba de sus casillas. Él sería su marido pero no la conocía en absoluto. Brenda no era la estirada de estrictas normas sociales en la que él se empeñaba en convertirla. Su amiga era puro sentimiento y naturalidad. Ella era solidaridad y alegría. Max había conseguido enterrar bajo una capa de buenos modales y comportamientos adecuados un espíritu libre y único. La recordó cuando aún eran jóvenes estudiantes llenos de

sueños y reivindicaciones sociales. Brenda adoraba participar de proyectos como el de asistencia gratuita a mujeres maltratadas y se involucraba con cada alma necesitada sin importarle su status social. No, su espíritu no estaba muerto, simplemente adormecido por un mago tirano llamado Max, Max Brown. Puede que no fuese malo del todo y que a su manera la quisiese pero a él le desagradaba tanto el marido de su amiga como un forúnculo en sus posaderas.

—¿En qué piensas? —Dijo Brenda al cortar su llamada.

—En que estamos llegando.

La doctora miró a todos lados y reconoció al instante el lugar.

—¿En el barrio universitario? No me dirás que...

—Exactamente eso. Cenaremos tacos de dos libras, tomaremos refresco en vasos de papel y nos emborracharemos con el tequila más barato del país.

Brenda sonrió divertidísima mientras Connor aparcaba su maravilloso descapotable, pero al momento, como abducida por opiniones ajenas, se recompuso y dijo con voz seria.

—Pero no tenemos edad, seguramente nos siente mal. Ya no encajamos aquí...

—¿No encajamos en dónde? Cari, has pasado unos días de mierda y llorando sin consuelo. Hoy es el día en que nos la pasaremos genial. Nos desmelenaremos y nos burlaremos del mundo, ¿te apuntas?

—Yo no sé —dijo dudosa pero se bajó del coche y se aferró con fuerza al brazo de Connor.

—Tú déjame a mí. Todo está controlado —. Comentó con una fuerte carcajada y guiándola hacia el local para cenar—. Quiero ver esos ojos brillar como lo hacían antes.

—¿A qué te refieres con antes?

Connor prefirió no contestar y cambiar de tema. Esa mirada de pena llevaba estando allí mucho antes de la desaparición de Bombón.

—Pienso comerme tres tacos dobles repletos de salsa picante y no voy a convidarte.

Brenda no era tonta y comprendió perfectamente el repentino cambio de tema pero ella no hizo nada para continuar con las aclaraciones. Connor tenía razón, llevaba unos días horribles, Max estaba nuevamente fuera por ese gran proyecto y ella temía volver a la consulta. El caso Murray resultó ser complejo y peligroso y quien sabe qué sucedería más adelante. Lo mejor sería disfrutar de una buena noche y no pensar.

No lo digas

Akim disfrutaba de su acompañante en el oscuro pasillo del local cuando alguien de una forma muy poco delicada los chocó de lleno. Con los ojos aún cerrados por la pasión maldijo sobre los labios de su chica para girarse al ser investido por segunda vez.

—Perdón, perdón.

La mujer con el cabello algo desaliñado y en completo estado de embriaguez, intentaba pasar por el estrecho pasillo rumbo a los baños, pero se la notaba demasiado afectada como para atinar rumbo a la puerta.

Akim estaba por responder una de sus habituales borderías cuando tuvo que pestañear una, dos, tres y hasta cuatro veces hasta confirmar la identidad de la beoda. El hombre maldijo una y otra vez mientras maldecía sin parar. Esto no era real. No podía serlo. No me puede estar pasando a mí, dijo casi sollozando. Brenda Klein caminaba totalmente confundida rumbo al servicio de un garito de mala muerte mientras él, con la cremallera de los vaqueros bajada, disfrutaba de las caricias de la siempre dispuesta Lola.

—Mierda, mierda y mil mierdas juntas.

Su virilidad se derrumbó en el mismo instante en que reconoció a la doctora Klein, que algo mareada, entraba en el servicio ajena de con quién se había chocado.

Una parte de él se sintió aliviado al no ser reconocido. No deseaba que ella lo viese en ese estado. No le debía nada, ella estaba comprometida, pero maldita fuese, odiaba reconocer que se sentía un poco canalla y bastante capullo al verse con su virilidad en manos de otra. Era una maldita estupidez, entre ellos no existía nada, ella estaba casada pero no pudo evitar sentirse un cerdo. Sabía perfectamente a quien pertenecía su corazón y a quién estaba utilizando.

—¿Qué pasa, nene?

Lola dijo con voz melosa intentando reavivar una parte de su cuerpo que se derrumbaba sin consuelo.

—Quédate aquí.

—¿Piensas dejarme? ¿Así?

La joven señaló su camisa totalmente abierta y el lado derecho del sujetador totalmente caído dejando un redondeado y muy abultado seno en libertad.

Akim ignoró su voz cautivadora y enfiló hacia el baño de mujeres. Lola lo increpaba para regresar pero él sólo tenía una imagen grabada. Ella estaba allí

y en un estado muy lamentable.

«¡Joder, se puede saber que cojones le pasa al idiota de su marido! No debería caminar sola por este antro. Ella es tan dulce y tan diferente. Cualquiera imbecil podría aprovecharse». Akim estaba cada segundo más furioso. Si él fuese su pareja estaría siempre a su lado, jamás la dejaría, y mucho menos la abandonaría en un estado semejante y en un sitio como ese.

«Desgraciado». Pensó al recordar al perfecto Max Brown.

Entró al servicio femenino sin importarle si había alguien o no. La busco con la mirada y la encontró refrescándose la cara con agua. No estaba maquillada y el pelo le caía desordenado sobre los hombros pero Akim tuvo que contenerse para no gritar en alto lo preciosa que estaba. Sus ojitos marrones brillaban por el alcohol y su cuerpo era de lo más torpe con cada movimiento, y eso la convertía en más terrenal y adorable que nunca.

Siempre caminaba tan segura de sí misma que al verla ahora tan alegre, tan despreocupada, tan imperfecta, y tan sola, no pudo contenerse. Sonriendo se acercó a ella y la sostuvo por la cintura tras su espalda. Se la notaba tan mareada que tuvo miedo a que se resbalara y golpeará la frente contra el lavabo.

—¿Estás bien?

Brenda dio un respingo al sentir los dedos fuertes aferrarse por ambos lados de su cintura e intentó girarse nerviosa pero no pudo. El mundo daba vueltas demasiado rápido. Al principio tuvo miedo pero al momento se sintió relajada. Era extraño pero la sensación le gustó. Miró al pequeño y desgastado espejo con ojitos achinados intentando ponerle cara a esas manos pero no pudo enfocar. O el espejo era muy malo o ella no estaba en muy buenas condiciones.

La doctora enderezó con cuidado la espalda y se giró con suavidad. Cuando lo vio sonrió de tal forma que Akim la hubiera besado allí mismo. Estaba ebria, sí, puede que ni siquiera fuese consciente de la radiante sonrisa que le dedicó al verlo, o de cómo le chispearon los ojos al reconocerlo, pero el joven no quiso pensar y perder sus escasas ilusiones. Esas que lo dominaban cada vez que la tenía delante.

—¡Akim! ¡Tanto tiempo!

La doctora se lanzó a sus brazos y él la sujetó aún con más fuerza para que no perdiera el equilibrio.

«¿Por qué me haces esto?». Pensó al notar la sedosa cabellera castaña bajo su barbilla.

Uno, dos, tres, había llegado contar hasta diez respiraciones antes que ella lo soltara.

—Brenda... —Habló con una voz tan ronca que hasta él mismo se asustó de su marcado acento —. ¿Qué haces en este sitio? ¿Estás sola? ¿Él está contigo?

—No podía llamarlo marido, esposo y mucho menos Max, en realidad no podía llamarlo de ninguna forma. La mujer continuó aferrándose a sus anchos hombros para no caerse mientras le contestó confusa.

—Sí, está conmigo.

Akim se tensó al instante. Esa era una respuesta que no deseaba escuchar.

—Te llevaré con él. Estás demasiado mareada como para andar sola. No entiendo en que estará pensando ese hombre para dejar a una mujer como tú sola en este antro. ¡Pero qué digo! No entiendo cómo te ha traído aquí. Este no es un lugar para mujeres como tú.

Brenda lo acompañaba por el pasillo mientras se aferraba a su brazo. ¿Por qué sería que Akim estaba tan enfadado?

—Estoy bien... —Dijo con la lengua atrevida.

—No por cómo te cuida —. Refunfuñó molesto sin darse cuenta de que pasaban delante de una Lola que miraba sin dar crédito a lo que veía.

—¡Akim! ¡Qué mierda es esta!

—Haz el favor de hablar bien. Voy a dejar a la doctora Klein en su mesa. Ya vuelvo.

—Si piensas que puedes dejarme tirada como si nada vas listo. Eres un desgraciado hijo de puta —. La joven se arregló su minifalda de lycra negra mientras mascaba un chicle con la boca abierta —. No pienso esperarte, desgraciado hijo de puta... capullo... mal nacido... ¡Cabrón!

Brenda abrió los ojos como platos ante tantos improperios y pensó si ella sería capaz de hilar tan bien y en un período tan corto de tiempo tantos descalificativos juntos. No, seguro que no.

—Lola... —La mujer sonrió al verlo detenerse y pensando que él se arrepentiría y regresaría a su lado.

—¿Si, Akim? —. Contestó con dulzura esperando verlo girarse y regresar a su lado mientras dejaba tirada a la estirada mujer que sostenía por la cintura.

—Vete a la mierda.

Akim continuó caminando hacia el local sin girarse mientras Lola continuaba con su larga y tan bien hilada serie de insultos.

—Yo... —Brenda quiso opinar pero el mareo no se lo permitió.

El joven buscó con la mirada por todas las mesas la presencia de su marido pero allí no había ni rastros del odioso arquitecto.

—Brenda, aquí no hay nadie.

—No, por ahora... —dijo y se sentó levantando la mano para pedir otro tequila.

El camarero asintió con la cabeza y se marchó. La doctora ajena a las

dudas de Akim se puso a tararear las canciones que los presentes comenzaron a cantar en el espacio dedicado al más patético de los Karaoke. El hombre se sentó a su lado e intentó hablarle despacio pensando que así recibiría una respuesta coherente.

—¿Se ha ido y te ha dejado?

—Sí, pero volverá. El pobre lleva tanto tiempo sin que le guste un hombre que no pude negarme. Pero regresará, siempre lo hace, me quiere mucho y no va a abandonarme...

Brenda se puso a mover el cuerpo en la silla mientras tarareaba en voz alta y recibía los dos nuevos tequilas.

Akim estaba totalmente desconcertado. Estaba claro que Brenda estaba borracha y bastante. ¿Serían una pareja tan liberal? ¿A su marido le gustaban los hombres?

Se rascó la nuca desorientado cuando un rayo de claridad le alcanzó el cerebro.

—¿Has venido con Connor?

La doctora, que bailaba cada vez más en su asiento, lo miró y asintió mientras canturreaba. Akim sonrió al escucharla desentonar con tanto entusiasmo. Ella estaba sola, ebria y con él. La fortuna sí que existía. Se sentó feliz a su lado y estaba por beber un sorbo de su tequila cuando la mandíbula se le desencajó de cuajo.

Brenda se había levantado y sin aviso previo caminó en zigzag hasta el micrófono y se puso a cantar con toda la energía y la peor de las voces.

Ella se movía algo mareada, pero podría decirse que no bailaba del todo mal si no fuese por la tajada que llevaba y esos pequeños tropiezos desde la tarima y que casi lo matan de un susto. Brenda no estaba en plenitud de sus facultades pero la realidad era que nadie en el garito lo estaba. Para ser sinceros, él tampoco lo estaría si no fuese porque Lola ni él deseaban preliminares.

—Hermano, me voy a acompañar a Sofía a su casa.

Nikola, acompañado por una preciosa rubia que lo abrazaba entusiasta, se acercó a su amigo y le habló al oído cuando vio a la mujer subida a la tarima de madera.

—Madre mía, no puede ser cierto.

En ese momento la doctora Klein levantó la mano en alto para luego dirigirla hacia la mesa.

—Y esta para el joven más guapo y mejor persona de la sala. ¡Akim Dudaev!

Akim abrió los ojos como platos quedándose petrificado en la silla y con la sonrisa instalada en el rostro. Ni en mil años hubiese imaginado nada igual.

Brenda Klein lo llamaba guapo y le dedicaba una canción. ¿Estaba soñando? Su amigo le golpeó en la cabeza con una servilleta y supo que no estaba soñando.

—Borra esa risita de idiota y dime qué demonios está pasando.

—Juro que no tengo ni idea —. Dijo al verla animar con los brazos a la gente para que le hiciera de coro.

—Está como una cuba.

—Simplemente no sabe beber —. Los ojos de Akim chispearon divertidos al contestarle.

—¿Y su marido?

—La dejó sola. Otra vez.

El joven se tensó por la respuesta. Pudo haber dicho que estaba sola, que esperaba a Connor pero no, su rabia se centraba en él, siempre en él. Anhelaba lo que ese hombre tenía y odiaba que no lo valorara.

Nikola lo observó con detenimiento y no le gustó un pelo. Su amigo estaba pillado. Eso no significaba nada bueno. Akim jamás mostraba interés por ninguna mujer y a decir verdad no lo hacía por nadie. Sólo su padre y su hijo eran el centro de sus preocupaciones, el resto del mundo, poco le importaban. Abandonar su país, su futuro, ocuparse de un niño no buscado había simbolizado el comienzo del fin en la vida de Akim.

—¿Y Lola? —Nikola intentó distraerlo de la imagen de aquella mujer que lo tenía embobado —. Por amor al cielo, ¡si hasta le sonríes! — Comentó en voz alta pero Akim ni siquiera lo escuchó.

Su afónica sirena le cantaba y lo atraía a un mundo donde no existía nadie más que ellos dos.

—¡Akim! —Levantó la voz y este se giró enfadado.

—¡Qué mosca te ha picado! ¿Por qué gritas?

Nikola negó con la cabeza y volvió a preguntar.

—¿Y Lola?

—Por ahí... —Respondió levantando los hombros.

—Hermano, vente conmigo, la buscamos y nos vamos los cuatro a casa de Sofía. Vive sola y podemos pasarla muy bien. Levántate y ven con nosotros.

Nikola quiso levantarlo del asiento pero Akim sonrió nuevamente a la mujer que aceptaba los aplausos como si de una verdadera artista se tratara.

—Me quedo.

—Akim, esto no terminará bien, vente conmigo y termina con esta estupidez ahora que puedes... — Dijo con pena.

—Lo que empiece o no es problema mío. Ahora vete —. Akim deletreó cada palabra con su acento grave y tan potente que Nikola aceptó su derrota y se marchó no sin antes decirle en alto.

—Espero que sepas lo que haces.

Akim pestañeo con sonrisa amarga mientras arrastró la mano por su cabello con fuerza. No, no lo sabía y no quería saberlo.

Brenda caminó de regreso a su silla y lo observó con tanta alegría y confianza que Akim se sintió derretir. Maldita fuese su cuerpo traidor pero la dichosa doctora le provocaba escalofríos con sólo mirarlo. Era peligrosa, adictiva e imposible de olvidar. Debería salir de allí corriendo pero sus pies se anclaban allí donde ella se encontrara.

—¿Qué tal lo he hecho? ¿Te gusta la música? A mí me encanta. Vivo cantando. En casa no lo hago mucho porque a Max no le gusta pero cuando puedo canto —. La mujer bebió un sorbo de su tequila y continuó hablando casi sin respirar —. Cuando estaba en la universidad, Connor y yo nos apuntamos a un curso de música, incluso intentamos tocar un instrumento pero éramos tan malos que después del primer concierto y unos cuantos tomates, decidimos que la batería y la guitarra no eran para nosotros.

Akim abrió los ojos sorprendido para, al momento siguiente, echarse hacia atrás y lanzar la carcajada más profunda y sonora que recordara jamás. Brenda lo miró sin poderse contener y rió con él.

—Imagino lo que estarás pensando pero voy a decirte que aunque no te lo creas, mi guitarra y la batería de Connor encajaban perfectamente. Luego lo intenté con el ukelele pero ni caso, eso sonaba fatal. Yo creo que me la vendieron fallada, porque después de varios meses de ensayar sin descanso, la gente insistía con los tomates, incluso agregaron repollos.

Akim se descompuso de la risa y Brenda al principio se sintió un poco incómoda pero luego lo acompañó en la algarabía.

—Eres única.

—Eso suele decirme Connor pero...

—¿Pero? —Preguntó interesado.

—Nada. Creo que me voy a marchar a casa, estoy muy mareada.

Akim se levantó para ayudarla a incorporarse cuando Connor apareció por la puerta.

—Madre mía, cari, menuda tajada te has pegado.

Brenda asintió sin contestar. Había pasado del hablar sin parar a no poder hablar. Connor miró a su acompañante de casi dos metros y puro músculo en señal de disculpas porque debía marcharse y Akim propuso sin dudar.

—Ustedes no tienen por qué cancelar sus planes, yo puedo llevarla a casa —. Connor lo observó con detenimiento intentando descubrir donde estaba la trampa —. No he bebido si es lo que te preocupa —. Dijo intentando convencerlo.

—No sé, no estoy seguro... —Aunque la compañía de su querido bombero lo atraía muchísimo, su amor por Brenda era mucho más fuerte que un buen polvo —. La llevaré a casa. No te molestes —dijo poco convencido.

—No es molestia. Además no tengo planes. Puedo dejarla en casa y llevarme el coche. Así mañana podría estar muy temprano para el transporte de tus cuadros. Si espero el bus igual no llego a tiempo...

Akim dejó caer la información esperando poder convencerlo y ocultando el detalle sobre su moto aparcada en la puerta. El potente hombre de muchos músculos acarició el hombro del artista y Akim disfrutó de su victoria.

—Está bien, pero por favor conduce con cuidado. Ella no está acostumbrada a beber, no la dejes hasta que veas que está dentro de la casa. Si la ves que se mareo o no se encuentra bien me llamas urgente, no quiero que se sienta enferma y sola en casa.

«¿Sola?» Pensó en una milésima de segundo.

—Tranquilo, si noto algo raro te llamo .

«Ni muerto dejaría que la atendiera otro que no fuese yo», pensó entusiasmado.

Brenda, que totalmente mareada y ajena a la conversación, se había apoyado en el hombro de Akim buscando algo de estabilidad, asentía sin comprender nada de nada.

—Cari, Akim te llevará a casa. Si te sientes mal o cualquier cosa que necesites me llamas. No importa la hora —. Dijo mientras le entregaba las llaves del descapotable de su amiga al albañil.

La doctora levantó su carita sonrosada por la bebida y miró a su amigo con completa ternura.

—Sí, papá —. Se acercó para echarse a sus brazos y darle un fuerte beso en la mejilla.

—Te quiero, nena.

—Y yo a ti.

Los amigos se separaron y el joven acompañante sintió la necesidad de ajustarla por la cintura para acercarla a su cuerpo. Era ridículo pero por un momento deseo ser aunque más no fuese su amigo gay. Todo con tal de recibir un beso como ese.

Caminaron hasta la puerta con lentitud cuando los gritos de una descontrolada Lola sonaron a su espalda. Akim intentó ignorarla pero la mujer corrió y se puso delante para bloquear la puerta del local.

—Serás cerdo, ¿pensabas dejarme tirada?

—Tengo que irme.

—Con esta —. Dijo en forma despectiva —. Pero si está borracha y

además es una...

Akim no sabía qué tipo de insultos iba a propinarle Lola a Brenda pero levantó la cabeza y con todo el odio del que fue capaz de chispear por sus ojos la hizo callar.

—No digas ni una palabra más —. Sentenció con toda la rabia de sus entrañas —. Déjame pasar o te aparto yo mismo.

La joven le dejó el paso libre y Brenda que no llegaba a coordinar mucho habló con medias palabras.

—Esa chica está furiosa. Yo me voy a casa, tú vete con ella.

La doctora Klein se soltó de su agarre y levantó la mirada buscando una parada de taxis. Sabía que había una cercana ¿pero por dónde? ¿Derecha o izquierda? Va, probemos por la izquierda se contestó divertida. Akim la sujetó nuevamente por la cintura para hablarle con ternura pero con mucha, mucha rotundidad.

—No te vas a ningún lado sin mí.

—Pero tu novia está enfadada.

—No es mi novia. No tengo novia —. Contestó tan mal humorado que Brenda contestó con pena.

—Lo siento.

Akim que en ese momento divisaba el coche a mitad de la calle se detuvo para preguntar curioso.

—¿Lo sientes?

—Sí, eres un hombre muy guapo y atento y mereces estar enamorado.

Sin explicación alguna la mujer se estiró para darle un delicioso y sonoro beso en la mejilla dejando al pobre hombre casi sin respiración.

—Eres un amor... —dijo antes de derrumbarse nuevamente sobre su hombro.

Akim notó que la respiración apenas le llegaba a los pulmones. Aún sentía la humedad de sus dulces labios en su incipiente barba cuando la sujetó con fuerza para que no se cayera porque era evidente que estaba a punto de perder la conciencia. Como pudo la guió los diez pasos que faltaban y la introdujo en el coche.

Caminó por detrás para subirse en el asiento del conductor pero no sin antes tocarse el rostro. Estaba a punto de abrir la puerta pero necesitó apoyar ambas manos sobre la ventana intentando recuperar la razón y la respiración. Ella lo había besado y su cuerpo aún no se recuperaba del impacto. Subió al coche y arrancó pensando cómo sería capaz de llevarla a casa sin cometer ninguna locura.

La doctora Klein tenía los ojos a medio abrir y el joven sonrió al verla

tan distendida.

—Brenda... Brin... despierta, ya estamos en casa.

El joven acarició su melena intentando buscarle la cara cuando ella levantó los ojitos adormecidos y le sonrió con tal cariño que Akim sintió que el mundo sería mucho mejor con una sonrisa como esa por las mañanas.

—Gracias.

Intentó salir pero se mareó y Akim la sostuvo por los hombros para que no se moviera.

—Espera, espera aquí.

El joven obrero corrió para abrirla la puerta, ayudarla a salir del vehículo y llegar hasta el portal.

Brenda miró el lugar con intriga y Akim la observó extrañado.

—¿Qué pasa?

—¿Estás seguro que es esta?

—Sí Brin, es esta. Déjame que yo abro.

—¿Brin? Nadie me llama así.

—Yo sí —contestó sin más—. ¿Estás bien? ¿crees que puedes?

«Di que no... di que no...». Pensó nervioso.

—Estoy bien. Gracias.

Akim aceptó su contestación pero sin dejar de mirarla. No podía. Cada vez que se despedía de ella sentía que era la última. Brenda era un sueño que jamás tendría, un capricho que jamás disfrutaría y una pena que nunca lo abandonaría.

—Te debo otra.

Brenda se acercó a su cara para darle un beso de agradecimiento que resultó estar demasiado cerca de la comisura del labio. El joven no se movió, disfrutó de su perfume pegado a la suave piel mientras cerró los ojos bebiendo cada sensación. No sabía si habían sido uno, dos o veinte respiraciones pero de lo que sí estaba seguro era de que habían sido las mejores respiraciones de toda su vida.

Brenda entró y cerró el portal y Akim necesitó aferrarse unos minutos al volante antes de arrancar.

—¿Qué es esto? ¿Qué me está pasando? Dios... ¿Por qué me haces esto?

Preparativos

—Llevas todo el día sin hablarme. ¿Seguirás así por mucho más?

—No me necesitas. Eres idiota sin ayuda.

—Actúas como una novia despechada.

—Y tú como un completo descerebrado. ¡Se puede saber qué cojones estás haciendo! Lola llamó a Sofía y tuve que aguantar el rapapolvo y digo palabras textuales de lo que dijo: “Por culpa del cerdo hijo de puta que me dejó tirada”. ¿Tienes algo que decir?

Akim se rascó el borde la barbilla buscando una explicación que parecía no tener. Nikola por el contrario tenía qué decir y mucho por lo cual continuó explayándose sin tapujos mientras apoyaba el cuadro en el suelo para sentirse más cómodo.

—No te pedí mucho, sólo que me echaras una mano para pasar un buen rato con una mujer ¡pero no! Tú no podías hacerle un favor a un amigo y pasar un buen rato con Lola, que por cierto tiene unas tetas de calendario de taller mecánico.

—Yo no diría tanto —. Contestó entre enfadado y divertido.

—¡Vete a la mierda! ¿Sabes dónde dormí anoche?

—Percibo por tus nervios que no con Sofía —. Le contestó con calma.

—¿Y sabes por qué no? —. El amigo negó mientras colocaba una alcayata en la pared —. Porque apareció Lola echando chispas. ¡Lola! Esa que se suponía que debías entretener. ¿Te acuerdas? Pero claro, tú tenías que acudir al rescate de cierta mujer proclive a los problemas.

Akim se bajó de la escalera y recogió la obra de arte del suelo para elevarla y poder colgarla. Comprendía parte del enfado de Nikola y por eso sabía que no le quedaba otra cosa más que aguantar el chaparrón.

—¿Sabes cuánto tiempo llevo engatusando a Sofía?

Nikola se sentó en el suelo al ver todos los cuadros colgados en las diferentes paredes de la sala.

—¿Te pago unas cervezas? —Akim se sentó a su lado intentando conseguir algo de redención.

—Vete a la mierda...

—¿Pero con cerveza o sin cerveza?

Ambos se miraron sonrientes y Akim supo que estaba perdonado. Nikola era mucho ladrado pero poco mordisco.

—Joder, hermano, por lo menos espero que te haya valido la pena porque

yo estoy a punto de la explosión.

Akim recordó el beso de agradecimiento y aunque no era para nada lo que Nikola podría llamar “valer la pena”, pero para él había significado tocar una estrella con la mano en una noche de verano.

La puerta de la sala se abrió y un sonriente Connor apareció admirando las paredes.

—Perfecto. Está perfecto. ¡Sois unos genios! — El artista dijo mientras ellos se levantaban del suelo para aceptar el apretón de manos.

—Nos alegra que los hayamos ubicado según su gusto.

—Están colocados perfectamente. Podría decir que hasta tienen cierta coherencia en la unión de colores y motivos.

—El mérito es de Akim. Es un artista como usted.

—De eso nada.

—¿Cómo? —Connor esperó una respuesta.

—En mi país estudié unos años de bellas artes y algo de música.

—¿Y qué pasó?

—Tuve que abandonarlo.

—No puede ser ¿en serio?

—Sí y era muy bueno —. Nikola habló y Akim quiso cerrarle la boca de un puñetazo.

—¿Y qué pasó? ¿Por qué no te dedicas a ello?

—¿Porque soy un refugiado al que le costó más de un año poder conseguir alimentar a su hijo con su propio trabajo?

Nikola vio la rabia junto con la tristeza en la mirada de su amigo y se lamentó por ser tan bocazas.

—Cuando te vas de tu tierra por guerras políticas debes dejar todo atrás incluido los títulos. El gobierno se queda con los diplomas. Nuestros estudios no valen de nada sin un certificado que los demuestre —. Nikola dijo intentando zanjar la conversación.

Connor comprendió al instante la situación. Sin capacidad de demostrar sus estudios, ninguna universidad o trabajo relacionado con ellos lo aceptaría. No tenían ninguna posibilidad más que volver a comenzar.

—¿Tenías una especialidad?

—Me gustaba la restauración pero también la creatividad y el diseño, no sé, puede que me hubiese decantado por una de esas dos ramas.

Akim habló intentando dejar la conversación de una vez por todas y Connor comprendió la indirecta por lo cual estiró la mano con dos cheques y una cifra para nada despreciable.

—Esto es mucho más de lo que pensaba —. Nikola habló confundido

pero guardando el papel en el bolsillo por las dudas hubiese señales de arrepentimiento por parte del artista. Akim observó la cifra y al igual que Nikola se sorprendió y al instante intentó devolverlo.

—No es lo acordado.

—Pero es lo que se merecen. Por cierto, si les interesa visitar la exposición, a las siete es la apertura. Habrá canapés, música suave y mucho arte. Me gustaría conocer tu opinión.

—No me conoce —. El joven contestó con cierta molestia.

Connor estaba siendo caritativo, y eso no le gustaba un pelo. Los ricos siempre estaban gustosos de publicar sus generosas dádivas entre los pobres que agachaban la cabeza para aceptarlas. No, él no formaba parte de ninguno de ellos. No era rico pero tampoco ningún desgraciado.

—Pero algo me dice que tú opinión será de lo más interesante y me gustaría escucharla.

—Gracias pero no creo que podamos. Es sábado y habíamos quedado en...

—Vendré —. Dijo Akim cortando a su amigo.

—Vendremos —. Nikola contestó de muy mala gana.

—Genial, le diré a la organizadora que agregue vuestros nombres en el listado de visitantes.

Connor se marchó por la puerta y Nikola comenzó a golpear con un trapo en la cabeza de su amigo.

—¡Y ahora que he hecho!

—¿Me puedes explicar por qué cuernos vendremos? Tú odias este tipo de eventos de ricachones luciendo sus galas y sus falsos conocimientos de arte. Siempre dices que son unos idiotas que no entienden un pimiento y ahora vas y aceptas. ¡Es sábado y quedamos en conseguir un par de nenas! ¿Qué diablos estabas pensando?

Nikola se detuvo por unos momentos como iluminado por un rayo divino y al instante comenzó a aporrearlo nuevamente con el trapo. Akim lo sujetó algo confundido y bastante dolorido.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa?

—¿Qué me pasa a mí? ¡A mí! Serás desgraciado, lo haces por ella. ¡Quieres verla!

—No sé de qué hablas.

—No te hagas el imbécil, sabes de lo que hablo. Quieres ver a la doctora.

El joven comenzó a guardar sus herramientas y Nikola lo atacó nuevamente con el trapo provocando la sonrisa en el rostro de su amigo.

—Deberías abandonar esa maldita manía de darme con lo primero que

encuentras. ¿Sabes que te llevo diez centímetros y sé pelear?

—¡Y una mierda! Soy tu amigo desde los cinco años. Salimos juntos de aquella mierda. Buscamos un hogar hasta aterrizar aquí, tengo el derecho a romperte la cara por ser tan gilipollas —. Vociferó a voz en grito —. Y no son diez sino seis centímetros. ¡Seis!

—Siete.

—¿Qué?

—Siete años.

—Joder, Akim, esto no saldrá nada bien. Esa mujer no es buena para ti. Está casada, tiene un hogar, cometes un error...

—No existe error porque no hay nada —. Comentó furioso intentando negar lo que odiaba negar.

—¿Pero se puede saber qué demonios has visto en ella? Es guapa pero tampoco tanto y además te lleva unos cuantos años, porque ¿habrás notado que es mayor que tú no?

«He notado todo, su sonrisa clara, su mirada sincera, su aroma inconfundible, su inteligencia espectacular, su forma de caminar sensual, sus curvas perfectas, su conversación elegante... » Pensó entusiasmado.

—Ves fantasmas donde no los hay —. Mintió descarado.

—¿Y entonces por qué no me explicas porqué quieres venir esta noche?

—Contactos.

—¿Contactos?

—Puede que conozca a gente interesante y consiga algún tipo de oportunidad.

—¿Lo dices en serio?

—Sí —. No, pero no podía reconocerle a su amigo la verdad.

Demasiado humillante era asistir a un sitio simplemente por verla, pensó con tristeza. Debería controlarse, quedarse en casa y no volver a encontrarse con ella pero no podía. Sólo imaginar la oportunidad de verla y no aprovecharla le dolía demasiado.

—Si me prometes que es por eso te acompaño aunque me aburra como una ostra.

—No será necesario —. Akim golpeó el hombro de su amigo mientras caminaban hacia la salida cada uno con su caja de herramientas en la mano.

—¿Seguro que no quieres que te acompañe? Alguien tendrá que ayudarte a escapar cuando el marido de la doctora te dispare dos tiros en los huevos.

Akim se rió divertido. Nikola no era un amigo, era un verdadero hermano.

—Nadie va a disparar a nadie. Te prometo que no haré nada que ella no

quiera.

—¡Joder, Akim!

—Estoy bromeando, estoy bromeando —. Dijo levantando las manos al ver a su amigo quitarse el trapo del bolsillo trasero del mono —. Lo prometo, lo prometo.

«Nada que ella no quiera, pero como llegue a querer ...»

El joven se marchó con picardía en la mirada y reflexionando si en algún momento del día dejaría de pensar en su dichosa sonrisa y ese suave bamboleo al caminar o esa mirada dulce y espesa como el mejor de los chocolates.

Brenda caminó con mucho cuidado de no resbalarse en el redondeado empedrado que se encontraba en la puerta principal del magnífico palacete de principios del XVIII. Ya no estaba mareada como a primera hora de la mañana pero la cabeza se le partiría en dos. La sien le palpitaba como mil demonios y los focos de la luz nocturna le penetraban el cerebro quitándole las ganas de vivir, pero no podía quejarse, es lo que tenía ni siquiera recordar la cantidad exacta de tequilas que te habías tomado la noche anterior.

Agradeció a la azafata que recogía su abrigo y entró en la preciosa sala de exposiciones pensando en conseguir un refrescante zumo de naranjas y sentarse en una silla durante toda la velada.

La exposición

Los coloridos grabados de la entrada demostraban las maravillosas pinturas con el que se encontrarían los visitantes una vez estuviesen dentro. Su obra se basaba en algunos pocos retratos y diferentes escenarios subjetivistas, en donde el autor demostraba en sus expresiones, una realidad completamente diferente a la simple visión humana. Un completo ejercicio llevado directamente al lienzo en obras magníficas en donde técnica y sentimiento se estrechaban la mano. Brenda observó contenta por su amigo como tanto la sala de entrada como la principal estaban abarrotadas de gente. La exposición era un completo éxito. Hombres de trajes impecables y señoras de altos tacones analizaban embelesados cada una de sus obras. Brenda aceptó un canapé y una copa de champagne al detenerse frente a su lienzo preferido. Ese cuadro jamás sería vendido pero Connor adoraba enseñarlo en todas sus exposiciones que como una especie de fetiche, enseñaba con el mayor de los orgullos. En él, ella y Connor disfrutaban de una tarde tranquila de sofá y televisión. La imagen había sido capturada por la cámara de Johana una tarde de invierno universitario y su amigo la había plasmado en un cuadro en donde los marrones del invierno resaltaban sobre el fuego de la pequeña chimenea que crujía frente al antiguo sofá. Ella descansaba sobre su hombro mientras Connor, acariciando su espalda, leía un libro concentrado.

Brenda sonrió al recordar aquella época. Su padre estaba enrabiado al saber que estudiaría Psicología en Londres, por lo que no dudó en retirarle todo el apoyo económico. Connor por su parte, había provocado la repulsa de sus padres al hacer visible su, según ellos, enfermiza condición sexual. Ambos, heridos y solitarios, se conocieron en el campus y el amor fraternal nació el mismo momento en que sus historias se cruzaron. Ellos se apoyaron, nunca se juzgaron. La fuente eterna de una amistad que llevaba muchos inviernos a sus espaldas, se basaba en un amor que superaba los problemas del hoy, del aquí y del más allá. En aquellos días trabajaron de camareros, promotores y cualquier otro empleo que se les ofreciera y que sirviese para pagar las facturas, hasta que en el último año de carrera llegaron las exiguas becas remuneradas que los elevaron al primer paso al nivel de magníficos jóvenes profesionales. Después de eso, ya todo fue historia.

Brenda mojó sus labios con apenas unas gotas de champagne y pensó algo molesta si beber aquella bebida era algo sensato después de la tajada de la noche anterior. Seguro que no lo era, pensó al sentir una pequeña punzada en la

cabeza.

¿Serían verdad los pequeños flashes que conservaba de la noche anterior o serían frutos de una ilusión ahogada en alcohol?

«¿Canté en una tarima y pedí aplausos del público? ¿Y qué tiene que ver Akim en todo esto?»

—¡Y aquí tenemos a la nueva Beyoncé pero paliducha! —Connor gritó a boca jarro mientras la apretujaba por los hombros para besarla efusivamente, haciendo que su cabeza comenzara a partirse nuevamente.

—Sh, no grites...—Contestó achinando los ojillos.

—¡Vamos público! Esas palmas.

—Entonces fue verdad...

—Oh sí, cari, todo, todito —. Comentó con una amplia sonrisa resaltando sus marcados rasgos escoceses.

—¿Y Akim?

—¿El albañil? — Dijo con la sonrisa instalada en el rostro—. Realidad también. Te llevó a casa.

—¿No lo soñé? —Comentó preocupada.

—¿Sueñas con obreros? Nunca me lo habías contado. ¿Con o sin camiseta?

—¡Connor! No seas tonto. ¿Me vio algún conocido?

—No podría confirmarlo, el garito estaba a reventar de gente.

—Dios... —murmuró entre dientes.

—Cari, estabas preciosa. Totalmente desmelenada y libre de prejuicios.

—Yo no tengo prejuicios, simplemente se mantener las formas mejor que otros —. Contestó irónica.

—Antes no las mantenías.

—Maduré.

—Te casaste.

—Connor... —contestó alargando la última o.

—No he dicho nada. ¿Qué te parece mi exposición?

—Me encanta. La forma en que este año has presentado las piezas es magnífica, es como si llevara una coherencia entre colores, temáticas y sentimientos.

—Sí, está perfecta pero no fui yo —. Dijo divertido.

Su amiga lo miró curiosa y él le contestó entusiasmado.

—Fue Akim. Resulta que nuestro albañil estudió artes en su país. Brenda movió la cabeza con gesto interesada, y Connor continuó bajando la voz como en un pequeño secreto.

—Creo que ese carácter oscuro y feroz tiene que ver por todo lo perdido

en el pasado.

—Me imagino. Si me dejara yo podría ayudarlo... —Dijo interesada.

Ella podría asistirlo para salir de esa oscuridad pero dudaba que aceptara nada de ella, y mucho menos después de verla siempre en circunstancias poco apropiadas para una profesional como ella.

—Yo también podría hacer algo por él —. Su amiga lo miró sin comprender —. Ya sabes, un favor que otro... —Dijo resaltando su preciosa sonrisa.

—No seas tonto, además es bastante más joven que nosotros.

—Cari, en horizontal poco importan las arrugas.

—¡Connor!

Los dos reían cuando sonó su móvil y ella lo atendió.

—*Michael, ahora no puedo. Estoy en la exposición de un amigo... Su voz sonó tan seria que Connor se quedó a su lado atento a la conversación. Te haré un hueco mañana en la consulta... Me importa poco lo que... Está bien, está bien, tranquilízate, te envío la dirección pero hazme el favor de tranquilizarte...*

Cuando colgó, su amigo esperó a que ella le contara. Brenda bebió de la copa que aún tenía en la mano izquierda y la vació de un trago.

—Cari ¿qué sucede?

—Esa mujer ha amenazado con matar a la esposa de Murray.

—Mierda... —balbuceó furioso—. ¿Y qué tienes que ver tú en todo esto? El inspector dijo que lo del gato podía haber sido una simple coincidencia.

«O una obsesión compulsiva hacia mí». Pensó sin decirlo.

—Imagino que es una tontería sin fundamento —mintió—. Ahora no pienses en mí. Atiende a tus invitados.

Una señorita de largas piernas apareció con una carpeta en la mano y habló suavemente al oído del artista que se puso serio al instante.

—Cari, tengo que ver a unos compradores. Espérame aquí. Si pasa cualquier cosa, me llamas.

—Tranquilo, ve a por esos ricachones y vende mucho.

Connor sonrió y sus maravillosos ojos verdes sonrieron picarescos.

—Cari, tienes que cuidarte. Sin ti yo no sé qué haría. ¿Te dije que eres la única mujer a la que amo? —Dijo con seriedad.

—¿Estás seguro que eres gay? —Comentó intentando romper la seriedad del momento.

—Cien por ciento —. Contestó divertido —. Pero por ti haría una excepción.

—Vete con tus clientes y enséñales lo que es el verdadero arte. — Brenda

cambió de semblante en el mismo momento en que su amigo desapareció de su vista.

Akim dudó que todo estuviese en orden, su rostro mostraba preocupación, otra vez. Como siempre, él la observaba desde la distancia. La había visto entrar caminando con precaución y sonrió al imaginar la terrible resaca que aún tendría. Era increíble, tan diferente a la de la noche anterior pero tan endemoniadamente atractiva. Brenda Klein era todo aquello que deseaba en una mujer. Dulzura, madurez, y una chispa de alegría por la vida que sólo tenían las mujeres como ella. Akim bebió de su copa mientras ahogaba la risa en su garganta al recordarla cantar con tanto ímpetu y dedicarle los alaridos de su canción. Normalmente estas conductas lo ponían molesto, incluso le parecían desagradables, pero en ella había sido un acto sencillamente adorable. El joven suspiró y bebió otro sorbo intentando desviar sus pensamientos cada vez más pecaminosos sobre Brenda Klein.

La doctora, ajena a su observador, marchó hacia uno de los balcones del palacete buscando un poco de aire fresco. La llamada de Murray la hizo temblar de miedo. Las amenazas no sólo habían sido para la esposa de Michael.

Akim la observó caminar y como atraído por una cuerda invisible de la que era incapaz de soltarse la siguió en la distancia. No pensaba saludarla, no quería incomodarla. Sólo deseaba admirarla desde la distancia. Eso era lo único permitido a un hombre como él en un sitio como ese.

Los pensamientos deprimentes comenzaron a dominarle nuevamente al atravesar la sala y observar detenidamente el atuendo de los visitantes. Él llevaba su mejor pantalón y una de sus mejores camisas pero ninguna de sus prendas podría compararse con la vestimenta de esos invitados. Ella, su Brenda, lucía un discreto y ceñido vestido rojo, que seguramente costara el total de su paga mensual. Con respecto a los demás invitados, de esos mejor no hablar. Trajes imolutos, camisas de precios escandalosos y joyas dignas de ser presentadas en otra exposición, colgaban de los más distinguidos cuellos.

Él no era un hombre interesado, nunca lo había sido. Dedicarse a sobrevivir resultó ser un trabajo demasiado duro como para pensar en tonterías como ropa o apariencia pero, maldita sea, desde que la conocía no dejaba de lamentarse al espejo de lo que veía. Un grandullón de cabellos rebeldes y mirada profunda con hombros tatuados. Pensó enfadado con su pasado. Seguro que los hombres de allí no llevaban tatuajes. Seguro que Max tampoco, se dijo odiándose aún más por recordar al estirado arquitecto.

La doctora Klein respiró profundamente la frescura de la noche intentando relajarse. Sólo pensar en esa mujer conseguía hacerla temblar de miedo. Había matado cruelmente a Bombón y quién sabe cuántas cosas más sería capaz de hacer con tal de alcanzar su fin. Una sensación de desasosegante frío le recorrió la espalda y se movió algo confundida. Intentó girarse al sentir la presencia de alguien tras ella pero una mano la aprisionó por el cuello apuntándola con la afilada navaja que apoyó sobre la delicada piel de su cuello.

—¡Maldita zorra! No vas a quitármelo.

Brenda cerró los ojos sin poder hablar, sabía que si intentaba pedir auxilio no llegaría a terminar la primer frase antes que su cuello fuese rebanado como un filete.

Akim caminó lentamente. Todas sus intenciones de no saludarla se derrumbaron en el instante en que la descubrió sola en una terraza. La imagen de ambos abrazados besándose bajo el discreto testigo de las estrellas resultó ser de lo más tentador.

Estaba por llegar cuando maldijo al presenciar una segunda figura de mujer en la terraza. Seguro sería una amiga. Se detuvo esperando su oportunidad cuando la amenaza de esa mujer a voz en grito provocó que la sangre se le helara. Corrió sin importarle a quien atropellara, las piernas le resultaron torpes intentando alcanzarla.

«Ella no... ella no...» Pensó asustado.

El joven corrió los dos últimos metros de distancia rogando para que el corazón no se le escapara del pecho. No, sin antes salvarla.

Brenda, que por unos momentos había perdido la sensatez, consiguió recuperar la calma y como si de un paciente se tratara, intentó hablar con voz calmada mientras procuraba quedar de frente a la puerta y poder pedir auxilio, y casi creyó haberlo conseguido cuando ambas se encontraron con un par de ojos tan claros como el cielo pero que destellaban el odio de los nueve infiernos juntos y que respiraba tan agitado como el más bravo de los toros.

—¡Suéltala!

—No te acerques o la mato.

La mujer, que se le notaba cada vez más enajenada, apretó aún más la navaja consiguiendo hacer una pequeña herida en la delicada piel de la doctora y Akim tembló con sólo ver su enrojecida piel dañada por la endemoniada mujer.

El joven poseía la destreza suficiente como para derribar a la mujer pero esa maldita navaja estaba prácticamente clavada en el cuello de Brenda, y la loca estaba demasiado enajenada.

—¿Qué quieres? —Gruñó entre dientes mientras observó la mirada asustada de Brenda clavada en la suya.

Quiso gritar enloquecido pero sabía que cualquier desesperación por su parte acabaría con la vida de Brenda por lo cual esperó y rogó por descubrir una solución.

—¡Ella no va a separarnos!

—Suéltala. Estás loca, no sabes lo que dices... —La voz de Akim temblaba de miedo.

La desquiciada movió la mano y Brenda tragó con dificultad al sentir como la mujer la sostenía por detrás con fuerza e incrustaba un poco más la punta afilada en la base de su garganta.

—¡No! —Akim gritó agonizante al ver el finísimo hilo de sangre.

—Estoy bien, estoy bien... —Brenda balbuceó temblando —. Roxane, ¿ese es tu nombre, no es así?

La doctora intentó calmar a su atacante. Si conseguía distraerla podría separarse de la navaja lo suficiente como para que Akim se lanzara sobre ella.

La mujer no contestó. Apretó aún más el arma pero Brenda levantó la mano para ajustarla en la muñeca de su atacante deteniendo la presión.

Akim, que creyó adivinar sus intenciones, no apartó su mirada de las mujeres ni por un segundo. Ante la primer oportunidad que se le presentase derribaría a esa zorra y él mismo le clavaría la navaja en su desquiciado corazón.

—No tienes nada que temer de mí. Jamás te separaría de Michael —. Dijo con total serenidad y convicción que comenzaban a hacer mella en los desquiciados nervios de la mujer.

—No lo conseguirás —. Contestó dubitativa.

—Sólo busco ayudarte.

—Mentira, nadie me quiere. Nadie me ha querido jamás...

Brenda respiró y dominó sus miedos para hablar como si la navaja no estuviese pinchando su cuello amenazando con desangrarla.

—Yo sí me preocupo por ti.

Akim intentó aprovechar la distracción de la desquiciada para dar un paso al frente pero esta se dio cuenta y apretó aún más el arma. Brenda lo miró intentando infundirle calma o los nervios de Akim terminarían matándola más rápido de lo que ambos deseaban.

—¡Dile que se aleje! —Ordenó nerviosa—¡Qué se aparte o te degüello aquí mismo!

Brenda no sabía si fueron los años de experiencia o el deseo de sobrevivir pero intuía que la joven estaba tan asustada como desorientada. Una pobre desequilibrada que buscó cariño en quien no debía. Males de sexo camuflados como mal de amores.

—Akim, por favor —. Brenda suplicó con la garganta casi seca —. Déjanos solas.

—¡No!

—Mi amiga y yo vamos a hablar y estaremos bien. ¿No es así, Roxane? Yo puedo ayudarte para que puedas ver a Michael. Si todos nos relajamos podemos ayudarnos los unos a otros. No tienes que tener miedo de mí.

La doctora Klein fijo su mirada suplicante en Akim esperando que el hombre comprendiera su estrategia, y al parecer lo consiguió porque Akim caminó un paso hacia atrás maldiciendo una y otra vez por todo lo alto.

—Ya está, mi amigo ha cumplido su palabra, ahora es tu turno. Suéltame y podremos hablar de lo que quieras.

—Yo quiero que no lo separes de mi lado... —Sollozó destrozada.

La joven comenzó a llorar y Brenda se apenó de un destrozado corazón que sólo reclamaba un poco de atención. Roxane no quería matarla, ni a ella ni a nadie, simplemente sentía miedo. Buscaba el amor de un hombre que jamás la valoró.

—No voy a separarlo de tu lado, te lo prometo. Yo puedo ayudarte pero necesito que bajes el cuchillo y hablemos tranquilas.

—¿Y por qué ibas a ayudarme?

—Soy psicóloga y mi trabajo es ayudar a gente como tú. Ayudo a las personas que me necesitan y siento que tú me necesitas —la joven suspiró sin dejar de llorar nerviosa y Brenda atacó con toda su artillería de palabras—. Michael te ha hecho mucho daño y siento tu dolor, permíteme que te ayude. Tienes mucho amor por dar.

—Él no me entiende... —balbuceó entristecida.

—Pero yo sí, yo puedo enseñarte el camino correcto...

Roxane comenzaba a aflojar su agarre y Brenda sintió como separaba el cuerpo tembloroso de su espalda. Estaba por zafarse cuando el estruendoso estallido de unos fuegos artificiales en el jardín los desorientaron a los tres. La joven se asustó y Brenda temiendo por su vida se aferró al brazo que sostenía el arma intentando liberarse pero no lo consiguió. La navaja la rasgó un poco más y chilló de dolor. La joven asustada al ver la sangre correr por sus dedos empujó a la doctora con fuerza contra el cuerpo de Akim que se abalanzó sobre ella. Akim capturó a Brenda casi en el aire y la atacante aprovechó a huir por el jardín trasero.

Akim aferró el cuerpo de Brenda que se derrumbó sobre el suyo. Ambos prácticamente cayeron sobre el suelo frío. Akim, desesperado, miró a los lados buscando enloquecido ayuda pero todos estaban demasiado concentrados en los fuegos artificiales como para verlos.

—Brin... Brin... —Susurró ahogado por el miedo.

Giró el cuerpo y echó su cabello hacia atrás para ver su herida. El corazón le latía a mil por horas y el miedo le recorrió por las venas. La doctora lo miró a los ojos y sonrió mientras profundizaba su respiración. Intentó calmarlo pero tener las manos manchadas de sangre no ayudaba. No sentía dolor pero el cuerpo le temblaba, el corazón le latía descontrolado y la cabeza le giraba intentando caer en una profunda oscuridad. Pero no había dolor.

—Esto de salvarme se está convirtiendo en una costumbre ¿no?

Akim intentó sonreír pero no pudo. La aferró con aún más fuerza como así pudiese retenerla para siempre.

—Te has salvado tú sola —. Akim extendió sus dedos temblorosos para acercarlos al cuello dañado y tocar la herida. No podía ver la profundidad pero la sangre se había detenido y él sabía que si fuese grave ya estaría desangrada, pero aun así no consiguió calmarse.

—Me has asustado —dijo aferrándola fuerte en su abrazo.

Brenda no pudo contestar. Aceptó el calor del abrazo e intentó dejar de temblar aunque en ese momento le pareció una misión imposible de conseguir. Puede que por el miedo o por la tensión pero el mundo le giraba a mil por hora. El joven apoyó su boca contra la base de su cabeza mientras la sostenía sentado en el suelo. No podía soltarla, no quería soltarla. El pavor de haberla perdido casi lo mata.

Ambos permanecieron así un par de minutos cuando la voz gruesa los hizo mirar hacia el ventanal de entrada a la terraza.

—¿Qué se supone...?

Connor habló algo molesto al notar la forma en que Akim sostenía a su amiga en el suelo frío de la noche. En primer momento, al ver la rotundidad del abrazo del joven hacia Brenda llegó a pensar que la estaba forzando pero al acercarse y ver como su amiga levantaba la cabeza para mirarlo y ver su cuello ensangrentado se sintió morir.

—¿Qué cojones? ¡Voy a matarte!

Connor quiso arrancarle a Brenda de los brazos y propinarle una paliza pero Akim no se movió. Siguió abrazándola. Brenda levantó la mano con dificultad para detener la furia de su amigo.

—Esa mujer ha estado aquí —. Dijo con la voz aún temblorosa.

—Joder, joder... Cari, estás sangrando. Tengo que llevarte a un hospital.

Brenda se separó de Akim y él la ayudó con cuidado a levantarse. Ésta, algo más recuperada del inmenso susto, se acercó aun temblando y con cariño acarició la cara de Connor que no dejaba de moverse nervioso de un lado a otro.

—Connor... Connor, por favor mírame.

El hombre hizo un esfuerzo mientras ella encerraba sus manos con la de él.

—Estoy bien, sólo es un arañazo. Atiende a tus invitados.

—¡Una mierda! Te llevo a un hospital.

—No —. Forzó la garganta que tenía seca —. Vas a regresar a tu evento porque llevas más de un año preparando todo. Yo te esperaré en mi casa porque esta noche no quiero estar sola y tú me acompañarás ¿te parece bien?

—No puedo dejarte así. Yo tampoco quiero que estés sola. Me mudaré a tu casa. Me despido y nos vamos juntos —. Dijo nervioso.

—Yo estaré con ella.

Brenda lo miró agradecida. Estaba temblando, tenía el temor en el cuerpo y el cuello le ardía pero no podía ser tan egoísta con Connor. Él había luchado por esta oportunidad y no podía permitir que la arrojara a la basura por su culpa.

—¿Ves? Akim estará conmigo hasta que tú llegues. No debes preocuparte. Por favor Connor jamás me perdonaría que perdieses esta oportunidad por mi culpa.

Connor se rascó la cabeza nervioso. No deseaba abandonarla pero tampoco quería hacerla sentir culpable.

—Un par de horas. Sólo eso —dijo contestando a Akim—. En un par de horas me libero y me iré de esta locura, voy a tu casa y me quedaré contigo.

Brenda asintió conforme. Connor fijó sus potentes ojos verdes en Akim para hablarle con serenidad amenazante.

—No te separes de ella. No la dejes ni un momento a solas. Es una caprichosa que intentará deshacerse de ti, pero si descubro que la has abandonado te juro que no existirá lugar en el mundo en donde puedas esconderte.

Akim sonrió ante las amenazas que sólo son capaces de realizar aquellos que aman de verdad.

—Un 'por favor' hubiese sido suficiente —contestó divertido y Brenda quiso morir de la vergüenza.

—Si bueno, eso también. Deberás llevarla al centro médico de Stonebridge. Es el más cercano de aquí.

Akim asintió y, sin preguntar, aferró a Brenda por la cintura para guiarla hacia la salida. La doctora aceptó su ayuda agradecida porque aunque la herida era superficial si a ello le sumaba el miedo y los nervios, estaba segura que se

caería desmayada con el primer paso.

—Saldremos por la escalera de servicio para que no te vean —. Le susurró al oído y Brenda asintió.

Era curioso pero en tan poco tiempo habían pasado tantas cosas que la presencia de Akim a su lado y sus manos sosteniéndola por la cintura no le resultaron una sensación desconocida.

—Gracias... Otra vez...

Akim no contestó pero la miró con una ternura tan acogedora que sus ojos se tornaron más claros que el más sereno de los manantiales. Ambos se miraron durante unos segundos interminables para luego marcharse del lugar sin decir palabra.

Connor los vio alejarse por la escalera y maldijo una y otra vez intentando calmarse. Respiró tres veces intentando recuperar el control de sus nervios antes de regresar con los asistentes. Adoraba a Brenda, ella era su madre, su amiga, su hermana, la mujer que nunca tendría. Ella lo quería y aceptaba. Jamás dudo en aceptarlo tal cual era y tembló de sólo pensar en perderla. Caminó decidido en terminar cuanto antes todo aquello y poder mudarse a casa de Brenda y matar con sus propias manos a esa loca si volvía acercarse a ella.

Errores que duelen

Akim la ayudó a sentarse en el coche e intentó respirar con profundidad para calmar los nervios que lo recorrían descontrolados.

«Vas a matarme», pensó sin gota de alegría al reconocer que desde que conocía a esa mujer vivía en un sin vivir constante. De a momentos se sentía en la cima del cielo soñando con la suavidad de su piel y al instante siguiente pensaba que moriría de un infarto.

El joven apretó los puños agarrando el volante intentando descubrir qué demonios le había pasado para sentirse como una veleta a la deriva. Desde que la vio por primera vez algo se rompió dentro de él, los sentimientos se desbordaban en su corazón como cataratas descontroladas y no tenía ni idea sobre qué debía hacer para volver a ser el de antes.

Agachó la cabeza e intentó encender el coche pero verla en ese estado lo estaba llevando a una locura hasta hoy desconocida. La sangre de su cuello se estaba secando. Su herida era un simple rasguño, y ella estaba sana y salva, ¡entonces por qué diablos sentía la necesidad de apretar sus dedos contra el cuello de aquella loca!

Akim no dejaba de ver a Roxane apretando con esa navaja la garganta de la mujer que amaba. Maldijo en alto y golpeó el volante por los sentimientos de impotencia que no dejaban de agobiarlo. Impotencia por no haber evitado esos rasguños en su cuello, impotencia por querer abrazarla y no tener el derecho para hacerlo, impotencia por no poder marcharse olvidándola para siempre, impotencia por sentirse estúpidamente enamorado. Brenda notó su confusión pero erró en sus conclusiones.

—Lo siento. No dejo de meterte en problemas —. Dijo apenada.

—No has sido tú. No tienes que pedir disculpas. Esa loca es la única culpable —respondió arrancando el coche y sin mirarla —. Te llevaré a un hospital para que te vean.

La voz apagada del hombre era tan seca y profunda que la doctora Klein se apenó por él. Akim Dudaev era un buen hombre y se notaba que había temido por ella. Acercó su mano al brazo que sostenía el volante y Akim parpadeó dos veces intentando ocultar la sensación de electricidad que sentía siempre que ella lo tocaba.

—No quiero ir a un hospital.

—De eso nada, ni lo sueñes, tiene que verte un médico —. Respondió serio.

—Ya no sangro y no estoy en condiciones de estar horas en una sala de urgencias. Por favor Akim, llévame a mi casa, allí tengo vendas, no necesito mucho más.

Akim desvió la mirada de la carretera para observarla y comprobar que ella tenía razón. Su herida aunque muy roja y con sangre seca, sólo había resultado ser un leve corte en la piel.

—Por favor Akim, necesito estar en mi casa.

La doctora lo miró con unos ojos tan profundos y sinceros que Akim quiso gemir de puro deseo.

—Está bien —contestó derrotado— pasaremos por una farmacia de guardia y compraremos vendas y algo para curarte los rasguños.

Brenda estaba por protestar cuando Akim respondió sin darle oportunidad a réplica.

—Ni se te ocurra decirme que no es necesario porque te juro que vas a conseguir enfadarme y te aseguro que no quieres verme en ese estado.

Brenda comenzó a sonreír en silencio hasta que no aguantó más y lanzó una carcajada. El hombre la miró con los ojos abiertos y extrañado pero ella se carcajeó aún más.

—Parece que vas conociendo que soy un poquitín testaruda.

—¿Poquitín? —Akim arqueó una ceja y continuó conduciendo sin desviar la vista de la carretera.

Maldita fuera, la doctora Klein cada día que pasaba a su lado se convertía en más su Brin. «¿Con tantas por el mundo y tenía que ser ella?»

Connor estaba histérico. Tuvo que mantener la calma como pudo frente a los invitados, y aunque se deshizo de ellos a velocidad del rayo, llevaba más de tres horas sin comunicarse con su amiga y necesitaba saber que se encontraba bien.

De camino a casa de Brenda telefoneó al inspector Gutiérrez que dijo que se acercaría a casa de la doctora cuanto antes. También llamó al soso de Max que prometió tomar el primer avión y llegar allí lo antes posible. Respiró con profundidad y entró a la casa utilizando su copia de llaves. Estaba asustado. No sabía en qué estado de nervios e histeria podría encontrarse su amiga, después de todo ella había sido atacada por una loca. Caminó seguro por la entrada cuando las risas del salón lo detuvieron en el marco de entrada.

—Pero qué...

Observó desde el portal como su amiga con un pequeño vendaje en el cuello y con una taza de té en la mano hablaba divertida mientras Akim sonreía

embelesado con la historia.

—Así como te digo.

Akim se rió con ganas y Connor respiró por primera vez. Se había sentido tan preocupado que ver a Brenda sonreír lo devolvió a la vida.

—Una simple caja de fresas...

Connor sonrió al recordar la anécdota y continuó la historia mientras se acercó para sentarse al lado de Brenda y estrujarla en un largo abrazo.

—No era tan simple, me habían costado un riñón y jamás pensé que el hombre fuese alérgico...

Brenda rió con ganas y Akim sintió un ligero pinchazo de celos. Ya le gustaría a él poder acariciarla y besarla con la libertad con la que ese escoces lo hacía.

Los tres reían con sus tontas anécdotas cuando el timbre sonó insistentemente y Connor saltó de su asiento.

—Debe de ser el inspector.

—¿Lo has llamado?

—Sí y ni se te ocurra replicarme.

—Al final parece que me conocéis demasiado.

Akim y ella se miraron y sonrieron como si compartieran un secreto y Connor caminó hacia la puerta arqueando una ceja intentando descubrir que ocultaban aquellos dos. Gutiérrez entró luciendo su habitual gabardina gris y seguido de cerca por su leal asistente Charly que cargaba con una agenda, un bolígrafo y una Tablet mientras se acomodaba las gafas para no perderlas.

—Doctora Klein, ¿se encuentra bien?

—Sí.

—¿Ha visto a su atacante? ¿Puede confirmarnos que era la mujer que buscamos?

El asistente tomó asiento y la doctora Klein intentó ordenar sus recuerdos. Se tomó unos segundos y estaba por comenzar a hablar cuando el sonido del timbre la distrajo.

—Debe de ser Murray —. Connor dijo con cierto sentimiento de culpabilidad.

—¿Lo llamaste?

—Por supuesto. Es el responsable de todo este berenjenal.

Connor abrió la puerta y Murray entró al salón cual huracán descontrolado.

—¿Qué tal está ella?

—Buenas noches... —Dijo Connor entre dientes. Ese hombre le gustaba poco y menos.

—Estoy perfectamente —. Brenda respondió con bastante cansancio en la voz.

—Dios... si le hubiese pasado algo...

El político se sujetó la frente con ambas manos y los presentes sintieron pena por él. Gutiérrez retomó el interrogatorio.

—¿Entonces dice que sería capaz de reconocerla?

Brenda quiso contestar que sí pero la verdad era que no podía. Roxane la había sorprendido por la espalda y en ningún momento habían quedado la una frente a la otra.

—Yo sí que puedo. La reconocería perfectamente. —Akim se encontraba en esos momentos tras el sofá de Brenda cual custodia fiel.

—¿Es esta?

El becario movió el dedo con rapidez sobre la tablet y la extendió al hombre que asintió apenas ver a la desquiciada mujer en la pantalla. En la foto aparecía con el rostro relajado y menos trastornado pero seguía siendo la misma desequilibrada de siempre.

—Es ella —. Afirmó rotundo.

Murray maldijo en alto y el inspector festejó la noticia. Con la confirmación de la identidad de la mujer sería más fácil encontrarla y acusarla de una larga lista de delitos.

—Perfecto, tú nos ayudarás a pillarla.

Brenda abrió los ojos espantada ante la idea.

—No. De eso nada. Akim ya ha tenido demasiados problemas por mi culpa. Lo resolveremos nosotros.

El joven estiró la mano y sujeto con delicadeza el hombro de la doctora mientras contestó al inspector sin dejar margen de dudas.

—Puede contar conmigo.

—¡No! Este es un problema mío. No puedo permitir que te involucres en esta locura.

La mujer acercó su mano sobre la de él que seguía apoyada en su hombro y Akim sonrió embobado.

El inspector hablaba algo con su asistente ignorando lo que la doctora decía, mientras Murray caminaba nervioso por la sala. Connor, que se encontraba justo frente a la pareja, entrecerró los ojos extrañado con la imagen. Brenda suspiraba cansada pero aceptando la mano en su hombro sin rechazarlo. Eso no era algo que su amiga soliera hacer con naturalidad y mucho menos con un desconocido. Él solía abrazarla y agobiarla con sus besos y aunque ella muchas veces se quejaba, él sabía perfectamente que formaba parte del club selecto de personas a los que ella se lo permitía. Brenda no aceptaba a cualquiera

en su mundo. La relación con sus padres o más bien, la falta de relación con ellos, la había llevado a ser una mujer bastante cautelosa con sus afectos.

Akim se agachó para hablarle sólo a su oído y Connor se enderezó aún más al verlos hablar y sonreír como si se conocieran desde siempre.

«Esto no es normal», pensó al ver el brillo en la mirada del joven.

La puerta se abrió y el artista se quedó mudo. El tercero en discordia hacía acto de presencia en la casa y Connor rogó porque Max fuese en ese momento tan ciego como siempre.

El marido entró y se detuvo ante la imagen de su mujer sentada en el sofá con una venda blanca y estrecha que le cubría casi toda la garganta. Se acercó con rapidez y se agachó para estrecharla en un abrazo. Brenda notó su preocupación y se aferró a él intentando calmarlo entre sus brazos mientras Akim cerraba los ojos y levantaba lentamente su mano del hombro de la mujer para seguir custodiándola desde la distancia.

—Estoy bien... no ha sido nada.

Max suspiró entre sus brazos mientras Connor no dejaba de observar detenidamente los movimientos de Akim. Éste se dirigió hacia la ventana dando la espalda a la pareja y Connor rogó porque su sexto sentido le fallara.

—¿Entonces estamos todos de acuerdo en que debemos sacar a esa comadreja de su escondite?

Todos asintieron al detective, menos Akim que permanecía de espaldas al grupo mirando por la ventana la oscuridad de la noche. El arquitecto, que se reincorporó del suelo, preguntó con cierto disgusto.

—¿Qué plan es ese exactamente?

Max estiró su alta y esbelta figura para quedarse delante del inspector que no se amedrentó frente al elegante caballero.

—Intuyo que usted es el señor Brown.

—Intuye bien —. Contestó áspero.

Max clavó su mirada en el inspector y Connor, aunque no se sentía amigo de Max, sintió la necesidad de explicarle la situación y calmarlo. Después de todo, el hombre llegaba a su casa y se encontraba con la fiesta ya montada y su mujer como piñata de feria.

—El inspector considera que esa mujer es peligrosa y puede dañar a Brenda —. Connor respondió con semblante serio.

—¿Y se puede saber por qué está sentado en mi sofá y no van a detenerla? —Refunfuñó mal humorado.

—Señor Brown, entiendo su preocupación y créame que comparto sus deseos, pero no hemos podido dar con ella. Esa mujer ha desaparecido de todos los lugares que solía frecuentar, no utiliza las tarjetas de crédito ni ha extraído

dinero de ningún cajero. Sospecho que alguien podría estar encubriéndola...

Max arrastró la mano por su cabello y preguntó casi con temor.

—Y ese plan, ¿en qué consiste exactamente?

—Haremos ruido. Necesitaremos organizar una celebración por todo lo alto y animarla a participar.

—El próximo sábado organizaré un cóctel en mi casa —comentó Murray—. Lo haremos allí.

—Podríamos llevar agentes camuflados como invitados, puede resultar... —Charly comentó observando atentamente al inspector que lo escuchó concentrado.

—¡Ruso! Voy a necesitarte.

—No es ruso y se llama Akim —. Brenda salió en su defensa aunque a decir verdad apenas era capaz de hablar

El inspector se sonrió por la estúpida defensa y se aclaró la garganta.

—Si bueno, no me importa de dónde seas, lo importante es que Murray estará ocupado y no podemos levantar sospechas. Necesito que seas la sombra de la doctora Klein.

Akim miró con frialdad mortal al detective y aunque todos pudieran creer que se sentía ofendido por la confusión de su nacionalidad, lo cierto era que odiaba la forma tan grosera en la que ese mamarracho de larga gabardina le hablaba a Brenda. Ella no se merecía ese tono paternalista y mucho menos en su casa. Si la situación fuese diferente ya se encargaría él de explicarle a ese falso Sherlock como debería tratar a una mujer como ella, pero claro, para eso ya estaba su perfecto marido.

—No. Él se quedará en la obra que es donde debería estar —la voz severa de Max dejaba demasiados reproches a la luz y Connor decidió intervenir antes que la situación fuese a mayores.

—Akim era mi invitado. Si no hubiese sido por su intervención todos estaríamos lamentando un accidente mayor —. Dijo con voz grave.

Connor habló con rotundidad. Necesitaba que Max entendiera de una vez por todas el peligro en el que su mujer se encontraba y el tipo de apoyo que le debería estar dando en momentos como este. Max escuchó sus palabras pero no las interpretó de igual forma.

Oírle decir a Connor que el albañil era un invitado en la exposición, lo hizo pensar que sería la última conquista del pintor y eso lo hizo sonreír por dentro. Desde el primer momento que conoció al joven sintió una pequeña especie de amenaza en su interior, que ahora resultaba ser totalmente absurda. Resultaba ahora que Akim era gay.

—Está bien, lo comprendo y me parece correcto —. Connor se

sorprendió por ese cambio de humor tan poco habitual en Max. Si alguien podía resultar cabezota y hasta desagradable en sus ideas fijas, ese era Max— pero yo también iré a ese cóctel.

El inspector se levantó del sofá y con total parsimonia habló al distinguido dueño de casa.

—Lo siento pero eso no es posible.

—Entonces su plan tampoco lo es —. Max bramó entre dientes.

—Señor Brown, —el inspector se sacudió la gabardina mientras guardaba su viejo móvil con tapa en el bolsillo— a ver si nos entendemos, la doctora Klein hoy ha salvado su vida de milagro y si a ese milagro le pudiésemos poner nombre, le pondría el del ruso —dijo sonriendo de lado a lado mientras escuchaba el resoplido de la doctora—. Puede que la próxima vez no tengamos la misma suerte y que su mujer en lugar de lucir una venda en su cuello luzca la mejor caja de pino de Londres.

Max se mordió los dientes con rabia pero no contestó. Él era un hombre de un status lo suficientemente elevado como para que nadie lo pusiera en su sitio y mucho menos un detective de tres al cuarto. Brenda notó su disgusto y decidió intervenir.

—El detective tiene razón. Esa mujer ya ha estado en casa y ha matado a Bombón, no podemos dejarla que se acerque a nosotros otra vez.

—Señor Brown, si usted está a su lado permanentemente la mujer no se acercará y perderemos la oportunidad de capturarla. Necesito que crea que la doctora está sola.

—Aún sigo sin comprender la razón por la que no puedo estar a su lado. Puedo vigilarla sin acercarme —. Max habló derrotado.

—Porque Roxane cree que la doctora es mi amante —. Murmuró Murray.

Brenda, Max y todos los demás quedaron con la boca desencajada. Todos menos el inspector, que miró el reloj con impaciencia y algo de aburrimiento.

—¿Es por eso que me ataca? —Dijo curiosa.

—Sí.

—No entiendo —. Brenda se acercó a Murray que agachaba la cabeza con culpabilidad.

—Lorelaine se ha marchado. Me ha abandonado. Por eso fui a buscarte a la exposición, necesitaba hablar con alguien. Tú eres la única capaz de comprenderme.

Brenda se sintió agotada. Demasiado información para digerir en una sola noche.

—Por favor poder seguir mañana...—Dijo sin fuerzas.

Murray aceptó su mirada cariñosa y decidió despedirse. El detective y Charly lo siguieron por el camino hacia la salida y Akim intentó escabullirse cuando todos se despedían pero Brenda consiguió descubrirlo y lo sujetó del brazo antes que traspasara el portal. Akim se maldijo por sentir esa especie de corriente eléctrica, otra vez.

—Gracias por todo.

—No hace falta —. Contestó sin mirarla al notar la presencia de su marido tras ella.

—¿Qué no hace falta? Por Dios, siempre estás cuando más te necesito.

Max sonrió y entró en la casa dejando al albañil despedirse de su mujer. Puede que el joven sintiera timidez de despedirse de Connor en público y Brenda era especialista en esa especie de situaciones. ¿Cualquiera lo diría con esas pintas de brabucón que tiene?

—Es tarde, ¿por qué no te llevas mi coche?

Akim observó que se encontraban solos y se sintió libre de hablar. Cuando se encontraba a solas con su querida doctora se sentía otra persona, una menos derrumbada por los infortunios de la sociedad.

—Creo que prefiero caminar. No vaya a ser que le haga un rasguño y me denuncies —dijo divertido.

—Sabes que jamás haría algo así —comentó sonriente y Akim quiso morderle ese precioso hoyuelo que se le hacía tan pegado a la comisura del labio derecho —. Está bien, acepto que no aceptes mi coche pero sólo si mañana aceptas que te invite a desayunar en el Starbucks.

Akim se sonrió tanto que le fue imposible ocultar su tonta sonrisa de enamorado. ¿Puede que ella aún recordara su desafortunado encuentro?

—¿No será mucho? Quiero decir, puede que te salvara la vida ¿pero has visto los precios de esos cafés?

Ambos rieron a carcajadas y Brenda movida por un efecto raro en ella se acercó y se aferró al brazo del hombre que tembló ante su contacto.

—Y si eres bueno —murmuró por lo bajo— te invito no sólo a café sino a una porción de tarta y zumo.

—¿Zumo también?

—También...

—Entonces tendré que portarme bien...

La voz de Akim resultó tan ronca que hasta él se asustó de su propio sonido. Ya le gustaría poder demostrarle a ella lo nada bien que podía llegar a portarse con ella.

Brenda se soltó de su agarre y le dijo con apenas voz.

—Hasta mañana... Tonto...

Akim se giró con una luz diferente en la mirada mientras contestó perplejo.

—Doctora Klein ¿acaba de llamarme tonto?

—Pues sí —dijo divertida—. ¿Piensas hacer algo?

—Por ahora nada, señora estirada.

—Ah —Brenda se apretó el pecho en señal de ofensa irreparable y Akim rió con una carcajada—. ¿Me has dicho estirada? ¿Estirada a mí, señor cascarrabias?

—¿Cascarrabias? Pero si soy un terrón de azúcar, doctora engreída —. Dijo mientras se marcha riendo como hacía tiempo que no hacía.

—¡Hasta mañana, niño!

—No me provoque doctora, no me provoque...

La risa de Akim se escuchó en el silencio de la noche y Brenda no dejó de observarlo hasta que su imagen se perdió en la oscuridad. Cerró la puerta e intentó encajar lo que acababa de pasar. Lo había provocado deliberadamente. Ella no era ninguna tonta inexperta y había sentido la tensión y el doble sentido de las palabras de Akim y aunque por un momento se sintió tentada de analizarlas al momento decidió olvidarlas. Ella era una mujer con bastantes más años que él y casada. «Menuda tontería», pensó restando importancia al asunto.

—Cari ¿va todo bien?

Connor se acercó a su amiga y la abrazó con ternura.

—Por supuesto. ¿Ya te vas?

—Sí, estoy agotado. Además no quiero enfrentarme con la fiera —dijo a su oído dejando claro que hablaba de Max.

—No seas así, simplemente está nervioso.

—Algo habitual en él cuando las cosas no salen a su orden y mando.

—¡Connor!

—No dije nada, ya me voy... ya me voy...

Comentó mientras le daba un beso con mucho ruido en el moflete y se largaba cerrando la puerta con suavidad.

—Me has asustado.

Max la abrazó por la espalda rodeando sus manos en su vientre y ella cerró los ojos suspirando cansada.

—Fue sólo un susto. No deberías haber viajado con esta urgencia. En el proyecto te necesitan.

—Ahora mismo sólo deseo cuidarte.

—Se hacerlo por mi misma.

—Lo sé perfectamente pero saber que ese albañil estuvo donde yo debía... no sé, no me gusta. ¿Qué hubiera pasado si ese ruso no te hubiese visto en la terraza?

—Se llama Akim... Y no es ruso...

Brenda intentó soltarse de su abrazo. La forma en que Max hablaba de Akim no le gustaba nada. ¿Tan difícil era llamarlo por su nombre sin ningún prefijo relacionado con su nacionalidad?

Max no contestó, simplemente la tomó de la mano y la guió hacia el dormitorio. Quería tenerla sólo para él y demostrarle lo mucho que le importaba. No quería perder el tiempo discutiendo por quien no valía la pena. Y Akim Dudaev, para él, no lo valía.

Eres tú

Akim maldijo una y otra vez la mala suerte de su vida. «¡Puede ser que me odies tanto! No soy ningún santo, pero es que nunca me lo pones fácil», pensó elevando la mirada al cielo.

—Papá, ¿estás bien?

—Sí.

—¿Vamos a tu trabajo?

El pequeñín de amplios mofletes y unos ojos azul aún más claros que los suyos preguntó sin comprender nada y Akim sonrió con la misa ternura con que fue interrogado. ¿Cómo del error de una noche pudo haber nacido algo tan puro?

—Vendrás a mi trabajo pero antes tendremos que buscar a una amiga.

—¿Tienes amigas?

Akim sonrió con la pregunta. «Los niños y los borrachos siempre dicen la verdad», pensó divertido.

—Muy pocas, hijo, pero esa es una información que mejor queda entre nosotros ¿te parece?

—¿Por qué? El abuelo dice que tienes que salir más para que yo tenga una mamá.

—El abuelo habla demasiado. Ahora calladito que ya casi estamos.

Akim entró en el Starbucks sosteniendo con fuerza la manito regordeta del niño. Buscó a Brenda por todos los sitios, tenía que disculparse y dejarla plantada pero no había más alternativa. Anoche estaba tan emocionado con la invitación, que se le olvidó el pequeño detalle que hoy su hijo no tendría colegio por una desinfección ordenada por el ministerio o algo parecido. La encontró sentada en un sofá mullido y quiso gemir al verla. Vestía unos vaqueros y una camisa blanca a rayas que quitaba el aliento. Se había bajado de los exquisitos tacones que solía usar y llevaba una deportivas que la hacían mucho más deseable que cuando vestía el mejor de sus trajes. Brenda escribía tranquilamente en su móvil y Akim observó que había reemplazado las vendas por un par de discretas tiritas. Lucía el cabello suelto que brillaba como destellos de sol sobre sus delicados hombros. Sus rasgos no eran los de una Barby pero a él nunca le gustaron las barbys.

—¿Es ella? —Lucien preguntó con un tirón de pantalón y su padre regresó a la tierra.

—Sí. Vamos a disculparnos.

En el mismo instante en el que los vio venir, Brenda les regaló la mejor

de sus sonrisas.

—Hola, hola ¿pero a quién tenemos aquí?

El niño sonrió con tanta fuerza que parecía que se le saldría la dentadura y su padre se divirtió por la excesiva expresividad de su hijo.

—Brenda, te presento a mi hijo Lucien.

La doctora se desorientó por un segundo pero al instante se agachó para darle dos sonoros besos en los mofletes.

—Hola Lucien, eres muy guapo.

—Gracias —. Contestó sonrojándose y resaltando así aún más su mirada de manantial.

—Venimos a disculparnos. No puedo quedarme —dijo con pena—. Anoche olvidé que Lucien no tenía colegio y que vendría conmigo a la obra.

—Voy a ver como papá trabaja. El abuelo encontró un trabajo por las mañanas pero cuando termine vendrá a recogerme. Antes no tenía, pero ahora es guardia de seguridad en un centro comercial.

El niño habló sin descanso y Akim quiso enterrarse allí mismo. ¿Era necesaria tanta información?

—Entonces me parece que si el abuelo ha conseguido trabajo deberíamos festejarlo. ¿Qué te parece una taza de chocolate y una porción de tarta de queso?

—¿De dulce de leche se puede? La he visto en la barra —. Comentó algo avergonzado.

—Eso está hecho —. Brenda sonrió con diversión.

—No, no podemos, nosotros nos vamos —. Akim contestó con la boca pequeña porque la verdad es que no deseaba irse.

—¿Piensas dejarme plantada y negarle a tu hijo la tarta que acabo de prometerle?

—Yo no...

—Vamos, no seas tonto, es un niño riquísimo y yo necesito un café urgente.

—Y ya estamos otra vez con la doctora mandona y almidonada —. Contestó sonriendo.

—Ah, esa no te la perdono.

Lucien los miró divertido al notar sus sonrisas.

—¿Papá, entonces puedo tarta?

—Sí, papá ¿podemos pedir? —Preguntó divertida—. Aún no he desayunado y si muero de hambre será tu culpa.

Akim sintió que estaba perdiendo la batalla. Siempre lo hacía con ella delante.

—Parece que sois dos contra uno —. Dijo al ver la radiante sonrisa del

pequeño.

Brenda sostuvo la mano del niño entre la suya y lo miró con la misma mirada traviesa de una niña pequeña.

—Lo somos. Tú siéntate para que no nos quiten el sitio mientras nosotros vamos a escoger unas ricas tartas.

Akim los vio dirigirse de la mano hacia la barra y pensó como sería ella como madre. Seguramente estupenda, pensó sonriendo mientras cumplía con el deber que le habían encomendado de no perder el sitio en aquél cómodo sofá.

Akim acompañó a Brenda a su despacho repitiendo por enésima vez que no eran necesarias tantas molestias, pero la doctora Klein decidió que no quería escucharlo. Estaba encantada con poder ayudarlos y la presencia de Lucien era un soplo de aire fresco después de tantas preocupaciones.

—Pediré la mañana libre —dijo seguro.

—De eso nada —. Brenda apretó la manita del niño y entró con él a su despacho. —. Si lo haces perderé la oportunidad de conocer a un hombrecito tan interesante como este.

Lucien levantó su carita de lo más sonriente y encantado con tantos halagos. Brenda alargó su mano y no pudo resistirse en acomodarle uno de esos mechones rubios que se le disparaban rebeldes por encima del ojo.

—Puedo pedirme la mañana... —Dijo intentando ser escuchado.

—Si lo haces te quitarán el plus de asistencia.

Akim maldijo para sus adentros, no había pensado en ello pero era verdad. Esos pluses aunque no significaban muchísimo, eran un extra nada despreciable en una economía tan estrecha como la suya.

—Está bien, puedes quedarte con él, mi padre estará aquí a la hora del almuerzo para llevárselo a casa.

El hombre agachó la cabeza con cierto enfado. Odiaba tener que hablar de dinero con Brenda y aceptar que necesitaba su ayuda para no perder la maldita paga extra que tanto necesitaba.

—Me parece perfecto. Nos la pasaremos genial —dijo prestando su total atención al hijo y no al padre—. Lucien ¿te gusta pintar?

—Me encanta —contestó eufórico— y también me gusta cantar. Papá dice que lo hago muy bien.

—Yo también canto bastante bien—. Brenda contestó con seguridad.

—Por favor no le mientas. Es un niño...—Akim respondió divertido y Brenda abrió los ojos horrorizada.

—¿Dudas de cómo canto?

—No. Lo confirmo —. La carcajada contenida de Akim la sorprendió para bien. Él siempre se mostraba serio y lejano pero parecía que se iba relajando con ella y sintió que esa sensación le gustaba y mucho.

—Papá canta muy bien, incluso toca la guitarra —el niño agachó la cabeza con pena en la mirada— pero ya no tiene guitarra.

—La arreglaremos en cuanto se pueda —Akim respondió con seriedad intentando cortar el tema. No deseaba que Brenda descubriera otra de sus tantas penas. La mujer comprendió el silencio y quiso romper el hielo con un toque de humor.

—¿Lucien que te parece si le decimos al pesado de tu padre que nos deje divertimos y se vaya a trabajar?

Akim la miró con fuego en la mirada, listo para responder con toda la artillería.

—¿Pesado, Doctora Klein? ¿Si yo soy pesado qué queda entonces para alguien como usted?

—¿Maravillosa, perfecta, insuperable?

Akim se sonrió y se dispuso a marcharse pero no sin antes contestar.

—Autoritaria.

—Amargado.

—Estirada

—Niñato.

—No me provoque doctora, no me provoque...

Akim se marchó disfrutando de la despedida que acababan de tener.

Por el camino y sonriendo rumbo a los baños para cambiarse y ponerse el mono de trabajo, se encontró con Nikola que no dejaba de observarlo como si le hubiesen salido cuernos.

—¿Se puede saber qué demonios miras?

—A ti.

—¿Y te gusto?

—No estoy seguro... —su amigo le respondió con seriedad.

—Déjate de tonterías y dime qué diablos te pasa.

—Eso digo yo, ¿qué diablos pasa? ¿por qué sonrías? Tú no sonrías.

Akim lanzó una carcajada con un fuerte sonido mientras se abría la camisa para quitársela.

—Eres idiota.

—Puede, pero no me contestas. ¿Por qué sonrías? ¿Y por qué vas tan guapo?

—Vas a empezar a preocuparme de verdad. Está bien, si lo que quieres decirme es que te has enamorado de mí tengo que decirte que te quiero, pero

sólo como amigos —. Akim sonrió mientras seguía cambiándose la ropa por el mono de trabajo, pero Nikola no cayó en su trampa.

—Puedes decir todas las gilipolleces que quieras pero tú estás distinto.

—¿Por qué me río y no tengo una camisa descolorida?

—Exacto —dijo mientras él también se disponía a ponerse la ropa de trabajo—. Bueno lo de la camisa no ¿pero lo de la sonrisa? Eso sí que es raro.

—No seas tonto y busquemos a la cuadrilla antes que repartan el trabajo y Samir nos deje lo peor.

Nikola se apresuró a cerrarse el mono y correr junto a su amigo. Si llegaban tarde en el reparto de actividades seguro les tocaba acarrear escombros y no le apetecía nada de nada.

—Por cierto, quiero que sepas que Lola te ha perdonado.

Akim detuvo el paso para mirar a su amigo intrigado.

—La dejaste plantada ¿te acuerdas?

—Ah, eso.

—Sí y está dispuesta a pasarlo por alto.

—Pues mira que bien.

Nikola negó con la cabeza y maldijo con todas las letras.

—Con esa ayuda no me acuesto con su amiga ni en mil años... —Akim sonrió y siguió caminando hacia la cuadrilla de trabajo.

Esta mañana en la última persona en la que deseaba pensar era en Lola. Sus pensamientos y sueños navegaban por otros mares, uno con ojitos cálidos y dulces como el más puro de los chocolates.

Deseos

—¿Por qué te cambias de ropa? Pensé que comeríamos aquí.

Nikola levantó los bocadillos salivando al imaginar el delicioso relleno de atún, pepinillos y una cremosa salsa mayonesa casera.

—Tengo que recoger a Lucien —. Contestó parco en palabras.

—Ah, voy contigo, hace días que no veo a mi ahijado. ¿Vas al colegio?

—Hoy no tenía clase.

Akim no deseaba explicarse. Quiso librarse de Nikola sin necesidad de aclaraciones pero su amigo no se lo estaba poniendo fácil.

—¿Y dónde está? Creí que tu padre comenzaba a trabajar por las mañanas.

—Por eso voy a buscarlo. Mi padre debe estar al caer para llevárselo.

Nikola caminó a su lado y Akim refunfuñó molesto. Su amigo descubriría con quien estaba pasando la mañana Lucien apenas giraran por el pasillo y...

—Joder... Joder... ¡Joder!

«Ya lo ha visto», pensó fastidiado.

—Esto no está bien.

—Déjame en paz —. Contestó apretando los dientes con fuerza.

—Por eso la sonrisa de esta mañana. ¡Mierda! ¿Te has acostado con ella? Estamos muertos...

—No digas tonterías —advirtió con aparente calma intentando hacerlo callar—. Ella sólo se ofreció a cuidarlo.

—Te estrellarás...

—¡Vete a la mierda!

El padre de Akim asomó por la obra y les sonrió a ambos pero estos no respondieron por lo cual prefirió no preguntar.

—Bien ¿dónde está mi nieto?

Un señor con muchas canas pero de complexión muy fuerte preguntó amigablemente. Akim señaló con la vista el despacho ocupado por la doctora y su hijo que reían divertidos y ajenos a los mirones de fuera.

—Se lo están pasando bien. ¿Quién es? Parece que a Lucien le gusta.

—No es al único —. Nikola contestó molesto y se marchó sin despedirse de nadie.

—¿Qué le pasa?

—Sus tonterías de siempre.

—Con Nikola seguro que son líos de faldas. —Su padre sonrió divertido. Conocía al amigo de su hijo desde pequeños. Crecieron en el mismo barrio y sus padres emigraron al mismo tiempo que ellos. Era una suerte que después de tanto tiempo y tantas tragedias la vida no los hubiera separado.

—Vamos a por ese enano antes que destroce lo poco que queda del edificio—. El abuelo sonrió a su hijo y caminó hacia la oficina.

Lucien y Brenda ajenos a las miradas que los seguían desde la puerta, cantaban algo que Akim no supo definir ya que los alaridos de ambos eran demasiado horrorosos como para comprender nada.

—¡Y ahora redoble de tambores! —Dijo entusiasmada.

—¡Parra parra pam pan! —Lucien simuló el sonido de una batería mientras golpeaba unos bolígrafos contra unas carpetas.

Brenda se había recogido el cabello en una coleta alta y sonreía mientras acomodaba unos archivos en varios montones.

—Te toca —. El niño sentencio alegre y ella aceptó el desafío golpeando los informes con las palmas de sus manos.

Akim sonrió sin poder apartar la mirada en la imagen. Su hijo no conocía a su madre y en su casa no entraban mujeres. Lucien crecía sólo con él y su abuelo, y Akim se apenó al notar la alegría del pequeño al contar con la ternura de una mujer a su lado.

—Parece agradable —. El abuelo comentó interesado.

—Lo es —. Akim respondió sin pensar.

—Y le gustan los niños.

—Sí.

—Y es guapa.

Akim sintió una punzada de celos al escuchar esa frase de su padre. Desde la muerte de su madre él no solía pensar en esas cosas o por lo menos no en voz alta.

—No es para ti —. Contestó molesto con su padre al creerlo interesado en ella.

—Yo no lo decía por...

El padre intentó explicarse pero al momento se dio cuenta que su hijo lo que menos hacía era escucharlo.

—Hola, Lucien —. Dijo el abuelo estirando los brazos desde la puerta al notar la mirada del niño hacia la puerta.

—¡Abuelo! —El pequeño corrió hacia sus brazos.

—Brenda, te presento a mi padre.

—Señor Dudaev, un placer conocerlo.

La doctora intentó acomodarse el pelo mientras Akim sonreía al verla tan

acalorada seguramente por su sesión de canto con batería incluida.

—Mi hijo y yo le agradecemos el enorme favor que nos ha hecho.

—No ha sido nada. La he pasado genial. Necesitaba algo de distracción.

El hombre aceptó la amable respuesta y se marchó llevándose a un pequeño que prometió volver a visitarla.

—Gracias nuevamente. Olvidé completamente que hoy no tenía cole.

—Los padres no deben ser perfectos, no te preocupes —. Contestó restando importancia al asunto.

—No tienes hijos.

—No —. Dijo con tristeza.

—Lo siento, soy un entrometido.

—No, no da igual. Lo tengo asumido —. El silencio incómodo se instaló entre ambos —. Creo que voy a comer algo antes que se haga la hora de mi próxima consulta —. Ella intentó romper la reciente incomodidad instalada entre ellos.

—Eh, sí, claro. ¿Vas fuera?

—No, pediré una ensalada. Pronto llegará Murray y no quiero retrasarme.

La contestación no fue completamente de su agrado. En el fondo debía reconocer que se había quitado el mono de trabajo por si llegaba a surgir la oportunidad de almorzar juntos. Oportunidad que por otro lado venía dispuesto a encontrar.

—Yo también debo regresar pronto y tengo un bocata ¿si quieres compañía?

Akim sintió que los calores le subían por el cuerpo y se rascó la nuca intentando disimular unos nervios que lo carcomían por dentro y por fuera.

—Te agradezco pero no puedo. Debo preparar la consulta, pero muchas gracias por la invitación.

—Eh sí, no pasa nada —. Akim se quedó petrificado en el lugar y Brenda lo observó intentando descubrir que le pasaba.

Parecía que quería decirle algo pero no lo hacía.

—En fin, voy a pedir mi ensalada y ponerme a trabajar. Nos vemos.

—Sí, nos vemos —. Akim consiguió moverse sin demostrar la impotencia que sentía al dejarla.

En su mente se había hecho la imagen de él y ella almorzando y conversando animadamente, sin embargo debía regresar con la cuadrilla, como siempre.

«¿Qué pensabas?, ha perdido demasiado tiempo con tu hijo como para seguir perdiéndolo contigo... Idiota». Suspiró mientras se giraba para marcharse.

—Ah por cierto —Akim se detuvo al escucharla elevar la voz y se giró algo desconcertado—. Lucien ha dicho que canto muy bien.

La sonrisa de Brenda lo devolvió a la vida. Una negación de esa mujer era la muerte pero una sonrisa suya era esencia de vida eterna.

—Es un niño muy educado y no le gusta lastimar a pobres ilusas.

La luz de los ojos cristalinos de Akim chispeaban exaltación y Brenda, que lo había visto marcharse molesto, adoró observar como recuperaba la jovialidad con su broma.

—¿Acabas de llamarle ilusa? —Contestó exagerando cada palabra con melodrama.

—Eso he dicho exactamente —. Respondió sin un ápice de vergüenza.

—Serás tonto.

—Estirada.

—Niñato

—No me provoque doctora, no me provoque.

Ambos rieron ante un tipo de despedida que comenzaba a ser algo habitual entre ellos. Akim se marchó sonriente y pensando en la forma en que ella lo llamaba niñato. Si supiera de cuantas maneras deseaba demostrarle lo niñato que era. El joven fue en busca de su mochila y se encontró con un Nikola de lo más serio. Quiso recoger el bocadillo y parecer tan enfadado como su amigo pero no lo consiguió. La felicidad le brotaba por los poros.

—Sigues sonriendo como un estúpido.

—Y tú sigues comportándote como otro. ¿Se puede saber que diantres te pasa?

Akim se sentó en uno de los escalones de la obra junto a Nikola mientras desenvolvía el bocadillo.

—Será mejor que me calle.

El amigo mordió con enfado su almuerzo mientras miraba a lo lejos y masticaba cada minuto con más rabia que la anterior.

—Pues ya era hora, no dejas de decir sandeces —. Contestó un Akim molesto.

Akim también mordió con enfado su sándwich. Su amigo había conseguido contagiarle su mal humor.

—¡Sandeces! ¿Sandeces? Serán las que tú haces.

—¿No ibas a quedarte callado? —Comentó irónico.

—Pues mira que ahora no me da la real gana callarme. ¿Se puede saber que pretendes?

—Yo no pretendo nada. Estás exagerando. Nos encontramos por casualidad —mintió— y se ofreció a cuidar de Lucien por unas horas. No hay

nada más —. Dijo mientras daba otro mordisco a su almuerzo.

—Y yo soy una hermanita de la caridad y te creo —. Contestó con rabia.

—¡Pero qué diablos te pasa! ¿Por qué no me dejas en paz. Al final voy a pensar que es cierto que estás celoso —escupió con furia mientras bebía un largo sorbo de agua.

—No seas imbécil. Joder Akim, estás en el momento de girar la esquina y olvidarte de todo esto. No te metas en algo que no podrás controlar.

—Estás exagerando, entre Brenda y yo no hay nada...

—¿Brenda? ¿Ya no es la doctora Klein?

Akim no contestó. La conversación estaba resultando ser de lo más desagradable y no tenía ningún interés en sincerarse con su amigo. Preferiría mentir mil veces antes que aceptar que parte de sus reproches tenían una base bastante sólida.

—Hermano, no te metas en esto. Lo prometiste, ¿lo recuerdas? —Nikola comentó angustiado.

—Sí —. Akim contestó entre dientes mientras bebía más agua.

—Joder, sabes que si fuera posible estaría a tu lado, pero no puedo. Eres mi amigo, te quiero, pero no puedo permitirte que sufras por lo que tú mismo me obligaste prometer.

—Lo sé, lo sé... —refunfuñó mientras se levantaba con rabia y tiraba enfadado el sobrante del bocadillo en un cubo. Ya no tenía apetito. Su humor pasaba a ser el mismo de siempre. Frío, enfadado y desesperanzado.

—Lo siento pero es lo que me pediste que hiciera —Nikola se lamentó dolido.

—No tienes por qué preocuparte —. Akim recordó esa promesa de hace años y tuvo que aceptar las palabras de su amigo.

—Eso espero...

Akim se fue rumbo a los baños para ponerse el mono de trabajo y Nikola continuó masticando cada vez con menos ganas.

Otra oportunidad

Michael Murray golpeó dos veces antes de entrar en la consulta.

Brenda observó su más que visible desmejora. A pesar de seguir luciendo tan impecable como siempre, las bolsas oscuras bajo los ojos mostraban su estado de agotamiento y pesadumbre.

—Doctora Klein —dijo justo antes de recostarse en el delicado diván rojo de cuero.

—Así que ahora soy doctora.

—Ya ves. Los cambios son posibles.

—Ya veo. ¿Quieres contarme que ha pasado o prefieres que pregunte?

—Ella se ha marchado.

Brenda lo sabía porque él mismo se lo había comentado la noche anterior pero decidió no intervenir. Necesitaba escuchar al político explicarse sin interrupciones. Una de sus funciones principales como psicóloga era la de permitir que el paciente expresase sus sentimientos en voz alta. Muchas veces esa descripción poco tenía que ver con la realidad, pero justamente ese era el tema a gestionar cuando los sentimientos salían a la luz. Realidad y ficción debían ser tratadas con el mismo nivel de importancia.

—Dice que ya no soporta más...—comentó amargado—. Esa maldita mujer ha estado acosándome sin descanso. Llama por teléfono y corta cuando escucha la voz de mi mujer.

Murray arrastró la mano por su cabello re peinado mientras resoplaba agobiado.

—Juro que lo he intentado todo pero está desquiciada. Primero Lorelaine y ahora...

—Me culpa a mí —. Dijo con calma.

—Sí, ella cree que mis visitas a tu consulta son parte de otro tipo de terapia.

—¿Y tú qué piensas?

El hombre se reincorporó en el diván mirándola confuso.

—Entre tú y yo no hay nada... —dijo asustado imaginando que la doctora pudiera estar tan loca como la joven modelo.

—No me refiero a eso. Simplemente pregunto que cual es tu opinión sobre todo lo que estás viviendo. ¿Te culpas?

—Este embrollo me ha servido como escarmiento.

—¿Qué significan esas palabras exactamente? —Dijo mientras escribía

en su agenda: Claras señales de arrepentimiento. Tratamiento: Prolongado.

—Quiero que mi mujer regrese a casa y haré todo lo posible para demostrarle que he cambiado.

—¿Lo has hecho? Ha pasado muy poco tiempo de tu última fiesta. ¿Estás seguro? —Dijo al realizar un subrayado doble en: Comprobación de los hechos.

—Sí, sí, entiendo que no me creas pero esta vez es distinto. Quiero retomar mi vida de antes. Quiero que estos días se borren de mis recuerdos y de los de mi mujer. Quiero que ella vuelva a ser la misma de antes.

Brenda tomaba apuntes y dejaba pausas largas entre cada uno de sus comentarios.

—Michael, dices lo que deseas de tu esposa pero no has dicho nada sobre lo que esperas de ti mismo.

—Ya lo he dicho, quiero que Lorelaine vuelva a casa y seamos la familia que fuimos siempre. ¿No me has escuchado? —Comentó molesto.

—Lo único que yo escucho son las palabras de un hombre que exige un olvido pero no veo un arrepentimiento sincero. Veo —dijo con total tranquilidad— a un hombre que desea poder recuperar lo que ha tenido como si de magia se tratara ¿no te parece a ti lo mismo? —Michael tragó molesto pero no contestó — ¿Quieres cambiar de vida? ¿Abandonarías las fiestas y tus conquistas ocasionales? ¿Es eso lo que buscas?

—No me crees...

—Michael, yo no creo ni deo de creer, simplemente te pido que no exijas una claridad que no eres capaz de ofrecer. Antes de pedirle a ella que regrese piensa si estás dispuesto a dar lo que la relación te exige.

—¡No tengo nada que pensar! Es lo que quiero. Teníamos un hogar y pretendo recuperarlo.

—Cuando buscabas otras mujeres ¿qué era exactamente lo que ellas te ofrecían?

Brenda se ajustó las gafas en el puente de la nariz mientras observaba la concentración del político que se recostó y mirando al techo habló tranquilo.

—Sexo, pasión, juventud, descaró... plenitud.

—¿Y cuándo traspasabas el umbral de tu casa, qué sentías?

—Seguridad, amistad, consuelo.

El silencio se hizo entre ambos pero Brenda no abrió la boca. Michael echó su cabeza hacia atrás y contestó con agobio.

—Sé lo que estás haciendo.

—¿Y qué crees que hago?

—Dividir mi vida en dos piezas que no encajan.

—Me temo que yo no he sido quien las dividió. Dices que deseas

cambiar pero en ambas respuestas has ofrecido referencias positivas. Intentas completar tu vida con trozos que vas obteniendo de diferentes lugares.

—Y eso significa...

—Que si quieres conseguir que las piezas de distintos puzzles encajen, deberás escoger un panel donde te permitan montarlas o encontrar un puzzle con todas las figuras que tú necesitas. ¿Me sigues?—Michael pensó concentrado.

—Quieres decir que para conseguir que Lorelaine regrese deberé volver a mi hogar y olvidarme de cualquier otro tipo de placeres...

—No exactamente. Lo que comento es que tanto si regresas a tu mundo de conquistas como si regresas a tu casa, no tienes por qué abandonar las sensaciones que te hacen sentir vivo. Si la diversidad forma parte de tu plenitud pero Lorelaine no la comparte, entonces es el momento de un cambio de panel para tu puzzle, ahora bien, si la diversidad simplemente es una acción desesperada en la búsqueda de sensaciones pasionales, entonces puede que tu matrimonio aún tenga una oportunidad.

—Sexo, lujuria y matrimonio. Palabras bonitas pero absolutamente irreales.

—Puede que sí o no, eso dependerá de ti.

—¿Y si no quiero o no puedo?

—Entonces continúa con tu vida, pero no exijas a Lorelaine que lo acepte. Al igual que tú, ella tiene el derecho de escoger en que panel montar su puzzle.

—Y puedo no ser yo...

—No he hablado con ella y no puedo conocer la respuesta, pero lo que sí creo poder contestar, y sin temor a equivocarme, es que este Michael no es lo que ella quiere.

—Maldita hija de perra —escupió con rabia—. Si no fuese por ella nada de esto hubiese pasado.

Brenda negó con la cabeza mientras escribía en su libreta: Terceros como responsables de nuestros propios errores. Terapia: Tiempo.

—Cuando vives en un castillo de mentiras disfrazadas de verdades, los naipes que lo sostienen tarde o temprano se desmoronan sin importar por donde soplan los vientos.

Michael meditó sus palabras para luego preguntar sin tapujos.

—No estoy seguro de poder hacerlo. Me pides mucho más que unas disculpas. Dices que cambie mi vida al completo.

—Digo que no puedes pedir a Lorelaine que acepte callada tus exigencias. Si quieres regresar deberás aceptar un proceso de negociación en donde ambos deberéis ceder. Si las pérdidas son mayores que las ganancias eso

lo evaluaréis vosotros.

—¿Y si acepto sus condiciones y regresamos? ¿Quién me asegura que lo nuestro funcione? Sé perfectamente que suena a tópico pero Lorelaine no siempre me ha dado lo que necesito.

Brenda imaginó que estaban hablando de sexo y creyó que este no era el momento de adentrarse tanto en los conflictos del matrimonio. En primer lugar, Michael debía reconocer los pro y los contras de un cambio de conducta. Más adelante y teniendo claro sus cartas de juego podrían entrar de lleno en sus conductas sexuales.

—Michael, quiero que dejes de pensar en lo que pides a Lorelaine para centrarte en lo que tú eres capaz de ofrecer. Estás acostumbrado a pedir y recibir pero poco a dar. Quiero que hagas el ejercicio contrario. No pidas lo que no puedes ofrecer. No exijas. Escribe en una lista lo que eres capaz de dar para conseguir aquello que buscas. La estudiaremos en la próxima consulta.

Michael aceptó los deberes y se incorporó en el diván para preguntarle expectante.

—¿Y si resultara que lo que quiero es intentarlo con ella? ¿Tú nos ayudarías? ¿Podría tener una vida plena pero diferente?

—Si ambos están dispuestos por supuesto que sí.

—Lorelaine no siempre es una persona accesible... Yo puedo intentarlo pero necesito un compromiso de su parte. No todo es mi culpa.

—Estoy totalmente de acuerdo y entusiasmada al observar tus conclusiones. Al fin comienzas a ver la luz y descubrir por ti mismo que esta no es una tarea de sólo uno.

Brenda escribía sus conclusiones cuando Michael se levantó y recogió a paso lento su chaqueta colgada en el perchero.

—Gracias Brenda, aunque siempre salgo de aquí peor de lo que he llegado —dijo en tono humorístico.

—Pues me temo que te cobraré a pesar de tu malestar —. La doctora le sonrió mientras estiró su mano para estrecharla en señal de despedida.

—Mujeres, sólo nos dan problemas —. Comentó con gracia antes de marcharse.

El matrimonio los había llevado a un estado de acostumbramiento y aceptación en las que ambos cumplían sus roles aunque ninguno estuviera totalmente conforme, se dijo al verlo marchar. Brenda cerró la puerta y sin quererlo pensó en su matrimonio y tuvo que aceptar que muchas veces ella misma aceptó lo que no le gustaría aceptar y que muchas veces sacrificó lo que en algún momento le pareció innegociable. Sacudió la cabeza enfadada con las comparaciones. Su matrimonio no era igual al de Murray, Max no era Michael, y

principalmente ella no era su propia paciente como para estar pensando esas tonterías. Cerró la carpeta y la guardó en el archivador intentando olvidarse de ese último pensamiento. Era tarde, estaba cansada y no era el momento más oportuno de psicoanalizarse.

Akim trabajó durante todo el día en las plantas superiores evitando pasar por la consulta de Brenda. Sabía perfectamente que si lo hacía no se resistiría a acercarse con algún pretexto. Sujetó la carretilla de escombros con fuerza y se encaminó hacia el exterior asumiendo la realidad en las palabras de Nikola. Somos de dónde venimos. No importa lo que hagas por olvidarlo, la vida siempre te regresa por el camino clausurado. El pasado puede ser pasado pero para nada pisado.

Se prometió no seguir esos pasos pero parecía que la tristeza de su madre luchaba por reflejarse en él. Ella había muerto con la pena en la mirada, esa que ahora él mismo era incapaz de evitar.

Pensamientos perdidos

—Llegaré a tiempo para acompañarte a ese dichoso cóctel —. Max guardó unos papeles en su maletín mientras hablaba sin parar —. Tengo que dejar todo encaminado, el vuelo es sólo dentro de un par de horas. Le he pedido a Cintia que anule las antiguas reservas y las cambie para el mismo sábado. Le pedí que tuviera especial cuidado en los horarios. Espero que no se haya confundido... — Comentó mientras buscaba su móvil sobre la estantería de libros.

—Seguro que lo hace bien... —Brenda pensó en la pobre secretaria y se apiadó de ella. Su marido cuando se ponía exigente podía llegar a resultar insufrible.

—No quiero que salgas a ningún lado y quiero que me prometas que te cuidarás. No quiero que te expongas. Esa mujer es una perturbada y puede hacer cualquier cosa, debes prometerme que no te arriesgarás.

—Estaré bien, ahora vete.

Brenda le ofreció un tierno beso en la mejilla pero Max la sostuvo por los hombros.

—Te necesito —dijo mientras la abrazó con fuerza—. Lo eres todo. No puedo perderte.

—Vete o perderás el avión —. Dijo emocionada.

La mujer aceptó el abrazo pero no expresó lo que en realidad estaba pensando. ¿Tú eres mi todo? El taxi de la entrada hizo sonar el claxon y Max se marchó apresurado dejándola sola con sus pensamientos y una taza de café sudafricano en la mano. Rachel entró por la puerta del jardín que estaba abierta y la distrajo de sus pensamientos.

—Holi, holi... ¿Cómo está mi súper friend?

Brenda sonrió y aceptó los dos besos en el aire que su amiga le dio al acercarse.

—Perfectamente, ¿y tú?

—Súper, súper happy —. Contestó dando palmaditas en alto.

—Ya veo, ¿y puedo saber la razón de tanta dicha?

Brenda se acercó a la cafetera mientras la levantaba en señal de ofrecimiento y aceptaba un sí de Rachel que no paraba de hablar.

—Sweet, ya falta menos, en tres semanas es el cumpleaños de mi love — bebió un sorbo de su taza humeante para elevar los ojos al cielo—. Un día vas a tener que decirme como haces para que esta bebida te salga tan súper.

Brenda se sentó en una banqueta a su lado negando con la cabeza. Ambas compraban la misma marca pero Rachel siempre alagaba todo lo que provenía de ella. Podía parecer una persona fría e incluso vacía, pero Brenda conocía muy bien la excelente mujer que se escondía detrás de semejante fachada. Rachel era una ex estrella del teatro y como tal, adoraba sentirse admirada pero pocos conocían su admirable fondo.

—Bien, ¿estás lista?

—¿Lista para qué?

—Oh, no, sweet, no me digas que te has olvidado —. Rachel se apretó la boca con ambas manos en señal de tragedia y la doctora tembló al pensar en la tormenta que se le venía encima.

—No, no, por supuesto que no —. Mintió descaradamente.

Rachel respiró hiperventilando y Brenda pensó desesperadamente algo que la hiciese recordar. Aniversario, compras, ¡No! Cumpleaños, tiene que ser algo relacionado con la organización del cumpleaños de George. ¡Sí! Era algo con respecto a eso.

—¿Tenemos que tener tanto cuidado con los detalles que me da miedo equivocarme? George se merece lo mejor —. Volvió a mentir con descaro esperando acertar con la causa.

Rachel asintió encantada con las palabras de su amiga.

—Me pasa lo mismo. Estoy súper, súper stressed. Espero que nos preparen algo acorde al evento o juro que me arranco las pestañas —. Brenda abrió los ojos horrorizada y Rachel sonrió divertida —. Las postizas por supuesto. Quiero a mi George pero no tanto como para quedarme lisiada.

—Dudo mucho que no tener pestañas se considere una minusvalía —. Brenda respondió de lo más despreocupada.

—Pues debería. Te imaginas lo fea que me quedaría —dijo moviendo las manos en sentido de negación en el aire—. No, no, mejor ni pensarlo. Vamos a probar esa tarta y comprobar que todo lo prometido es real.

«¿Era la tarta? Con todo lo que ha pasado se me había olvidado totalmente».

—Recojo mi bolso y nos marchamos.

Ambas se marcharon a una sesión de dulces horas matinales de las que Brenda no resultaría muy bien parada.

Después de una mañana perdida entre nata y bizcochos la doctora entró al edificio acariciando su dolorida tripa. Pisó unos escombros con poco cuidado y sintió como su tacón se partía por la mitad en ese mismo instante.

—Lo que me faltaba —. Refunfuñó enfadada.

Caminó con una cojera más que evidente rumbo a su consulta cuando Samir pasó por delante regalándole la más sincera de las sonrisas.

—Doctora Klein, dichosos los ojos que la ven ¿le ha pasado algo? —
Comentó al verla cojear.

—Nada grave —sólo unos manolos destrozados, pensó compungida —. Por cierto Samir, aprovechando que lo encuentro... —el hombre se enderezó cortésmente para atenderla como correspondía a una cliente de su clase— ¿Me estaba preguntando cuánto les queda para acabar? Llevamos ya varias semanas y... —Pensaba continuar pero el responsable de obra no se lo permitió.

—Dos semanas, doctora.

—Si, bueno, eso dijo hace una semana atrás y las otras tres anteriores, pero aunque yo no entiendo mucho de obras —comentó mirando el panorama de desastre de guerra mundial que tenía delante— lo de sumar no se me da tan mal y creo que las cuentas no me salen...

—No se aflija doctora. Su marido confía en mí y no voy a decepcionarlo —respondió con orgullo de profesional.

—No, yo no quise decir... es decir, no pretendía ofenderlo, pero es que todo esto se parece tan a...

—Usted tranquila, doctora —dijo mientras se marchaba por donde había venido—. No se preocupe. Dos semanas.

Brenda lo vio marcharse sin dar crédito a como la había esquivado sin remordimiento alguno. El pequeño hombre se marchó tras una nube de polvo cual película futurista sin mirar atrás y dejándola tal cual se la había encontrado. Sin nada de nada.

Entró en a la consulta, se recostó en su diván y suspiró agotada. El día apenas comenzaba pero ya resultaba ser demasiado largo. Se quitó el zapato bueno y lo arrojó al suelo, maldijo en voz alta al quitarse el segundo y ver el tacón totalmente inservible.

—Adiós a mis manolos preferidos... — Refunfuñó melancólica.

—¿Qué es un Manolo?

Una voz grave y cada vez más conocida por ella surgió por detrás del escritorio.

Brenda sonrió al descubrir a Akim arrodillado mirando hacia la pared y con un destornillador en la mano.

Esta vez no llevaba ese horroroso mono de trabajo y decidió que unos simples vaqueros y una camiseta negra eran una de sus mejores imágenes. Tenía músculos pero no exagerados, una altura maravillosa, unos tatuajes que asomaban por su bíceps, y una mirada sugestiva encantadora, por supuesto que

todas esas serían cualidades interesante para una mujer que estuviese interesada, no en ella, que era una mujer comprometida.

—Un Manolo es un zapato.

—¿Les pones nombres? —Dijo divertido.

—No —contestó riendo—. Es la marca.

—Ah, entonces parece algo extremadamente grave —. Comentó divertido y continuando con el enchufe de la pared sin volver la vista para mirarla.

—Terrible e insuperable —. Contestó divertida.

—Lo imagino —. Ambos rieron en alto y Brenda se recostó en el diván intentando relajarse.

Akim se levantó del suelo y al girarse la vio en su plenitud. Estaba recostada y sin zapatos en el ancho diván de cuero rojo y miles de ideas se le pasaron por la cabeza pero ninguna expresable en voz alta. Tuvo que hacer sinceros esfuerzos para enfocar sus pensamientos en algo que no fuese lo de siempre. Ella y su cuerpo, ella y su sonrisa, ella y su inteligencia, ella y esos labios llenos, ella y sus ojitos chocolate fundidos por la pasión, ella y sus gemidos de amor, ella sin ropa y una vida juntos...

—¿Mañana difícil? —Preguntó sin poder dejar de observar sus pies delicados desnudos y apoyados relajadamente en el diván. Las uñas perfectamente pintadas de rojo combinaban a la perfección con el mobiliario. Tenía los ojos cerrados y eso le permitió admirarla con total indiscreción. Lucía un vestido negro que se ajustaba delicadamente donde debía y resaltaba elegante donde otros resultarían toscos. Sus senos subían y bajaban tras un suspiro de cansancio e intentó imaginar que se sentiría al acariciarlos. No eran ni muy pequeños ni muy grandes, perfectos para mi mano, pensó algo agitado.

Brenda se incorporó para sentarse y él se movió con rapidez buscando algo que hacer antes de ser descubierto fisgando lo que no debía.

—¿Akim, no sabrás donde está mi tetera?

El hombre que le daba la espalda y acomodaba nervioso la caja de herramientas levantó los hombros en señal de total desconocimiento.

—Seguro que Connor la tiró. La odiaba. Decía que era más fea que mi abuela, cuando lo vea lo mato.

Akim seguía de espaldas concentrado en acomodar de mayor a menor sus destornilladores e intentando calmar su enloquecidos latidos. Estaba tan atractiva tumbada en ese sofá que podría haberse quedado admirándola por horas. Eso y acariciando cada centímetro de su cuerpo hasta sentirla gemir...

—Basta... —murmuró entre dientes.

—¿Perdón decías?

—Nada importante.

Ella aceptó su excusa y él se repitió por enésima vez lo estúpido que era.

—¿Pues sabes lo que te digo? Que me tomo un digestivo o me muero aquí mismo

El joven se giró de golpe temiendo por ella.

—¿Estás enferma? ¿Necesitas algo? —Su voz sonó tan preocupada que Brenda estuvo a punto de comerlo a besos. La fachada no respondía en absoluto a su esencia. Malote por fuera pero un tierno innegable por dentro.

—Digamos que fui atacada por miles de tartas y no me recupero.

—¿Tartas?

—Verás, mi amiga Rachel me llevó a una cata de tartas y creo que moriré de una indigesta.

—¿Cata de tartas? ¿Eso existe?

—Oh sí, y te juro que no vuelvo a ir a una. Tengo las venas atascadas de azúcar.

Akim la miró con la sonrisa en los labios. Esa sonrisa que tenía siempre que la veía y que perdía cuando ella no estaba. Ella podría parecer fría y arrogante en una primera imagen, pero nada más lejos de la realidad, su Brin no era así.

«¿Mi Brin? Estoy delirando».

—Será mejor que me vaya y te deje recuperarte.

Akim estaba por marcharse cuando la doctora se levantó y lo interceptó para detenerlo. Él la miró y dejó de respirar. Estaban frente a frente. Sus ojos clavados los unos en el otro. Sin sus tacones, con los piecitos en puntillas y dos de sus dedos golpeando contra su pecho. Dios, esto era el cielo. Si agachaba la cabeza podría poseer sus labios allí mismo.

—Tú te vienes conmigo —. Comentó con sonrisa pícara.

—¿A dónde? —Carraspeó intentando no pensar en lo único.

—A tomar un té o algo que me ayude.

—Yo no puedo... —. Dijo con la boca pequeña.

—Hablaré con Samir y tendrás tu permiso. Estoy fatal y no puedes dejarme tirada.

Akim intentó pensar en las miles de razones por la cual debería rechazarla mientras se rascó la nuca.

—¿Si llamas a Connor? —Balbuceó arrepintiéndose al instante por ofrecerle otra alternativa que no fuese él.

—Él no vendrá hasta mañana. Parece que con el bombero encajan a la perfección.

«Joder». Akim vio el guiño de ojos de Brenda y maldijo para sus

adentros. Lo que le faltaba eran bromitas sexuales con picaresca. Su entropierna comenzaba a endurecerse al imaginar lo bien que ellos también podrían “encajar”.

—Vamos, ¿no me dejarás tirada con lo malita que me encuentro? — Dijo con la boquita entreabierta como niña pequeña.

—¿Intenta manipularme doctora?

«¿Alguna vez voy a dejar de sonreírle como un idiota?»

—Absolutamente.

Ambos rieron a carcajadas y Brenda supo que tenía la batalla ganada pero al ver sus zapatos se pensó mejor la decisión de salir a la calle. El joven que advirtió su perturbación recogió su aún completo Manolo y le preguntó con seriedad.

—¿No tienen arreglo?

—No —. Contestó compungida.

—Entonces... —Akim arrancó el tacón de cuajo del zapato sano y se lo extendió ante la mirada atónita de ella.

—Ahora tienes unos Manolos sin tacones. Diseño exclusivo —. Dijo mientras levantó los hombros sin darle mayor importancia.

—Mis Manolos... —. Suspiró al calzarse ambos pies.

Aunque ahora parecía mucho más bajita tuvo que reconocer que podía caminar sin parecer el jorobado de Notre Dame.

—¡Corre! ¡Corre! Allí tenemos un sofá libre.

Akim arrugó la frente mientras negaba con la cabeza. ¿Por qué la gente iba a una cafetería que cobraban cuatro veces más que otra y en la que debían correr para poder sentarse en uno de los escasos sofás?

—¿Qué quieres beber? —. Le preguntó entusiasmada.

—Tú no traerás nada. Quiero que te sientes en el tan codiciado sofá y esperes a que te escoja una bebida que pueda sentarte bien.

—Ah no, fue mi idea y yo invito —. Brenda recordó su primer encuentro en él Starbucks y se sintió culpable por hacerlo gastar dinero en ella.

—¿No estabas a punto de desfallecer de malestar? —. Akim arqueó una de sus espesas cejas esperando una respuesta.

Brenda se mordió el labio intentando pensar una excusa que la hiciera parecer menos aprovechada.

—Y si digo que estoy mejor ¿me creerías?

Ella achinó los ojitos de chocolate y Akim apretó los puños para no tomarla por los hombros y besarla hasta perder el conocimiento.

—Creo que no. Ahora doctora va a ser buena, se va a sentar y esperar

que le traiga su bebida o voy a pensar que además de estirada es una farsante.

Brenda abrió los ojos intentando parecer ofendida pero no lo consiguió.

—No soy farsante.

Akim se giró hacia la barra no sin antes contestar.

—Y testaruda.

—Niñato.

—No me provoque doctora, no me provoque.

Akim se marchó con la misma sonrisa con la que ella se quedó en el sofá.

Ese juego era algo que tenía sólo con él y lo adoraba.

Brenda sabía que había sido algo exigente al pedirle que le acompañara pero cada día disfruta más de su compañía. Con Akim la vida era fácil. La doctora ocupada daba paso a la amiga. La esposa se convertía en mujer y la risa formaba parte de su día a día.

Huele a peligro

—Té verde con una lista demasiado larga de ingredientes como para recordar.

Brenda agradeció mientras recogía el vasito con tapa y le regalaba la mejor de sus sonrisas.

Akim se sentó frente a ella pensando seriamente en su situación actual. No importaba cuantas promesas pudiese o no hacer, lo que sentía por esa mujer era más fuerte que cualquier pasado o que cualquier consecuencia. Daba igual cuantas veces lo negara o se maldijera, ella era una fuerza extraña que lo atraía hacia un abismo del que no se podía alejar.

—Vas a contarme por qué sonrías así.

«Porque me estás matando y no tengo salvación». Pensó frustrado.

—¿Me está psicoanalizando doctora?

Brenda sonrió y el hombre sintió como los huesos se le deshacían en polvo de estrellas. Estaba totalmente perdido.

—Puede que un poquito.

Él negó con la cabeza resignado a sufrir sus manipulaciones mientras bebía un sorbo de su carísimo café.

—Llevo días sin verte —. Dijo arrepentido apenas las palabras salieron de sus labios.

—Compromisos, nada importante. ¿Y tú?

—Lo de siempre.

—¿Te gusta lo que haces? Lo digo por eso que me contaste que estudiaste artes... —bebió interesada por conocer su respuesta.

Akim pensó detenidamente su respuesta.

—Ahora también soy creativo pero con cemento en las manos —. Sonrió sin ganas y esperando terminar con el tema.

—Pero si tuvieses la oportunidad de cambio ¿lo harías?

Akim la observó entre curioso y admirado. ¿Pretendía ser su salvadora? ¿Creía que moviendo un par de hilos él se convertiría en un hombre feliz y satisfecho? Negó con la mirada sin saber si debía enfadarse por ser tan entrometida o besarla por ser más tierna que las margaritas.

—Mi única prioridad es dar de comer a mi familia —. Contestó serio.

Brenda sabía que ese era un punto y final pero no pudo resistirse. La presencia de Akim le despertaba unos sentimientos diferentes a los que solía tener con sus pacientes. Deseaba ayudarlo. Quería solucionarle la vida y sentía

que podía hacerlo. Sus miradas se encontraron por encima de sus respectivas tasas y los dos sonrieron como niños pillados robando chokolatinas.

—O preguntas o revientas. ¿No es así?

—Ya me conoces.

—Eso parece —. Dijo divertido.

—Lo siento, lo siento, no quiero parecer una metomentodo, pero tu familia es justamente quien debería incentivarte a encontrar lo que buscas.

—¿Y tú sabes qué busco? —La sonrisa de lado pícara de Akim la desvió por un momento de sus planes.

Esos ojos eran tan claros como el más cristalino de los mares pero expresivos y lujuriosos como, como algo que ya no recordaba.

—Cómo está Lucien —. Cambió de tema mientras calmaba un calor que le subió por el cuerpo sin comprender por qué.

—Un pillo sin escrúpulos —. Contestó aceptando su desvió en la conversación.

Sabía que sus indirectas la ponían nerviosa pero verla sonrojada era una tentación demasiado bonita de resistir.

—No digas eso. Es un niño encantador. Me contó que eres un padre perfecto, que lo ayuda con sus deberes y que hasta sabe cantar.

—Y ahora debo agregar también que es mentiroso.

Brenda se carcajeó y reconoció arrepentida.

—También dijo que yo canto bien.

—Mentiroso y descarado —. Afirmó con seriedad.

Ambos rieron disfrutando del momento. Brenda deseaba preguntarle muchas cosas, quería saber la historia del pequeño, deseaba saber cuál era su historia, ¿cuánto llevaba en el país, tenía más familia, tenía planes de futuro, estaba enamorado?

—Y su madre lo abandonó —. Aclaró intentando descubrir algo más de lo que ya sabía.

Akim se tensó y Brenda supo que había traspasado el límite razonable entre principio de amistad y cotilleo pero pregunta le salió sin más, no era algo previsto pero no pudo dejar de morderse el labio sabiendo que quería la historia al completo. Conocer los sentimientos de Akim, descubrir su faceta oculta se estaba tornando de deseo a innegable necesidad.

—Perdóname, no debí preguntar, no soy nadie y entiendo que no quieras responder.

La voz de culpabilidad lo hizo despertar de su silencio. Puede que no le gustara hablar con nadie sobre el tema y mucho menos con extraños. Estaba seguro que con cualquier otra mujer hubiera dado por finalizado el café, pero

ella no era cualquier mujer. Ella era su doctora, su Brin. Si existiera alguien con quien deseara compartir sus secretos, esa persona sería ella.

—Ella nunca lo quiso. Intentó abortar de formas muy poco ortodoxas pero Lucien fue más fuerte. Cuando nació lo dejó a mi cuidado.

—Lo abandonó sin más... — Respondió con tristeza.

—Con dos pañales y una manta vieja.

—Imagino tu dolor...

Akim pensó detenidamente antes de contestar.

—Nunca sentí nada especial por ella. Podría decirse que Lucien fue el fruto de un error de juventud. Al principio yo también me negué ante la idea de ser padre con una mujer con la que me acostaba algunos fines de semana, pero luego él me conquistó.

La voz arrepentida de Akim le erizó hasta el último centímetro de su piel. A pesar de la dureza de sus palabras agradeció su total sinceridad.

—No lo cambiarías por nada.

—Mataría por verlo seguro. Él me enseñó a ser padre. Su cariño es tan real y sincero que a veces lo considero un sueño. Su amor es único. Jamás nadie me ha querido como él —. Comentó apenado.

—Eres muy joven, puede que no te hayas enamorado de la madre de tu hijo pero sentirás algo muy intenso cuando encuentres a esa mujer especial.

—¿Y qué se supone que sentiré, doctora? —Preguntó interesado en la respuesta.

Brenda se sorprendió del apelativo. En este momento Akim no bromeaba. Su mirada profunda y esa forma leve de torcer la cabeza le demostraron que buscaba su más sincera opinión de profesional.

—Sentirás que el corazón te late tan fuerte que no puedes controlarlo. Cuando la veas marchar te desbaratarás soñando con volver a verla. Su sonrisa será tu vida y sus lágrimas tus pena sincera. Negarás una y otra vez su poder sobre ti. Te revelarás y querrás gritar de impotencia pero ya nada te servirá porque el amor por ella recorrerá cada gota de tu sangre.

Brenda suspiró creyendo firmemente en lo que decía pero sintiendo un vacío profundo en su interior.

—¿Es lo que tú sientes? —Preguntó con voz ronca.

—¿Qué? —. Akim la despertó de su ensoñación pero ella no contestó y él se lo permitió.

Por un momento pensó que un simple 'sí' rompería su corazón y destrozaría sus ilusiones pero ella no respondió y su alma volvió a nacer. No había contestado y agradeció a Dios por primera vez en años. No quería soñar con imposibles pero tampoco deseaba dejar de vivir, y la pregunta que había

hecho casi inconscientemente, en un segundo se convirtió en una pistola en su sien que a punto estuvo de matarlo.

—Debemos irnos —. Brenda recogió su bolso intentando huir de la cafetería. Se suponía que ella era la profesional de la mente, se suponía que era ella quien debía ayudarlo, sin embargo por un momento se sintió expuesta. Se apresuró en levantarse para marcharse cuanto antes. No deseaba ser terapeuta y paciente al mismo tiempo. Su vida marchaba demasiado bien como para siquiera planteárselo.

Akim aceptó su huida hacia adelante aunque no era capaz de contener sus pensamientos. En un momento parecía una niña entusiasmada para al siguiente convertirse en la perfecta mujer educada, seria y estirada tras la consulta. ¿Qué diablos había pasado? ¿Sería que su marido no la quería tanto como ella a él? ¿O era ella quien no...?

«¡Akim para!» Pensó aturdido.

Cruzaron la calle y entraron por el portal de la consulta sin decirse ni una palabra. Brenda parecía totalmente envuelta en sus pensamientos y Akim quiso chillar de rabia contenida. Le gustaría despertarla con cientos de besos y decirle que él estaba allí.

—Nos vemos —. Ella dijo con frialdad al entrar en su despacho y Akim se quedó en el sitio sin moverse. No podía despedirse de esa forma.

«¿Y si no desea volver a verme? ¿Y si fue por algo que hice». La pena de sentir que ella no volviera a hablarle le punzó el corazón demasiado profundo de soportar.

—Brenda yo... me preguntaba si, es decir si nosotros quedamos... quiero decir... esa mujer—. No pudo terminar ninguna de las dichas frases que pensaba.

—¿Cómo?

Ella se giró totalmente descolocada y Akim entró al despacho sin poder permanecer indiferente por un minuto más.

—¡La loca del político! Quedamos que iría contigo al cóctel —mencionó con seguridad y de carrerilla dejando claro que no se libraría de él.

—Sí, por supuesto. Será el sábado. No te preocupes, te avisaré cuando tenga todos los datos.

El joven respiró aliviado. Esta no era la última vez que la vería. El oxígeno entró por sus pulmones nuevamente.

—Bien, me marcho a trabajar porque no todos somos unas presumidas ricachonas.

Akim la punzó con sarcasmo mientras se marchaba intentando sacarla de su estado de tristeza y ella aceptó la broma como señal de un desafío cada vez

más habitual entre ellos.

—Pero no lo niego, otros dicen ser buenos cantantes pero quien sabe —.

Comentó con maldad.

—Mejor que otras seguro.

—Creído.

—Estirada.

—Niñato

—No me provoque doctora no me provoque...

Akim contestó con voz alta y clara mientras se marchaba por el pasillo.

«Lo que yo daría porque me provocaras».

Cuenta atrás

Brenda estaba casi lista. En menos de una hora estaría en el dichoso cóctel en casa de los Murray. La doctora tragó en seco mientras terminaba de peinarse el cabello en un recogido alto. Se miró al espejo y tuvo que reconocer que la elección del vestido ajustado en color crema era una elección de lo más acertada. Debía atraer la atención y los celos de Roxane y esperaba conseguirlo. Esta locura debía terminar de una vez por todas y todos debían regresar a sus vidas. Estaba cansada de sentir miedo constantemente y de temer por aquellos que quería, Roxane debía comenzar un tratamiento urgentemente o las consecuencias podrían ser inevitables.

Fuera atronó un sonoro trueno y el miedo le recorrió el cuerpo al completo, la mañana había despertado con una de las peores tormentas primaverales de los últimos años y con el paso de las horas no había mejorado ni un ápice. Max se encontraba en el aeropuerto esperando un milagro pero ella sabía que eso era un imposible. Tendría que asumir que estaba sola.

El timbre sonó y respiró profundo para darse ánimos antes de abrir. Seguramente fuese Connor. Abrió la puerta con una sonrisa radiante para que su amigo no intuyera sus miedos cuando la imagen con la que se encontró la dejó totalmente muda.

Akim se sacudía el agua de lluvia mientras cerraba un enorme paraguas. El hombre vestía un elegante traje azul oscuro abotonado y perfectamente entallado. La camisa de un blanco impoluto resaltaba ante una delicada corbata a rayas azules y blancas que le sentaban de muerte. Él levantó la vista y enfocando sus cristalinos ojos azul cielo le sonrió con entusiasmo.

—Menudo día —. Dijo secándose unas gotas del rostro.

Tuvo que pellizcarse la mano para recuperar el sentido. Su cabello tan negro como la noche enmarcaba un rostro anguloso, serio y seductoramente masculino. Llevaba la misma barba descuidada de casi todos los días pero hoy tenía algo diferente. Ese cabello continuamente desaliñado, ese eterno rostro de enfado, esos hombros en continua tensión y la voz de un ronco profundo eran los de siempre, sin embargo poseía un no sé qué distinto. Y no, no era el traje ni los zapatos.

—Se cae el cielo —. Brenda sólo lo miraba —. ¿Estás bien?

—Eh, sí, perfectamente... —Dijo mientras le dejaba espacio para entrar.

—Sé que acordamos quedar en casa de los Murray pero el inspector me dijo que los aeropuertos estaban cerrados y pensé que te sentirías sola y querías,

que bueno, igual...

Se rascó la nuca mientras intentaba desatascarse de su propio embrollo de palabras. «Cuando lo ensayé en casa parecía mucho más fácil». Pensó disgustado.

—Te lo agradezco —. Brenda recuperada del impacto inicial comenzó a razonar y pudo hablar en voz alta —. La verdad es que estoy algo asustada —. Reconoció con sinceridad.

—Tienes que prometerme que no te alejarás de mi lado —dijo apretando su fuerte mano en su hombro—. Me importa un cuerno lo que diga o tengan planeado ese dichoso inspector y su comadreja, no irás a ningún lado sin mí. Puedes confiar en mí, jamás permitiré que te pase nada. ¿Lo sabes no?

—Sí, lo sé —. No sabía por qué pero ella lo sabía —. No deberías estar metido en esto.—Dijo con los hombros caídos.

—Pero lo hago y te conozco y sé que intentarás hacer alguna de las tuyas. Eres una rebelde cabezota que no se resiste a ayudar —. Brenda abrió los ojos asombrada y sonriente —. Esa mujer está loca de remate, por favor prométeme que serás obediente. Mi cordura depende de ti.

El hombre la aferró por los hombros con las manos temblorosas y a ella le escocieron los ojos. Había comenzado a conectar con este oscuro cascarrabias.

—Me portaré bien, lo prometo. Akim, siento mucho meterte en este lío.

—Tú no has hecho nada. La culpa la tiene esa desquiciada —dijo mientras estiró su brazo para acariciar el delicado rostro con su mano.

Ambos se miraron en silencio durante unos segundos hasta que Brenda haciendo acopio de una fuerzas inexplicables rompió el momento. Inventó una excusa y desapareció escaleras arriba. Entró en el cuarto, cerró los ojos e intentó calmar su respiración.

¿Qué acababa de pasar? Akim había acariciado su rostro con ternura, con piedad incluso, ¿pero entonces por qué su corazón latía acelerado como con una especie de temor oculto? Respiró una, dos, tres y hasta cuatro veces hasta conseguir rebajar el estado de excitación en la que se encontraba. El rostro le quemaba por allí donde él la había acariciado, el corazón le marchaba desorientado y los pulmones exhalaban con exageración.

«Los nervios, los nervios... Estoy asustada. Es eso». Se dijo temblorosa.

Brenda respiró hondo otras cuatro veces y bajó las escaleras intentando no pensar en el porqué de sus latidos desbocados. ¿Alguna vez había sentido algo semejante? Intentó recordar pero ningún recuerdo llegó a su mente.

Akim miraba la tormenta tras la ventana y ella agradeció que él se encontrara tranquilo porque eso le indicaba que su nerviosismo no tenía razón de ser.

—Estoy lista —. Dijo simulando confianza.

—Perfecta. Estás perfecta.

Brenda sintió que su corazón comenzaba a latir al galope otra vez pero lo ignoró al completo. Akim era gentil, como cualquier otro lo sería ante una situación semejante. Gentil y educado, eso era todo. Él era mucho más joven y con un futuro de posibilidades, ¿qué podría ver en ella más que agradecimiento o admiración?

Convencida con su razonamiento psicoanalítico, aceptó el brazo del hombre para salir rumbo a una de sus más difíciles terapias. Había prometido colaborar en su detención pero sabía perfectamente que si esa mujer al fin aparecía, ella haría todo lo posible por ayudarla. Roxane era una de las tantas mujeres víctimas de una ensoñación que solo existía en su mente. Creyó en el amor y lo buscó en una noche de pasión con el hombre equivocado. Sí, si podía, la ayudaría.

Akim, caballeresco, aceptó la llave de su coche mientras abría un paraguas para cubrirla. Ella lucía como un ángel. Sus perfectas curvas cubiertas por ese delicado y fino vestido representaban el más sutil sueño de verano.

Sabía que sus actos rozaban la impertinencia pero a estas alturas poco le importaron. Hoy sería el último día que la tendría sólo para él y lo aprovecharía. El pasado y sus sufrimientos podían irse al garete por una noche. Hoy lanzaría toda la artillería contra su único objetivo y que el cielo se apiadara de su corazón enfermo de amor porque necesitaba saber a qué sabían esos labios y no estaba dispuesto a esperar.

Mírame

La mansión resplandecía brillando con luz propia a pesar de la fuerte lluvia. La tormenta se desataba sin descanso pero los focos de luces dispersos por todo el jardín demostraban el poderío de los dueños. Los acordes de la orquesta en vivo se escuchaban desde la acera y Akim intentó aflojarse el nudo de su corbata para poder respirar. Las piernas se le entumecieron ante la imagen de pomposidad que tenía delante. Él jamás había presenciado acto semejante.

Con su mano callosa ubicada en el bajo de la delicada espalda, guiaba hasta la recepción a una mujer con todas las letras y se sentía pletórico pero terriblemente nervioso. Tragó saliva dos veces pensándose seriamente en salir huyendo cuando Brenda presionó su brazo con delicadeza como intuyendo su pavor y ofreciéndole su total apoyo. ¿Alguna vez la miraría a esos ojos de chocolate sin sentirse caer en un abismo del que no quería regresar? No, seguro que no.

—¿Nervioso?

—No si no te alejas.

—Lo prometo, ahora entremos y esperemos que esta noche acabe cuanto antes.

El albañil asintió y se acercó para traspasar el portal cuando un hombre canoso y estirado los recibió con semblante serio.

—Doctora Klein, señor, permítanme recoger sus abrigos.

—Gracias, Thomas.

Akim entregó su abrigo con mucho cuidado mientras se acomodaba con aún más delicadeza el traje, después de todo ya se lo había recalcado mucho el dueño de la tienda de alquileres, “si sufre algún desperfecto no le devolvemos la fianza”.

—Bien, allá vamos.

Brenda caminó rumbo al salón principal anonadada con tanto lujo y detalle. Estaba claro que los políticos sabían cómo organizar una buena fiesta. Invitados de la alta sociedad lucían sus mejores vestimentas mientras sonreían con corrección. Señoras recién salidas de la peluquería sostenían en su mano una carísima copa de cristal rellena del más exquisito champagne mientras ellos disfrutaban conversando y bebiendo. Los asistentes sonreían y comían con delicadeza los apetecibles entrantes ajenos a la verdadera razón por la cual ella se encontraba allí. Roxane podía aparecer pronto y eso la hizo estremecerse. Ella no era ninguna cobarde pero recordar a esa mujer y su afilada cuchilla sobre su

cuello la hizo replantearse su solidaridad. Un suave tacto en el bajo de su espalda le provocó un calor agradable y tranquilizante. Akim le dedicó esa sonrisa tímida y casi imperceptible que solía realizar y ella agradeció su comprensión. El joven se estaba convirtiendo en una columna en la que podía apoyarse y eso le gustó más de lo que reconocería jamás a nadie. Muchos podrían considerar a la doctora Brenda Klein como una mujer luchadora, con carácter, estilo y confianza pero sólo unos pocos conocían a Brenda, a la mujer sin el prefijo de doctora por delante. Akim parecía verla como nadie más podía y resultaba ser interesante.

—Ese es nuestro tema —. Sentenció con su profundo y marcado acento.

La orquesta, que ya no tocaba jazz y que amenizaba la sala con unas notas musicales modernas y muy dulces, comenzó a tocar. Las mujeres apoyaban los brazos sobre los hombros de sus acompañantes mientras ellos las guiaban aferrándose a sus cinturas.

—Te lo agradezco pero no creo que pueda. Estoy algo nerviosa —. La doctora no dijo que sus nervios no provenían exactamente de Roxane sino de una mano en su espalda que la hacían sentir un escalofrío electrificante.

Desde que lo había visto con su traje impecable no había conseguido recuperarse de su impresión. Akim desprendía un atractivo al que debía resistirse con demasiada fuerza de voluntad.

—Lo siento pero no acepto una negativa. Esa mujer tardará en aparecer y no veo a Murray por ningún sitio. O bailas conmigo o soy yo el que no va a poder soportar tanta presión —. Sabía que se estaba aprovechando para hacerla sentir culpable pero a estas alturas ya nada le importaba.

Esta noche era suya y al cuerno los contra del mundo entero. Desde que la vio por primera vez lo intentó todo por olvidarla pero no lo había conseguido. El joven acercó su mano a la delicada cintura y la guió hacia la pista sin esperar respuesta y Brenda cedió a su petición en silencio. Algo en su interior le decía que estaba mal, que no debía aceptarlo, una vocecita al oído quiso advertirle que estaba a punto de cometer un profundo error, pero no escuchó.

Akim la guió hasta el centro de la sala y acercó sus manos a su cintura para guiarla. Ella levantó las manos hacia sus hombros y fue en ese mismo instante en que él sintió como esa corriente de electricidad lo atravesaba y lo marcaba como un hombre de uso exclusivo. El suyo. Quiso cerrar los ojos y disfrutar del mar de sensaciones por tenerla casi pegada a su cuerpo pero las ganas de guardarla para siempre en su memoria fue mucho más fuerte. La mirada de chocolate se clavó en sus cristalinos mares y él supo que su vida tendría un antes y un después a esta noche.

Brenda era el sueño que todo hombre tendría. Hoy comprendía perfectamente el cuento de cenicienta porque él sentía como ella. El reloj

marcaría las doce y él ya no formaría parte de su mundo. El cemento, el polvo y los números en rojo llenarían su día a día mientras que ella volaría hacia los brazos de otro príncipe, uno más adecuado. Sus dedos se aferraron a su cintura con fuerza queriendo congelar el tiempo. Lo que fuese para que el reloj no marcara las doce.

La música suave y lenta envolvía el salón cuando Akim descubrió con algo de tristeza el tema que estaban interpretando. Era una letra en español que conocía perfectamente. Su madre, cooperante en Cuba durante muchos años, le había enseñado las bellezas de aquél bello idioma.

Sin contenerse agachó su cabeza para estar a la misma altura del delicado oído de su acompañante y susurrarle con ternura la única forma en la que sabía expresarse. La música.

*♪ ♪ Tú pones mi mundo al revés
Camino por las calles, hablo solo todo el día
Estoy entre la espada y la pared
y ya no sé qué hacer para ser el dueño de tu vida
Quisiera besarte pero no me atrevo
Tú amor es prohibido...♪*

La sintió tensarse bajo sus dedos pero no la soltó. Ella no entendería una palabra pero el calor de sus palabras traspasarían las fronteras idiomáticas. Brenda escuchó la melodiosa voz cantando dulcemente en su oído y se estremeció aunque era incapaz de reconocer su significado. En ese momento se maldijo por no haberse esforzado en sus clases de español, en verdad quería saber que era lo Akim susurraba con tanta ternura y descifrar de una vez por todas que era exactamente lo que estaba naciendo entre ellos. Su voz melodiosa y armónica era algo exquisito. No fue capaz de reconocer ni uno de los fragmentos pero juraría que cada estrofa transmitía cariño, calor y un deje de ¿dolor? Cerró los ojos y disfrutó del momento. Su conciencia le decía que debían detenerse. Sabía que aquello no correspondía, pero entonces ¿por qué se sentía tan endiabladamente bien?

“Lo que se debe no es siempre lo que se puede y lo que se quiere no siempre es lo nos conviene”, Recordó sus lecciones a un paciente y sin buscarlo se sintió bebiendo de su propia medicina.

“Márchate...” Rogó su corazón desesperanzado. “No sigas”, vociferó su cerebro aturdido. “Vete”, le clamó su cuerpo tembloroso. Pero ella no los escuchó. No importaba con cuantas falsedades quisiera disfrazar lo que estaba sintiendo, al fin se sentía vibrando y soñando como una mujer. Entre sus brazos

no era la fuerte e insuperable doctora Klein. Con él no necesitaba disfraces, ni fuerza, ni valor. Con él sólo era Brenda. Una mujer que deseaba recibir sin tener la obligación de dar...

Akim sintió el roce de su piel en la punta de su nariz y supo que lo haría. La besaría allí, en ese pequeño pliegue entre la oreja y el cuello. Abriría la boca y la saborearía como al más delicado manjar. Ella debía saberlo. Tenía que sentir lo que su corazón gritaba cuando estaba a su lado. Puede que ella tuviese una vida antes de él, pero algo estaba pasando entre ellos y Brenda tendría que aceptarlo. Porque puede que su corazón latiera descontrolado al verla pero a ella también le pasaba algo. Lo había notado en la tensión al rozarla o en la forma que apartaba la vista al descubrir el hambre de su mirada. Sí, entre ellos había algo y se lo descubriría ahora mismo. Abrió la boca y dejó que el calor de su aliento le rozara la piel en la base del cuello. Respiró profundo y sintió como su aroma lo envolvía. Cerró los ojos y estaba por saborearla cuando...

—Doctora.

Murray se interpuso entre ellos rompiendo el clima y Akim quiso romperle el cuello.

—Brenda, creo que es el momento de que hagamos nuestro papel.

El político estiró la mano para quitársela y el joven tuvo que hacer acopio de toda su educación para cedérsela. La había tenido. Por un segundo sintió el sabor de la victoria en sus labios. «Maldito Murray».

Brenda que aún se sentía mareada por las sensaciones vividas con la canción, e ignorante de las intenciones de un beso robado, aceptó la mano y se dispuso a marchar temerosa de sus sentimientos. Murray la guió del brazo y el joven la observó alejarse totalmente desilusionado. Suplicó al cielo para que se girara y lo mirara. Sólo una vez, me conformo sólo con una, dijo buscando en el techo la respuesta de un dios que parecía no escucharle. Ella se marchaba rompiendo sus ilusiones y su corazón. Enfadado interceptó una copa de champagne y la bebió de un solo trago. Levantó la vista triste, dolido y desilusionado cuando ella se giró para enfocar sus ojitos tiernos de chocolate en él.

—Sí, sí y mil veces ¡Sí! —Murmuro feliz.

Sus miradas se encontraron y la vida comenzó a recorrerle por las venas. Fueron sólo unos segundos, un corto abrir y cerrar de ojos, lo justo para enfocar el uno la mirada en el otro pero Akim sintió el cielo abrirse. El corazón comenzó a latirle otra vez y la sonrisa se le instaló al instante. El enfado, la desilusión y la rabia se convirtieron en una esperanza devastadora con tan solo una pequeña mirada. Ella se había girado, tarde, pero lo había hecho, y él se sentía pletórico. Era de locos pero su cordura o su felicidad dependía sólo de una mirada. La de

sus profundos y radiantes perlas de chocolate.

Michael y ella se pavoneaban por la sala con la complicidad ensayada. Si Roxane estaba cerca tendría que hacerse visible o los celos la matarían. Murray le explicó que en la puerta existían dos policías vestidos de paisano con la descripción exacta de la mujer. No existía forma que ella apareciera sin ser detenida. Brenda respiró aliviada porque aunque la consideraba una pobre mujer, no pudo negar que sentía bastante temor de volver a encontrarla. Se acercó a cuanto invitado Michael insistió en presentarle. Dejó que la figura de la doctora Klein tomara posiciones y se comportó tal y como se esperaba de ella. Sonrió con las bromas improvisadas y comentó en temas importantes en los que se le preguntaba, como la figura femenina en la política o la enseñanza privada y los sectores menos favorecidos. Se enzarzó con un político retrógrado sobre la situación traumática de los emigrantes y discutió sobre los derechos humanos y hasta consiguió olvidarse de Roxane y sus ataques. De lo único que no era capaz de olvidar era de una voz dulce y grave cantándole al oído. ¿Alguna vez alguien le había cantado sólo a ella? No, seguramente no. Max odiaba eso a lo que él llamaba cursilerías. Con el tiempo llegó a convencerse que, al igual que las flores o los bombones, eran manifestaciones de amor frías e innecesarias, pero hoy, después de sentir un cosquilleo atravesarle la piel, después de una canción en español, tuvo serias dudas de estar en lo cierto.

Simulando tener sed, se marchó en busca de una barra. Tuvo que reconocer que no era exactamente una copa a quien buscaba. Quiso mirar de forma casual aquí y allí intentando localizarlo pero nada. No estaba por ningún sitio.

«¿Pudo haberse cansado y marchado sin mí? ¿Estará habituándose al lugar? ¿Sólo o acompañado?»

Akim llevaba más de una hora observándola tras una columna. Verla en su ambiente era frustrante pero endemoniadamente sensual. Hablaba, sonreía, movía las manos y hasta resoplaba con elegancia. Desde la distancia no podía escucharla pero por sus movimientos sabía que estaba acalorada discutiendo quien sabe de qué. Se sorprendió a él mismo sonriendo e imaginando a esos pobres hombres intentando ganarle a una cabezota como ella. En este corto tiempo había llegado a conocerla lo suficiente como para saber que tras su fachada seria, correcta y elegante, bullía una mujer fuerte, enérgica, con ideales y un corazón tan tierno y femenino que ni ella misma conocía. ¡Por amor al cielo! Si esa loca había estado a punto de rajarle el cuello y Brenda sólo pensaba en ayudarla.

Akim disfrutó del momento. La primera vez que la vio se sintió atraído por su físico pero hoy tenía que aceptar que estaba tontamente enamorado. Total, loca e inconscientemente enamorado. Murray se alejó por un momento de su lado y tuvo que reconocer que estaba celoso de ese hombre. Sentía celos de su pareja, de sus amigos, de sus alegrías, de sus tristezas y de la vida que vivía sin él. Esto era una locura, pero real. Siempre se creyó inmune a los sentimientos o, por lo menos, los pensó muertos, pero Brenda había despertado algo que ni siquiera sabía que existía. Ella completaba todas sus necesidades. Pasión, deseo y ternura unidos en una única mujer, la única que por corazón le hacía enloquecer y que por derecho no le pertenecía.

¿Qué mujer se arriesgaría con un hombre al que no sólo le llevaba unos cuantos años sino que además era pobre como una rata? Bueno, puede que no fuese un mendigo, pensó molesto, pero sabía perfectamente que su cuenta bancaria al lado de la de Brenda correría avergonzada sin mirar atrás.

Se miró el traje y estaba encantado con el efecto causado en ella, pero tanto su camisa, sus zapatos y hasta el nudo de su corbata, no dejaban de ser un espejismo que acabaría a la mañana siguiente cuando los regresara a Sastrería Finos. Igual que cenicienta, pensó con sonrisa desgraciada.

Hacía ya cinco años que había llegado a Londres con la única compañía de un bebé en brazos y un padre cansado. En esos años, los tres formaron una pequeña familia de lo más pintoresca, con un techo más que decente y un plato de comida que nunca faltaba a su mesa, ¿entonces por qué ahora se sentía más miserable que nunca?

Akim se rascó el cuello intentando comprender los dichosos juegos de azar que se gastaba la vida, pero no lo consiguió. De todas las mujeres con las que hubiese podido despertar a la vida y tenía que ser ella. La observó desde la distancia tras una columna. Ella no sabía que él estaba cerca, pero siempre lo estaba. La razón le decía que jamás estarían juntos pero el corazón siempre le pedía un poco más. Cualquier momento era bueno para escabullirse y buscarla. Como el sol que te calienta con sólo sentirlo, Brenda era su calor, no necesitaba tocarla para disfrutar de sus sensaciones. La miró embelesado y sonrió al pensar que un vestido como el suyo debería estar prohibido. ¡Quién podría permanecer indiferente ante esa imagen! ¿Y esos tacones? ¡Dios!, pura esencia de mujer.

Akim apoyó su espalda en la columna y cruzó las piernas recreándose con la estampa. Las curvas completaban a la perfección un vestido con una larga cremallera en la espalda que abriría gustoso con los mismos dientes. Si ella fuera suya la arrastraría hasta el sitio más oscuro de la casa, dejaría caer la suave tela al suelo y se recrearía con la preciosa imagen de ella en lencería sobre unos tacones demasiado eróticos como para ser legales.

Brenda sintió un frío extraño recorrerle la espalda y guiada por una intuición nueva se giró para chocar de lleno con la mirada de Akim, que desde la distancia la observaba. Quiso sonreírle, ponerle cara de aburrimiento por la compañía de los plastas de los invitados, pero cualquier tipo de broma se le quedó atragantada frente a su azul y casi transparente mirada que la devoraba con cada pestañeo. Ambos se miraron y no supo traducir ningún mensaje en clave. Simplemente estaban uno en una punta clavando la mirada en el otro. No sabría decir si fueron unos segundos u horas pero era la sensación más extraña que había sentido jamás. Diferente, curiosa, excitante y nueva, muy nueva.

Una camarera le entregó un mensaje y Brenda se lo agradeció por distraerla o seguiría allí mirando sin hablar. La leyó y algo extrañada se marchó hacia las habitaciones de la planta superior.

¿Dónde había ido? ¿Por qué no lo esperó? ¡Y dónde demonios estaba Murray! Akim corrió tras ella pero el salón estaba repleto de gente y no pudo alcanzarla. Cuando llegó al pasillo principal de la planta superior maldijo en alto. Todas las puertas estaban cerradas y eran demasiadas. ¡Cuántas habitaciones tienen los ricos! Pensó furioso.

Te escojo a ti

Brenda tuvo que ajustar la vista para buscarla. La habitación, apenas iluminada por la luz de las farolas que se colaban por la ventana, no eran suficientes.

—¿Lorelaine? —Susurró intentando descubrir porque la mujer se estaría ocultando.

Estaba claro que la situación no sería de su mayor agrado e incluso comprendía la razón de no estar presente en el salón principal, pero esta manera de convocarla en su habitación era intrigante y bastante tenebrosa. Brenda buscó alguna señal de vida en la inmensa habitación y se relajó cuando consiguió vislumbrar la figura de una mujer descansando en un amplio sofá individual.

—Aquí estás. Me alegra verte, por un momento pensé que todo esto te había superado. Espero que...

La voz de la doctora Klein se perdió en el oscuro silencio cuando al caminar y acercarse, pudo ver a quien pertenecía la figura femenina. La sangre se le heló al instante en que la descubrió. El frío mortal la sacudió de lleno al comprobar un enorme charco de sangre en el suelo. Brenda intentó correr pero no pudo, sus piernas no se movían. El pánico la dominó al completo. Su cerebro no razonaba. Sólo era capaz de ver el enorme charco que se derramaba bajo los pies de una mujer enajenada por la locura.

Roxane la apuntaba con un arma mientras le advertía que no gritara o terminaría igual que el cadáver desparramado en el suelo.

—¿Qué has hecho? —Sollozo amargada —¿Cómo has podido?

—Ella quería quitármelo. Era un estorbo entre nosotros.

La desquiciada sonreía con la mirada perdida y Brenda, que hasta el momento no había podido reconocer el cadáver por hallarse boca abajo, supo al instante de quien hablaba.

—Lorelaine...

—Sí. Esta zorra quería alejarlo de mi lado.

—Ella no era tu enemiga —. Dijo intentando acercarse pero Roxane le apuntó con más vehemencia al centro de su cabeza.

—¡Iban a volver! ¡Los vi juntos!

Brenda agachó la cabeza intentando comprender algo de aquella locura. Michael le había informado la semana anterior del abandono del hogar por parte de su mujer y de su intención de recuperarla.

—No debería haber venido. Dijo que no lo perdonaría... —Gritó histérica

mientras movía su arma sin control por el aire—. No podía permitirle que regresara. Ella lo volvería a enredar y él estaría con ella y no conmigo...

Roxane llevaba una peluca negra y un uniforme de camarera que seguramente usó para despistar a los guardias de la puerta. Caminaba de un lado a otro tiñendo de rojo allí por donde pisaba y Brenda no pudo contener las lágrimas. Miedo, aflicción y un profundo dolor la desgarraron por dentro. ¿Cómo no fue capaz de prever esta desgracia? Ella era una profesional de la psicología humana ¿cómo no supo ver los signos de una demente incontrolada? Brenda creyó estar tratando con una amante celosa y algo desquiciada pero esto era mucho más. Erró en su diagnóstico y Lorelaine había pagado sus consecuencias.

—Roxane, puedo ayudarte...

—¿Vas a llamarlo? ¿Vas a explicarle que le quiero?

La mujer vagaba entre la incoherencia y la desesperación. Caminaba sin control mientras resoplaba agitada.

—Primero deberás darme esa arma o alguien más resultará lastimado.

—Yo no quería... ella tuvo la culpa... —con cada paso que daba y cada huella de sangre que desperdigaba, Brenda contenía las náuseas. Dolor, impotencia y un terrible miedo de terminar muerta la empujaron a intentar tomar las riendas de la situación.

—Lo sé perfectamente. Eres una buena mujer. Una que simplemente quiere que su hombre la ame. Estoy segura que podrás explicarte y que Michael sabrá comprenderte pero para ello deberás darme el arma —estiró el brazo en señal de espera—. Permíteme que te ayude...

—¡No me mientas!

El grito que salió de la última habitación heló el corazón de Akim que corrió como alma guiada por el demonio. Sin pensar si era correcto o no empujó la puerta de un golpe que por poco estuvo de arrancarla de cuajo. Cuando las vio se sintió morir. Brenda extendía su mano mientras la desquiciada amante la miraba con locura penetrante. Un gran charco de sangre las cubría a ambas y el joven gritó descontrolado al lanzarse sobre la mujer que siendo sorprendida de tal forma reaccionó de la única manera en que sabía. Desesperada. Sin moverse del sitio y con la mirada desquiciada, apuntó y disparó.

—¡No!

Brenda corrió hacia Akim cuando lo vio caer hacia atrás fruto de la potencia del disparo.

—¡Qué has hecho!

Brenda lloraba mientras intentaba detener la sangre que brotaba a borbotones cerca del cuello del hombre. Apretó con fuerza algo parecido a un mantelillo que encontró cerca intentando detener la hemorragia. Akim tenía la mirada vacía y un tanto perdida pero en ningún momento dejó de enfocarla. Se sentía morir y ella era la última visión que deseaba llevarse. Ella lo acompañaría hasta su último aliento.

En ese mismo instante un hombre fuerte entró desesperado junto con el dueño de casa que lo seguía de cerca. Michael al ver a su mujer en el suelo se acercó a ella sin importarle las consecuencias. El hombre se agachó y comenzó a gritar entre sollozos e insultos mientras mecía el cuerpo ahora inerte de su mujer.

—Cariño... mi amor... lo siento... lo siento... —Dijo con los ojos cubiertos de lágrimas.

—¡Suelta el arma! —Uno de los hombres gritó pero esta no obedeció.

La vista de Roxane se centraba en la imagen de su amado llorando por otra mujer. Por esa que ella odiaba. La muchacha sintió que su amor se partía y el corazón se le destrozaba. Escuchó cada grito de Michael como puñales que se le clavaban en el alma. Oírle reclamar que volviera, que no lo abandonara, que había sido la mayor de las idiotas fue demasiado para su desquiciado corazón. Él sufría y era por otra. No por ella. Nunca había sido ella.

El dolor de un desamor que jamás quiso aceptar la poseyeron y sin pensárselo caminó dos pasos hacia atrás y acercándose al inmenso ventanal se asomó para medir la distancia hacia el suelo. Estaba por arrojarse, o por lo menos parecía ser la idea que su mente desquiciada le sugería, cuando descubrió que ni así conseguía captar su atención. Hasta el propio día de su muerte Michael la ignoraría. Intentó gritar y despedirse pero él estaba en el suelo sujetando un cuerpo que ya no vivía mientras que Brenda, esa que dijo ser su amiga, gritaba pidiendo un médico para un joven que, por entrometido, se desangraba en el suelo.

Todos la ignoraban. Nadie la amaba. Nunca vieron en ella más que un cuerpo al que utilizar...

El viento frío y la lluvia que entraba por el ventanal mojó su cara mientras cerraba los ojos para en un segundo cambiar de idea. Apuntó directo a la cabeza de Michael. Ella moriría pero él viajaría al infierno con ella. Presionó con dedos temblorosos el gatillo cuando un sonido estruendoso llenó la habitación. Brenda agachó la cabeza mientras sujetaba con fuerza en el suelo a un Akim inconsciente y fue cuando Michael Murray levantó la cabeza y la vio.

Roxane, por una milésima de segundo estuvo quieta en su sitio observando la sangre de su corazón correr como ríos de sangre. Luego cerró los ojos y cayó desplomada en el suelo. Desde la puerta el inspector Gutiérrez

palmeó la espalda del joven Charly que estaba plantado justo en el quicio de la puerta, con el arma humeando y apuntando al cuerpo ahora inerte de la joven modelo.

—Bien hecho, chico —. El joven asintió mientras Gutiérrez observaba como atendían al ruso, y un compañero intentaba separar al político del cuerpo de su mujer.

No hagas lo que yo

—¿No es muy pronto para escaparte? —Connor habló con un tono que a Brenda no le gustó un pelo. Parecía estar regañándola y ella no era ninguna niña.

—¿No decías que no debería haber venido? —Dijo molesta.

—Y lo sigo pensando. Apenas han pasado tres días desde el ataque, pero ya que has venido, no entiendo el porqué de tanto apuro.

—Voy al hospital.

—¿Otra vez?

—Sí, y si quieres decir algo, será mejor que seas directo.

Connor se estaba poniendo demasiado insistente con el tema y Brenda comenzó a hartarse de consejos no solicitados.

—Cari, no quiero parecer pesado pero deberías quedarte.

—Pues para no querer serlo lo estás siendo y mucho. Puedes dejarte de tonterías o vas a conseguir enfadarme mucho.

Brenda hablaba mientras buscaba una enorme bolsa que escondía tras el escritorio.

—¿Qué es eso?

—Nada que te importe.

—¡Brenda tienes que parar! Esto es una locura...

—¿Pero se puede saber de qué locura hablas? ¡Qué tiene de malo visitar en el hospital a una persona que te salvó la vida!

—¡Y que está loco por ti!

—No digas tonterías. Akim es un joven encantador y nada más.

—¡Joven y soltero!

Connor la observó un par de segundos y cerró los ojos.

—Lo sabes... —susurró entristecido—. No me contestas porque ya lo sabes...

Brenda no estaba dispuesta a reconocer nada y mucho menos cuando aún ni ella era capaz de reconocer sus sentimientos. Sabía que le gustaba verlo, que disfrutaba de sus conversaciones pero de allí a sentir algo más... Eso representaba un absurdo y no comprendía porque Connor se preocupaba tanto. Cualquiera en su sano juicio podría distinguir las profundas diferencias que los separaban.

—Te recuerdo que soy una persona madura y sé perfectamente las decisiones que tomo —contestó molesta—. No necesito tus consejos. Soy una mujer plenamente consciente de sus acciones —dijo aún más enfadada.

—No sabes lo que haces. ¡Estás cometiendo el peor de los errores!—
Gritó sabiéndose perdedor.

—¡No estoy haciendo nada malo! Haces una montaña de un grano de arena.

Connor respiró intentando calmarse. Si fuese otra la que estuviese delante, sus palabras y consejos seguramente serían otros, pero era Brenda, su Brenda. Su amiga y hermana. Ella no era como él. Ella no saltaba de cama en cama olvidando por la mañana lo que había disfrutado por la noche. Ella rompería algo más que un matrimonio, ella rompería a la propia Brenda.

—Cari —dijo nervioso—, ese joven es un hombre y te quiere para algo más que una noche. Lo he visto en su mirada. Jugarás con fuego...

—Pero por amor al cielo, no es un niño y no voy a jugar a nada. Sólo voy a un maldito hospital. Es un hombre bueno, valiente, arriesgado y sincero.

—No tienes que defenderlo ante mí —. Brenda lo miró sorprendida y Connor sintió que debía rebajar la tensión. — Cari, sabes que te apoyo en todo pero tengo miedo a que cometas un error.

La mujer resopló disgustada y lo miró con un fuego que Connor no conocía y que lo hizo echarse hacia atrás.

—Siempre has odiado a Max. Siempre has dicho que su carácter me cohibía, que su carácter me opacaba. ¡Y ahora saltas en su defensa! ¿Quién te entiende? Si fuera como tú dices, que no lo es —rugió molesta— ¿por qué estás tan molesto?

—¡No defiendo a Max! Ni a la firma en un estúpido papel, sino a ti —.
Dijo molesto consigo mismo al sentirse incapaz de hacerla entrar en razón.

Brenda se apoyó nerviosa sobre el escritorio intentando calmar su vehemencia. No debería ponerse así con Connor. Él sólo buscaba lo mejor para ella. Podía decirle que Akim no le interesaba, que simplemente estaba siendo agradecida pero no pudo. Cuando lo vio desangrándose en el suelo se sintió desfallecer y ese miedo no se apaciguó hasta muchas horas después en las que los médicos le aseguraron su estabilidad. Al principio pensó que su preocupación era un sentimiento normal y hasta humanitario pero ahora... ya no sabía que pensar. Quería ir al hospital, jugar a las cartas como lo hicieron las dos tardes anteriores. Ella sonreiría con sus anécdotas y él disfrutaría con sus tonterías de mujer ocupada. Akim adoraba escucharla y ella se relajaba en su presencia. Con él todo era más fácil. El ridículo o los convencionalismos sociales no existían cuando estaban juntos. En su compañía se sentía libre, sin prejuicios...

—Estaré bien... no tienes que preocuparte. Somos amigos, sólo eso —.
Dijo derrotada.

—¿Desde cuándo eres amiga de un albañil? —Comentó intentando

despertarla.

—¡Y desde cuando te importan las clases sociales! —Contestó furiosa.

—A mí desde nunca pero en tu mundo sí importan.

Connor se marchó por la puerta. Ya no deseaba discutir. Brenda maldijo con rabia. Una parte de ella le decía que tenía razón. Que debía escucharlo pero algo estaba creciendo entre ella y Akim y aunque supo reconocerlo, también supo que no tenía fuerzas de detenerlo.

“... Te busco en cada rincón a la espera de algo que nunca llega.

Te necesito, quiero que vuelvas pero tú no me escuchas. Mi corazón grita a todo pulmón y mi mirada chilla enloquecida cuando te acercas, pero tú no me escuchas.

Te espero como náufrago a su salvación. Expreso con gestos lo que mi boca no es capaz de reconocer y lloro en silencio cuando me dejas pero tú no me escuchas.

Sufro por algo que no busqué. Maldigo una y otra vez el momento en el que mi estúpido corazón decidió que eras tú la única dueña de mis deseos. Desespero con la idea de aceptar que no eres mía y nunca lo serás. Me pierdo en las tinieblas de un amor no correspondido, me lanzo en aguas oscuras y profundas por intentar conquistarte pero tú no me escuchas.

Despierto cada día ilusionado en que no existes y que mi martirio se acaba como un mal sueño de niño pequeño pero mi corazón atado y desesperado vuelve a buscarte y encontrarte.

No importa dónde, cuándo o con quién estés, te busco desesperado porque tú perfume es mi oxígeno y tú sonrisa mi aliento para vivir pero tú no me escuchas...”

Akim escribía concentrado cuando Nikola lo distrajo al entrar en la habitación. Esperaba a otra persona y su desilusión se reflejó en el rostro.

—¿Has vuelto a escribir? Llevas años sin hacerlo —. Comentó intrigado pero Akim no contestó.

—¿Qué tal estás hoy?

—Bien, me han dicho que en unos días, me darán el alta.

—¡Eso está guay! Organizaré una fiesta por todo lo alto. Alcohol y buenas nenas, todo por mi cuenta. Tú no te preocupes —. Dijo mientras se sentó a su lado en la cama.

Akim sonrió sin ganas. Él no deseaba ninguna fiesta, sólo esperaba que ella traspasara por la puerta. Miró la hora y arrugó el ceño. Dijo que estaría a eso de las cinco pero aún no había llegado. ¿Se había arrepentido?

Akim se maldijo por sus dudas pero no podía evitarlas. Las dos tardes anteriores con Brenda a su lado resultaron ser la mejor de las dichas. Tenerla sentada a su lado en una misma cama bien valía la pena un disparo.

—Deja de pensar en ella.

—¿De qué hablas? —Contestó de forma distraída.

—Siempre que hablas o piensas en ella pones la misma sonrisa de estúpido —. Le confesó enfadado.

—No empieces... —Advirtió entre dientes al escuchar la puerta de la habitación abrirse.

—¿Se puede?

Una sonriente Brenda entró con una gran bolsa en la mano y Akim dejó escapar el mejor brillo de sus ojos. Se sentó intentando acomodarse y estiró las sábanas con cierto nerviosismo. Desde el día anterior en el que ella se había marchado no dejó de recordarla. Quería volver a verla. Necesitaba tenerla cerca. No era capaz de expresar con palabras lo que su corazón sentía al verla. Sus borradores eran simples manchas de tinta comparados con los sentimientos que le surgían descontrolados cuando la veía. Los nervios afloraban, la garganta se le secaba y una corriente extraña se movía a través de sus dedos.

Nikola puso cara de perro enfermo y se marchó casi sin saludarla. Apenas un movimiento de cabeza antes de dar un portazo de lo más evidente.

—¿Enfadado? —Dijo observando la puerta ya cerrada.

—No lo sé ni me importa. ¿Qué traes ahí?

Comentó señalando la enorme bolsa y Brenda sonrió como niña emocionada.

—¿Ni un buenas tardes o como ha sido tú día?

Akim sonrió con picardía y contestó sin pudor.

—Buenas tardes, Brenda, ¿qué tal tú día? Luces preciosa, y ahora, ¿qué llevas ahí dentro? ¿es para mí?

Ella le respondió con una enorme sonrisa y extendió la bolsa sobre la cama. Akim se incorporó un poco más y comenzó a romper el envoltorio. Estaba nervioso. No recordaba cuando había sido el último regalo que recibiera. Seguramente sería alguno de su madre pero llevaba muerta demasiado tiempo como para recordarlo.

—Espero que te guste... —comentó mordiéndose el labio con evidente nerviosismo.

—Es... es... —El hombre no salía de su asombro—. Es preciosa...

Una hermosa guitarra española de madera de palosanto apareció bajo el aparatoso envoltorio.

—Pero yo...

El joven era incapaz de encontrar las palabras adecuadas. En su país había tenido una que por supuesto no era ni la mitad de bonita que está pero la había perdido en uno de los tantos bombardeos.

—¿Te gusta? —Preguntó tímida.

—¿Qué si me gusta? ¡Es lo más bonito que he visto nunca! Yo jamás he tenido nada igual... —Respondió mientras acariciaba la suave madera y afinaba las cuerdas—. Pero no entiendo. Esto es demasiado. Yo no puedo... ¿Cómo se te ocurrió?

—Lucien... Verás, me la regalaron cuando estudiaba en la universidad pero nunca aprendí a tocarla. Bueno, no como debería—. Respondió con gracia.

Akim vio la luz de la diversión brillar en sus ojos de chocolate y quiso abalanzarse y besarla hasta que no existiera un mañana, pero se limitó a sonreírle con la misma intensidad con la que su corazón latía.

—Imagino que deberás esperar porqué... ¡Akim!

El hombre se quitó la venda que sujetaba su codo doblado y liberó su brazo izquierdo para comenzar a rascar las cuerdas.

—No puedes hacer eso. Si entra un médico van a matarte—. Dijo preocupada.

—A mí no doctora, en todo caso a ti que eres la culpable —respondió mientras agachaba la cabeza y extraía una preciosa melodía de aquellas cuerdas tensas.

—¿Me echarías la culpa?

—Por supuesto, estirada.

—Niñato egoísta — dijo muerta de risa y él la acompañó.

Akim continuó tocando como si la música lo llamara. Llevaba tanto tiempo sin dar rienda suelta a sus deseos que casi se había olvidado de escribir su música. Mantener un hijo y a un padre no eran tarea fácil y no dejaban mucho tiempo para las artes.

Brenda se sentó en la cama satisfecha consigo misma. Ver la cara de alegría del hombre era el mejor de los pagos. Lo observó mirar embelesado las cuerdas mientras las rasgaba con un arte envidiable. Lo admiró en silencio disfrutando del momento y dejándose llevar por la melodía cuando este comenzó

a cantar con suavidad.

*♪ Yo no quería quererte y no lo pude evitar
creí poder defenderme pero a mi corazón no lo puedes atar.
Yo no sé mi amor que hago buscándote...♪*

Él cantaba nuevamente en español, como lo había hecho en la fiesta, y aunque ella no entendiera ni una palabra de lo que decía, el sentimiento que transmitía era algo tan profundo que la piel se le comenzó a erizar. No sabía ni gota de español y él parecía encantado cantando en ese idioma. Brenda quiso saber que decía o porqué él se refugiaba tras el español para cantar pero calló disfrutando de la preciosa melodía. Cuando terminó, ella aplaudió como su más ferviente fan y Akim agradeció con una tímida bajada de cabeza.

—¿Por qué cantas en español?

«Porque aún no puedo decírtelo. Porque soy un cobarde».

—Mi madre fue cooperante en cuba, ya sabes cosas de la política. Ella me enseñó. Es un idioma que me gustó al instante —. No mintió del todo.

—¿Estabas muy unido a ella?

—Preferiría cambiar de tema —. Comentó apartando la guitarra para apoyarla en el suelo.

Brenda aceptó su contestación y comenzó a contarle como iba la obra y las penalidades por las que Samir la estaba haciendo pasar. Ella bromeaba con libertad y Akim disfrutaba de tenerla sólo para él cuando la puerta se abrió de par en par con un Nikola sonriente en compañía de una explosiva Lola.

«¿Qué lleva puesto? O mejor dicho, ¿qué no lleva?» Pensó Akim al ver como la joven se acercaba luciendo algo parecido a una camiseta cortada justo por debajo de sus pechos y unos pantalones tan ceñidos que más parecían unas medias que unos vaqueros, pero lo que en verdad lo sorprendió fue un par de tacones con una plataforma horrorosa y terriblemente alta . Era algo contra natura poder caminar sin estamparse contra el suelo pero allí estaba Lola, desafiando a las leyes de la naturaleza con tal de fastidiarlo. No importaba las veces que la rechazara, ella seguía intentándolo. Caminó acelerada y se abalanzó sobre la cama para abrazarlo estrujándolo contra sus pechos que amortiguaron el golpe.

Brenda se levantó rápidamente para no ser atropellada por la joven a la que no le importó lo más mínimo su presencia.

—Nene, no te puedes imaginar el miedo que pasé —. Dijo a voz en grito.

—Estoy bien —. Contestó entre dientes mal humorado mientras Brenda los observaba de pie.

Esa chica lo abrazaba como alguien demasiado familiar y ella no era ninguna niña inexperta para darse cuenta lo que esos dos habían compartido. Un nudo le atrapó la garganta y un dolor incomprensible se le instaló en el pecho. No debía sentirse así. Ella tenía una vida formada, un hogar completo, y una realización profesional incomparable ¿y entonces porque tenía ganas de llorar?

En menos de un minuto pasó de la felicidad plena a sentirse la mujer más fea, gorda y vieja sobre la faz de la tierra. Observó a la joven con el mayor disimulo que pudo y descubrió la impertinencia de la juventud, una que ella no tenía. Esa chica apenas tendría los veinte tantos y esos eran muchos años de diferencia. Brenda sintió que el peso de los años eran como una gran losa que le pesaba y mucho. Sintió dolor, vergüenza y pena por ella misma. ¿en verdad pensó en algún momento que él podía estar interesado en ella? ¿Y qué se supone que haría si algo así fuese cierto? ¿Dejaría una vida, hogar y matrimonio para vivir una historia destinada al fracaso? No, ella no lo haría. Muchas parejas acudían a su consulta por dudas similares y todas las que se arriesgaban por una locura terminaban enloqueciendo. Sin ir más lejos, Michael Murray había perdido a su mujer a causa de una amante despechada. ¿Amante? ¿eso es lo que busco? ¡No! Yo no busco nada, pensó intentando engañarse.

Brenda buscó su bolso para marcharse de allí cuanto antes. No podía seguir viendo la imagen que tenía delante.

—Será mejor que os deje solos —. Dijo con educación extrema.

—Pero acabas de llegar —. Akim habló alejando las manos de Lola de su cuerpo e intentando incorporarse en la cama mientras protestaba por el dolor de su herida en el hombro.

—Mi vida, no te muevas. Con lo fuerte que eres pareces un bebito —. Lola habló divertida.

La exuberante morena se recostó sobre él en señal de ayudarlo a recoger el almohadón aunque en realidad lo que hacía era incrustarle aún más sus senos sobre la cara.

«¿Mi vida?» Akim estaba cada vez más molesto. Brenda tenía intención de marcharse, se la notaba incómoda, y si no hubiese sido por la herida en el hombro empujaría a Lola y la arrojaría por la puerta de salida.

Nikola, que feliz con la reacción de la doctora, no ocultó su sonrisa, fue el que puso la guinda a la tarta rematando aún más la tensión del ambiente.

—Doctora Klein, ella es Lola, la novia de Akim, imagino que ustedes no se conocen.

La muchacha encantada con la descripción del amigo saltó de la cama para incorporarse y darle dos besos a la mujer dejando claro su posición y Brenda aceptó el fuerte abrazo sin decir palabra.

Akim fulminó con la mirada a su amigo pero no tuvo valor de negar su afirmación. Demasiada era la vergüenza que sentía como para causar un mayor escándalo. Brenda era una mujer educada, elegante y esos dos se portaban como dos toscos de barrio.

—No sabe lo agradecida que estoy por su preocupación. Hemos tenido mucho miedo pero ahora que ya está conmigo no pienso dejarlo cometer ninguna otra locura.

La joven sonrió con determinación dejando claro quién era la mujer que se quedaba y quien la que debería irse.

—Me parece bien —dijo mientras sujetaba con fuerza el asa de su bolso. Jamás se sintió más humillada que en ese momento. Tragó saliva y sonriendo con su mejor cara de mujer educada, indiferente y fría, habló con claridad.

—Ahora que estás en buenas manos será mejor que me marche —dijo acariciando su reloj—. Es tarde y tengo mucho trabajo por delante.

Apenas fue capaz de mirarlo a los ojos. Rápidamente se dirigió a la puerta cuando una voz gruesa y conocida la detuvo a punto de mover el picaporte.

—¿Vendrás mañana? —Preguntó suplicante.

Brenda respiró profundo e instaló la más falsa de sus sonrisas antes de girarse para contestar.

—Lo siento pero tengo la agenda llenísima. Es un día complicadísimo pero ya nos veremos en otro momento. Lola, un placer conocerte, Nikola... —dijo marchándose tan rápido como sus pies fueron capaces de llevarla.

«Ya nos veremos...» Akim conocía muy bien el significado de esa frase. ¿Cuántas veces había sido él quien las había dicho para librarse de quien no deseaba volver a ver.

El joven observó la radiante sonrisa de Nikola y quiso borrarla de un golpe. ¡Qué diablos le pasaba! Él nunca se había portado así antes con ninguna otra mujer. Parecía odiar a Brenda y lo que era peor, él comenzaba a odiar a su mejor amigo.

Día tras día

Aunque el médico le propuso quedarse otra semana en casa, él no estaba para descansos. Necesitaba verla. Llevaba casi dos semanas sin saber nada de ella y aunque muchos pensarán que la distancia significaba el olvido, nada de eso fue lo que pasó. Dolor, rabia, desesperación, adicción, esos sí eran sentimientos relacionados con lo que estaba viviendo. Se sentó en un banco para visitas ubicado justo frente a su despacho y esperó. La buscó como cada día desde las últimas semanas pero ella no estaba. La consulta estaba cerrada a cal y canto. La furia dominó aún más el agrio carácter del hombre. Ella debería haber llegado. Tenía que aparecer. Dejó a un lado un bocadillo sin desenvolver y se puso a escribir. Estaba rabioso con el universo, sus circunstancias y con la madre que lo parió. Odiaba a su amigo por haber llevado a Lola al hospital, odiaba que le dijera que era su novia pero principalmente la odiaba a ella por ser la raíz de todos sus males.

“... no te marches, no te alejes, aún no, no sin antes conocer mi desesperación por no tenerte. Amor, permíteme cantarte la canción que mi corazón tararea al verte. Espera un momento, sólo un momento para poder decirte lo que siento al ver tus ojos de chocolate acariciar mi piel, déjame explicarte como me derrito al verte.

No, por favor, te ruego, te imploro, no te separes de mí, no cuando aún no he tenido el valor suficiente como para decirte lo que le has hecho a mi vida. ¡Dios! Perdóname, ódiame pero no me dejes atrás sin antes explicarte cómo has traspasado mis infranqueables fronteras. Tu sonrisa atravesó cualquier límite que mi coraza pudiera sostener y tu inteligencia deslumbró a una ciega virilidad que no supo hacer otra cosa que rendirse a los pies de tus encantos.

Cariño mírame y descubre cuan loco estoy por ti. No me alimento, no duermo y no sé cómo aún respiro. Los días son semanas interminables de un sol que ya no sale porque tú no estás. Vuelve, regresa, ignórame si es lo que quieres, pero no me quites la vida que se marcha cuanto más te alejas...”

Nikola se acercó sin hacer ningún ruido pero Akim sintió su presencia aunque no hubiese hablado. Cerró rápidamente su cuaderno evitando que éste pudiera leer algo. Lo único que le faltaba era recibir más de esos estúpidos

consejos que los amigos se creen con el derecho de dar aunque nadie se los pida.

—Me alegro que vuelvas a escribir..

Akim no contestó, simplemente estiró la mano para romper el envoltorio de su bocadillo y comenzar a almorzar. En un principio descartó comer pero ahora resultaba ser la excusa perfecta para mantener la boca cerrada. No hablaba con Nikola desde la dichosa tarde en que éste había decidido llevar a Lola al hospital y presentarla como nada más ni nada menos que su novia. Cada vez que recordaba aquél momento y como Brenda huyó de su lado, quería ahorcar a su amigo con sus propias manos. Ellos se conocían desde pequeños, habían vivido miles de aventuras y horrores juntos. Lloraron, rieron y se hicieron hombres juntos pero eso no significaba que Nikola pudiera comportarse como un completo imbécil metiéndose donde nadie lo había llamado.

Akim mordió el bocadillo de atún como un perro rabioso dispuesto a despedazar a su presa. Habían pasado tres semanas del maldito momento pero la rabia no se calmaba. El odio le brotaba por los poros como un alien dispuesto a estrangular al bocazas de su amigo. Odiaba sentirse así pero no podía evitarlo. Ella estaba lejos y alguien debía pagarlo.

Nikola se sentó a su lado intentando calmar parte de su ira pero no lo consiguió. Él conocía perfectamente el oscuro carácter de Akim y la rabia que muchas veces conseguía dominarlo pero esto rebasaba cualquier límite. Él nunca había dejado de hablarle durante tanto tiempo. Nikola intentó hacer memoria pero la verdad era que a pesar de sus muchas meteduras de pata, su amigo lo perdonaba siempre. El joven resopló molesto y pinchó su ensalada de patatas con muy mala gana. Esa dichosa mujer tenía la culpa de todo. Ella terminaría por enfrentarlos.

«¡Pero qué diablos le ha visto!» Pensó irritado. Era guapa y por lo que se veía bastante inteligente pero nada comparable con los deliciosos pechos de Lola.

Nikola masticó negando con la cabeza pero sin hablar. Su amigo estaba loco. Esa doctora lo había enloquecido. «¿Será eso? ¿Será que al ser psicóloga es capaz de dominar la mente de los hombres?» Nikola pensó seriamente en esa posibilidad pero no se atrevió a expresarla en voz alta o Akim lo despellejaría vivo y sin anestesia.

—¿Vas a hablarme en algún momento? — Preguntó entre irritado y nervioso.

Akim levantó la cabeza para mirar nuevamente al despacho vacío y volvió a masticar otro bocado igual de enfadado que antes.

—No puedes separarme así de tu lado. Somos hermanos —. Comentó con pena.

—No lo somos —. Respondió con voz gruesa.

—Eso ha dolido.

—Un hermano no apuñala.

—Estabas cometiendo un error y lo sabes. Esa mujer te ha perturbado la mente. ¡Por Dios bendito! Esa mujer es...

—Ni se te ocurra —. Advirtió entre dientes.

—¿O qué Akim? ¿Pelearías conmigo por ella? Por una mujer que tiene su vida muy lejos de la tuya y que es ca-sa-da.

—Vete —. Murmuró rabioso.

—Hermano, tú no eres así. Tú nunca has peleado por ninguna mujer ¡Maldita sea! ¿Por qué ella? Existen millones y muy dispuestas, ¿por qué arriesgar tu cabeza con semejante locura?

Akim no contestó pero no porque no quisiera sino porque no podía. ¿Cómo explicar lo que no tiene explicación? Los sentimientos no lo tienen, simplemente llegan cuando menos te los esperas y con quien menos lo deseas pero allí están, ahogándote por dentro como aguja larga y fina que no mata pero lastima. Ahora era capaz de comprender lo que tantos poetas intentaban plasmar en cientos de folios humedecidos con sus propias lágrimas.

El hombre arrastró su cabello hacia atrás intentando recuperar la cordura que ya no poseía mientras un temblor de miedo y desesperanza le cubrió el corazón.

—No puedo... yo no puedo... —. Murmuró agotado y casi sin pensar.

Nikola se acercó precavido al sentir como la armadura del guerrero comenzaba a resquebrajarse. Su amigo era un luchador de la vida y saldría de esta con su ayuda.

—¿Qué es lo que no puedes? ¿Qué está pasando hermano? Puedo ayudarte.

—Nadie puede —. Dijo con el cuerpo curvado hacia el suelo y sujetando ambas manos a los lados de la cabeza.

—Confía en mí. Hemos salido de muchas juntos. Dime ¿qué está pasando?

—Estoy enamorado. Total, loca y perdidamente enamorado —el joven continuó con la cabeza gacha dominado por la vergüenza—. No puedo evitarlo. Lo intenté todo por quitármela de la cabeza pero no puedo. Está incrustada aquí —dijo golpeando su mano contra su frente—. Si no la veo la busco, si no está la añoro, si no existiera mi corazón la inventaría.

Nikola esperaba una explicación parecida a una trama o una conspiración, incluso hubiese aceptado la brujería como justificación razonable. Cualquier excusa sería más tolerable y menos penosa. ¿Qué se supone que

debía decirle? Esa era una relación destinada al fracaso. ¿Qué serían, amantes? ¿Amigos con derechos de cama? Eso en el mejor de los casos. ¿Qué le hacía pensar al hombre que la doctora Klein se dignaría siquiera a mirar a alguien de una situación social más baja que las alcantarillas del propio Londres? Ella era simpática y hasta parecía preocuparse por ellos pero ¡por amor del cielo!, esa mujer jamás se habría duchado con agua fría o iluminado las comidas con velas porque el sueldo no alcanzaba para pagar las facturas. Ellos habían vivido esa y muchas desgracias más. Días de búsqueda de refugio, trámites y más trámites de migración, ruegos y formularios interminables para conseguir una beca de comedor para un hijo sin madre. No, ella jamás viviría ni la mitad de las heridas que Akim había soportado en su vida. Era un hombre joven pero la experiencia de los años no siempre se llevan tras las arrugas del rostro.

Nikola respiró profundo y con mucho dolor dijo lo que no hubiese querido decirle a un amigo al que se quiere como un hermano y que desfallece por su primer amor.

—Tienes que olvidarla. Ese camino no es para ti.

Akim levantó la vista dolido. Estaba verdaderamente lastimado. Su amigo jamás mencionaba sus orígenes humildes y cuando lo hacía siempre era con alegría y orgullo pero nunca como el cierre de una puerta. Los ojos azules tan claros y transparentes como manantiales se le llenaron de unas lágrimas que no se permitió liberar.

—¿Y cuál es el camino para alguien como yo?

—Sabes lo que quiero decir... —Respondió molesto por tener que mostrar una realidad que Akim también conocía demasiado bien.

—Dilo. No seas cobarde —Rugió furioso mientras arrastró su cuerpo en el banco para dejar su frente casi pegada a la de su amigo —. ¡Dilo!

—No pertenece a nuestro mundo, ¡joder! Lo sabes. Aunque llegara a mirarte, jamás tendrías nada más que un revolcón. Se acostaría contigo y te abandonaría como a un perro apestoso. ¿Crees que dejaría a uno de los mejores arquitectos del país por un albañil de mala muerte?

El joven se levantó aturdido, no deseaba escucharlo. Las verdades suelen ser demasiado dolorosas. Intentó alejarse pero Nikola continuó furioso.

—Ese tipo de mujeres no son para nosotros.

Akim bajó los hombros derrotado. Le daba la espalda porque no tenía valor para mirarlo. Rabia, dolor, frustración lo quemaban por dentro.

Nikola también se levantó del asiento y continuó hablando por detrás.

—No tengo idea del infierno por el que debes estar pasando. Ya me conoces, jamás me he enamorado por más de una noche —comentó con poca diversión en la voz — pero lo mejor es que la olvides. Podemos pedir el traslado.

Puede que exista otra cuadrilla lejos de este edificio.

El joven enamorado sintió las palabras como un balde de agua fría sobre un cuerpo febril de amor. ¿Dejarla así sin más? ¿No volver a verla? ¿No decirle un último adiós? ¿No intentarlo? Él se consideraba un hombre inteligente, puede que no hubiese podido terminar los estudios debido a sus circunstancias pero no se sentía ningún idiota. Estaba dolido, enamorado y desesperado pero no podía considerarse derrotado, aún no. Él era un emigrante, padre soltero, sostén de familia y con demasiada amargura a cuestas. Él no era ningún cobarde. Puede que fuera un suicida ¿pero qué hombre enamorado no lo es?

Recogió su botella de agua y el papel de bocadillo para arrojarlo a la papelería cuando escuchó la voz molesta de su amigo.

—Vas a intentarlo —. No era una pregunta.

—Lo siento, pero ella es a quien quiero.

—Joder, entonces por lo menos escoge una con menos ¡com-pro-mi-sos! Búscate una doctora sosa y aburrida pero ¡otra!

Akim sonrió sin diversión y con tristeza en la mirada.

—Ella es la que quiero.

Nikola maldijo a los siete vientos y a voz en grito mientras Akim regresaba al trabajo dejándolo atrás con sus insultos.

«¿Otra doctora sosa y aburrida?» Pensó apenado. «De eso nada». Tras su capa educada y estirada, Brenda había demostrado ser muchas cosas pero en ningún caso ni sosa ni aburrida. Divertida, irónica, inteligente, perspicaz y adorablemente atractiva, esas sí eran algunas de sus cualidades pero ¿aburrida? De eso nada.

«¿Buscarme otra como ella? ¿Existía?» Pensó mientras caminaba. «Para mí ya no...»

Tú y yo

Llevaba un día penoso. Intentó trabajar a destajo queriendo engañar a un corazón desesperado pero no tuvo suerte. Ella estaba presente en cada segundo de sus perdidos movimientos. Quería verla. No era una petición, era una necesidad vital. Veintitrés días sin tenerla cerca, sin poder escuchar su voz eran una odiosa tortura para un alma tan enamorada como la suya. Estaba a punto de marcharse cuando quiso comprobar nuevamente su presencia tras el cristal. Estaba seguro que ella no estaría. Después de todo, lo había estado comprobando todo el día, cada diez minutos exactos. Brenda no estaba en su consulta y él debía marcharse. No tenía sentido seguir allí.

Levantó la vista entristecido pensando despedirse de una oficina solitaria cuando vio la brillante cabellera caoba moverse tras un enorme libro que sostenía interesada frente a su rostro. Akim sintió como la respiración se le cortó en el mismo instante en que la vio. Su pequeña naricita se fruncía intentando descifrar quien sabe que fuera lo que estaba escrito, y él quiso estirar la mano para borrar esa pequeña arruga que se le hacía en la frente fruto de su profunda concentración.

Una mujer como otras le había dicho su amigo. Si supiera cuan equivocado estaba... Ella no era igual a ninguna. Perfecta combinación de experiencia y belleza, esa era Brenda Klein, capaz de volverte loco con sólo mirarla. ¿Era mayor que él? Sí, ¿y qué? ¿Quién mide los años más que las propias experiencias vividas? y de esas él tenía más que nadie. ¿Casada? Sí, ¿y qué? Eso sólo significaba que otro había llegado primero pero eso no lo señalaba a él como el perdedor.

Golpeó con los nudillos delicadamente el cristal y esperó a que ella iluminara su entrada con la preciosidad de su mirada. Por Dios, si pudiera decirle lo loco que lo tenía. Abrió sin esperar, no podía estar un minuto más lejos de su compañía. Los días sin saber de ella resultaron ser una eternidad. Entró con desesperación y un pequeño toque de nerviosismo. Desde la maldita aparición de Lola en el hospital Brenda no había regresado al hospital ni se había interesado por su salud. Una pequeña espina de dolor se le clavó en el pecho pero al instante la esperanza resurgió de entre las cenizas cual ave fénix dispuesta a sobrevivir. ¿Y si la reacción de Brenda se hubiese basado en los celos? Dios, si tan sólo fuese verdad... Cómo lo gustaría calmar sus dudas con cientos de besos. La abrazaría, le arrancaría la ropa y le haría el amor hasta convencerla de que ella era la única dueña de su amor. La besaría hasta hinchar sus labios y dejaría

marcas de sus dientes por cada rincón de su cuello para luego lamerla hasta alcanzar la sensibilidad de sus senos...

—Te veo muy bien —. Dijo algo confundida al verlo entrar y cerrar la puerta.

—Aparentemente...

Brenda lo observó preocupada buscando con la vista alguna señal de lesión grave. Ella había llamado por teléfono cada día interesándose por su estado y no comentaron nada de una recaída.

—Ahora mejor, pero claro, como no regresaste...—Comentó sin dejar de acecharla con la mirada. Buscaba una reacción. Cruzaría el camino, se lanzaría al precipicio, nadaría contra mareas, pero dejarla marchar no, esa no era una posibilidad. Ya no. Lo descubrió cuando ella interrumpió sus visitas y las mañanas pasaron a ser la nada. Agujas de reloj moviéndose sin destino. No, le pese a quien le pese lucharía por lo que no le pertenecía y que Dios lo perdona en la otra vida porque en esta no pediría disculpas.

—Nunca imaginé que tu preocupación se limitara a saber si estaba vivo o muerto —comentó fingiendo un enfado que en realidad no sentía—. Pero no te preocupes porque comprendo perfectamente. Una mujer de tu posición no está para perder el tiempo en un insignificante balazo.

Brenda comenzaba a molestarse con sus afirmaciones. Akim estaba totalmente confundido. Ella sí se había interesado por sus lesiones pero se sintió tan estúpida que prefirió marcharse con el rabo entre las piernas y el orgullo femenino hecho añicos.

—Estabas demasiado ocupada como para perder el tiempo en un simple albañil... —Continuó machacando su cerebro.

Brenda lo observó y se sintió morir. Una parte de ella quiso gritarle que no era cierto, que lo había recordado desde el primer sentimiento de la mañana hasta el último suspiro de la noche pero no tuvo valor. Intentó acomodarse los cabellos sueltos de la coleta buscando serenidad. Si Akim deseaba pensar lo peor de ella igual fuese lo mejor. Demasiado penoso ya era reconocer que un hombre mucho menor que tú te quita el sueño sin explicación alguna.

—Es verdad, tengo mucho trabajo —. Comentó intentando provocar su marcha y el joven maldijo para sí mismo. Esta no era la reacción buscada. Debía cambiar de estrategia y urgente.

—¿Sabes algo de Murray? —Dijo mientras desviaba la conversación y se recostaba en el diván de paciente. La doctora negó con la cabeza sin poder contestar.

«¿Pero qué se supone que está haciendo?»

El joven tanteó con las palmas los lados del sofá verificando su excelente

calidad con una sonrisa de lo más pícaro en la mirada y ella sintió como se derretía en el lugar. Sus ojos eran tan cristalinos que era posible nadar en ellos. Su largo cuerpo se estiro en posición de relajación y levantó ambos brazos por encima de su cabeza para cruzarlos por detrás de su cuello dejando una amplia visión de sus bíceps perfectamente trabajados.

«¿Qué es eso?» Se preguntó al ver asomar el color negro de un tatuaje. Quiso preguntar, intentó interesarse. Cada minuto que pasaba a su lado deseaba conocerlo un poco más pero nuevamente no se atrevió. Ellos no eran nada más que amigos circunstanciales. El tiempo y las diferencias los alejarían como el viento a las hojas.

—Ahora entiendo porque la gente viene al psiquiatra. Este diván es estupendo para dormirse una siestecita —comentó sonriendo de lado y sin dejar de acosarla con su intensa mirada— o lo que surja...

Brenda sintió como los calores le subían por la espalda y se preguntó si esto era algo normal en las mujeres, después de todo jamás lo había sentido antes. Las manos le sudaban, el corazón más que latir le temblaba descoordinado y las palabras... las palabras se escondían tras su garganta. Por lo menos las coherentes. ¿Qué se supone que está haciendo? ¿Estoy interpretando correctamente?

«No, no es posible. Es una tontería mía». Tiene una novia guapísima y veinte mil años más joven. ¡Brenda! Eres tonta. Pareces una novata». Pensó conformista.

—Sí, y tú te vas a marchar para que yo pueda seguir atendiéndolos. ¿Qué pasa, hoy Samir te ha dado el día libre?

—No, pero sólo puedo hacer trabajos sin demasiado peso y ya los hice todos —. Dijo alegre mientras se incorporaba en el diván para sentarse.

—Pues me alegro por ti.

Brenda se movió intentando encontrar algo para poder sostener en las manos y disimular una actividad antes que se le notaran los nervios que el joven le provocaba. Cada movimiento suyo comenzaba a ser desesperante para sus femeninos sentidos. Que si la tensión de sus hombros, que si su mandíbula cuadrada con una pequeña barba oscura de un par de días, que si esos ojos chispeantes tras unas densas pestañas negras, que si esas manos con dedos largos y fuertes que se aferran al rojo cuero del sofá... Dios, si no estuviera tan segura de la realidad podría llegar a pensar que el hombre estaba realizando la estrategia del pavo real, sí, esa en la que se estira desplegando su hermoso plumaje para atraer a su hembra. Brenda se sacudió la cabeza y alcanzó unos ficheros intentando olvidar la estupidez de sus pensamientos.

—Almorzamos juntos —. No fue una pregunta.

—¿Perdón?

El hombre ya estaba de pie tras ella por lo cual cuando se giró se encontraron cara a cara o mejor dicho cara contra pecho porque a pesar de sus tacones él seguía llevándole unos cuantos centímetros.

Levantó la cabeza para mirarlo los ojos y él la agachó con la misma intención. Lo que ninguno tuvo en cuenta fue la corta distancia. Ambos estaban a un par de labios de distancia y aunque lo correcto hubiese sido echarse hacia atrás, no lo hicieron. Sus miradas se enfrentaron con hondos mensajes pero ninguno de los dos fue capaz de interpretarlos. El uno le decía lo que sentía, lo que sufría por ella mientras que la otra simplemente se preguntaba ¿por qué?

Akim fue el primero en hablar y separarse un centímetro.

—Comeremos juntos. Me lo debes —Dijo con la voz ronca por las caricias contenidas y los besos no ofrecidos.

—¿Te lo debo? —Su sonrisa sensual no pudo esconderse tras su máscara habitual.

—Sí —contestó rabioso mientras se movía hacia la puerta —. Por dejarme tirado.

Brenda se sintió enfadada con la situación. Ya estaban otra vez con lo de su falta de sensibilidad.

—¡Almuerza con tu novia!

«¿Qué? ¡Qué! Dios... que he dicho...»

Akim sonrió encantado y hubiese saltado de felicidad si no fuese porque ella estaba a su espalda.

—A la una en punto. Pasaré a buscarte, doctora.

Ordenó sin girarse y Brenda se mordió el labio entre rabiosa por su torpeza y extrañada por la actitud de él.

Akim caminó por el pasillo con la más radiante de sus sonrisas cuando cerró los ojos al encontrarse con Nikola de frente. «No, otra vez no». Pensó agotado.

—Te he visto —. Dijo apuntando con la cabeza hacia la consulta.

—Mira que bien —. Respondió intentando esquivarlo y seguir su camino, pero éste lo detuvo.

—¿Vas a por todas? —Preguntó mientras lo sostuvo por el hombro para detenerlo.

El joven se giró de medio lado con la mirada furiosa.

—Sí. ¿Tienes algo que opinar? —Murmuró con los dientes apretados.

—Voy a ayudarte —. Dijo un Nikola resignado.

Akim se giró al completo para quedar cara a cara con su amigo.

—¿Tú?

—Sí. Somos amigos —. Nikola aseguró con firmeza.

El joven se quedó por un momento helado con la noticia, pero al segundo reaccionó palmeándole la espalda. Akim era su amigo, su hermano.

—Pero sabes que no será fácil —. Nikola dijo con una seriedad que no solía tener.

—Lo sé.

Nikola afirmó con un movimiento de cabeza no muy convencido mientras se marcharon juntos por el pasillo.

—Gracias por comprenderme.

—No te comprendo, pero te apoyo.

Sueños

Ambos caminaban por el parque disfrutando de un precioso día primaveral. Ella con los zapatos en la mano disfrutaba del cálido sol mientras que él subía y bajaba del bordillo de piedra que enmarcaba el inmenso lago. Las flores demostraban alegremente su preciosa paleta de colores radiantes mientras que las palomas picoteaban pequeñas semillas caídas de los frondosos árboles.

Akim la miraba grabando cada detalle. Sus cabello suelto serpenteaba mechones entre cobre y rojizo bajo el resplandor del sol. En sus pequeñas manos llevaba distraídamente sus zapatos caminando descalza por la pradera cual niña libre de sometimientos. Estaba radiante. Sonreía sin hablar, no hacía falta. Entre ellos las palabras comenzaban a formar parte de un segundo plano. Pasaron toda la semana juntos, cuando no era para almorzar quedaban para el té o cenar, la excusa ya daba igual, disfrutaban mutuamente el uno con la compañía del otro. Ella habló de su familia, su soledad de hija única y sus deseos de ayudar con sus terapias a necesitados de la vida. Él la escuchó atentamente guardando cada gesto de su rostro. Sonrió al conocer sus tímidas incursiones en el canto y murió de la risa frente al exagerado relato de su fracaso en las artes escénicas.

Brenda se sentó en la pradera bajo la sombra de un árbol cuando le preguntó intrigado.

—¿Qué letras cantabas? —Preguntó sin contestar.

—Debí imaginarlo... —. Dijo arrepentida de su confesión.

—Vamos, dame algún nombre, puede que la conozca.

—Lo dices para reírte de mí.

Akim se sentó pegándose a su lado y empujándola con el codo.

—Vamos...

—Uf, está bien, pero ten en cuenta que era una jovencita risueña y...

—¡Te iban las de amor rasga venas! —Contestó muerto de risa.

—Mejor me callo.

—Ni de broma. Ahora más que nunca. O me dices el nombre o la cantas.

—Eran muchas...

—Quiero la más importante para ti.

—No tengo ninguna —. Akim levantó la ceja incrédulo y ella resopló cansada.

—Está bien... está bien, pero si te quedas sordo...

—Te echaré la culpa —. Dijo divertido y ella contestó con la sonrisa en los labios.

—No esperaba menos.

Brenda comenzó a cantar cualquier tema con tal de engañarlo pero él lo supo al instante y le pidió la verdadera.

Akim pensó que sus notas no podían ser más descoordinadas y su voz menos melodiosa pero jamás había presenciado un espectáculo tan delicioso. Sus ojitos chocolate brillaban emocionados con la canción mientras sus manos se movían interpretando a la perfección unos sentimientos que no podían ser más acertados.

Akim se recostó sobre la hierba disfrutando el más maravilloso de los paisajes. Su melena se movía desenfadada con la brisa del viento y no existía nadie más que ella. ¿En qué momento había sucedido? ¿Cuándo ella se había convertido en el centro de sus ilusiones? ¿Cómo estar tan enamorado de una mujer a la que ni siquiera has besado? El joven se preguntaba en silencio reconociendo que ninguna contestación ya importaba. Nunca había saboreado sus labios y no conocía sus más profundos secretos. Jamás escuchó el gemido de sus pasiones, ni conocía el suave tacto de sus senos entre sus ásperas manos pero eso no importaba para que su corazón latiera desesperado por ella. No conocía sus besos pero sabía que mataría por ellos.

—¿Qué te ha parecido?

—Fatal —. Contestó estirado en el césped y cruzando sus manos tras la cabeza.

Ambos sonrieron y Brenda disfrutó de las vistas. Sentir a Akim tan relajado la llevaba a un mundo que nunca se había permitido sentir.

Con Max todo era tan distinto. En un principio puede que se dejara llevar pero luego el trabajo, la rutina y los compromisos los hicieron recorrer un camino de cordura y educación en donde cada movimiento era el previsto. Cena a las ocho, despertador a las siete, salida con amigos el primer sábado de cada mes, sexo el sábado por la noche y quince minutos antes de dormir. ¿Cuánto tiempo llevaba sin estar con él de la forma en que estaba con Akim?

—Te estoy perdiendo.

—¿Perdón?

—Estabas lejos —. Contestó lastimado. Ella quiso negarlo pero no pudo.

—¿En qué piensas? —Preguntó esperanzado que fuera algo relacionado sólo con él.

Brenda sabía que no tenía nada de malo. Max era su esposo y él sabía que estaba casada pero como si de un contrato tácito se tratara, cuando estaban juntos ninguno lo nombraba.

—Ese tatuaje —dijo señalando su hombro intentando desviar la conversación por otros derroteros —¿qué significa?

Akim se levantó la corta manga de la camiseta para dejar el hombro totalmente al descubierto para ella.

—Es una pluma. Simboliza la libertad que sentí al llegar aquí.

Brenda espero unos segundos antes de hablarle.

—Tú y un niño pequeño en otro país, sin recursos, imagino por todo lo que debiste haber pasado...

Akim miró hacia arriba y Brenda pudo ver como su mirada se fundía con el claro del cielo. Sus ojos tan profundos y claros como el propio amanecer se perdieron en el firmamento cuando comenzó a hablar sin trabas.

—No teníamos futuro. Los alimentos escaseaban. Adultos llorando por amores muertos y niños jugando entre soldados camuflados de amigos. No sabía qué hacer. Un día me preparaba para estudiar en la universidad y al otro me convertí en un padre soltero intentando escapar. Busqué, pregunté y supliqué pero no existía formulario de aceptación para alguien como yo. Cuando no eres ni político, ni cantante, ni escritor ni nada importante te conviertes en un simple refugiado a la espera de un permiso que nunca llega. Seguí el único camino que supe. Nos escondimos, corrimos y huimos sin importarme a donde. Estaba dispuesto a todo con tal de conseguir la libertad para Lucien.

—Y para ti.

—Mi vida poco me importó hasta...

—¿Hasta?

Akim no iba a desvelar todas sus cartas.

Aunque sentirla a su lado lo había llevado a hablar más de la cuenta y eso había resultado ser liberador no podía espantarla con sus brotes de sinceridad.

—¿Estás tratando de analizarme doctora?

—No es eso.

Brenda enrojeció porque la verdad era que su curiosidad distaba mucho del interés profesional y Akim quiso abrazarla arrepentido de ver el bochorno en su rostro. Si por él fuera le contaría su vida entera si con ello consiguiera retenerla a su lado.

—Prometo contarte todo lo que quieras saber pero con una condición — dijo con dulzura mientras se levantaba y la ayudaba a levantarse.

—¿Cuál? —Dijo al ver que él no continuaba.

—Que nunca me niegues.

—Jamás haría algo así. No me importan tus orígenes, somos... amigos —. Contestó dudosa.

—No me niegues, por favor —. Balbuceó con ternura.

—¿No sé de qué estás hablando? ¿Negarte ante quién?

—Aún no lo sé.

Ambos caminaron por el parque rumbo a la consulta. Brenda recogería su bolso y se marcharía corriendo pero lo que era un simple paseo de después de comer se convirtió en una tarde completa. Quiso lamentarlo pensando en lo que una mujer casada debía o no debía hacer pero no pudo. La corrección que siempre la acompañaba la había abandonado y se sentía encantada. Había disfrutado como nunca antes. Él le abrió sus recuerdos más dolorosos y ella los acunó como el más delicado de los tesoros. Ambos tuvieron un momento mágico que aunque no volviera a repetirse jamás ella anidaría en su corazón hasta el final de sus días.

—Gracias —. Dijo deteniéndose frente a la puerta de su despacho.

Akim la observó curioso y ella respondió con la más dulce de las sonrisas.

—Por confiar en mí.

—Te confiaría mi vida si tú la quisieras —. Dijo y se marchó sin esperar contestación.

Puede que ella no fuera una jovencita y que llevara tiempo sin recibir las atenciones de un hombre pero las señales de Akim estaban resultando ser demasiado claras como para ignorarlas.

«¿Qué hacer?»

El joven caminó hacia la salida cuando descubrió junto a su moto a Nikola que le sonreía con maldad.

—¿Y ahora qué pasa? —Preguntó divertido mientras se ponía el casco.

Su amigo simplemente estiró una tarjeta de invitación y se la entregó.

—¿Qué es esto?

—Samir me la entregó. Resulta ser que esta noche es la fiesta de cumpleaños de George Carrington.

—Lo sé —. Contestó molesto—. Brenda habla bastante de ello —. Y él odiaba no poder estar a su lado.

—Al parecer a la señora se le ocurrió que algún representante de la cuadrilla podría estar presente y Samir me la entregó.

—¿Y me la estás regalando?

—Tengo entendido que cierta doctora asistirá completamente sola.

Akim abrió los ojos expectantes cuando Nikola afirmó muerto de la risa.

—¡Que sería de ti sin mí!

—No te sigo —. Contestó nervioso, esperando aclaración.

—Tú sólo dime, ¿quieres estar en esa fiesta a solas con ella? ¿sí o no?

—Joder, sí.

—Pues entonces guarda la dichosa tarjetita y ponte tus mejores galas.

—Nikola, estás seguro que... —Akim sostenía el sobre con las manos temblorosas.

—Estará sola, déjalo por mi cuenta.

Nikola le golpeó la espalda y Akim lo abrazó agradecido. El joven se marchó corriendo tras el bus que justo pasaba delante no sin antes gritarle.

—¡Yo lo arreglo todo!

Akim quiso preguntar qué demonios estaba tramando su amigo pero no pudo, estaba demasiado feliz con la noticia. Una noche completa para tenerla a su total disposición. Eso era demasiado pedir como para estropearla con preguntas. Debía correr antes que cerrara Sastrería Fino. Eso si el dueño lo atendía. Después del desastre del último traje, el viejo dijo que ni la señal pagaría el estropicio.

Akim se subió a la moto esperanzado, lo que menos le importaba era un tendedero mal humorado. La vida le sonreía y no pensaba desperdiciarla.

Te alcanzaré

Akim entró al enorme salón con un nudo en la garganta y la corbata no era la causa. Los Carrington no podrían haber escogido un sito más deslumbrante e impactante que ese. Columnas como gigantes mantenían en pie unas paredes decoradas con el mejor estuco italiano que se pudiera haber visto fuera de Italia. Espejos recién pulidos reflejaban una marea de gente que no podía ser real. Ellas luciendo sus mejores galas paseaban de un lado a otro destellando mientras ellos, impecables e impolutos, sonreían educados a conversaciones banales.

El joven entró pisando fuerte porque, aunque los nervios lo consumían, no estaba en su naturaleza dejarse arrastrar por la cobardía. Puede que allí se derrocharan unos cuantos miles más que su sueldo anual pero él no era ningún muchacho asustadizo. El ruido de las bombas y noches enteras bajo el frío, y la intensa lluvia cubiertos en desgastadas tiendas de campaña verdes y masificadas, le habían enseñado bastante sobre la fuerza del valor.

Caminó buscando a quien no veía. Una camarera con una amplia sonrisa y un interés más que profesional le ofreció una copa y espero unos segundos buscando una proposición que no llegó. Akim se movió incrédulo pero la mujer no cesó en sus miradas provocativas. ¿Sería que ella había reconocido sus humildes orígenes a pesar de su impecable apariencia? Se marchó enfadado con sus pensamientos derrotistas dejando atrás a una camarera disgustada por el desplante.

Caminaba y miraba por encima de su copa mientras bebía pequeños sorbos de la suave bebida intentando encontrar el único sentido de estar allí, pero no, ella no aparecía. Se recostó en la pared y miró su reflejo en uno de los grandes espejos arrepintiéndose del gasto del alquiler. Todo lo había hecho por ella pero la mujer no estaba por ningún sitio. Lo había recorrido todo, los dos salones, la terraza principal e incluso se vio insultado por una señora al asomarse a la puerta del servicio de mujeres, pero nada. Ella no estaba presente. Miró el reloj de su móvil que le decía a gritos que era hora de marcharse y dejar de esperar como un tonto. Bebió de un solo trago su tercera copa y estaba por alejarse cuando el sonido de su risa lo hizo girarse como naufrago ante el canto de su sirena.

Brenda reía con otras dos mujeres y algunos hombres. Ella no lo había visto pero él sí y se sintió desfallecer. ¿Podía existir una mujer así? Su vestido de un rojo profundo no podía describirse, sencillamente era perfecto. Pero no

fueron sus telas, ni el perfecto recogido de su cabello dejando un largo y pecador cuello a la vista lo que lo atrajo como abeja a su flor, no, no era su físico, ella era mucho más. Su doctora tenía algo diferente. Ella era auténtica en sus declaraciones y enfados, no tenía dobleces como las otras. Quiso acercarse, hablarle al oído y confesarle lo que su corazón ya no deseaba callar. Quiso explicarle que ella era el sueño de sus largas noches y la esperanza de sus desoladas mañanas, pero no pudo. Otras manos, que no eran las suyas, se apoyaban posesivas en su pequeña espalda.

Akim observó como ella se giraba de lado para escuchar y asentir con un movimiento de cabeza a su acompañante y poco le faltó para romper la copa con la presión de su mano. Sabía que los celos eran estúpidos e irracionales, ella pertenecía a otro y debería aceptarlo como parte de una competencia que él mismo se buscó, pero no podía. La sangre le corría como lava ardiendo por sus venas. Su corazón borboteaba furia por los cuatro lados.

Se suponía que Max no estaría con ella, se suponía que esta noche sería sólo para él. Esta sería una oportunidad para recorrer un camino nuevo. Tenía tantas cosas que decirle. Necesitaba despertar sus sentimientos más ocultos. Ella ya dudaba, él lo sabía, lo había sentido en todos aquellos pequeños momentos que había conseguido robarle. Era el momento del gran paso. Tenía que sincerarse y despertarla a un mundo de deseos que los sabía olvidados. Brenda era sincera, transparente y pasional, él lo sabía y quería ser él quien la despertara nuevamente a la vida. Él la haría vibrar con sus caricias. Ellos se habían mirado, sincerado y coqueteado. Esta sería la noche en la que iría más allá. Sus palabras dirían mucho más que sus miradas. Si ella se lo permitía, harían algo más que hablar, pero necesitaba esa oportunidad.

Se creyó totalmente dispuesto a luchar contra el estirado de su marido pero sabía perfectamente que este no era el momento. No estaba en posición de hacerla elegir entre ambos, aún no. Molesto, enfadado y ahogado, tironeo de su corbata con fuerza y la arrojó a un macetero cercano. Necesitaba aire. No podía respirar. A más lo veía cerca de su amor, más lo odiaba.

Desabrochó los dos primeros botones de su camisa y caminó hacia la terraza desesperado por encender un cigarrillo. Se había prometido dejarlo pero estaba claro que esta no sería esa noche. Con el pulgar e índice sostenía su cigarro dando una calada tras otra mientras dejaba que el humo ocultara parte de su malestar. El corazón se le rompía con cada caricia de él en su escueta espalda pero no era capaz de evitar mirarlos. Buscó desesperado una señal que le indicara que ella no lo quería, que deseaba liberarse de su marido pero no encontró nada. Brenda hablaba con el grupo de forma tan animada que quiso acercarse y raptarla sin más. La deseaba para él y nadie más. No quería

compartirla.

Continuó dando caladas al cigarrillo una vez y otra y otra cuando algo captó su atención. Max, el marido, el arquitecto, el perfecto, estaba concentrado en una conversación telefónica. Por unos minutos se alejó del grupo pero al cortar la tomó por el codo y la apartó para hablarle.

Apretó los dientes odiando celoso cada vez que él la rozaba pero se contuvo sabiéndose el tercero en discordia.

Brenda lo miró asintiendo, luego Max se marchó bajo la insistente observación de Akim que lo siguió con la mirada hasta comprobar que se marchaba. ¿Se marchaba? ¿a estas horas?, ¿cómo y por qué? Estaba confundido por el cambio de acontecimientos cuando una persona le vino a la mente y agradeció en silencio. Nikola, te debo una muy grande.

Cual Lázaro tras la orden de Jesucristo Akim se sintió revivir de entre los muertos. No es que él se sintiera muy creyente y mucho menos después de la vida vivida, pero si creer en Dios le regalaba oportunidades como esta, pues bienvenidas fuesen, porque las necesitaba y muchas. Con un optimismo recuperado, esperó el momento oportuno y este llegó cuando ella se alejó rumbo a la mesa de canapés. Caminó lentamente hasta posicionarse pegado tras su espalda como lobo tras su presa. Respiró profundamente embriagándose de esa esencia mezcla de jazmín, vainilla y su piel cuando habló con tono ronco.

—Buenas noches...

Despierta

La voz grave la sorprendió de tal forma que al girarse chocó con un torso duro que la sostuvo por los hombros para que no se golpeará. Akim sonrió resplandecientemente y ella se sintió tambalear nuevamente. Él conseguía provocarle una inestabilidad impropia en una señora. Nunca antes se había sentido tan desprotegida, entusiasmada y desorientada a partes iguales. Ambos se miraron entre nerviosos y entusiasmado ante una noche que acababa de comenzar.

Nada podía ser mejor. Brenda era total, absoluta y exclusivamente suya. Sonrieron y se propinaron miradas a escondidas de las que sólo ellos eran conscientes. Nadie notaba su complicidad pero allí estaba, como un dulce perfume envolviéndolos en la más suave de sus brumas.

La noche se reflejaba en su rostro, se la notaba cansada pero el egoísmo de tenerla sólo para él lo dominaba. Un poco más... un poco más... pensó entusiasmado mientras disfrutaba al verla admirar la luz de una radiante luna llena en unos jardines que no olvidaría jamás.

—Es preciosa... —Murmuró embelesada al mirar al cielo.

«Tú sí que lo eres», pensó al observar su deliciosa sombra reflejada en la verde pradera.

Su tierna figura se reposaba en la barandilla de piedra con ambas manos admirando el horizonte como si le rogase que la alcanzara. Si supiera que él le daría una a una cada una de esas estrellas si ella se lo pidiera.

«Si supieras que mi mundo cambio el día que tú me miraste por primera vez. Si supieras que mi futuro dejó de ser un lienzo en blanco desde el momento que tu piel rozó mi cuerpo. Si supieras... Lo sabrás, y que el cielo me acompañe porque hoy lo sabrás».

La frescura de la noche la envolvía pero Brenda no se movía. Su cuerpo pegado a la barandilla le pedía extender esos minutos eternamente. Había reído, disfrutado y olvidado a partes iguales. Olvidado quien era, que esperaba y principalmente lo que debía.

Akim se acercó y pudo sentir su calor mucho antes que su pecho rozara su espalda. Cerró los ojos respirando profundo. Sabía que pasaría. Lo supo en el mismo momento que escuchó su voz grave y profunda entre la algarabía. Le pidió a su razón que dominara al traicionero de su cuerpo pero no le contestó.

Sus piernas se detuvieron en el sitio y su sonrisa le regaló la más grata de las bienvenidas, siempre era así y sería una necia si lo negara. Sabía que debía marcharse, alejarse de allí, debía correr hacia la fría distancia, debía pensar en los errores y sus consecuencias, debía poner fin a lo que no tuvo comienzo, pero cómo hacerlo cuando una energía nueva y desconocida te recorre por las venas gritándote que estás viva, diciendo que lo que pensabas perdido, está allí, contigo, en tu cuerpo, vibrando desesperado por salir.

Las manos fuertes del hombre sujetaron su cintura y sus labios húmedos la quemaron con su simple roce en una nuca desnuda que se estiraba deseando recibir mucho más.

No se movió, no abrió los ojos, quizás pensando que al hacerlo sería menos culpable, quien sabe, puede que simplemente deseara sentirse deseada, a estas alturas a Akim poco le importaban las razones. Ella estaba entre sus brazos y su labios recorrían con lentitud y delicadeza cada trozo de su dulce cuello. Tenía la vida entre sus brazos y no pensaba soltarla. Animado por su reacción, sus manos se movieron hacia su vientre envolviéndola en un fuerte y posesivo abrazo mientras su boca ya no disimulaba ninguno de sus besos. Su lengua saboreó cada rincón hasta alcanzar su oreja y ese delicado pendiente que apenas colgaba se movió nervioso con sus besos. Acarició, besó y mordió con travesura ese delicado lóbulo pero no fue hasta que al continuar por la barbilla y escucharla gemir al rozar la comisura de sus labios cuando ya no pudo soportarlo. Sus fuertes manos la sujetaron con fuerza y la giraron para enfrenarlos cuerpo contra cuerpo, rostro contra rostro.

Cuando Brenda abrió los ojos y Akim vio la dulce neblina de la pasión envolverla entonces supo que estaba perdido. Sus momentos de delicadeza y espera habían terminado. La deseaba más que a nada en el mundo y ella lo deseaba a él. Lo vio en sus ojitos de chocolate fundidos por el deseo, en sus manos aferrándose a sus hombros, ella necesitaba de él y él se lo daría. La pasión, las estrellas y la vida, todo lo pondría a sus pies. El mundo entero, con sus pros y sus contra, todo se lo daría. El corazón le latía a mil, las manos se aferraban fuertemente a su cintura temiendo perderla, y sus labios se humedecían ansiosos ante la deliciosa dulzura que recibiría. Agachó su rostro y embelesado por los labios más tiernos que sintió jamás, se hundió en una boca que lo recibió esperanzado.

Los labios se acariciaban con ternura mientras sus lenguas tímidas se sorprendieron al creerse conocidas. Sus cuerpos temblaban el uno envuelto por el otro deseando que el tiempo se detuviera y el mundo dejase de girar.

Brenda apenas podía de respirar. El beso la transportaba a un mundo de fantasías que muchos hablaban y al que ella ya no pertenecía. Ese mundo en

donde el corazón latía mucho más fuerte, el cuerpo se aflojaba y la sangre fundía con su ardor allí por donde pasara.

—Brin... mírame... Abre esos ojitos para mí... Por favor hazlo.

Brenda se negaba cual niña pequeña y Akim quiso comerla a besos y lo hizo.

Su boca la poseyó con firmeza diciendo todo lo que sus palabras aún no habían hecho. La oyó gemir y se hundió aún más en una boca dulce y húmeda que lo hizo temblar de pasión. Acarició su barbilla con su dedo mientras besaba y mordía su cuello y la comisura de los labios. Dios, esa mujer era pura esencia femenina. Lo tenía loco de deseo. Lo hacía convertirse en el más salvaje de los hombres, ese que la quería toda para él y sólo para él.

—Tienes que mirarme —dijo jugueteón al ver como ella cerraba sus ojos con fuerza pero estirando su rostro hacia atrás para dejarle mejor acceso a la tersura de su piel —. Sabes que en algún momento vas a tener que mirarme.

—No. No puedo... — Respondió con vergüenza.

—Brin, esto iba a pasar. No podíamos seguir así. Entre nosotros hay algo, lo sabes... —dijo con ternura mientras con cada palabra continuaba con su ataque de besos y caricias por todo su rostro.

—No puedo... no...

Brenda quiso decir muchas cosas pero ninguna idea se transformaba en una frase coherente. Cada roce de sus labios la distraían y arrastraban a ese desconocido y maravilloso mundo.

—No puedo... no debo... —decía una y otra vez.

Akim comenzó a sentir que el miedo lo dominaba. Ella no lo rechazaba, sus delicados gemidos lo alentaban a más pero sus palabras taladraban su valor. No podía perderla. Esta era su oportunidad para demostrarle que entre ellos existía algo que podría ser verdadero y profundo si ella se arriesgaba.

—Preciosa, mírame. Estoy aquí, sabes quién soy pero necesito que me reconozcas... por favor mírame.

Akim detuvo sus besos y espero ansioso. Esa mirada lo era todo. Significaría un dulce comienzo o la peor de sus derrotas.

Brenda tembló de sólo imaginarlo. Si besarlo era terriblemente bueno no quería pensar lo que sería fundirse en esa mirada de mar transparente. Esa que se calmaba cada vez que la miraba. Sí, ahora lo sabía. Akim se relajaba a su lado y ella sonreía sin prejuicios junto a él. Acarició temblorosa sus labios húmedos e hinchados por los besos cuando Akim beso la comisura de sus labios nuevamente suplicando casia al borde de la desesperación.

—Mírame, Brin, mírame y dime lo que ves.

—Tengo miedo —. Murmuró con la cabeza gacha pero aceptando sus

delicadas caricias en el rostro —. Esto no está bien —. Dijo poco convencida.

Akim sintió que el suelo se le resquebrajaba bajo los pies. ¡No! No aceptaría una derrota por culpa del deber. No ahora. No después de sentir su cuerpo pegado al suyo y probar esa boca de miel. Ahora no.

—¿Qué es lo que no está bien? ¿Qué me vuelva más loco por ti cada día? —Dijo acariciando su rostro— ¿O que no pueda dejar de besarte?

Akim la atormentaba con pequeñas caricias de sus labios recorriendo el cuello y rostro mientras la confusión la embargaba.

«No está bien, no está bien», pensaba mientras rogaba al cielo saber porque su corazón latía desbocado. Pensó, pensó y pensó pero no tenía valor. Él le reclamaba mirarlo pero ella sabía lo que pasaría y se negaba a reconocer lo que su cuerpo gritaba a voces.

—No puedo... no puedo...

Akim iba a continuar con su contraataque dispuesto a conseguir la victoria. Lo sentía en su cuerpo. Ella estaba derretida entre sus brazos. Sólo necesitaba un pequeño impulso y estaba dispuesto a dárselo.

—Ha dicho que no.

Brenda estaba dispuesta a mirarlo cuando una voz gruesa y furiosa la trajo a la realidad de la forma más dura. Connor.

Akim maldijo por la interrupción y aunque no se giró hacia atrás, no tuvo que verlo para saber que el entrometido escocés estaba nuevamente en su vida. Siempre presente donde no era invitado.

—Deberías irte —. Dijo molesto y sin soltar su fuerte agarre en la cintura de Brenda.

—Ha dicho que no —. Volvió a repetir pero esta vez con más energía y mayor enfado.

—Debo irme —. La mujer intentó soltarse pero su captor no se lo permitió.

—Aún no, Brin —dijo con la voz entrecortada—. Tenemos que hablar.

Brenda levantó los ojos para mirarlo como él le había pedido pero ella no le ofreció lo que él buscaba. Habló con calma pero con seguridad.

—No puedo —. Puso sus pequeñas manos sobre las de él que aún la sostenía por la cintura, pidiendo silenciosamente que la soltara.

Akim accedió a su petición mientras ella murmuró nuevamente esta vez más bajo antes de marcharse.

—No puedo...

¿Robo?

—No vuelvas a acercarte a ella.

Connor lo maldecía y amenazaba vez pero Akim no escuchaba. Su vista se perdió tras ella. La tenía. La había tenido y cual manantial entre los dedos se le había escapado. Maldijo una y otra vez su maldita suerte, a la vida y a Dios que nunca lo escuchaba.

Quiso seguirla pero el armario de su amigo se interpuso en su camino y aunque se creyó capaz de derribarlo sabía que esa pelea sería lo suficientemente escandalosa como para atraer las miradas curiosas de más de uno de los estirados invitados. No, él no haría eso. No la avergonzaría a ella. Brenda había visto en él el hombre que no era pero que deseaba ser. Pero por ella.

—Vas a desaparecer de su vida.

Akim levantó la vista y Connor descubrió la furia con el mismo color de cielo.

—No lo haré.

—Lo harás o te juro...

Connor se acercó amenazante pero no lo tocó. Sus rostros se miraron a milímetros el uno del otro cual toros bravos dispuestos a pelear pero ninguno de ellos dio el paso. Ambos sabían dónde se encontraban.

—¿Vas a matarme? Entonces será mejor que comiences pronto, porque aunque me mandes al infierno, volveré una y otra vez. Y sí, volveré por ella si es lo que te preguntas.

—Imbécil —. Rugió el escocés entre dientes para no provocar un escándalo.

—No descubres nada nuevo —. Contestó sin ganas.

Akim se movió golpeando hombro con hombro e intentando que el pintor lo dejara salir de allí sin pelear. Connor se movió a un lado permitiéndole el paso pero al último momento lo sujetó con fuerza del brazo haciendo que este se girara de lo más furioso.

—Suéltame —. Ladró entre dientes.

—Si crees que sientes algo por ella, vete.

Akim zarandeó su brazo de un lado a otro para soltarse y lo miró con una mezcla de furia y decepción que Connor sintió pena por él.

—No es que lo crea. Lo siento.

—No pienso quitar mis ojos de ella —. Connor contestó amenazante.

—Entonces me veras pronto.

Akim se marchó hecho una furia. Ese desgraciado se metía donde nadie lo llamaba. ¡Quién era él para decirle qué o con quién sentir! Ella había estado entre sus brazos, había gemido con sus besos y hubiese reconocido sus sentimientos si no hubiese sido por culpa del imbécil de su amigo.

Recogió su casco y se marchó. Ella no estaba y esa fiesta ya no tenía sentido para él. Entusiasmado miró su mano que escondía un precioso pendiente que le quitó con sus propios labios. Aceleró su dos ruedas y se marchó a toda velocidad con la sonrisa en los labios. Estaba cerca, muy cerca.

Brenda se duchó y envolvió en la esponjosa bata esperando que el agua y el café le dijeran que todo era el fruto de un sueño.

Max entró en ese momento visiblemente cansado y terriblemente enfadado.

—¿Entonces nada grave? — Preguntó escondiendo el rostro tras la taza.

Se había marchado debido a una llamada de la policía.

—Sólo unas ventanas rotas pero tuvimos que verificar los daños y presentar la denuncia —. Comentó mientras se quitaba la camisa y la arrojaba sobre la cama —. Seguramente serían unos vándalos, pero no entiendo porque romper las ventanas y no llevarse nada. Lo hicieron sólo por molestar y hacerme perder la noche en la comisaría —. Dijo quitándose los zapatos.

Brenda asintió a su lado. ¿Quién rompería los ventanales de una oficina como la de Max así sin más?

—Estoy muerto —dijo abrazándola por la cintura—. Me ducho y pienso dormir un rato. ¿No te molesta?

—Aún es muy temprano. Tranquilo.

Max observó que apenas había amanecido y asintió bostezando.

—¿Qué tal la fiesta? —Preguntó antes de abrir el grifo y meterse dentro.

—Nada especial —. Contestó cerrando los ojos e intentando olvidar lo que no podía.

Brenda caminó por el salón arriba y abajo buscando una explicación a una situación que la alteraba cada vez más. ¿Cómo pudo ser tan inconsciente? ¿No había aprendido nada en su consulta? ¿No sabía que las locuras sólo desembocaban en más locuras? ¿Era tan tonta como para no discernir entre la realidad y la estupidez?

Estaba furiosa con ella misma. ¿Qué mujer en su sano juicio haría algo así? Recordó el calor de sus labios y sacudió la cabeza negándolo una y otra vez.

No era posible. Akim y ella vivían en mundos diferentes. Sus universos eran opuestos. Nada los unía. Todo eran diferencias: su juventud, su ambiente social, sus trabajos... ¿entonces por qué su corazón latía loco al recordarlo? ¿y por qué no dejaba de rememorarle una y otra vez? Su recuerdo la asaltaba una y mil veces sin darle respiro. Su rostro se reflejaba en el café, en el teclado del ordenador, en las hojas de un libro. Siempre allí, acechando con su dura mirada. Se distrajo con el paisaje del jardín en el inmenso ventanal de la cocina pero Akim volvió a resurgir, esta vez en el azul de la lavanda.

«Siempre está». Pensó perturbada y con la lágrima a punto de caer rodando por la mejilla. Debía detener esta locura pero ¿cómo?

Ella era una mujer inteligente, se consideraba una profesional de la psicología, conocía la mente humana mejor que nadie, entonces por qué no se sentía capaz de curarse.

Max apareció con la sonrisa de los descansados y la culpa la invadió al instante. Cualquier mujer mataría por un hombre así y ella no dejaba de pensar en una locura que la haría cometer locuras. Esto no estaba bien, ella no estaba bien.

—¿Entonces te parece bien?

—Creo que sí... —. Contestó dudosa.

—¿Creo? —Dijo intrigado.

—Bueno sí, ¿por qué no?

—Genial. Después de todo lo pasado lo necesitas y yo estaré encantado.

Brenda sonrió simulando unas ganas que no sentía.

—Entonces le diré a Cintia que te reserve para el mismo lunes. ¿Te dará tiempo a organizarte?

—Sí —. Contestó sin más explicaciones.

Max observó su reloj disgustado. Tengo que preparar la maleta. Salgo a las ocho. Cenaré en el avión.

—¿Te irás en domingo? ¿Sólo has estado un par de horas en casa?

—Tengo una reunión a primera hora del lunes pero luego conseguiré organizarme. Lo prometo —dijo regalándole un beso en la frente—. ¿Me llevas al aeropuerto? Así tendremos un tiempo adicional para que me comentes todos los cotilleos de la fiesta.

Brenda respiró profundo escondiendo una culpa que ni en la peor de sus pesadillas creyó sentir jamás.

No puedo

Verificaba su pequeña maleta entre nerviosa e ilusionada. En unas horas estaría en París con Max. Pasarían toda la semana juntos. Descansaría de un año lleno de terapias interminables y con suerte olvidaría a quien no podía, se dijo molesta al doblar el jersey de lana azul, tan azul como sus ojos...

Brenda negó con la cabeza mientras cerraba la cremallera. Tenía que aceptar sus errores pero eso no significaba que no pudiera regresar al camino perdido. Un beso, sólo fue un estúpido beso, se dijo una y otra vez en voz alta cuando el timbre sonó con fuerza y en un momento su mente volvió al presente y sonrió divertida.

—¿Desde cuándo utilizas la puerta? —Pensó al recordar que Rachel siempre se colaba por la puerta del jardín hacia la cocina.

Abrió sonriente cuando supo que sus buenas intenciones de olvidar se habían esfumado. Allí estaba él. Luciendo una sencilla camiseta negra, unos vaqueros desgastados y un cabello revuelto culpa de un casco recién abandonado.

—Tenemos que hablar —. Dijo simulando una calma que no sentía.

Akim la esperó durante todo el día. Miró una y otra vez el despacho esperando que ella apareciera pero ella no llegó. Ensayó miles de discursos y utilizó cientos de palabras pero todas se atascaron al verla frente a frente. Si antes le parecía atrayente ahora estaba radiante. Esos vaqueros, esos tres botones de camisa abiertos y ese cabello sedoso recostado sobre sus delicados hombros. Eso era demasiado.

El domingo al completo se la pasó rememorando la suavidad de su piel y acariciando un pendiente que aún guardaba su perfume. Imaginó que ella estaba a su lado y creyó volverse loco al saber que no era su cama la que compartía. Necesitaba hacerla despertar. Ella sentía algo por él y estaba dispuesto a demostrárselo.

—Hoy no has ido a la consulta y yo... Tenemos que hablar —. Dijo con firmeza.

Ambos se miraron a los ojos y Brenda se sintió temblar desde la cabeza a los pies. Akim la comía con la mirada y sabía perfectamente que su cuerpo le estaba respondiendo.

—Pasa.

La mujer cerró la puerta y se apoyó sobre la madera antes de girarse y enfrentarse a sus propias decisiones. Tomando coraje se giró para enfrentarse a la

verdad cuando en un solo movimiento Akim la aprisionó entre sus brazos y la besó con un ardor y desesperación que no había demostrado la noche anterior.

Ella se tensó intentando negarse. Debía huir.

—No... por favor... —Intentó suplicar pero apenas pudo.

Akim estaba dispuesto a todo. Puede que ella no estuviese sola en casa pero eso ya poco le importaba. Puede que incluso fuese lo que deseaba.

Ahondó aún con más energía el beso. Quiso demostrarle lo mucho que la había extrañado, lo vacío que se sentía sin ella y como su cuerpo temblaba ante su contacto. Sus lenguas lucharon con pasión y mucha rabia. Rabia de sentimientos que no deberían existir. Sus dientes chocaron y Akim sonrió triunfante al notar su desesperación igualada a la suya. Brenda lo necesitaba de la misma forma en que él la necesitaba a ella. La sujetó por la cintura y llevado por una especie de poder superior la levantó y apoyó contra la puerta dejando sus cabezas a la misma altura. Deseaba comerla, saborearla, sentirla y despertarla.

Sus boca la recorrió con pasión de labio a cuello mientras sus fuertes brazos la levantaban del suelo como en una nube habitada sólo por ellos dos.

—Cuando no te vi en tu consulta... —dijo mordisqueando su cuello —. Me sentí morir...

—Akim... yo...

—Si vas a mentir no hables —comentó con dulzura —. Me deseas tanto como yo a ti y no estoy dispuesto a aceptar ninguna mentira.

Sus bocas chocaron nuevamente y el agarre cada vez más fuerte de Akim la levantaba del suelo como si su cuerpo volara junto al suyo. ¿Mentir? Sí, esa fue su primera intención al verlo. Negar todo lo que pudiera negar pero ahora, aquí, en sus brazos, las mentiras tenían un recorrido demasiado corto.

¿Lo deseaba? Por supuesto que lo hacía ¿pero debía?

—Por favor... por favor —. Suplicó buscando un poco de compasión.

—No, no pienses, sólo siente —dijo arrastrándola hacia un sofá y dejando caer su cuerpo sobre el de ella —. Siente lo que me haces cuando estas cerca, siente como tiembles entre mis brazos.

Akim hablaba y una nube de inconsciencia la envolvía llevándola a ese mundo que creyó perdido o inexistente. Allí todo eran sensaciones. Allí una voz grave y sugerente le prometía despertar a un universo desconocido y que deseaba desesperadamente. Cerró los ojos dispuesta a volar allí donde él quisiera y aceptó que su cuerpo la dominara por primera vez en toda su vida. Envuelta en un mar de sensaciones escuchaba a un hombre hablarle y decirle tantas maravillas que se sintió la más hermosa de las mujeres. Nunca nadie, jamás, le susurró tanto cariño y dulzura con simples palabras.

—Me vuelves loco. Eres preciosa... La piel más suave... La boca más

dulce...

Akim hablaba sin poder callar lo que su corazón gritaba desenfrenado. Llevaba tanto tiempo amándola en la soledad de su cuarto que tenerla aquí, bajo su cuerpo y con la camisa a medio abrir lo estaba enloqueciendo.

El cuerpo se le tensó gritando desesperado por poseerla. Introdujo su mano por el escote con miedo de dañar su tersa piel con la aspereza de sus manos. Aquello era el cielo. Su pecho se endureció interesado en sus caricias y a punto estuvo de desfallecer de placer. Levantó la mirada deseando recordar cada detalle de su pasión cuando la vio y se sintió morir de dicha. Ella tenía los ojos abiertos y lo estaba mirando tal cual él se lo había pedido la noche anterior. No existían ojitos más deliciosos que aquellos. Chocolate fundido por una pasión que le nublabla la razón. Una pasión que él era capaz de despertar y que por poco lo hicieron aullar de felicidad. Enloquecido por su respuesta, se lanzó desesperado sobre su cuerpo para mordisquearla por allí donde pasara cuando una voz chillona desde la cocina lo despertó de su más lujurioso sueño.

Brenda se tensó al instante y Akim supo que su momento se había terminado. La levantó como si no pesara nada y la depositó en el suelo intentando calmar una respiración incontrolada mientras Brenda se acariciaba el cabello de lo más nerviosa.

—¿Y no van y me dicen que sólo veinte kilos? ¡Qué pretenden! ¿que camine desnuda por París?

Connor y Rachel entraban por la puerta de la cocina a la sala sonrientes cuando la sonrisa se borró de los labios del escocés para dar lugar una frente ceñuda de disgusto.

Brenda y él estaban de pie frente al sofá sin mirarse el uno al otro. Rachel no dejaba de quejarse sin ser consciente de nada, pero Connor lo había notado en sus manos nerviosas y en el cabello desalineado de ambos. La situación iba de mal a peor.

Connor saludó a su amiga ignorando al invitado y Rachel, que no callaba, la besó entusiasmada.

—¿Sweet no te quedará espacio para alguna de mis cositas? —Rachel preguntó risueña.

Brenda negó con la cabeza casi sin contestar. La conmoción aún la embargaba y los latidos de su corazón eran imposibles de aminorar.

—Serían sólo un par de vestidos, for the night. Ya sabes cómo es París. Exige lo mejor y nosotras seremos the best of the best.

Akim que hasta ahora parecía una figura pintada, caminó dos pasos para preguntarle de forma directa sin importarle la presencia de los otros.

—¿Viajas?

Rachel, que ni siquiera se había percatado de la presencia del joven, contestó con altanería.

—¿Qué haces aquí? —Preguntó curiosa pero al instante pareció encontrar ella misma la respuesta —. ¿Te ha enviado Max? Ya entiendo, nos llevarás las maletas. Me parece súper porque odio tironear de esos cacharros.

—Rachel, Akim no está aquí para eso —. Contestó Brenda con apenas voz.

—¿Ah no? Va, me da igual y me da lo mismo. Subo a tu cuarto y te guardas este regalito. Después de todo estamos de luna de miel y no podemos andarnos con timideces —. Dijo señalando con la mirada el camisón de raso negro que sostenía sin disimulo entre sus manos mientras se encaminó rumbo a las escaleras.

—¿Luna de miel? — Preguntó casi sin aire.

—Sí, obrero, nos vamos a París a disfrutar de nuestros darlings —. Dijo con alegría mientras subía por las escaleras.

—¿Te vas?

Akim sintió que el corazón se le despedazaba en cientos de trozos irrecuperables. Hace sólo unos minutos ella gemía entre sus brazos y él imaginó que algo despertaba entre ellos, cuando la verdad era que tenía planeada una huida directa con quien odiaba cada vez más.

Connor estaba por contestar cuando Brenda lo detuvo con la mano en el pecho.

—Por favor déjanos solos.

—Ni lo sueñes. ¿Y por qué está aquí? Brenda esto no es normal en ti. Debes...

Estaba por continuar su discurso cuando su amiga lo detuvo con voz autoritaria.

—Sé perfectamente lo que debo o no debo hacer. Conozco mis deberes de conducta desde que soy una niña y no serás tú quien venga a regalarme consejos de moralidad.

Connor se calló al instante. Llevaba muchos años sin ver a esa Brenda. A la que levantaba la voz sin importarle quien la escuchara. La que no aceptaba consejos de quien no debía y la que no se dejaba manipular. Estaba totalmente asombrado.

—Estaré cerca —. Dijo más como apoyo que como amenaza y así lo entendió ella.

Akim que no dejaba de mirarla a los ojos quería una explicación, buscaba algo que le diera esperanzas pero su mirada no vaticinaba buenas nuevas o por lo menos no para él.

Brenda se acercó sabiendo que sus palabras dictarían sentencia y no estaba convencida de si realmente actuaba con justicia, pero eso ya no importaba. Akim merecía la libertad y ella representaba una cárcel que lo terminaría destruyendo.

—No lo digas —. Se anticipó mientras caminaba nervioso —. Vas a arrepentirte. No lo digas.

Las lágrimas intentaron brotarle de los ojos pero no se lo permitió. Él debía sentir la robustez de su decisión. No importaba lo que ella comenzara o no a sentir. Sea lo que fuese que se inició, debía detenerse. Este era un camino que los llevaría a ambos a la destrucción y aunque no estaba segura de cómo se salvaría ella misma, en este momento su única preocupación era él. Levantó la cabeza con esa seguridad de las mujeres que sabían cuál era su deber y con el mayor dolor del alma le habló con toda la frialdad y altanería que fue capaz de soportar.

—Siento mucho haberte confundido y comprendo que no llegues a comprenderme pero estoy en la obligación para contigo de aclararte que entre nosotros...

—No lo hagas... —Rogó destrozado de dolor.

Akim la detuvo mientras con dos zancadas se acercó para aferrarla por los hombros.

—No lo hagas. Lo prometiste. No me niegues.

Brenda recordó aquella que había hecho semanas atrás y que ahora cobraba el peor de los sentidos.

—Dices lo que debes pero no lo que sientes. Dame una oportunidad. Danos una oportunidad. Nuestros destinos están en tus manos.

—No puedo.

Akim se acercó intentando besarla pero ella giró la cabeza negándose a sus caricias. Sabía perfectamente el poder que sus besos tenían sobre su cuerpo y no podía permitirselo. El hombre lo intentó una segunda y una tercera pero esta vez no sólo se negó con el rostro sino que dijo lo que él no quería escuchar.

—Entre nosotros no existe ni existirá nada. Somos de mundos diferentes. ¿Creías que dejaría todo por ti? —Su corazón se desgarró por ser tan estúpidamente dura, pero era la única forma que se le ocurrió para liberarlo.

Akim sintió que un puñal se le clavaba directo en el corazón para romperlo por dentro. Las manos cayeron derrotadas a los lados de su cuerpo y las esperanzas de una vida con ella murieron en ese mismo instante. Ella jamás se la jugaría por un hombre como él. Ahí estaba la dichosa realidad.

—Tú no eres así. Tú no... —. Dijo buscando enloquecido una explicación.

Brenda sintió que las lágrimas comenzaban a brotarle por los ojos por lo cual abrió la puerta pidiendo silenciosamente que se marchara. Era eso o arrojarle a sus brazos pidiéndole disculpas de rodillas.

Akim aceptó la invitación a salir de la casa. Ella dejaba clara su postura. Puede que le gustaran sus caricias pero no lo suficiente como para escogerlo a él por encima de la sociedad, sus normas y su comodidad.

—Sabes, estaba dispuesto a todo por ti... —. Dijo antes de marcharse sin mirarla.

—Yo no puedo... no puedo... —. Contestó con apenas voz.

Cerró la puerta y las piernas le flaquearon. A punto estuvo de caerse si no fuese por los brazos de Connor que la sostuvieron con fuerza. Rachel entró en la sala y gritó asustada pero Connor la calmó al instante.

—Es sólo un bajón de tensión. ¿Por qué no vas a tu casa y me traes el tensiómetro?

Rachel salió disparada para cumplir las órdenes sin preguntar y Brenda lloró sin consuelo mientras su amigo la refugiaba con fuerza entre sus brazos.

Akim bebió dos, tres, cuatro y, no fue hasta que alcanzó la sexta copa, cuando descubrió que no conseguía olvidarla ni emborracharse. Era un estúpido hasta para eso. La rabia le rugía desesperada por sus venas. Ella no era lo que pensaba pero él sí. El más imbécil entre los imbéciles. ¿De verdad creyó que podía jugar y ganar? ¿Qué podía ofrecerle alguien como él a una mujer como ella? ¿No había visto en su madre el dolor suficiente como para no cometer los mismos errores?

Golpeó la mesa de madera del bar al dejar el dinero y se marchó furioso con su estupidez. Con ella, y con la maldita vida que volvía a golpearlo sin compasión. Apuró su moto a toda velocidad, poco le importó si se estrellaba contra un coche o una farola: puede que igual así su sufrimiento se terminara. Pero, para variar, en esto tampoco la vida lo ayudó y llegó a su destino sano y salvo. El cuerpo le dolía, tenía el corazón destrozado y los ojos le quemaban por tantas lágrimas retenidas. Se acercó al portal y apoyando la cabeza en el marco tocó el timbre.

Lola lo recibió sonriente y él se sintió el ser más sucio y repugnante sobre la faz de la tierra pero la necesitaba desesperadamente.

—Hazme olvidarla.

No te pierdas el Libro II Serie Doctora Klein

... Akim caminó desnudo hasta el servicio. Se sentía sucio y asqueado. ¿Cuántas veces la había llamado? ¿Cuántas pronunció su nombre embistiendo con fuerza a quien nada le reclamó? Ya no lo recordaba...

Se apoyó en el lavabo y agachó la cabeza para no verse frente al espejo. Estaba asqueado. Lola no se merecía un trato como ese.

«¡Maldita sea! Ni siquiera yo lo merezco».

—Ven a la cama —. Una voz melosa susurró con los labios pegados a su espalda.

La joven belleza lo abrazó por la cintura intentando tironear de su hombre y regresarlo donde ella deseaba.

—Lola... —Murmuró intentando disculparse. Intentando decir con una palabra lo que su alma no podía.

—No me importa —. Contestó sin pena.

Akim cerró los ojos sabiendo que no debía aceptarla. Un buen hombre comprendería que aquello estaba mal y que debía marcharse. Lola lo deseaba y él ya se había aprovechado demasiado.

—Lola...—Susurró nuevamente pidiendo algo de comprensión y una pizca de perdón.

—Puedes llamarme como quieras no me importa, pero no te vayas —. Dijo pegando sus cuerpos desnudos —. Me necesitas...

Dios, odiaba admitirlo pero sí, la necesitaba. Lola le ofrecía lo que otra le negaba y él... él no era un buen hombre.

Con fuerza y quebrado por el dolor ahogó sus penas en un beso duro y nada romántico. Necesitaba descargar y ella era su válvula de escape.

—Lo siento...—dijo ronco por el deseo y apesándola con demasiada fuerza entre sus brazos demostrando que no era amor lo que buscaba.

Lola sonrió aceptando el desafío. Buscara lo que buscara, Akim siempre lo encontraría en ella.

...Brenda observaba por la ventanilla del avión el tiempo pasar. Los recuerdos insensatos se revivían una y otra vez. El azul del cielo, ingrato en su sinceridad, le describía una mirada profunda que debía olvidar. Su cabeza

agotada se apoyó sobre el rígido marco. ¿Cómo pudo pasar? Se preguntaba una y otra vez intentando explicar aquello que la razón no sabía.

—Gracias... —Murmuró casi sin fuerzas.

—Somos amigas —. Rachel comentó sin lugar a dudas.

—Pero yo...

—No tienes que hablar —dijo comprensiva— no es necesario.

—Me gustaría... pero ahora no puedo —. Comentó justificando su silencio.

—Aquí estaré siempre —. Dijo demostrando su amistad incondicional.

Brenda la miró con una tristeza tan profunda que Rachel acarició su mano apoyada en el reposabrazos intentando consolarla.

—Sea lo que sea. Se solucionará.

—¿Estás segura? —Brenda negó con la cabeza—. No debí arrastrarte con mis problemas.

—Tonterías. Tú no me has arrastrado a ningún lado. De echo a sido mi idea ¿o no? —Dijo sonriente.

—Sí, y estás loca —. Comentó intentando sonreír pero sin conseguirlo.

—Tú déjame a mi.

—Max y George... —Murmuró arrepentida.

—Está todo arreglado. Tú tranquila —. Dijo al recordar sus mentiras tras el teléfono.

Rachel había mentido y mucho pero este no era el momento de tristes lamentos. La recuperación de Brenda era su única prioridad.

La doctora volvió a observar por la ventana las casas que comenzaban a rebelarse por debajo del avión cuando una voz amable habló por el micrófono.

“Señores pasajeros, nos encontramos próximos a aterrizar en el Aeropuerto Internacional de la isla de Ibiza. Por favor abrocharse los cinturones, enderezar sus mesas y poner en posición vertical los espaldares de sus sillas. Por favor permanezcan sentados hasta que los avisos se hayan apagado. Tripulación de cabina...”

Rachel acomodó su respaldo con verdadera preocupación. Brenda no estaba bien y esperaba poder ayudarla.

La convención anual de las Amazonas en Ibiza había sido la primer idea que se le había ocurrido para huir pero a situaciones desesperadas, cambio de destino, pensó sonriente.

Si Brenda necesitaba de una amiga, allí habría cientos más que dispuestas en colaborar.

«Sí, entre todas la ayudaremos ¿Pero a qué?». Se preguntó con verdadera preocupación.

Otros libros de Romances Contemporáneos con una fuerte dosis de romance, pasión, acción y aventuras de Diana Scott

Saga Infidelidades

Libro 1: Después de Ti (Susana, Oscar y Nico)

Libro 2: Es por Ti (Susana y Nico)

Libro 3: El Custodia de Tu Corazón (Matías y Azul)

Libro 4: Juego de Pasiones (Lucas y Carmen)

Libro 5: Perdona. Me Enamoré (Carlos y Barby)

Libro 6: Atada a un sentimiento (Azul y Matías)

Serie Stonebridge

Libro I: Tesoro oculto

Libro II: Los días que nos faltan

Libro III: Hasta que llegaste tú.

Serie Doctora Klein

Libro I: Culpable